

DA

CIÓN



LA

QUINTA.

PQ7297

.F37

E3

1853

v.

1

GENERAL DE

363e



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



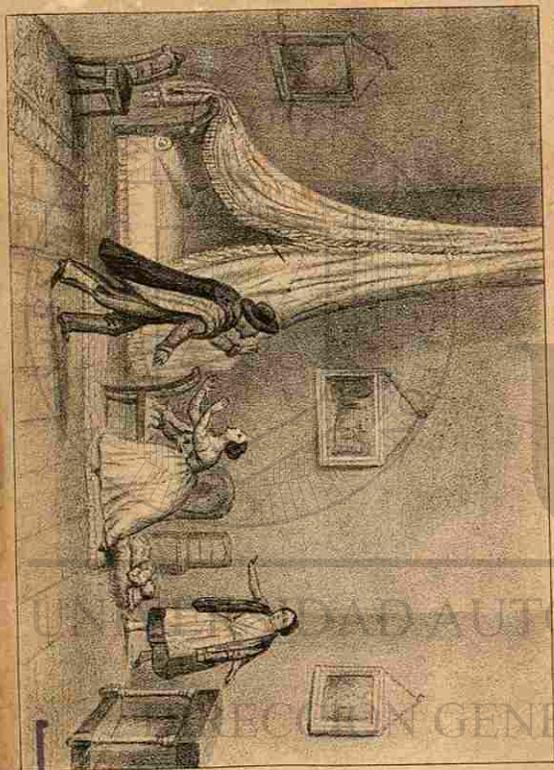
1080024049

11
esta es de



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Tomo 1º

San Augustina

Imprenta

LA EDUCACION

DE

LAS MUJERES,

QUIJOTITA Y SU PRIMA.

HISTORIA MUY CIERTA

CON APARIENCIAS DE NOVELA,

ESCRITA

Por el Pensador Mexicano.

QUINTA EDICION.

M. MURGUA Y COMP., EDITORES.

IMPRESION DE LOS EDITORES, PORTAL DEL AGUILA DE ORO.

1853.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

Núm. C
Núm.
Núm.
Proceder
Preci
Feche
Clasific
Catalogo



**FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ**

Esta obra es propiedad de D. Ignacio Altamirano.
La presente edición es propiedad de D. M. Mur-
guía y Ca

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

PRÓLOGO

EN

UNA CARTA Y SU CONTESTACION.

SEÑOR PENSADOR.

HE leído con gusto la obrita de usted que tituló *El Periquillo Sarmiento*; y con decirle que la he leído con gusto, la alabo bastante, porque soy poco amigo de leer, y tal ha de ser un libro para que no me canse y merezca que le vea el fin, favor que me ha debido el Periquillo de usted.

Entre otros frutos que he sacado de la lectura de esa historia, ha sido uno, reflexionar en el empeño con que critica usted las costumbres de los hombres estraviados, la sal con que procura ridiculizar los vicios mas groseros, y el conato que pone en divertir é instruir á sus lectores.

Pero, señor Pensador, ¿todo ha de ser á costa de los hombres y para el provecho de ellos? ¿Nunca se ha de acordar usted de las mugeres para darles una enjabonadita? ¿Cree usted que somos irreprochables, ó le parece que nos haria un agravio con emplear su pluma en nuestra correccion? Advierta usted que en nuestro

003211

seco hay muchos abusos y muchas preocupaciones perniciosas, comenzando desde nuestra primera educacion. El amor propio nos ciega mas que á ustedes; y los hombres, cuando dicen que nos aman, no hacen sino empenarse en cegarnos mas.

Siguese que pocos autores, ó tal vez ninguno, ha escrito contra nuestros defectos en un estilo que nos pique, nos enseñe, corrija y divierta. Casi cuantos hasta hoy han escrito sobre esta materia, se han dividido en dos bandos: unos han tratado de instruir á nuestros padres acerca del modo de educarnos, amontonádoles bellos rasgos metafísicos, bastante erudicion y un sin número de reglas acaso impracticables. Los otros no se han entretenido sino en satirizarnos hasta lo mas inocente, en llenarnos de oprobios y en procurar escitar la risa de sus lectores á nuestra costa.

Ya ve usted que si el fin de los primeros es laudable, ha sido igualmente infructuoso: porque las niñas, que algun dia han de ser madres, por lo comun no son aficionadas á esta clase de lecturas serias, que parece no hablan con ellas.

El fin de los segundos es demasiado soez é indigno, pues hablan mal de lo mismo que apetezen, solo por saciar su espíritu locuaz y maldiciente.

Seria, pues, una empresa recomendable dar á luz una obrita, que sin zaherir generalmente

al seco, ridiculizara los defectos mas comunes que en él se advierten.

Tal clase de trabajo seria útil y digno de nuestro aprecio, pues lo leeriamos con gusto, creyendo no estar comprendidas en aquella pintura; y á nuestras solas ó sangre fria, advertiriamos que en muchas materias la sátira y la reprehension recaian sobre nosotras, que eramos los legítimos prototipos de aquellos retratos imaginarios.

El plan de esta obrita presta desde luego un espacioso campo, no solo para divertirnos y satirizar nuestros defectos, sino para instruir á los padres y madres acerca de nuestra educacion, para descubrir los ardidés y artificios de que se valen los hombres para seducirnos y arruinarnos, y para enseñarnos los antidotos mas eficaces para precavernos.

Un librito semejante puesto en las manos de una niña de diez años, produciria mejores efectos que los de la diversion y pasatiempo; pues á la hora critica se vendrian muchos lancecillos á la memoria de la tal niña, y contendrian como con un freno sus primeros desordenados movimientos.

En fin, señor Pensador, yo estoy paseándome en unos prados deliciosos que no ecsisten, estoy recomendando el mérito de una obra que deseo, y no se ha escrito. Quisiera á la verdad que probara usted su pluma para este utilísimo trabajo. El genio de usted serio y ob-

VI.

servativo, su poco ó mucho mundo que tenga, su estilo adecuado para el caso, me hacen creer que si emprende este trabajo, no puede ser de ninguna manera infructuoso.

Conque anímese usted y coadyuve á los buenos deseos que tengo de abrir los ojos á las damas. Ello ya advierto que es algo dificultoso; pero lo fácil ni contrae mérito, ni demanda recomendacion ni elogios. Lo arduo sí se debe emprender aunque no se consiga, porque solo el pretenderlo es digno de la estimacion universal.

Estos generosos sentimientos, fruto de la lectura del *Periquillo*, han agitado mi fantasia, y puesto la pluma en mi mano para suplicar á usted, aunque sin mérito, que escriba una *Cortorra* ó lo que quiera, segun la idea que le presento; y de su atencion y cortesía espero no quedará desairada su incógnita servidora que
B. S. M.

La Curiosa.

RESPUESTA.

SEÑORITA.

LA idea de usted es liberal, sus deseos apreciables, y su estilo insinuante.

A pesar de todo esto, conozco lo débil de mi talento y lo mal cortado de mi pluma para emplearlos en semejante obra.

Pero aun suponiéndome capaz de desempeñar el designio de usted, no quisiera conciliar-me el aborrecimiento del bello secso, que seria como necesaria consecuencia de las verdades que estampara.

Confieso á usted con la mayor sencillez, que sea por mi edad, por mi constitucion enfermiza, por el conocimiento de mi ningun mérito, por mi esperiencia, por mi corta fortuna ó por lo que usted quiera, no me atrevo á mendigar los favores de las mis señoras; y así el temer hablar contra algunos defectos ó preocupaciones de muchas, no es por escusar sus dengues ni desvíos, sino porque presumo que algunas me contarán en el número de los segundos escritores que usted menciona.

Yo creo que algo conozco á las mugeres, y por una constante esperiencia y observacion,

he echado mis pronósticos á muchas, y casi siempre los he visto cumplidos al pié de la letra, lo que me hace pensar que quizá escribiría con tino en la materia; pero cuando así fuera, no podia menos que grangearme una porcion de enemigas que á veces son mas terribles que enemigos; y lo peor es que me las adquiriria á mi pesar, pues no escribiria mi obra, ni acusaria de ningun defecto á las damas, del que no recayera la culpa en la mayor parte de los hombres, lo que era un bello modo de lisonjearlas.

Pero si todo este artificio no bastaba, ¿qué haríamos sino sufrir su terrible anatema, y esponernos á ser el blanco de sus maldiciones y tijeretadas inescusables?

Mas despues de todo, yo no he de desairar á usted. Voy á escribir una obrita, y esta no será una novela, sino una historia verdadera que he presenciado, y cuyos personajes usted conoce.

Por ventura se acordará usted bien de la *Quijotita y su Prima*, damas harto conocidas en esta capital. Pues la historia de estas madamas voy á escribir por complacer á usted.

La una de ellas presenta todo el fruto de una educacion vulgar y maleada, y la otra el de una crianza moral y purgada de las mas comunes preocupaciones.

En el contraste de estas dos educaciones se hallará la moralidad de la sátira, y en el paradero de ambas señoritas, el fruto de la lec-

tura, que será ó deberá ser el temor del mal, el escarmiento y el apetito de buen obrar.

Si usted no quedare complacida, el defecto estará en mi corto talento, y no en mi decidida voluntad con que deseo servirla y me ofrezco á su disposicion como su afectisimo servidor que S. P. B.

El Pensador Mexicano.



LA
EDUCACION DE LAS MUGERES,

Ó LA

QUE JOTITA Y SU PRIMA.

CAPITULO I.

*En el que se da razon de quienes fueron estas dos señoras,
y de la primera educacion de ambas.*

Es una de las casas de esta populosa ciudad vivia Doña Eufrosina Contreras, muger de D. Dionisio Langaruto, y hermana de Doña Matilde, esposa de D. Rodrigo Linarte, coronel retirado de no sé qué regimiento.

Estos últimos señores vivian pared en medio de la casa de D. Dionisio; pero tan inmediatas estaban las habitaciones, como distantes los genios de las hermanas y concuños; porque D. Dionisio era semijoven,

rico y totalmente dado al lujo y á lo que dicen gran mundo; y el coronel ya se acercaba á los cuarenta y cinco años de edad: su fortuna era algo mediana, y su carácter serio y cortesano.

El primero solo pensaba en el juego, bailes, tertulias, modas y paseos; y el segundo, sin declinar en ridículo ni estravagante, se divertía sin disiparse, y se entretenía lo mas del tiempo que tenía desocupado, en la lectura de buenos libros.

Como las mugeres por lo comun siguen el ejemplo de los maridos, Eufrosina era una petimetra ó curra de las últimas modas; su casa una perfecta sociedad de caballeres almidonados, y su vida un continuado círculo de diversiones y alegrías.

Doña Matilde por el contrario; acostumbrada desde muy niña al reposo de su marido, se divertía grandemente con el cuidado de este y de su casa, y cuando quería desahogarse lo hacía con su clave, que tocaba diestramente.

No por esto se entienda que su esposo era un mono que la privaba de otra clase de diversiones honestas. Nada menos: ella tenía y correspondía sus visitas, y se franqueaba á cuantos convites le hacían, especialmente á aquellos cuya asistencia prescribía la amistad y política; pero siempre en compañía de su esposo y nunca tratando de sobresalir en lujo; sen-

cillez que la hacía mas estimable de las gentes sensatas.

Sin embargo de lo opuesto de los naturales de estas dos familias, se amaban con extremo, ya por los vinculos de la sangre, y ya por la prudencia del coronel y su esposa que jamas se oponían á sus hermanos, ni chocaban contra su gusto, antes condescendían con ellos en cuanto no les era perjudicial, con cuyo arte cultivaban el cariño de dia en dia.

Tanto creció este, que no pudiendo sufrir las hermanas la separacion de casas, aunque tan inmediatas, trataron de que se abriera una puerta en la pared que las dividía, haciendo de este modo de las dos casas una, y facilitando el vivir juntas y separadas á un mismo tiempo.

Abrióse, pues, la puerta, se estrechó mas la comunicacion como era regular, y ésta puerta me facilitó observar mas de cerca la conducta de ambas familias, porque yo pertenecía á la de D. Rodrigo con quien vivía por ser mi tutor.

Casi á un tiempo estuvieron grávidas las dos hermanas, y casi á un tiempo dieron á luz los frutos de sus vientres con la mayor felicidad, aunque estos no la lograron igual en el discurso de su vida.

Doña Eufrosina, despues que parió á su hija, á quien pusieron por nombre Pomposa, la entregó al brazo secular de las tias y nodrizas, y no la volvió á

ver hasta que la sacó á misa. Su mayor cuidado y conato fué curarse y fortalecerse con buenas gallinas y ricos vinos los días que la preocupación (1) señala de cama á las paridas.

Con semejante esmero se levantó famosa y rozagante, al mismo tiempo que su hermana Doña Matilde tenía algo quebrado el color por razon de que criaba á sus pechos á su niña Pudenciana.

Entre las visitas de la casa no faltaban algunas señoritas que celebraban la robustez de Eufrosina, apoyando el arbitrio de no criar á sus hijos. Haces muy bien, niña, le decian, haces muy bien de no criar á tus hijos. Yo así lo hago, y ya ves qué buena salud gozo despues de haber parido ocho muchachos.

Con razon, decia otra: yo pariera veinte y no criara uno; porque la crianza acaba á las mugeres, y por fin no es moda ni se quedan estas cosas para las personas de nuestra clase, sino para las *pobretas* y gente ordinaria. Ya se ve que sí decia otra. ¿Qué dijera la marquesa Tijereta, la Tremenda y otras señoritas que visitan esta casa, si vieran á Eufrosina criando á

(1) *La preocupación consiste en que sean precisamente cuarenta dias de cama y no mas ni menos, cuando este tiempo se debiera ordenar segun la constitucion y robustez de la paciente, y no segun una rutina que inventó el chiqueo y no la necesidad.*

A este tiempo tocaron la campanilla de la escalera abrieron el porton, y entró precipitadamente á la sala haciendo un terrible ruido con las espuelas y seguido de una vieja, un payo con su mangota embrocada, su paño de sol en los hombros, sus botas de campana y dos perritos en las manos, y sin quitarse el disforme sombrero dijo: Ave Maria, seor amo....

¿Qué es esto, Pascual? le preguntó el coronel: qué te ha sucedido? ¿qué tienes que te vienes ahogando?

¿Qué he de tener? señor, decia Pascual (que era mayordomo de un ranchito que tenía el coronel): ¿qué he de tener? Estas son picardias, unas perradas que no se pueden aguantar entre cristianos. No sé como no caen rayos á manojos y acaban con la cindá.

Pues vaya, repetia el coronel: ¿qué te ha sucedido?—¿Qué me ha de suceder! En malora me encargó el señor cura de mi tierra que tragiera una carta en la calle de... de... quien sabe como se llama la calle; pero ello es que el rétulo de la carta era para la señora Lustrina.... Ludovina se llama mi ama, que no Lustrina, decia la vieja muy enojada: ¿habrase visto! ¿qué hasta eso mas es usted pone nombres? ¿ó ya se metió á arzobispo para confirmarla? Todo está güeno, decia el payo; ¿cómo dice que se llama su ama?—La señora Doña Maria Liduvina... *Azcan*, así na, eso es, reponia Pascual: así se llamará; sino que

como yo tengo mal güido se me habia olvidado; pero el cuento es, seor amo, que yo juí á la casa y llegué, ¿y qué hago? subo, entro de sopeton hasta la recámara, y me jallo á la señora Luterina dándole de mamar á estos dos cachorros, sin tener tantita caridad de un probe muchachito de tres meses que estaba tirado á sus pies en una saleyita, dando el probe angelito unos gritos que hasta se desmorecia, y croque era de hambre, porque se chupaba las manitas y se revolcaba como culebra.

Yo no me pude sofrenar, y ansí le dije á la señora: ¿No juera mejor que le diera de mamar á ese probe niño que al fin es cristiano como nosotros, y no á esos perros que tiene colgados de las chichis?—¿Si á mano viene será su hijo el muchacho? Lumbre le quemaron en los lomos á la tal Lustrina ó como se llama; porque poniéndose mas colorada que un *hua-chichil* (1) me dijo: quítese de aquí el payo bruto, barbajan, majadero, entrometido. Y ¿qué le va ó qué le viene que yo dé de mamar ó no, á mi hijo? Yo le dije: Si me va, porque *la leche que le da á los perros, mas mejor se la diera á ese niño*, y yo no he de consentir tal picardia; y diciendo esto, le arrebaté los

(1) *Frijol de color rojo encendido que no se come. Usase de esta frase vulgarmente para significar que alguna persona se pone muy colorada.*

cachorros y me salí corriendo para acá en casa; pero en la calle me alcanzó esta maldita vieja, que á pura fuerza quiere que se los dé, y yo no se los quero dar, porque son mas güenos para el rancho á conforme están de gordos y grandotes.

Si, señor, ansina es como el señor lo cuenta, decia la vieja; pero ya verá su mercé, que desde anoche se jué la chichi y no se jalla otra ni por Dios ni por sus santos, y por eso lloraba el niño; porque como la leche de mi ama está retesa, no se la puede dar porque se empachará el probecito. ¿Mire qué caso, decia Pascual, y ¿quien la ha mandado que la deje retesar? ¿por que no le dió de mamar dende los principios, que á fé que no se le retesara? ¿Qué cuentas tengo yo con eso, replicaba la vieja; acaso yo la mando, ó es mi hija? Pero, señor, á la probe de mi ama le viene tanta leche, que por mas remedios y porquerías de la botica que le mandan los médicos no se le puede retirar, y por eso cada rato es menester que los perros le vacien los pechos; ¡ya se ve, que es tan enferma la probe señora...!

¿Qué enferma ha de ser? respondia Pascual: si la viera mi amo que colorada está y mas gorda que un marrapo capon, y con dos tetas tamanotas, que á fé que para vaca chichihua valia un díneral: mañosa será ella, que no enferma. Muy rala será la muger que no pueda criar á sus hijos por enferma. ¿No mi-

ra á mi ama Doña Matildita como está criando á su niña y no se enferma?

Pues en fin, yo no vengo á chismes ni averiguaciones, decía la vieja: deme usted mis perros y acaba das cuentas, que Dios sabe los pasos que me cuesta andar la seca y la meca en busca de los perros: y así haberlos, que ya me voy y se me hace malobra.

Pues yo no doy los perros, es gana, decía Pascual: dos tigrés le diera yo para que le comieran los entresijos á su ama por verduga de su hijo; y ya se puede ir de aquí la señora alcahueta de los perros; porque si no, por vida mía que colicencia del amo le he de cortar las orejas con este cuchillo. Diciendo esto, se sacó de la bota un puñal, y amenazó á la vieja con tan buen aire de enojo, que la pobre huyó mas que de paso, rezongando sesenta retobos y desverguenzas contra el payo; pero iba tan de prisa que por poco tira á su amo, que á este tiempo iba entrando por la sala, el cual se quedó sorprendido al ver á Pascual con los perros en una mano y con el cuchillo en la otra amenazando de muerte á su cocinera.

A penas D. Rodrigo advirtió por algunas palabras sueltas que aquel caballero era el esposo de Doña Liduvina, cuando haciéndole tomar asiento, lo satisfizo con toda urbanidad del desacierto de su criado Pascual. A lo que el caballero dijo: Ya yo veo que este buen hombre ha hecho esto por amor de mi hi-

jo, lo que debo agradecer. Tambien le tengo dicho á Liduvina que se ponga en los pezones botellas con agua caliente, y no perros, que puedan darle una mordida y costar caro; pero ella no entra por el aro. Está decidida por los perros, porque dice que estos chupan breve y no con la broma de las botellas.

¿Pero no fuera mejor, decía el coronel, que la señorita criara á su niño, supuesto que tiene tanta y tan buena leche? Seguramente en este caso el niño estará mas sano y robusto y se ahorrarán ustedes de médicos, boticas, nodrizas, perros y botellas.

Es verdad, reponia el señor de los perritos; pero ¿qué quiere V. S. si es menester condescender con las mugeres? Como yo estoy recién casado y la mía es jóven y bonita, trata de cuidarse y es preciso darle gusto. Si fuera fea, seguramente yo no me meteria en tantos cumplimientos: (1) ella criara á sus hijos, ó no los criara; pero es de mérito y es menester cuidarla. Ahora mismo me mandó por los perros, y me ha de hacer usted favor de que los lleve, porque si no habrá en casa una del demonio.

El coronel no quiso contestar mas con aquel necio,

(1) Es una observacion. Pocas desairaditas por la naturaleza tienen chichiguas que crien á sus hijos: así como pocas bonitas con tal cual proteccion á jan de tenerlas. ¿En qué estará eso?

y mandó en tono de amo á Pascual que diera los perros á aquel señor, pues cada uno sabia lo que habia de hacer en su casa.

Pascual con alguna repugnancia volvió los perros, y el interesado los entregó á la vieja, que los recibió con mil manos, y llenándolos de besos les decia: ¡Ay hijos míos de mi alma, y en qué grandes peligros han estado!

Acabada la ridícula ceremonia de la vieja, los envolvió en su rebozo, y amo y criada se despidieron del coronel y de su esposa; pero no del payo, que los miraba con ojos encarnizados. Por fin se fueron, y de este modo acabó la graciosa aventura de los peritos de leche.

Luego que los de la casa estuvieron solos, el coronel hizo sentar á Pascual, y encaminando la conversacion á su muger le dijo: ¿Ves confirmado lo que te acabo de decir, de que es difícil esterminar este abuso de las sociedades que llaman cultas? El es tan antiguo como funestas sus consecuencias. En la historia romana se cuenta que siendo dictador Cornelio Scipion, cometieron un grave delito unos oficiales de guerra por el que fueron condenados á muerte. Se empeñó lo principal de Roma para conseguirles el indulto; mas fué en vano: el juez estaba inescrutable. Se empeñó su hermano de Cornelio, y nada pudo conseguir. Ultimamente, y por no dejar dili-

gencias que hacer, interesaron para el mismo empeño á una hermana de leche del dictador, y apenas esta rogó por los delinquentes, cuando fueron declarados por libres. Esto no pudo menos que agraviar á su hermano, quien manifestó su queja á Cornelio; pero este se disculpó diciéndole: "Hermano, te aseguro que yo tengo por mas madre á la que me crió y no me parió, que á la que me parió y al instante me abandonó á ajenos brazos, porque esta no es verdadera madre; y pues solo á la que me crió tengo por madre, justo es que á su hija la tenga por verdadera hermana y muy amada."

Con tan oportuna respuesta quedó reprendida la conducta de la madre, vengado el hijo, premiada la nodriza, satisfecho el hermano, y callada la murmuracion de los que no comprendian este misterio.

De los dos Gracos, famosos romanos, se lee tambien que tuvieron un tercer hermano bastardo muy valeroso y afortunado en la guerra, el cual viniendo triunfante del Asia, entró en su casa, y hallando en ella á su madre y á su ama de leche, ó chichigua, como acá decimos, regaló á la madre una cinta de plata, y á la chichi un joyel de oro y piedras finas. La madre se agravió por la desventaja; mas él la avergonzó diciéndola: "No te admire, madre, el que haga esta distincion, pues tú solamente me cargaste en tu vientre nueve meses, y nacido me echaste

de tus brazos, recogíendome en los suyos mi nodriza, alimentándome y cuidándome tres años con el mayor cariño. Mira si puedo decir que le debo mas que á ti." ¡Justa reprehension que debe escuchar la madre que con mucha robustez abandona á sus hijos á otros brazos por el criminal motivo de no desmejorar su semblante!

Todavía no se ve en este reino, ni Dios lo permita, otra circunstancia mas cruel en el mismo caso, que se ha visto en otras partes, y es enviar los hijos luego que nacen, á que los críe la nodriza en una aldea ó pueblo lejos de la ciudad en que viven las madres, quines no vuelven á verlos hasta que andan, hablan y comen por su mano. ¡Abuso escésivo, que ha sido causa de mil equivocaciones funestas, que despues nos han divertido en comedias ó tragedias.

Reinando Alejandro en Macedonia y siendo rey de los Epirotas Artabano, tuvo este un hijo, al que desterró á una aldea en poder de una chichigua. Algunos lo supieron, y sobornando á esta con dinero, le hicieron tener en su casa á un niño, hijo de un principal caballero, quien se llevó al hijo del rey á su casa y le nombró de hijo. En este error se mantuvieron los dos niños hasta que murió el rey padre y dejó por heredero al que creía que era su hijo, esto es, al que volvió la nodriza de la aldea. Iban ya á coronarlo, cuando la ama declaró que aquel no era

hijo del rey, sino el que tenía en su casa el caballero fulano. De esto resultaron dos partidos, y de ellos una guerra intestina tan cruel, que en ella se mataron los dos pretendientes á la corona en una batalla que costó muchas vidas á los infelices ciudadanos.

Por este motivo estableció el senado una ley por la que mandaba: "que todas las mugeres criasen á sus propios hijos, y que las princesas y señoras en-fermizas criasen á lo menos al primogénito." "Yo aseguro, dice un autor español (1), que no dejará de haber algunos mayorazgos sin hijos ni herederos, y que los legítimos andarán, tal vez vendiendo arena y ladrillo ó siendo peones de albañil. Lo cierto es, que solo el que cria la madre á sus pechos puede asegurar que es su hijo, ó el que se cria en casa y siempre á la vista."

Aquí no hay tanto esceso, pero yo he conocido mas de dos señoras que luego que paren, entregan el niño á la que se encarga de cuidarlo y criarlo, y no lo vuelven á ver hasta que anda. Tú conoces á tu hermana: no es necesario ir muy lejos.

La enfermedad verdadera ó una causa legitima como la conservacion de la pública honestidad, excusan á las mugeres de criar ellas mismas á sus hijos. Una madre que no puede lucir el fruto de su vientre

(1) D. Estevan Colomer.

sin detrimento de su honor, ó una contagiada del mal venéreo ú otro igual, no debe criar á sus hijos y está excusada de esta obligacion. Pero en este caso se debe pulsar con mucho tiento la eleccion de las nodrizas, y no dar al niño la primera que se halla á mano. "Cuando las madres no pudieren criar á sus hijos por alguna razon de primera necesidad, dice un sabio escritor de nuestra México (1), juzgo que deben buscarse unas nodrizas virtuosas y con proporcion á la naturaleza del niño. Por lo que respecta á la pureza de costumbres, encarga S. Gerónimo que no sea vinosa, ni lasciva, ni patranera Plutarco y Ludovico Septalio quieren que las nodrizas sean de una complecion muy semejante á la de la madre; pero en especial que sean sanas y de buenas costumbres, apacibles, castas, sóbrias y afables. La ley 3.^a tit. 7 de nuestro código español dice: *que deben darse á los niños amas sanas, robustas é de buen linage ca bien como el niño se gobierna é se cria en el cuerpo de la madre fasta que nace, otro si se gobierna y se cria del ama desde que le dá la teta, fasta que gela tuelle, é porque el tiempo de la crianza es mas luengo que el de la madre, por ende no puede ser que no reciba mucho del continente é de las costumbres de la ama.* No está la naturaleza un punto

(1) *El Lic. Barquera en los diarios de esta capital de Diciembre de 1816.*

ociosa, pero la tiranía de muchas madres frustran sus fines con notable daño de la humanidad "

"Las nodrizas deben ser de veinte á treinta y dos años; la leche no ha de pasar de cuatro á cinco meses: que no hayan tenido partos difíciles: que tengan, si puede ser, el pelo negro ó castaño; porque las rubias ó azafranadas suelen tener la leche agria, dice Ballejerd, quien quiere que no tengan mal olor en la boca, y la dentadura blanca y fuerte, pues esta es señal de buena linfa, y por consiguiente de leche muy buena."

"La leche para ser buena debe ser blanca, sin olor, y de poco sabor; no muy aguada ni muy espesa, sino de un medio racional; pues será mala la amarga ó salada, de color desigual, y muy espesa ó muy delgada....."

"Finalmente, del régimen de vida de las que crian depende generalmente la buena ó mala constitucion de los niños; pues se ha observado que aun de los de compleciones mas débiles y enfermizas se han restaurado con encomendarlos á una nodriza robusta y cuidadosa de sus obligaciones, lo que no se paga con ningun oro. Semejantes nodrizas deberian ser premiadas con un lugar distinguido en las familias, y aquellos niños que se han alimentado á sus pechos debían apreciarlas como á segundas madres, y protegerlas cuando crecen y se ven en unos

puestos capaces de proporcionarles comodidades y descanso."

Por el juicioso discurso de este escritor advertirás que hay ocasiones en que es indispensable el saberlas elegir adornadas de las cualidades dichas, ó si quiera con las menos tachas que se pudiere.

Esta indulgencia se estiende á las madres que por una causa legitima no pueden criar á sus hijos; no á aquellas que por no acabarse, y no ponerse descoloridas, sacan pretextos de debajo de la tierra, aparentando enfermedades que no tienen, lo mismo que para no ayunar las que pueden: y lo peor es que se hallan médicos liberalísimos para lisonjear con su opinion el deseo de las pretendientes. ¡Pobres médicos! No obstante, si tú quieres.... ¡Ay! no, ni pensarlo, decia la amante Matilde. ¿Yo habia de abandonar á mi hija á otros brazos por no ponerme descolorida? Así entenderia morirme. Ella es mi hija, y el rato que la tengo colgada de mis pechos la quiero mas que nunca. Es imposible que mi hermana quiera á Pomposa como yo á esta peloncilla de mi vida.

Diciendo esto la apretaba y la llenaba de besos con la mayor ternura; y el coronel, rebotando la satisfaccion que sentia en estas escenas, abrazaba á su esposa y le decia: Tú si eres verdadera madre: tú si cumples con los deberes de la naturaleza. Ella,

yo y tu hija tenemos en tí el íman de nuestras delicias. La naturaleza humana reconoce en tí un individuo suyo propio, yo una digna esposa, y tu hija una amante y verdadera madre, bastante á desempeñar este sagrado título.

Así pasaron como dos años en la primera crianza de estas niñas, al cabo de los cuales observé lo que leereis en el capítulo siguiente.

CAPITULO II.

En el que continúa la materia del antecedente.

PASADO el tiempo de la primera crianza, y despedida la nodriza, fué Pomposa entregada al cuidado ó descuido de las *plumamas*. Como el fin era quitársela de encima á toda prisa, acomodó Eufrosina á la primera que se le presentó, y era una pobre indita como de ocho años, es decir, todavía necesitaba que la cuidasen.

A esta gran persona entregó Eufrosina su hija con la mayor confianza, y ya se deja entender qué segura estaria esta en los débiles brazos de una muchacha aturdida y de tan corta edad. Raro era el día en que no llevaba dos ó tres golpes. Cada rato lloraba, y era la *plumama* reñida con demasiada aspereza por Eufrosina, siendo así que toda la culpa era de esta, por fiar su hija al cuidado de una criatura que no sabia ni podia tenerla segun era conveniente.

puestos capaces de proporcionarles comodidades y descanso."

Por el juicioso discurso de este escritor advertirás que hay ocasiones en que es indispensable el saberlas elegir adornadas de las cualidades dichas, ó si quiera con las menos tachas que se pudiere.

Esta indulgencia se estiende á las madres que por una causa legitima no pueden criar á sus hijos; no á aquellas que por no acabarse, y no ponerse descoloridas, sacan pretextos de debajo de la tierra, aparentando enfermedades que no tienen, lo mismo que para no ayunar las que pueden: y lo peor es que se hallan médicos liberalísimos para lisonjear con su opinion el deseo de las pretendientes. ¡Pobres médicos! No obstante, si tú quieres.... ¡Ay! no, ni pensarlo, decia la amante Matilde. ¿Yo habia de abandonar á mi hija á otros brazos por no ponerme descolorida? Así entenderia morirme. Ella es mi hija, y el rato que la tengo colgada de mis pechos la quiero mas que nunca. Es imposible que mi hermana quiera á Pomposa como yo á esta peloncilla de mi vida.

Diciendo esto la apretaba y la llenaba de besos con la mayor ternura; y el coronel, rebotando la satisfaccion que sentia en estas escenas, abrazaba á su esposa y le decia: Tú si eres verdadera madre: tú si cumples con los deberes de la naturaleza. Ella,

yo y tu hija tenemos en tí el íman de nuestras delicias. La naturaleza humana reconoce en tí un individuo suyo propio, yo una digna esposa, y tu hija una amante y verdadera madre, bastante á desempeñar este sagrado título.

Así pasaron como dos años en la primera crianza de estas niñas, al cabo de los cuales observé lo que leereis en el capítulo siguiente.

CAPITULO II.

En el que continúa la materia del antecedente.

PASADO el tiempo de la primera crianza, y despedida la nodriza, fué Pomposa entregada al cuidado ó descuido de las *plumamas*. Como el fin era quitársela de encima á toda prisa, acomodó Eufrosina á la primera que se le presentó, y era una pobre indita como de ocho años, es decir, todavía necesitaba que la cuidasen.

A esta gran persona entregó Eufrosina su hija con la mayor confianza, y ya se deja entender qué segura estaria esta en los débiles brazos de una muchacha aturdida y de tan corta edad. Raro era el día en que no llevaba dos ó tres golpes. Cada rato lloraba, y era la *plumama* reñida con demasiada aspereza por Eufrosina, siendo así que toda la culpa era de esta, por fiar su hija al cuidado de una criatura que no sabia ni podia tenerla segun era conveniente.

Una ocasion estando Eufrosina en el estrado entretenida con sus visitas, y la *pilmama* divertida con la niña en el balcon mirando un victor, ó no sé qué friolera que pasaba por la calle, se empinó tanto en la verja para ver bien lo que queria, que *colgándose demasiado la criatura*, por su propio peso se *deslizó de los brazos y fué á dar al suelo*, en donde hubiera dejado los sesos con la vida, si por una casualidad no hubiera caido sobre un monton de lana que habian sacado á asolear unas pobres que vivian en la accesoría que caia bajo del balcon.

Este afortunado accidente escapó á la niña de la muerte, y de que recibiera el mas minimo daño.

No corrió igual suerte la infelz Maria, que asi se llamaba la *pilmama*, pues alborotada Eufrosina con el fracaso, y aun despues de tener á su hija buena y sana en sus brazos, llena de la ira mas necia é implacable, arrebató á la pobre muchacha, la arrastró por la sala, la pateó, la desgrenó, y le dió tal tarea de golpes, que si no se la quitan las visitas, la mata sin remedio!

Finalmente, la triste muchacha se levantó del suelo toda aporreada, hecha pedazos y bañada en sangre, y tomó salir llorando de aquella funesta casa á curarse á la suya, dejando en poder de su ama su salario para siempre.

Eufrosina no se hizo cargo de que su imprevisión y

su imprudencia fueron las que arrajaron á su hija del balcon, sino que lo atribuyó al descuido de la maldita muchacha *pilmama*, como solia decir, y conforme á este falso juicio, trató de que viniera otra, porque su hija le pesaba demasiado en los brazos. Para esto la encargó por todas partes teniendo á lo menos el cuidado de solicitarla grande, para que no se volviera á repetir la amarga escena del balcon.

Es menester decir en este lugar, en obsequio de la piedad é ilustracion de Eufrosina y sus visitas, que no se olvidó de dedicar á cierto templo un gran retablo representativo del milagro tan patente. Dijo á cierto templo y no á cierta imágen, porque en el retablo estaban pintados diversos santos, segun fueron los invocados por las visitas; porque despues del lance se trabó entre ellas una disputa tan ridícula como acalorada, acerca de quien habia hecho el milagro; de suerte que cada una lo pedía para su santo, hasta que á pluralidad de votos se resolvió que todos se pintaran en el lienzo; y quedó el milagro en opiniones. ¡Contencion pueril y propia de gentes que tienen poco conocimiento de su religion! En otro lugar explicaremos qué son milagros, cuáles favores, quién los hace, y por qué.

En efecto, á los dos dias, acomodó Eufrosina á una pardita bonitilla como de diez y seis años, muchacha muy viva y alegre, que cuando estaba delante

de ella, que era muy rara vez, hacia á la niña mil mimos y zalamerías con que dejaba á su madre lela, y le dispensaba esta tanta confianza, que le permitía salir á la calle cuando se le antojaba, con achaque de divertir á la niña.

Cada rato estaba esta empachada sin saberse por qué. ¡Ya se vé! la *pilmama* nunca decia que le daba peritas verdes, tejocotes, chicharron, ni otras porquerías semejantes; pero así lo hacia, como lo hacen las muchachas para que la niña no llore, para que no se le salte la hiel ó se le reviente un ojo. La pobre criatura comia aquellas golosinas perniciosas con la misma indiscrecion con que se las daba la *pilmama*, y de repente perdía la gana de comer, padecia ánsias, licuaciones, calenturas, meteorismos, ó aventamientos, y todos los sintomas del infarto.

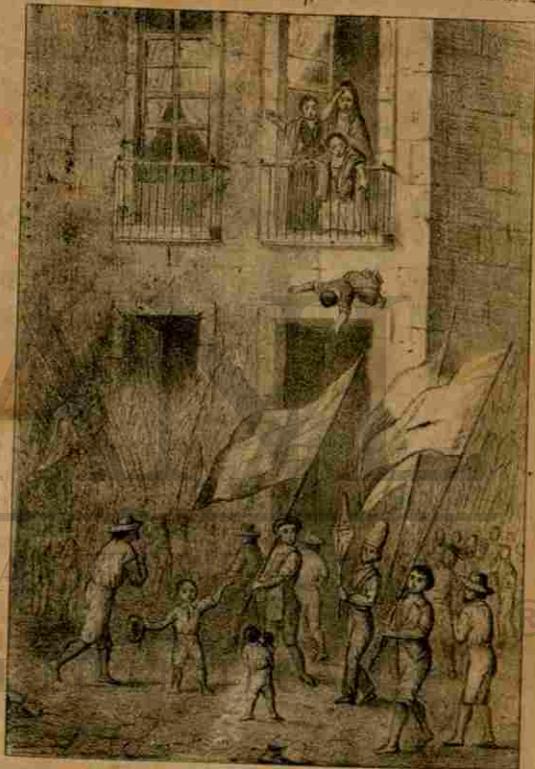
Luego que se avisaba á la madre del estado enfermo de la niña, se congregaban las amigas viejas y mozas, y se comenzaba la ordinaria cancion de ¡Virgen! ¿Qué tendrá la niña? ¿Qué será esto? ¿Qué habrá comido? ¿Qué le has dado, Francisca? etc.

Pasadas estas importunas exclamaciones, se resolvía por la junta de médicas, que aquello era empacho, y se recetaba de palabra la col de China, el pollo prieto molido, el azogue, la manteca y otras drogas tan inútiles como sucias. El mal, mil ocasiones no cedía, y era preciso recurrir al médico, quien

Tomo 1.^o

La Quijota

Cap. 2



echaba mano del jarabe de durazno, oximielscilitica, hipecacuana, ruibarbo, tartaro emético y cuantos laxantes, vomitivos y purgantes consideraba útiles en el caso, á los que cedía el mal; pero apenas convalecía la niña, cuando recaía, así porque la *pilmama* no se abstenía de darle porquerías, como porque su estómago quedaba siempre mas débil de resultas de la anterior enfermedad.

Así pasó esta pobre criatura su primera infancia, llena de achaques y dolencias, hoy con una *pilmama* y mañana con otra; y así, si tan mal le fué en su crianza física al lado de estas, ¿qué sería en su educación moral? Sin duda debía ser conforme eran sus primeras ayas ó cuidadoras con quienes estaba continuamente.

Unas eran soberbias, otras desvergonzadas, esta vengativa, aquella embustera, y todas como se puede considerar. Con esto, de unas aprendió á llorar por cuanto quería, y á enfadarse si no se lo daban pronto, de otras á levantar la mano para cualquiera; de otras, á pedigrüña, de otras, á remedar á todo el mundo y sacar la lengüta con mofa; de otras, á temer al coco, al viejo, á la bruja y á los aposentos sin luz, y de todas, á ser en cuanto su edad lo permitía, la muchacha más necia, atrevida y materiada. Bien que todas estas pasaban por gracias entre sus padres, parientes y domésticos. Ya en el discurso de esta



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

historia iremos viendo el fruto de este criminal abandono.

Muy diversa fué la conducta del coronel con su hija, pues le buscó para *pilmama*, no la primera que encontró; sino una niña decente aunque pobre, humilde, bien criada y recogida, á la que ni él, ni Matilde, trataban como criada, sino como hija, ni se separaba de su vista para nada. Con esto sucedieron dos cosas muy interesantes. La primera, que la noble *pilmama* los amaba á ellos como á padres y á la niña como á hermana; y la segunda, que no tenia lugar de darle golosinas dañosas, ni de enseñarle vicios que ella misma ignoraba. Con estas precauciones se crió la niña buena y sana en el cuerpo, y libre de resabios antimorales en el espíritu, lo que fué principio de su felicidad, como veremos. ¡Tanto valen estos primeros cuidados en la infancia!

Frecuentemente decia el coronel á Matilde: no puede reprobarse el uso de las *pilmamas*, porque aunque el cuidado de los hijos es privativo de las madres, no siempre estas tienen todo el lugar necesario para el caso, y muchas veces les falta la aptitud que se requiere. Lo primero, acontece á las pobres, y lo segundo á las enfermas. Asi es que se ven como obligadas á solicitar quien las ayude; pero cuando esto sea, deben, en cuanto esté de su parte, procurar que sus hijos se entreguen no solo á una mu-

ger juiciosa y capaz de encargarse de un cuidado como este, sino que, si es posible, se deben buscar para *pilmamas* mugeres de virtud y de talento.

Acaso te parecerá esto una nimiedad, mucho pedir, y tal vez un imposible, mas no hay tal. Cualquiera diligencia que se haga para esto, cualquier trabajo que se tome, y dinero que se gaste, no está por demas, considerando lo grande del objeto y las ventajas que se logran.

Se cree, y se cree mal, que las *pilmamas* solo deben servir para cargar y divertir al niño, y no para enseñarle alguna cosa buena. Semejante equivocación hace que se valgan las madres, de la primera que se presenta, aunque sea una muchacha pequeña, una enferma, loca, viciosa ó necia, y este equivocado proceder hace que los niños se crien golpeados y enfermos, ó que se contagien con alguna enfermedad peligrosa: esto lo demuestra la experiencia cada dia. ¿Cuántas veces vemos á niños de padres robustos, llenos de sarna, granos, escrófulas, *gíoles* etc? ¿De dónde pueden adquirir estos males, sino mil veces de las *pilmamas* enfermas con quienes andan continuamente, duermen, comen y trasudan?

Ya ves aquí un principio de un mal físico, dimanado de la mala elección de las madres cuando tratan de acomodar en sus casas *pilmamas* para sus hijos. Pues de esta mala elección resulta tambien otro

principio de mal moral. ¿Qué son por lo comun las *pilmanas*? Cuando no sean viciosas, son demasiado ignorantes. Y ¿qué aprenderán los niños con la continuada compañía de una muger llena de vicios, ó de errores, ó de todo junto? Seguramente todo; pues en los primeros años tenemos la aprehension muy viva, y retenemos tenazmente y con gusto lo primero que oímos ó vemos.

Aquella demasiada libertad que se concede á las *pilmanas* para que saquen los niños á la calle con el pretexto de que los diviertan y por no oírlos chillar, tambien es origen de mil daños, pues por un amor mal entendido les dan cuantas frutas y alimentos comen, sin distinguir lo verde de lo maduro, lo suave de lo de difícil digestion, ni lo sano de lo nocivo, y de aquí resultan tambien los granos, la sarna, y los infartos repetidos.

Todavía sufren mayores perjuicios los niños abandonados á esta clase de libertad. Mordidas cariñosas, pellizcos de enfado, estrujones de venganza, y golpes de accidente, son los gages que reciben casi siempre de sus buenas *pilmanas*. ¡Cuántos niños han sido tristes víctimas del descuido de las madres en esta parte, y de la indolencia y perfidia de sus *pilmanas*! Un famoso médico de Edimburgo fué llamado á una de las principales casas de la ciudad para que curara á un niño de dos años acometido de un terri-

ble mal, que no se conocía. Llegó el médico y halló al niño todo torciéndose, en un continuo grito, muy renegrido y casi con la convulsion de una mortal alferecía. El médico le aplicó lo mas específico del arte; pero todo su empeño y habilidad, toda la eficacia de los remedios y el cuidado de la madre fueron inútiles. El niño murió entre terribles ansias. Admirado el facultativo de la tenacidad del mal, y deseoso de indagar la causa de su resistencia, hizo desnudar al niño, y le encontró en el espinado clavado un fístol hasta la cabeza. ¡Cuál sería entonces su asombro, y cuánto el sentimiento de la madre, al saber que la *pilmana*, por una cruelísima venganza, habia cometido semejante atroz infanticidio! Tú eres madre: yo lo dejo á tu consideracion.

Si un caso tan funesto fuera el único en su especie, se podria tener á dicha; pero son mas frecuentes de lo que se piensa, aunque no sea con tan criminales circunstancias. En esta ciudad han volado de los brazos de las *pilmanas* á la calle algunas criaturas, de las cuales unas han muerto y otras han quedado lastimadas y contrahechas. Por meterse á ver un pleito una de esas *pilmanas* paseadoras, tocó al niño que llevaba, una pedrada en la cabeza, de la que quedó en el sitio: otra mientras renia con una muger sobre zelos, puso al niño en el suelo, y pasó sobre él á este tiempo un caballo, y lo mató.

De estos ejemplares ha habido varios, y las madres no escarmientan. Deberían no apartar jamás sus hijos de su vista, y así los tendrían más seguros, más sanos y más bien criados.

Volviendo á Eufrosina, digo: que apenas cumplió los tres años su niña, cuando á pretesto de que ya era grandecita y perdía tiempo, la puso en la amiga, y aun procuró persuadir á su hermana Matilde hiciera lo mismo con Pudenciana.

Pero Matilde, acostumbrada á no hacer cosa alguna sin parecer de su marido, comunicó con este los consejos que le había dado Eufrosina; á lo que el coronel le contestó de este modo: hija, no creas que tu hermana trata del bien de su niña, cuando la separa de su lado en una edad tan insuficiente para aprender, ni la mueve á esto el deseo de que sepa la doctrina cristiana, ni quitarla del sol, ni otra causa de las que alega. El deseo de su más completa libertad para prenderse y pasear, es el motivo legítimo que tiene para separarse de sí á su criatura; y á tí te aconseja de igual modo, ó para que estés espedita para acompañarla á sus bureos, ó para que tu diversa conducta no le sea una tácita reprension.

Más yo me hallé muy distante de conformarme con su modo de pensar en la materia. No, no enviaré á mi hija á la amiga tan fuera de tiempo. Estoy confiado en que eres buena madre y la quieres mucho,

y por lo mismo no te será gravoso el cuidarla en tu casa, ni el sujetarte por ella á privarte de algunas diversiones.

Ya se ve que no, decía Matilde: yo lo haré de muy buena gana; pero me hace fuerza oír decir que tres años no es edad suficiente para enviar las niñas á la amiga, porque las he visto enviar más chiquillas, hasta de dos años; ¡ya se ve! ¿qué digo de dos años, si las he visto destetar en la amiga?

Yo no pongo duda en eso, decía D. Rodrigo; pero mientras menos edad tengan, menos tiempo es de enviar á las criaturas á esas escuelas ó casas de enseñanza. Solo en el caso muy apurado de que la madre sea muy pobre, sola, que tenga que buscar el pan y no pueda cargar con su hijo, ni tenga á quien confiarlo mientras vuelve, solo en este caso, digo, aprobaría yo que lo dejara en la amiga; porque esto era menos malo que dejarlo abandonado á su discrecion, pero una muger de proporciones como tu hermana, no tiene disculpa para hacer tales sacrificios solo por contentar su libertad.

Y no te escandalices de oírme decir que es sacrificio enviar á los niños á la amiga tan temprano, porque lo es en realidad. No lo digo yo, los médicos sabios y los documentistas sensatos son de este parecer; porque la imprudencia en que por costumbre, por necesidad ó por ignorancia, incurren las más ó

todas las maestras y maestros de tener sentados á los niños cuatro horas por la mañana y tres por la tarde, es á costa del sacrificio que sin malicia hacen de su salud.

No te admires, vuelvo á decirte. La constitucion física de los niños en su tierna edad, pide para su robusta formacion respirar el aire mas libre, hacer el mayor ejercicio, y tener el espirita tranquilo; porque entonces es cuando sus fluidos necesitan de circular con mas rapidéz para vigorizar las fibras y que éstas se desarrollen sin el menor embarazo: para esto es necesaria la buena digestion y traspiracion, á la que coadyuva mas que nada, el ejercicio corporal y la quietud del ánimo, lo que no se logrará perfectamente atemorizando al niño, ni obligándolo á estar sentado mucho tiempo; pues semejante posicion le es tan violenta, como natural el estado de la accion y movimiento. En virtud de lo que te digo, mirá tú si será un sacrificio el enviar á los niños tan temprano á esas amigas ó casas de enseñanza.

Estoy por convencerme, decia Matilde: estoy por convencerme de estas razones, aunque no las entiendo bien. Solo quiero que me expliques ¿cómo es eso de que las criaturas están sentadas á fuerza y contra la naturaleza? que eso pienso que quiere decir lo que me has dicho de que tal situacion les es violenta.

Mira, decia el coronel con gran cachaza: ¿Si á tí

te obligaran á cuartazos ó á regaños á andar brincando y saltandó todo el dia, lo hicieras de buena gana?

Ni de buena ni de mala, decia Matilde riendo á carcajadas: ¡qué chula anduviera yo tan larga, y saltando y brincando sobre los canapes y sillas de casa lo mismo que una ardilla!—Pero si te hacian saltar á fuerza, ¿qué habias de hacer? No, no saltara, decia Matilde, aunque me mataran. ¡Vaya, eso es decir, ¡hija, contestaba el coronel, eso es decir, pero el rigor obliga á mucho mas. Aun concediéndote esa fortaleza, que no tendrías, los niños no son capaces de ella, porque ni su corazon ni su capricho pueden balancear contra el temor que les inspira la sola amenaza del castigo. Mas prescindiendo de esta fortísima razon, tú de liso y llano confiesas que te sería muy violento el saltar y brincar todo el dia; y que ni aun oprimida por la fuerza lo harías, ¿no es esto?

Así es, decia Matilde: me sería no solo violento, pero pesadísimo tal ejercicio, porque ya mi edad no es para brincar y saltar como perrito de faldas. Pues has caido, contestaba su esposo: tan violenta es la quietud para un niño, como el travesear y corretear todo el dia para un adulto. Cada edad, tiene sus peculiares propensiones y apetitos. Es menester conocer esta verdad para ser mas indulgentes con los hombres, y mucho mas con los niños.

Yo convengo con tu parecer, decía Matilde; pero pienso que á pesar de las razones que alegas, estamos los padres de familia obligados á enviar á nuestros hijos cuanto antes á las amigas, ó migas, ó como las llaman, para que se instruyan temprano en la ley de Dios, y para que aprendan á leer, escribir, coser, bordar y lo demas que deben saber segun su clase; y esto creo que debemos hacerlo, aunque sea á costa de ese sacrificio que dices, y mas que teman el enojo ó castigo de los maestros: porque no me negarás que el refran antiguo dice que la letra con sangre entra y la labor con dolor, y ya tú sabes que los refranes antiguos son evangelios chiquitos.

No todos, decía el coronel: es verdad que hay muchos proloquios comunes, que incluyen unas sentencias morales ó políticas, y que son no solo ciertísimas, sino recomendables y santas; pero á la vuelta de estos hay no pocos que son unos desatinos garrafales y unos despropósitos, que sin mas apoyo que la antigüedad de su origen, han hallado abrigo en muchas cabezas á la sombra de la ignorancia y la preo-ocupacion. Uno de estos, es el que acabas de citar á favor de tu opinion. ¿Quién te ha persuadido, hija, de que la letra con sangre entra? Esta es una máx-ima tan falsa como cruel, y tan impolítica como necia. Nada entra con sangre á los racionales: el rigor solo sirve de embrutecerlos, de agitarlos y en-

vilecerlos. La esperiencia diaria enseña que el muchacho muy regañado y muy golpeado, lejos de aprovechar lo que se quiere, por lo ordinario sale flojo y sinvergüenza y abandonado: al principio teme mucho y se atolondra, despues teme menos, y se descuida de propósito; y últimamente, no teme nada, odia á sus verdugos, y se hace el ánimo de no complacerlos en cosa alguna, solo porque ellos se lo mandan, y esto lo lleva á efecto á costa de su pellejo, mientras está en estado de sufrir, que en llegando á criar alas, levanta el vuelo, se sustrae del dominio de los que así lo han tratado, se entrega á rienda suelta á sus pasiones, y se pierde sin remedio. A estos muchachos conocen bien con el nombre de *curtidos*. ¿No es verdad? ¿No conoces algunos de los que se dice: ya este no le hace caso á los azotes, ya está *curtido*? Pues ya ves el fruto que se debe esperar de un tratamiento rigoroso con los niños, y cuán lejos está el imprudente castigo de facilitar su enseñanza. ¡Gracias á Dios que en el dia ya se va conociendo esta verdad, y se va desterrando de las clases y casas de enseñanza el rigor, el azote y la vileza, que por tanto tiempo se creyeron los medios mas pronto, eficaces y seguros para enseñar á los niños.

En verdad que estoy por convencerme, decía Matilde; pero mis tias, mi hermana y las amigas de mis

tías me dicen muy al contrario, esto es, que conviene educar á los niños muy temprano, y tratarlos con la mayor severidad, si no se crían los muchachos malcriados.

Nada mas has hecho, respondió el coronel: nada mas has hecho, que confirmar que estás preocupada en favor de la doctrina que te han inspirado tu hermana, tus tías, y otras personas y viejas tan ridículas é idiotas como ellas.

Sé que hablo contigo, que me amas, te merezco buen concepto, y al fin has de adherir á mi opinión, por eso me esplico con tanta sencillez, pero no quiero que por amor ó por respeto coincidas con mis ideas, sino persuadida por la razon, la esperiencia y la autoridad.

Por la razon debes convencerte de que los niños racionales no se deben enseñar como si no lo fueran, igualándolos al elefante, al perico, al oso, al mono, al caballo, al perro y otros brutos, á quienes tambien se enseñan muchas cosas, ó por medio de la industria tonaz, ó por el del castigo sin regla; pues vemos que los niños aprenden mil cosas muy breve, aun cuando no se emplean para ello estos dos medios destinados privativamente para los brutos.

Esto que la razon dicta, tambien lo confirma la esperiencia. Tú misma sabes cuántas monaditas enseñaste á tu hija siendo tiernecita, y aun cuando ni

sabia hablar, ni entendía mejor que ahora lo que le enseñabas; y sin embargo, admirabas la prontitud con que aprendía á hacer mil monerías, y las aprendía á hacer breve y sin que empleases para ello ninguna severidad: luego el rigor y el castigo no es el único ni el mejor medio para enseñar á los niños, pues vemos que estos aprenden sin él.

Bien está, decía Matilde; pero si mis tías dicen que no se puede menos, y que ya tardamos en enviar á la amiga á Pudenciana, porque mientras mas grande sea, mas trabajo costará que aprenda: ¿qué quieres que yo diga cuando sabes que mis tías son unas señoras muy cristianas, prudentes y sábias, y sobre todo ya tan ancianas, que es fuerza que sepan mas que yo, porque la esperiencia y el mundo que tienen las ha enseñado?

¡Valgate Dios por esperiencia, decía el coronel: ¡valgate Dios por esperiencia, por mundo y por viejas que te tienen preocupada? Yo conozco que eres dócil; pero por desgracia sorprendieron esas señoras y otras personas vulgares tu docilidad á su favor desde tus tiernos años; y te llenaron la cabeza de mil preocupaciones é impertinencias, de que no es muy fácil te desprendas.

No me admiro de que así te halla acontecido, ni eres tú sola la que caes en estos lazos. A muchas personas conozco contagiadas de esa misma peste;

pero ¿qué personas? De aquellas que se llaman gente decente, y que huyendo de ser y parecer vulgares por su nacimiento, educacion y destinos, lo son, á su pesar, por sus opiniones é ignorancia.

Ello es un mal mas comun de lo que se cree; y cuando las preocupaciones se maman con la primera leche, cuesta mucho tabajo abandonarlas: á veces se resisten á toda persuasion, y entonces la enfermedad es incurable.

Yo no desespero de curarte de esta, pues te he curado de otras necesidades que te habian inspirado las mismas maestras. Mira, hija: la primera preocupacion ó engaño en que vives, es pensar que tus tias y cuantos viejos y viejas te dicen alguna cosa, son sabios, y que en fuerza de sus años no pueden engañarte ni engañarse. Este es un error tan comun como craso.

Es verdad que los viejos son dignos de la veneracion de los mozos; y así se lo debes inspirar á tu hija, porque tal respeto es un homenaje debido á la vejez. Tambien es cierto que debemos escuchar á los ancianos con atencion, pues por lo ordinario hablan con juicio y madurez, y aun cuando carezcan de principios científicos, realzan y autorizan su conversacion con hechos indubitables de que tienen suficiente esperiencia.

Todo esto es cierto; pero no lo es menos que estas

no son reglas generales; antes bien tienen mil excepciones. Todos los dias y en todas partes vemos viejas y viejos necios, supersticiosos y embusteros.... No, decia Matilde: mis tias no son embusteras ni supersticiosas. Yo las tengo por muy buenas cristianas. ¡Ojalá fuera yo como ellas!

No te enojés, hija, respondia el coronel: yo no hablo precisamente de tus tias. Las conozco y las amo. Sé que son muy buenas señoras, y que si te han metido en la cabeza algunas vulgaridades, no ha sido por malicia, sino por falta de instruccion, pero de cualquier modo te han perjudicado.

Ya ves que para romperte la cabeza lo mismo será que te den una pedrada por dar á otro, ó que te la disparen con punteria, y el médico que desee curarte se hará cargo de la incision sin necesitar saber cómo te dieron la pedrada. ¿No es esto?

Es así, decia Matilde: ya te entendí; pero ¿á qué viene eso? A hacerte ver, respondia D. Rodrigo, que no debemos creer á puño cerrado todo cuanto nos digan todos los viejos solo porque son viejos; pues así como la verdad no pierde nada en boca de los niños, así el error y la mentira no dejan de serlo en boca de los viejos; y tales hay que sin embargo de sus canas, son harto necios, supersticiosos y embusteros, segun te acabo de decir, y como tú misma lo habrás experimentado por tus ojos. Acuérdate

cuántas veces has criticado conmigo las conversaciones de D. Tadeo y Doña Sinforosa.

Bien me acuerdo, decía Matilde; pero esos señores son insufribles. A cada paso sacan lo de su tiempo y nada de lo del nuestro les contenta. Son como aquellos que no saben alabar mas que su tierra, y apodan cuanto ven en otra. ¿Quién ha de tener paciencia para oír hablar siempre de pretinas, bigotes, guardapiés, cofias, cotillas y dengues, apocando de paso los tánicos, tápalos, mantillas y cuantos trages se usan en nuestros días? ¿Ni quien ha de creer que antes eran los hombres mas justos y las mugeres mas recatadas que hoy, como nos quiere persuadir D. Tadeo? Tú me has dicho, y yo lo creo porque me lo has hecho ver, que el mundo siempre ha sido mundo, y que desde su principio rompieron los hombres en maldades, han seguido, y no cesarán de ellas hasta que arda todo como Troya.

Tambien me has dicho que siempre ha habido hombres timoratos y mugeres arregladas: que al variar de vestir, comer, etc. se le ha llamado *moda*, y que esta variación ha sido muy continuada en las mas partes de la tierra, especialmente en la Europa.... En fin, me has dicho tanto, que ya no me acuerdo pero he quedado asegurada de que D. Tadeo es un tonto, y la buena vieja de su muger otra simple.

No me disgusta ese concepto que te has formado

de ellos, decía el coronel: porque el hombre ó muger que por capricho, pasion ó ignorancia pretende que le crean un absurdo sobre su palabra, merece que le tengan por un tonto.

Pero dime: ¿qué juicio has formado del maestro barbero de casa? Este á lo menos no te deberá tan mal concepto.

¿Cómo no? decía Matilde, riendo de muy buena gana. Ese pobre abuelo me debe peor concepto: porque no solo lo tengo por tonto, sino por mentirosó. ¡Jesus, qué hombre! no tiene palabra de verdad, y luego cuenta unos cuentos y unas mentiras impasables —Pero eso lo cuenta por divertirnos.— ¿Qué por divertirnos! ¿no ves qué formal se pone, y cómo se enoja cuando le digo que es mentira lo que me cuenta y que no lo creo? Pues una vez que se incomoda porque no lo creo, es prueba de que quiere que trague sus mentiras por verdades. Yo ya ni le contesto: me enfada mucho un viejo majadero.

¡Ah! conque tu conoces algunos viejos tontos y majaderos cuyas conversaciones te disgustan y cuyas patrañas te enfadan? decía D. Rodrigo prosiguiendo. Despues de todo, hija, tú tienes razon. ¿Qué dijeras si supieras que el mismo Dios por el Eclesiástico nos dice que tres cosas abomina y detesta de todo corazon, á saber: El pobre soberbio, el rico embustero y el viejo fatuo é insensato?

Conque ya estamos en que hay viejos tontos, maderos y viciosos. Ahora ¿en qué piensas consiste que haya tal clase de viejos, que no son muy pocos? No sé, decía Matilde.—Pues sábete que no consiste en otra cosa, sino en que de mozos no cultivaron ni la ciencia ni la virtud. Cuando jóvenes despreciaron los libros, mofaron á los sabios, huyeron de los arreglados y timoratos; y así por necesaria consecuencia, cuando viejos, unos son unas máquinas semovientes, y otros (estos son los peores) sobre necios son unos viejos escandalosos y detestables, que tienen que sufrir infinitos desprecios y burlas. ¡Justo castigo de su pereza y abandono! porque lo que se siembra en la mocedad, eso se cosecha en la vejez, y esta suerte corren las mugeres lo mismo que los hombres.

Todo está muy bueno, decía Matilde: estoy convencida de esas verdades; pero ¿á qué ha venido toda esta charla? Comenzamos por los niños, y hemos acabado por los viejos.

Esto es lo que sucede diariamente en las conversaciones familiares, decía D. Rodrigo: se comienzan por una cosa y acaban por otra muy distinta; pero yo ahora no he perdido de vista el asunto principal de la nuestra. Cuanto hemos hablado se ordena á enseñarte que así como hay viejos sabios hay viejos ig-

norantes; pues nadie adquiere talento, virtud ni erudición solo por haber nacido antes que otros.

¿Eso quién te lo niega? decía Matilde. Ya sabemos que el que de mozo no se instruyó, de viejo será un necio como un cualquiera, sin que sus años le sirvan de otra cosa que de acusarlo de su inaplicación ó pereza.

Pues me alegro de que te halles penetrada de estas verdades, decía D. Rodrigo: y segun ellas, desde luego no creerás cuanto te han contado ni te cuentan tus tías, solo porque son viejas: porque no debemos cultivar nuestro entendimiento á sola la autoridad, si no hallamos apoyo en la razon ó en la esperiencia. Solo en materias de fé no cabe esta regla, pues debemos sujetar el juicio á la revelacion, de que tenemos noticia por una tradicion antigua é inalterable: circunstancia que aun segun el criterio humano, apoya con mucha solidez la verdad de nuestra religion. Quizá otra vez te hablaré de esto con mas despacio. Por ahora repito, que solo en materias de fé hemos de creer con sujecion á la autoridad; pero en materias humanas somos libres para examinar si puede una cosa ser verdad ó no, sin miramiento alguno á la persona que lo dijo; y cuando la razon ó la esperiencia nos persuadan que es falso lo que nos han dicho, no solo podemos, sino que de-

803211

bemos despreciarlo, sea cual fuere el autor de la tal patraña.

Mas cuando la cosa que nos dicen se halla, ademas de confirmada por la razon y la esperiencia, recomendada por la autoridad de los sabios, entonces seremos insensatos ó locos si queremos resistirnos á su creencia. Por ejemplo: si yo quisiera persuadirte de que no se debe castigar á los niños con dureza, con venganza ni frecuencia, porque tal modo solo sirve de hacerlos estúpidos, sinvergüenzas é incorregibles: y esto quisiera yo que lo creyeras solo porque soy coronel y tu marido, sin darte otra razon, seria una necedad mia, y tu no deberias creerme, si tenias otras ideas que te convencieseran de lo contrario; pero si despues de haberte señalado la causa de lo que te digo por la razon y por la esperiencia, añadiera las autoridades de un Ciceron, de un S. Gerónimo, de un Blanchard, de un Fenclon y de otros varios, que van conformes con que el tratar á los niños con una imprudente severidad no solo es inútil, sino pernicioso; en este caso, digo, ya no tienes ningun fundamento para dudar de mi opinion porque la ves corroborada por la razon, la esperiencia y la autoridad. Entonces ya me debes creer, y abandonar como boberias las máximas de tus venerables tias, reirte de los refranes vulgares, estar entendida de que ni la letra, ni la labor ni nada entran con rigor, mejor que con la

suavidad y el cariño, del que se debe usar mas liberalmente con las niñas, en atencion á su complecion mas delicada, á su pudor y timidez. Y descansando en estos racionales sentimientos, procurarás desde luego educar á Pudenciana segun mi modo, sin sujetarse á otro alguno contrario. ¿Qué te parece? ¿á esto á venido toda la conversacion de los niños y los viejos: ¿qué dices?

¿Qué he decir, contestaba Matilde, sino que estoy perfectamente convencida de cuanto dices? La verdad tiene un poder irresistible. Desde hoy escucharé á mis tias y á las que no sean mis tias con mas cuidado: reflexionaré en lo que me cuenten: haré lugar á la razon con imparcialidad: y si ella se declarar en su contra, despreciaré sus cuentos, me reiré de ellos, y no los creeré aunque sus autores tengan mas canas que cabellos. Pero hablando de aquellos muchachos duros y sinvergüenzas para quienes son inútiles los consejos, y acaso pernicioso el castigo, dime ¿qué se debe hacer con ellos? ¿Se han de dejar impunes sus delitos? ¿Se han de dejar perder porque no les aprovecha el castigo?

No se puede aconsejar tal cosa, decia el coronel. Yo bien sé que hay muchachos que desprecian los buenos ejemplos y consejos, se burlan de las amenazas y se obstinan con el castigo. ¡Infelices! Para estos ninguna educacion es buena por prudente y

eficaz que sea. En tal caso, á mi parecer, lo mejor es separarse de ellos. Si son hombres, ponerlos, al servicio del rey, pues en la tropa si no adquieren luces ni virtud, serán menos viciosos públicos cuando no por voluntad, por el temor de las penas que prescriben las ordenanzas contra los que faltan á la subordinacion debida á los que los mandan; y si son mugeres, recluirlas en un colegio ó monasterio en la clase que se pueda segun las proporciones de los padres, esto es, como niñas ó sirvientas, pues á lo menos, cuando el ejemplo bueno no las corrija, la ninguna libertad, la continua ocupacion, acaso gastarán algun tanto su inclinacion perversa.

Yo aquí propongo unos remedios que no apruebo como seguros, sino solamente paliativos para entretenir el mal, y como suele decirse, por si pegan, pues un muchacho ó muchacha de maldita inclinacion, solo por una rara casualidad puede corregirse. Lo frecuente es que se estravian y se pierden de dia en dia. Si los padres han hecho lo que deben por su bien, deben desechar los escrúpulos, abandonarlos, y pedir á Dios por ellos.

Lástima me dan, decia Matilde, semejantes hijos, y mas sus infelices padres, pero creo quanto me dices. He conocido algunos que me aseguran del juicio con que hablas, y por lo mismo siempre que me convenzas como ahora, yo te creeré sin repugnancia.

Esa doilidad de carácter que tienes, decia el coronel, es una señal segura de talento. Tú no sabrás lo que no te enseñaren; pero ten cuidado de no olvidar estas lecciones para que las ejercites con fruto en la educacion de nuestra hija.

Tales eran las conversaciones de estos dos consortes, y yo, aunque muchacho, me engolosinaba en oírlos, y ellos no se recataban de mí para hablar de semejantes asuntos: me amaban como hijo y yo amaba á su niña como si fuera mi hermana.

CAPITULO III.

En que se refieren otros pormenores de la educacion de las niñas Pomposa y Pudenciana.

CADA instante tenia yo con que divertirme y que notar en la diferencia de dos educaciones dadas á un tiempo, en una misma casa, y á dos niñas iguales en edad y parentesco. Escribir todo quanto advertí, seria un trabajo demasiado prolijo y fastidioso; á mas de que es imposible acordarme de quanto pasó entonces para contarlo ahora con la misma exactitud; y así nos habremos de contentar con referir lo que me pareció mas notable, y por lo mismo aun lo conservo en la memoria.

Cada familia de estas dos gobernaba su casa y educaba á sus hijos á su modo. La niña Pomposita fué enviada á la amiga bien temprano, segun se dijo, y

eficaz que sea. En tal caso, á mi parecer, lo mejor es separarse de ellos. Si son hombres, ponerlos, al servicio del rey, pues en la tropa si no adquieren luces ni virtud, serán menos viciosos públicos cuando no por voluntad, por el temor de las penas que prescriben las ordenanzas contra los que faltan á la subordinacion debida á los que los mandan; y si son mugeres, recluirlas en un colegio ó monasterio en la clase que se pueda segun las proporciones de los padres, esto es, como niñas ó sirvientas, pues á lo menos, cuando el ejemplo bueno no las corrija, la ninguna libertad, la continua ocupacion, acaso gastarán algun tanto su inclinacion perversa.

Yo aquí propongo unos remedios que no apruebo como seguros, sino solamente paliativos para entretenir el mal, y como suele decirse, por si pegan, pues un muchacho ó muchacha de maldita inclinacion, solo por una rara casualidad puede corregirse. Lo frecuente es que se estravian y se pierden de dia en dia. Si los padres han hecho lo que deben por su bien, deben desechar los escrúpulos, abandonarlos, y pedir á Dios por ellos.

Lástima me dan, decia Matilde, semejantes hijos, y mas sus infelices padres, pero creo quanto me dices. He conocido algunos que me aseguran del juicio con que hablas, y por lo mismo siempre que me convenzas como ahora, yo te creeré sin repugnancia.

Esa doilidad de carácter que tienes, decia el coronel, es una señal segura de talento. Tú no sabrás lo que no te enseñaren; pero ten cuidado de no olvidar estas lecciones para que las ejerectes con fruto en la educacion de nuestra hija.

Tales eran las conversaciones de estos dos consortes, y yo, aunque muchacho, me engolosinaba en oírlos, y ellos no se recataban de mí para hablar de semejantes asuntos: me amaban como hijo y yo amaba á su niña como si fuera mi hermana.

CAPITULO III.

En que se refieren otros pormenores de la educacion de las niñas Pomposa y Pudenciana.

CADA instante tenia yo con que divertirme y que notar en la diferencia de dos educaciones dadas á un tiempo, en una misma casa, y á dos niñas iguales en edad y parentesco. Escribir todo quanto advertí, sería un trabajo demasiado prolijo y fastidioso; á mas de que es imposible acordarme de quanto pasó entonces para contarlo ahora con la misma exactitud; y así nos habremos de contentar con referir lo que me pareció mas notable, y por lo mismo aun lo conservo en la memoria.

Cada familia de estas dos gobernaba su casa y educaba á sus hijos á su modo. La niña Pomposita fué enviada á la amiga bien temprano, segun se dijo, y

la niña Pudenciana permaneció en su casa hasta los cinco años cumplidos, en cuyo tiempo la puso el coronel al cuidado de una señora que unía á sus fines principios un talento no vulgar, una virtud sólida y un carácter propio para aya ó maestra de niñas.

Tenía pocas, porque sabía que el cuidado repartido entre muchos discípulos ó educandos, tocábales á nada; y vale mas educar y enseñar bien á diez, que mal á veinte. Con esta bella máxima estaba en continua observacion sobre sus pocas discípulas, y no les perdía movimiento, cuya eficacia era causa de que ellas le tuvieran mucho respeto y cometieran menos faltas.

Para enseñarlas, jamas empleaba el rigor ni la dureza. Su carácter entre serio y afable era propísimo para inspirarles amor, confianza y respeto. Las niñas tratadas con método tan suave, pocas veces dejaban de corresponder á los deseos de esta buena señora, quien no las hacía estar sentadas muchas horas sino en castigo de su pereza, y esto no siempre. Por ejemplo, decía á las niñas. En cuanto sepan la leccion ó acaben su labor, se van á jugar hasta que sea hora de rezar. Con esto se apuraban las niñas para concluir su tarea, para disfrutar cuanto antes del asueto, y la que no se aplicaba, tenía que estar-se sentada con la maestra hasta que aprendía la leccion.

Ya se deja entender por este castigo, que allí no se conocía el azote ni la palmeta para nada; mucho menos había la pésima costumbre de picar á las niñas con las agujas ni lastimarlas con el dedal cuando por falta de aplicacion ó de talento no hacían bien la labor. El estilo serio enojado que la maestra usaba con las desaplicadas en este caso, era un castigo suficiente y las mas veces eficaz para las niñas, pues no estaban acostumbradas sino á ser tratadas con dulzura.

Otra máxima recomendable observaba, que debería admitirse en las amigas por todas las maestras, y era no recibir niños en su escuela; porque decía que tenía mucha esperiencia de las malas resultas que trae la mezcla de los dos sexos, aun en los tiernos años; que había advertido por esta causa hechos maliciosos en criaturas de cinco y seis años, que contados se harian increíbles para los que no conocen la depravacion de nuestra naturaleza espoleada con el mal ejemplo; y por último, decía que las maestras que tienen esta mezcla, deben ser demasiado vigilantes y prevenidas, porque tienen sobre sí una responsabilidad muy grave; lo mismo que los padres que advertidos de estos inconvenientes envían á sus hijos á semejantes casas, especialmente á las niñas, en cuya educacion ningun pudor es nimio.

Tal era la conducta y modo de pensar de la maes-

tra á cuyo cuidado fió el coronel la enseñanza de su hija Pudenciana.

Fácil es concebir el trabajo que le costaría hallarla, porque de estas maestras no hay abundancia. Pero ¿qué trabajo no se debe emprender para que se eduquen los hijos dignamente?

Se ha dicho que Doña Matilde era una buena casada, y por lo mismo jamás se oponía á la voluntad declarada de su esposo. Sin embargo, no le pareció muy bien que se pusiera tan tarde á su hija á la amiga, y no dejaba de darle sus piquetitos.

Me acuerdo que un día le dijo: ¡Si vieras qué gracias de Pomposita! ya sabe leer muy bien y la doctrina que es un portento. ¡Ya se vé! como fué á la amiga á buen tiempo. ... Si mi hija hubiera ido entonces, ya sabría tanto ó mas; pero tú eres su padre, y sabes lo que haces.

El coronel la entendió, y sonriéndose le dijo: ¿Qué cándida eres, hija! ¿Qué engañada estás! ¿Conque piensas que porque tu sobrina está dos ó tres años hace en la amiga antes que tu hija, sabe mucho y lo sabe bien? ¿Crees que nuestra Pudenciana ha perdido el tiempo y no sabe nada? Pues te engañas. ¿Qué dijeras si yo te probara que tu sobrina no ha aprovechado cosa, y que en puntos de doctrina, tu hija sabe mas que ella, aunque la otra sabe de memoria el ca-

tecismo del padre Ripalda de principio á fin, y tu hija no?

Yo me sorprendería, decía Matilde, porque no concibo cómo una niña que á estado en la amiga tres años hace, sepa menos que otra que lleva ocho días de escuela.

Pues no es un arcano, respondió el coronel: lo que no se aprende bien, nunca se sabe bien, y mas vale ignorar una cosa del todo, que saberla mal; porque el que aprende mal, tiene dos trabajos cuando quiere aprender bien: uno es saber bien lo que le enseñan, y otro olvidar lo que aprendió mal, esto cuesta mucho trabajo, pues lo que se imprime primero, especialmente en la niñez, con dificultad se olvida.

Conforme á estos principios inconcusos, ya verás que poco ó nada sabe tu sobrina, y que ningunas ventajas lleva á tu hija, pues esta dentro de un año ó menos sabrá leer bien, y aquella jamás, si no olvida antes leer mal, lo que es tan difícil como pesado porque se dobla el trabajo.

Por lo que toca á la doctrina cristiana, ya desde ahora sabe mas Pudenciana que Pomposita. Es verdad que aquella sabe el catecismo de memoria; pero no lo entiende, y nuestra hija tiene ideas mas perfectas y mejor concebidas de su religion, aunque nada sabe como el loro. ¿No le has preguntado quién es Dios? ¿Y cuáles son sus atributos? ¿Dónde está?

¿Qué le debe? ¿Quién es ella? ¿Y en qué se diferencia del pájaro, del perro y de otro cualquier bruto?

En verdad, dijo Matilde, que no he tenido esa curiosidad, sin embargo de que te he visto algunas veces divertido en enseñarla: pero como estoy satisfecha de que ni sabe leer ni va á la amiga á oír rezar pensé que no podía aprender muy fácilmente nada de esto.

Pues te has engañado medio á medio, dijo el coronel: Pudenciana me ha entendido, porque yo me he sabido dar á entender con ella, usando voces, frases y comparaciones propias y perceptibles á su edad... Mas ella viene: quiero que te desengañe. Ven acá, mi alma, oye: dice tu mamá que piensa que no sabes la doctrina, ó que se te ha olvidado, y para que lo crea dile quién es Dios.

La Santísima Trinidad, dijo la niña, y la Santísima Trinidad se llama Padre, Hijo y Espíritu Santo, que aunque son tres personas, no son mas que un Dios, y este Dios es un Señor muy santo muy bueno, muy lindo, y...

Si, sí, dijo su padre interrumpiéndola; pero tu mamá quiere que le expliques cómo es eso de que la Santísima Trinidad es un solo Dios, aunque tiene tres personas.—¿Pues no me has dicho, papá, que así como tu casaca tiene dos mangas y el cuerpo, y no son tres casacas sino una no mas, porque las tres

cosas distintas, todas son de un mismo paño, y tienen un mismo uso y un mismo tiempo, á este modo puedo medio entender que aunque en la Santísima Trinidad hay tres personas distintas, no son mas que un solo Dios, porque todas son de un mismo tiempo, de una misma voluntad y de una misma esencia, así como las piezas de tu casaca son distintas, pero iguales en el paño? ¿No me has dicho esto, papá?—Sí, hija, eso te he dicho, y me has entendido bien. Mas ahora dime. ¿Qué cosa es Dios, que por otro nombre se llama Santísima Trinidad?

¿Ya no dije, papá, respondía la niña, que es Dios un Señor muy bueno muy poderoso, muy sabio y muy lindo?—¿Y de qué tamaño es Dios?—¡Oh! tú me has dicho que no tiene medida, que en todas partes está, que todo lo llena, y que es así como la luz que lo llena todo, y que el cielo y el mundo, y yo y todos estamos como dentro de Dios, así como estamos dentro de la luz. Pues dime, seguía su padre, ¿aquí cuántos estamos? Cuatro, decía la niña, Dios, mamá, tú y yo (1).

(1) Cuando Diderot no deliraba en asuntos de religión, decía: "Si yo educara á un niño, le daría infinitas señales indicativas de la presencia de la Divinidad: si hubiera una tertulia en mi casa, lo acostumbraría que dijese siempre: estamos cuatro: Dios, mi amigo, mi director y yo." De es-

Hizole un cariño su papá, la despidió á jugar, y di-
jo á Matilde: Yo no he querido mortificarla con ha-
cerle responder cuanto sabe, porque no le sean fas-
tidiosas estas materias; pero por lo que has oído co-
noceras si es imposible ir instruyendo á una niña de
cinco años en su religion, haciéndosela conocer por
principios. De este modo cuando llegue el caso de
ponerles el catecismo en lo mano, lo leerán con gus-
to, porque entenderán lo que leen.

No así aquellas pobres criaturas que no teniendo
mejor maestro que el catecismo, lo devoran de me-
moría sin entender una palabra de cuanto les hacen
aprender. Todo el empeño de las personas que las
instruyen, si esto merece llamarse instruccion, con-
siste en que digan seis ó siete declaraciones sin tur-
barse, y se dan con esto por muy satisfechas. De ca-
mino hacen otroz daños, y es celebrar la gran me-
moría y comprension de las criaturas que las rezan,
con lo que estas creen que saben mucho y que en-
tenden la doctrina como el que mas: se llenan de
vanidad, y esta vanidad, crece con ellas, y como hi-
ja de la soberbia é ignorancia, no las deja ni dudar
que no entienden lo que dicen. El menor daño que
se sigue de esto, es que cuando grandes, si son ma-

*tas máximas se valió el coronel, y se pueden valer otros pa-
dres de familia para el mismo fin.*

dres, se contentan con que sus hijos sepan lo mismo
que ellas supieron, esto es, quince ó veinte hojitas
del catecismo conciliar de memoria, pero ninguna
inteligencia.

Cansado estoy de oír algunas criaturas responder
de memoria ligerísimamente á algunas preguntas
del catecismo, como lo podría hacer el perico. Por
ejemplo, si se les pregunta: *¿Quién está en el Santísi-
mo Sacramento del altar?* responderán con mucha satis-
faccion: *Jesucristo nuestro Señor en cuerpo y alma glorio-
sa, así como está en el cielo, tanto está en la hostia como en
el cáliz, y en cualquiera particula.* Muy bien respuesto
pero ¿está igualmente bien entendida la respuesta?
Nada menos. Pregúntales: *¿Quién es ese Jesucristo?*
¿Qué cosa es cuerpo? *¿Cuál es alma?* *¿Qué en-
tenden por gloria?* *por particula, &c.?* y las verás en-
mudecer.

Esto es una lástima. Son muy funestas las conse-
cuencias que se siguen de esta clase de enseñanza.
Dentro de México y en todas partes se ven cada día
personas ignorantísimas de su religion, que abrigan
las ideas mas erróneas acerca de ella.

¿Y diremos que esta ignorancia solo se advierte
en la infima plebe, gentes ordinarias y sin ningunos
principios de educacion? No, hija: yo te hablo con
esperiencia, y te aseguro que no son pocos los decen-

tes infatuados y llenos de errores en materias de religion.

Si esto no fuera, no hubiera tanta corrupcion de costumbres como hay: porque el que ignora quien es Dios, cuál su bondad y poder, qué cosa es el espíritu, cuál y qué justa es la fuerza de la ley, y todo lo demas que tiene la religion de conducente á la moderacion de las pasiones, al deseo del bien y aborrecimiento del mal, no es mucho que obre casi siempre con un error culpable. cuando no sea con una obstinada malicia. En fin, el que sabe su religion fundamentalmente, tiene mucho freno para sujetar sus desordenados movimientos, bastante motivo para reconocer al Criador, y poderosos auxilios para volver al camino de la verdad, aun quando se haya extraviado de él.

Pero el tonto, el ignorante, el que no sabe de su religion sino lo que dice el catecismo sin entenderlo, tiene quanto el diablo ha menester para extraviarlo y que se quede así hasta la muerte. Acaso no hubiera habido tanto herege, si no hubiera habido tanto ignorante de su religion católica; pero como han carecido de sus principios, y han desconocido sus apoyos, fundamentos y solidez, han sido demasiado fáciles en abrazar aquellos errores con que una nueva secta lisonjeaba sus pasiones con una libertad criminal. Mahoma era un ignorante audaz; pe-

ANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS





ro conociendo el natural apetito de los hombres al libertinage, y su torpe ignorancia en asuntos de religion, se valió de esta misma ignorancia y corrompido deseo, permitiendo á sus sectarios la poligamia ó el uso ilimitado de mugeres.

Con mas finura y sutileza hicieron lo mismo Lutero, Calvino, Voltaire, Rousseau, Diderot, y otros que escribieron llenos de contradicciones, y quizá ó sin quizá, contra lo mismo que sentian en el fondo de sus corazones, para sostener sus opiniones y hacerse singulares (1); pero siempre sin perder de vista el lisongear el desarreglado apetito de los hombres hacia la libertad ó llámese mejor libertinage.

Una chusma de ignorantes fué la primera que los siguió y fertilizó su zizaña; pero ¡quién seguirá los pasos de un ciego, sino el que carezca de ojos!

Por todo lo dicho conocerás cuánta diligencia y cuidado se debe poner en instruir á los niños en su religion por principios, y qué poca confianza se debe tener de que la entiendan aquellos que solo saben de memoria sus principales misterios.

Quizá no será esta la última vez que te hable sobre

(1) Léanse las *Hébricas* ó *cartas filosóficas* traducidas del francés por D. Claudio Vial, donde se verán las enormes contradicciones, en que incurrieron muchos de estos filósofos en materias de religion.

puntos tan interesantes, y en otra te haré ver... ¿qué digo? te demostraré hasta la evidencia que el desacato, el fanatismo y la supersticion que se nota entre los cristianos, y por cuyos vicios nos ridiculizan los hereges, no tienen otro origen que la ignorancia de nuestra religion: ignorancia que no sería tanta ó ninguna, si los padres y madres por sí, ó por personas sábias, procuraran instruir á sus hijos radicalmente en materia tan importante, como lo hago yo con Pudenciana, sin contentarme con que aprenda el catecismo de memoria sin entenderlo, como tu sobrina, á quien me parece que envidias.

En verdad que yo la envidiaba, decia Matilde, porque estaba entendida de que sabia leer y la doctrina. ¡Ya se vé! yo ignoraba todo lo que me acabas de decir; pero en efecto dices bien. De nada sirve saber las cosas mal: esto es lo mismo que no saber nada, ó algo peor, segun me esplicas.

Me acuerdo que ya hace como un año ó mas, presencié un lancecillo que le pasó á Eufrosina con su hija, que si á mí me hubiera sucedido me habria corrido demasiado.

Pues mira tú, que estaban de visita en su casa dos clérigos, un padre franciscano y otros señores, y mi hermana estuvo alabando mucho á su hija de que sabia toda la doctrina. El padre franciscano que desde luego pensaba como tú, despues de haberle oído

rezar todos los artículos sin turbarse, le preguntó: ¿Quién es Dios? A lo que Pomposita respondió muy aprisa, y el religioso con mucha fiema la volvió á preguntar: ¿Conque el Padre es Dios?—Si es.—¿El Hijo es Dios?—Si es.—¿El Espíritu Santo es Dios?—Si es.—¿Son tres dioses?—No, sino uno esencia y trino en personas.—Muy bien, decia el religioso: ¿el señor es padre? ¿Y el señor? señalando á los clérigos. Si son, respondia la niña.—¿Y yo soy padre?—Tambien.—¿Y cuántos padres hay?—Tres.—¿Pues cómo está eso de que el Padre es Dios, el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios, y no son tres dioses? Vaya, á ver cómo lo entiendes.

Pomposita, atacada con la comparacion enmudeció, y de cuando en cuando miraba á su madre como diciéndole que respondiera; pero Eufrosina callaba y se ponía colorada. El padre franciscano, para rematar el cuento, preguntó á Pomposita: ¿luego obligados estamos á saber y entender todo esto? Si estamos, respondió la niña: porque no lo podemos cumplir sin entenderlo. Considera tú el café (1) que tomaria Eufrosina con semejante reprension.

(1) Frase comun en México, con que hablando familiarmente, se da á entender que alguna persona se avergüenza ó incomoda. Suele decirse café con moscas, y así se entiende mejor.

Es preciso confesar, dijo el coronel, que el buen religioso se olvidó en aquel lance de las reglas de la prudencia y urbanidad. Cuando se examina á alguna criatura, es menester considerar su edad, su estudio y sus potencias; y no hacerles jamas unas preguntas y argumentos que sean superiores á sus luces.

La retorsion que le hizo á nuestra sobrina, era demasiado fuerte para ella, y no fue mucho que no la respondiera. Hay algunos genios tan pedantes, que así arguyen á las mugeros, á los niños y á los legos, como pudieran á un sustentante al pié de la cátedra. Sus preguntas mas se dirigen á confundirlos que á instruirlos ó hacerlos lucir. ¡Entendimientos flacos y cobardes, que se lisonjean con tan pequeños triunfos!

Si la niña le hubiera dicho: hay tanta desproporcion y diferencia de la comparacion que usted me pone con el objeto que yo esplico, ó con la Trinidad que creo, cuanta hay del ser al no ser, y del finito al infinito. Yo creo que en Dios hay tres personas y una esencia, y lo creo firmemente porque la fé me lo enseña, aunque no lo comprendo ni trato de comprenderlo, pues sé que Dios es incomprendible á toda pura criatura inteligente; y siendo un ser infinito, solo un entendimiento infinito puede comprenderlo: no habiendo otro entendimiento infinito mas que el suyo, se sigue que solo Dios se comprende

perfectamente, solo Dios sabe quién es Dios hasta donde se puede saber.

Ninguna pura criatura, por santa, por sábia y por favorecida que sea del Criador, alcanzará jamas á definir la esencia divina ni á comprender el misterio inefable de la Trinidad. ¿Óómo quiere usted que yo lo esplice dignamente? Usted mismo con su boria y teologia, ¿qué digo yo usted mismo? Santo Tomás, S. Agustín, S. Gregorio, el eximio Suarez, y cuantos teólogos profundísimos ha respetado el mundo, no explicaron jamas este misterio con tal claridad que convenciera el entendimiento sin el auxilio de la fé. S. Francisco de Sales decia, hablando con Dios: *Señor, vos seríate muy pequeño si pudíate ser comprendido por un entendimiento tan pequeño como el nuestro.*

Pero de que este misterio sea incomprendible, no puede seguirse que no ecsiste. Semejante ilacion seria el mas estravagante disparate. De que no conozcamos ó no entendamos una cosa, no se deduce que la cosa no sea tal como en si es. ¿Cuántas cosas tienen los hombres en las manos, y no saben lo que son? La electricidad, la atraccion del Norte al iman, la del iman al acero, la del azabache á la paja, etc. etc. las ven los hombres, habian, disputan de ellas, advierten sus efectos, se valen de estos, y sin embargo de ser objetos materiales, no los compren-

den. Todos sus adelantos en esta parte se han quedado hoy en argumentos, sistemas, opiniones y teorías.

¿Pero qué más? No podemos dudar que tenemos dentro de nosotros un espíritu, ó llámese alma ó lo que se quiera, superior á nuestra materia, una facultad intelectual que no goza la planta, la piedra ni el bruto; que se mueve y vive á nuestro igual; y sin embargo, ¿quién sabe lo que es esta alma? ¿Quién explica el mecanismo de sus funciones? ¿Quién sabe cómo piensa? ¿Quién entiende bien los fenómenos del sueño? ¿Quién define la causa del trastorno de un loco?... Mas ¿para qué es cansarse! ¿Quién es el hombre que se conoce perfectamente? Nadie. Pres si el hombre no sabe quién es el hombre, ¿cómo tendrá osadía para desafiar á Dios, rastrear sus misterios, ni analizar sus perfecciones?

Si mi sobrina hubiera respondido de esta manera al padre, hubiera quedado bien; pero sería una simpleza esperar semejante respuesta de una niña de cinco ó seis años.

Lo malo que hubo en esto fué la indiscreta confianza de la madre, que aseguró sabía bien la doctrina, cuando no sabe sino el catecismo de memoria.

Es verdad que no todos debemos entender los misterios de la fé como los teólogos; pero todos debemos entenderlos lo mejor que podamos; y no con-

tentarnos con retener palabras de memoria. En fin no lo estamos obligados á ser teólogos; pero todos lo estamos á ser buenos cristianos, lo que no puede ser sino entendiendo la religion de Jesucristo y sus principales misterios conforme nuestra capacidad, y con arreglo á lo establecido por la santa Iglesia.

Cada conversacion de estas era una leccion oportuna que el coroneel daba á su esposa; y como la daba con tan buen modo, jamas dejaba de coger el fruto que queria. ¿Qué diferente es el estilo de aquellos que quieren corregir ó quizá enseñar á sus mugeres con dureza é ignorancia! Tal modo es mas propio para embrutecer que para instruir. Con un estilo tan soez, las mugeres se obstinan, no se corrigen, aborrecen á los hombres, y como se resfría cuando no se apaga su amor, ni se aficionan á sus máximas, ni oyen lo que se les dice, ni hacen lo que se quiere que hagan. ¡Cuánto vale la prudencia en los maridos! Pasemos á otra cosa.

Doña Eufrosina, ó llámese la Langurato, (para ir con la moda de nombrar á las mugeres por el apellido de sus maridos) no se embarazó con su hija Pomposa para pasear á su gusto, pues la puso á la amiga antes de tiempo segun se ha dicho, con lo que logró que se debilitara un poco mas su salud, y que aprendiera algunas malas mañas de las otras muchachas; aunque no necesitaba de estas maestras, pues las te-

nia de sobra con su mamá y las criadas de su casa, que la mal enseñaban con primor.

Continuamente estaban componiendo á la niña y este nombre *moda* era pronunciado por ella á los cinco años con demasiado gusto é inteligencia. Todo lo que no era de moda lo despreciaba; y todo lo que sabía que se usaba, era para ella su idolo favorito.

Era cosa admirable oír la reñir con el zapatero ó el sastré cuando no le traían una cosa á su gusto. "Maestro, solía decir al zapatero, ¡qué zapatos tan feos! no me cuadran, son de vieja; yo los quiero de moda, no como estas figuras."

Por desgracia jamas faltaban aduladores de la madre, criadas de casa, viejas parientas ó paniaguadas que alababan el necio proceder de la niña. Unos decían: bien haya la señorita que no es tonta. Otros: ¡qué viva est' todita á su mamá. Otros: Dios la guarde. Y todos á porfía apoyaban y celebraban su necedad, soberbia y mala crianza.

La madre, que ó no entendía ó afectaba no entender el idioma de la adulacion, se ponía mas esponjada que huajolote (1), al escuchar las indignas alabanzas tributadas al orgullo y tontera de su hija, y esta se hinchaba como zapo advirtiendo sus elogios.

La educacion que Eufrosina le daba en orden á los

[1] Pavo americano.

criados, no era menos ridícula y reprehensible; porque despues que permitia á la niña estar en la cocina, y tratar á las criadas con la mayor familiaridad, les reñía altamente al menor descuido de atencion que observaba usaban con su hija, como por ejemplo: llevar la mancerina sin servilleta, el vaso del agua no muy limpio, y cosas á este modo. Entonces habia en casa riña segura. ¿Cómo es esto, (decía la señora): atrevida grosera, que traes á la niña el chocolate sin servilleta? ¿No ves que es tu ama? ¿Has pensado que es otra como tú? Cuidado con tratar á la niña con tan poco respeto, porque te mudarás normala de mi casa.

La tal niña que advertía esto muy bien, concebía el grado de superioridad en que se hallaba respecto de las criadas, y dando rienda á toda la soberbia que le inspiraba su mamá, ya despues no las trataba como sirvientas sino como esclavas (1), es decir, punto menos que bestias. ¡Infeliz de la criada que tenia el mas mínimo descuido con ella á la edad de siete años, porque despues de tirarle con el trasto, la llenaba de improperios, y esto aunque fuera la criada ó criado un viejo ó una vieja! Ella no miraba edades

(1) *Muy mal hacen los que tratan á sus esclavos tiranamente. Es menester no olvidar que los esclavos y criados á salario son hijos de Dios y semejantes nuestros.*

sino situaciones; y como la suya era superior, dominaba la de sus domésticos á su autojo, y mucho mas contando, como siempre contaba, con la aprobacion de su necia madre.

Ya se deja entender que á todos los criados tuteaba aunque tuviesen la cabeza mas blanca que la pita de maguery; pero en medio de esta ridicula soberania, pecaba la madre por el extremo opuesto permitiéndole la mayor familiaridad con ellos.

A la hora de siesta se acostaba á dormir y entre tanto la niña se iba á la cocina, y entonces lejos de la mamá, no solo era una con las criadas, sino que les sufría mil llanzas que usaban con ella, á terias de melcocha, orejones, (1) calabaza cocida, y otras golosinas, que por ordinarias no se ponian en la mesa, y á la niña cogian en deseo, y provocaban su apetito por la privacion en que sus padres la tenian de ellas.

Cuando estaban ama y mozas comiendo en buena paz y compañía, solian decirle estas: niña, ¿por qué es usted tan perra y tan soberbia? ¿Por qué nos trata tan mal delante de la señora? Y entonces la niña obligada por la melcocha, ó lo que es mas seguro, por la verdad, les decia: "Pues de fuerza he de enojarme y os he de tratar así: ¿acaso mi mamá os trata de mejor modo? Ella me dice que os acuse, que

(1) Ruedas de manzana pasadas al sol.

os riña y que no me deje, pues yo soy ama en esta casa, y vosotras sois mis criadas, y estais atenedas á comer de nuestras sobras, y por lo mismo nos habeis de tratar con el mayor respeto, y cuando no lo hicieris os echarán noramala de casa." Ya se ve que la niña hablaba la verdad; su madre así lo decia, y estas seguramente son unas máximas bellisimas y oportunas para educar á las niñas soberbias, malcriadas y odiosas para aquellos que tienen la desgracia de servirlos.

Algunas noches que por fuerza la señora estaba en casa, y solia el señor no estar en ella, era la niña enviada á la cocina por órden de su mamá, mientras trataba algunos asuntos importantes con personas que no podian tratarlos francamente á su presencia.

En estas ocasiones, viejas y muchachas sirvientas, para entreteuer el sueño, se ponian á contar cuentos ó consejas á la niña. ¿Y qué cuentos eran estos? ¡Frierolera! cosas importantisimas y dignas de que las supiera una niña decente y que no se queria contar en el número del vulgo. En estas conversaciones andaban á millares los encantamientos, espantos de muertos, apariciones de diablos, milagros apócrifos, males de ojo, dinero enterrado, hechicerias, brujas, amuletos, talismanes (1) y trescientas mil soflamas

(1) Talismanes: figuras hechas de algun metal ó gra-

y embustes, cuyas resultas son harto perniciosas en la edad madura, pues lo que en la niñez se aprende como verdad infalible, con dificultad se deserece en la vejez; y de aquí viene hallar tantos viejos tontos y majaderos que en su vida han visto un diablo, un muerto, una bruja, un hechicero, ni han experimentado un milagro verdadero, ni se han hallado un real enterrado, y sin embargo, defienden á puño cerrado estas cosas, y aun las confirman con sus canas, años, y autoridad á costa de mentiras, dándose ellos mismos por testigos, y atardiendo con esto á los simples que los escuchan.

No solo en esto paraba la mala educación moral de Pomposita. Mientras mas crecia en edad, se perfeccionaban las facciones de su cara. Estas, juntas con la compostura de su cuerpo y la volubilidad de su lengua, porque en efecto era habladora, la hacian célebre entre las gentes tontas y superficiales, quienes continuamente la aplaudian de bonita, viva, discreta, salerosa y curra. ¡Elogios malditos y dañosisi-

badas en una piedra con correspondencia á los signos celestes, á los que supersticiosamente atribuyen alguna virtud. La manita de azabache, el colmillo de caiman contra el aire, el ojo del xenado contra el mal ojo, el chupamirto para hacerse amables las mugeres, y otras supercherias semejantes que aun respeta el vulgo, tienen lugar entre los talismanes.

mos en los tiernos años de las niñas! No saben estos tontos y bárbaros aduladores cuánto las perjudican, haciéndolas tenaces partidarias de la moda, orgullo y presuncion.

No es de estrañar que con semejante conducta se criara Pomposita demasiado necia y altanera. La infeliz no hacia mas que correr por donde su madre andaba, y corria mas, mientras mas se adelantaba su edad.

A los siete años, dije, cuando ya la luz de la razon rayaba en su entendimiento con mas perfeccion, su soberbia era harto conocida. Su amor propio se hallaba entronizado en su corazon: desde esta edad consultaba al espejo sus perfecciones, manifestaba demasiado contento al oirse celebrar, y se incomodaba si por accidente alababan á otra en su presencia.

Acostumbrada á cuanto se llamaba moda en su tiempo, y persuadida con el ejemplo de su madre, trataba á todo el mundo con la mayor familiaridad é llaneza. A ninguno de los concurrentes de su casa daba más tratamiento que el apellido; de manera que un ciego que no hubiera tenido otra señal que la voz de la niña para conocer á los asistentes, jamas los hubiera distinguido por sus empleos y caracteres. Oiga usted, Herrera, mire usted, Rios, escuche usted, Valdes. Este era el modo con que la niña nom-

braba á todos los concurrentes á su casa, y entre ellos habia togados, canónigos, coroneles, etc.

Acuérdome que una vez la oí llamar á un caballero con estas voces: *marquesito, marquesito*. Confieso que pensé que llamaba algun perrito de faldas, y no era sino al marqués de S*** hombre respetable por su edad y representacion.

Todo esto se le pasaba á la niña por una gracia; pero en verdad, que unos decian que era franca, marcial, del dia, y qué sé yo; y otros la tenian por una muchacha mal criada. En efecto, yo no soy calumniador, la pobre niña no tenia la culpa: veia que su mamá y otras señoritas trataban con esta familiaridad ó llaneza á todos los hombres indistintamente. ¡Qué habia ella de hacer sino seguir su ejemplo!

Sin embargo, la niña Pudenciana hacia un terrible contrapeso á esta familia, porque su papá el coronel la tenia enseñada á que distinguiera de sugetos, y diera á cada uno el tratamiento que le convenia; y así á los curtillos y moritos almidonados los llamaba por el apellido, lo mismo que su prima; pero á los eclesiásticos y personas de distincion, los nombraba con respeto: de usía ó usted segun su clase.

Este modo le conciliaba el aprecio general, pues los jóvenes tertulios se veian tratar á su modo, y los hombres circunspectos, con la atencion que deseaban y mas en una criatura tan pequeña. Todos la

abrazaban, la celebraban, y la tenian por una niña bien criada, porque sabia dar á cada uno su lugar sin salir de la esfera de cortesana del dia.

Estos generales aplausos eran causa de zelos á los padres de Pomposita, lo que D. Dionisio disimulaba con prudencia,

No tenia tanta Eufrosina la madre de Pomposa, y así de cuando en cuando esplicaba su zelillo en buen idioma, echando en cara al coronel la diversa educacion que daba á su hija. Una vez, estando yo delante, y acabando de celebrar la urbanidad de Pudenciana un caballero, luego que este se despidió, entré colérica y sonrojada, Eufrosina dijo al corouel: y bien, hermano, habrá usted quedado muy ancho con los elogios que ha hecho á Pudenciana ese botarate hablador que acaba de salir, ¿no es eso? Pues no se engría usted, porque yo siento decirlo; al fin estimo á usted como que es mi hermano y la muchacha es mi sobrina; pero á la verdad, lo está usted dando una crianza muy paya. Eso de levantarse del asiento una muger para recibir ó despedir á los hombres, tratarlos de señorías ó de usía, hablarles por sus nombres y no por sus apellidos, y otras cosas de estas son vejestorias, antiguayas y payadas. No señor, las mugeres siempre hemos de manifestar que somos señoras, y que nos merecemos muy bien las

atenciones de los hombres á quienes harto favor hacemos con admitirlos á que nos sirvan y obsequien. Si manifestándonos las mugeres civilizadas con esta superioridad que nos concede la culta moda, todavía tenemos que sufrir algunas hanezas, atrevimientos y desprecios de los hombres, ¿qué fuera si nos humilláramos como las payas? ¡Jesús! nos quisieran tratar á la baqueta, se darían por muy bien servidos de nuestras importunas humillaciones, escasearían sus obsequios y comedimientos, y creerían tener en cada señorita una criada más á quien mandar. Yo digo á usted esto por su bien y por el de mi pobre sobrina; por lo demás, usted es su padre, y hará lo que le diere la gana. En todo caso, usted no se envanezca, ni ella tampoco, con las alabanzas que le dan algunos, pues ya usted ve que de estos alabadores unos son viejos, reviejos enemigos de toda moda, otros son ó se quieren hacer medios santuchos, otros manifiestan ser unos payos de ciudad sin principios, y otros por último, son unos aduladores declarados, que tanto alaban á mi hija como á la de usted sin saber por qué alaban á ninguna de las dos, sino por pagar con sus lisonjas el chocolate, el café ó el almuerzo que vienen á tomar á nuestra casa. Ya usted ve qué buena gente alaba á Pudenciana de bien criada; payos tontos, viejos hipócritas y lisonjeros. Así saldrá ello; pero vuelvo á decir que usted hará lo que

le dé la gana, pues al fin es su padre y no mé debo meter en la renta del escusado.

Oyó el coronel con bastante socarronería este largo y desatinado sermón que yo deseaba concluyera, esperando que él pusiera como un trapo á mi señora Doña Eufrosina; pero no lo conseguí, porque con la mayor prudencia y sonriéndose, solo dijo: usted, hermana, dice bien; pero por ahora es menester que Pudenciana haga lo que le mando, aunque no sea moda, porque es muchacha, y es preciso que se enseñe á tener respeto á sus mayores sin acordarse de que es muger. . . . Y dígame usted, ¿le han avisado que la vinieron á convidar de parte de la señorita Tello para su baile de esta noche?—¿Pues qué tiene baile la Tello?—Si tiene: se ha casado Carmelita.—Pues es preciso admitir este convite. Vaya, vamos á comer temprano para vestirnos.—Si, hermana, coman ustedes, que nosotros vamos á hacer lo mismo.

Así cortó el coronel la disputa y la contestación con su cañada; pero como Matilde había oído hablar tantos despropósitos, quedó como indecisa sobre cuál de las dos crianzas sería la mejor, si la que daban á Pomposa, ó la que el coronel daba á su hija.

El coronel advirtió la sorpresa de su muger, y para prevenirla contra sus resultados, le dijo: tu hermana habló como una muger necia. Yo no quise trabar con ella una disputa, porque sería infructuosa á los dos;

yo no tenía que aprender nada de ella, ni tampoco habría querido ella convencerse de mis razones; mas á tí, que siempre me escuchas con docilidad y gusto, te debo instruir de buena gana, porque tú transmitas á nuestra amada hija mis lecciones cuando sea capaz de comprenderlas, si la muerte me impidiere hacerlo por mí mismo.

En esta inteligencia: has de saber que es un error pensar que las mugeres tengan por ningún título, alguna superioridad sobre los hombres, como cree tu hermana.

Por la ley natural, por la divina y por la civil, la muger, hablando en lo comun (1), siempre es inferior al hombre. Te explicaré esto. La naturaleza; siempre sábia y obediente á las órdenes del Criador, constituyó á las mugeres mas débiles que los hombres, acaso porque esta misma debilidad física de que hablo, les sirviera como de parco ó escepcion para conservarse en aptitud para ser madres, y sostener la duración del mundo. . . . Creo que no me entiendes: te lo diré mas claro. La naturaleza, ó hablemos como cristianos, su sapientísimo Autor, no

(1) Los ejemplares que se pueden citar de algunas mugeres que sentadas en los tronos, han logrado no solo la absoluta independencia de los hombres, sino la dominacion sobre ellos, son escepciones de esta regla.

concedió á las mugeres la misma fortaleza que á los hombres, para que estas, separadas de los trabajos peculiares á aquellos, se destinasen únicamente á ser la delicia del mundo, y de consiguiente fuesen las primeras y principales actrices en la propagacion del linage humano.

Cuando te digo que las *primeras y principales*, no quiero negar á los hombres lo importante de su cooperacion: no te hablo como fisico ni como médico. He leído algo sobre el arcano de la generacion: sé que los hijos llevan el apellido de los padres y no el de las madres: sé que es justo y sé por qué; pero no me toca explicarlo, ni á tí te importa mucho el saberlo. Te hablo únicamente como filósofo: y así te digo, que las mugeres son las principales agentes de la conservacion del género humano; porque la muger no solamente concibe el feto, sino que lo nutre en su vientre, lo alimenta con sus pechos, lo acaricia, se entrega á todo su cuidado en su infancia, y no lo separa de su seno, hasta que no está en estado de manejarse por sí con libertad.

Ahora si pienso que has comprendido cuán gravoso es el cargo de una madre, cuán recomendable el mérito de la que sabe desempeñar este título, y con cuánta razon la naturaleza las debilitó por una parte para hacerlas útiles por otra. No tenga, dijo el Autor de la naturaleza, en el acto de la formacion de la

muger, no tenga esta la robustez del hombre que rinde á una fiera, no tenga la intrepidez del hombre, que se arroja entre las balas y de ñella enemigos de ciento en ciento; carezca del teson del estudioso que entre libros y vigillas se consume por indagar el curso de los astros, por coordinar los gabinetes, ó averiguar el origen y modificacion de las pasiones humanas. Quédense para estos en hora buena las fatigas del campo, los peligros de la milicia, los afanes del comercio: resérveseles el penetrar los arcanos de la moral y la política; escudríñen cuanto puedan las verdades de la física, química y matemáticas; arriéguese á los mares, y háganse árbitros despóticos de las ciencias y de las artes, de la religion y del gobierno, de la paz y de la guerra; pero en cambio quédese para las mugeres ser el gozo, el descanso, el mayor placer honesto de los hombres, el depósito de su confianza, el iris de sus disturbios, el iman de sus afectos, la tranquilidad de su espíritu, el premio de sus afanes, el fin de sus esperanzas, y el último consuelo en sus adversidades y desgracias: quédese para ellas finalmente, el ser la delicia de los hombres, el encanto de los sabios, el gozo de los guerreros, el trono de los reyes, el asilo de los justos y el altar primero de los santos, pues todo esto será la madre á cuyos pechos y en cuyos brazos se criarán los sabios, los reyes, los justos y los santos.

Ves aquí, hija mia, cuánta es la dignidad de las mugeres consideradas como esposas y madres de familia, y qué bien remuneradas se hallan de aquella debilidad en que son constituidas respecto de los hombres; pero, despues de todo, esta misma debilidad las hace inferiores á ellos por la ley de la naturaleza.

Teniendo en consideracion esa misma debilidad, las leyes civiles las han separado del sacerdocio, gobierno, política y arte de la guerra, que les ha confiado á los hombres, de cuya privacion resulta un justo premio debido al bello sexo, y tan justo, que los hombres en haberlas escluido de estos cargos, no han hecho mas que premiarles sus peculiares ejercicios, recompensarles sus fastidiosas fatigas, y buscar sus propias conveniencias; porque conveniencia de los hombres es el cuidar y conservar á las mugeres. El hombre que las vitupere por razon de la diferencia del sexo, debe ser declarado por necio y por ingrato; pero al fin de todo, hemos de confesar que justisimamente las mugeres son inferiores á los hombres por las leyes civiles. Qué bien se acomodaria una muger con un niño en los brazos asido de un pecho y sobre el otro apoyando un fusill! Lo mismo digo de una pluma, un formon, un arado ú otros instrumentos peculiares de los hombres; era menester que abandonara el instrumento ó el niño.

Que las mugeres sean inferiores á los hombres por

ley divina, no tiene duda. Espresamente condenó el Señor á Eva, y en ella á todas las mugeres á estar sujetas á los hombres, en castigo de la culpa original. Esto todos lo saben: y así insistir en ello parece que toca en bobería.....

¿Cómo es eso de que todos lo saben? interrumpió Matilde, pues á mi me parece que no lo saben todas, y si lo saben, quisieran no saberlo. ¿Pues no ves el empeño con que mi hermana quiere hacernos creer que las mugeres somos superiores á los hombres? Esto me persuade que ó mi hermana ignora lo que dices, ó á lo menos que no lo cree mucho.

Tienes razon, dijo el coronel, tu persuasion es justa, y segun ella debes tener á tu hermana por una necia soberbia, y no solo á tu hermana, sino á infinitas mugeres que piensan como ella; mas en obsequio de la verdad y de tu seso, debes disminuir á lo menos el cargo que les resulta de este bastardo modo de pensar, pues no tienen las mugeres toda la culpa de ser tan necias (hablo de las que lo son) y orgullosas como manifiestan.

¿Cómo no? decía Matilde: ¿pues quién la tiene?

Los hombres, dijo el coronel; los hombres que les dan la primera educacion moral en su niñez, y los que se la robustecen ó pervierten en su juventud. Estos son los culpables del orgullo y desordenado modo de pensar que se advierte en las mugeres, es-

pecialmente en las jóvenes hermosas; así como son recomendables cuando piensan con juicio y solidez las mugeres que ha puesto á su cuidado la naturaleza ó el matrimonio.

De cualquier modo que ello sea, decía Matilde, lo que yo sigo por consecuencia de tus conversaciones, es que tú unas veces te manifiestas enemigo de las mugeres, y otras te declaras su defensor, echando á los hombres la culpa de sus vicios. Yo no te entiendo.

Eso es porque no quieres entenderme, reponia el coronel; yo jamas he sido enemigo de las mugeres. Cuando critico sus defectos, no es con el perverso objeto de satirizarlas, sino con el loable fin de que las corrijan, á lo menos tú que me entiendes, y esto tan lejos está de probar que las aborrezco, cuanto manifiesta mi decidido amor hácia ellas y este amor tampoco traspasa los límites de lo justo y honesto. Esto es, no defendiendo á las mugeres por ser mugeres, ni las lisonjeo con esconerlas de toda la culpa que les echan los hombres; sino que en todo cumplo con lo que me dicta la razon.

¿Acaso crees tú que las mugeres fueran como son, si los hombres fueran como debian ser? De ninguna manera. Pero ¿cómo quieres que una niña sea humilde, honesta y moderada, si su madre por culpa de su marido es altanera con los criados, altiva con

las visitas, descuidada en la casa, profana en la calle, y necia en todas partes? ¿Cómo quieres que la dicha niña, mal criada con estos ejemplos, se sujete y se modere cuando se casa, si le toca por marido un hombre disipado é indolente? Es regular que al lado de este se ponga de peor condicion.

Yo no quisiera proponerte ejemplares que te dolieran, pero para mejor persuadirte es menester no salir de casa. ¿Qué clase de muger casada hará Pomposita con la educacion que le da su madre por culpa de D. Dionisio? Sin duda que será esta muger una orgullosa, necia y abandonada en la educacion de sus hijos, así como lo fué su madre, y mucho mas si por desgracia se une con un hombre desidiioso, condescendente y abandonado.

Esto parece que no tiene duda; porque todos saben cuánto influye el ejemplo sobre nuestras acciones. Verdad es que algunas veces una razon bien ordenada, se ha burlado de los malos ejemplos; pero esto es muy raro bajo una mala educacion y se puede tener por un milagro. Lo comun es hacer como se ve, y no obrar como se debe.

De todo lo dicho puedes concluir, que yo cuando reprendo los mas groseros vicios ó preocupaciones de las mugeres, no es con el depravado fin de satirizarlas ó de ponerlas en mal, como suelen decir, sino con el de manifestarlas tales como son á los ojos de

los sensatos, para que así otras se corrijan ó moderen.

Tampoco cuando las elogio ó disculpo es por lisonjearlas; pues no hay para qué. Es preciso ser justo con todos y en todas ocasiones.

Por último, debes advertir, que es verdad lo que te digo de que los hombres son los que casi tienen la mayor parte de los defectos de las mugeres. En otra ocasion te demostraré este axioma con mas solidez, porque ahora es tarde y vamos á comer.

CAPITULO IV.

En el que se trata una materia entretenida.

No es muy comun lograr por esposas mugeres fáciles, ni maridos prudentes y sensatos, ya sea porque no se merecen unos á otros, ó ya porque no se saben escoger. El Espirita Santo dice que *la muger buena se dará al hombre por sus buenas obras*. Sin duda las tenía en su abono el coronel, pues mereció lograr una muger tan fácil como Matilde, la que lo escuchaba con tanto gusto, que siempre aprendia y aprovechaba las lecciones morales que aquel le daba, adoptando las máximas que trataba de inspirarle. Para ella era un oráculo su marido, y ya se ve que él no desmerecia tal concepto, pues no se contentaba con decirle lo que era bueno ó malo; sino que procuraba convencer su entendimiento con la razon y la

las visitas, descuidada en la casa, profana en la calle, y necia en todas partes? ¿Cómo quieres que la dicha niña, mal criada con estos ejemplos, se sujete y se modere cuando se casa, si le toca por marido un hombre disipado é indolente? Es regular que al lado de este se ponga de peor condicion.

Yo no quisiera proponerte ejemplares que te dolieran, pero para mejor persuadirte es menester no salir de casa. ¿Qué clase de muger casada hará Pomposita con la educacion que le da su madre por culpa de D. Dionisio? Sin duda que será esta muger una orgullosa, necia y abandonada en la educacion de sus hijos, así como lo fué su madre, y mucho mas si por desgracia se une con un hombre desidiioso, condescendente y abandonado.

Esto parece que no tiene duda; porque todos saben cuánto influye el ejemplo sobre nuestras acciones. Verdad es que algunas veces una razon bien ordenada, se ha burlado de los malos ejemplos; pero esto es muy raro bajo una mala educacion y se puede tener por un milagro. Lo comun es hacer como se ve, y no obrar como se debe.

De todo lo dicho puedes concluir, que yo cuando reprendo los mas groseros vicios ó preocupaciones de las mugeres, no es con el depravado fin de satirizarlas ó de ponerlas en mal, como suelen decir, sino con el de manifestarlas tales como son á los ojos de

los sensatos, para que así otras se corrijan ó moderen.

Tampoco cuando las elogio ó disculpo es por lisonjearlas; pues no hay para qué. Es preciso ser justo con todos y en todas ocasiones.

Por último, debes advertir, que es verdad lo que te digo de que los hombres son los que casi tienen la mayor parte de los defectos de las mugeres. En otra ocasion te demostraré este axioma con mas solidez, porque ahora es tarde y vamos á comer.

CAPITULO IV.

En el que se trata una materia entretenida.

No es muy comun lograr por esposas mugeres fáciles, ni maridos prudentes y sensatos, ya sea porque no se merecen unos á otros, ó ya porque no se saben escoger. El Espirita Santo dice que *la muger buena se dará al hombre por sus buenas obras*. Sin duda las tenía en su abono el coronel, pues mereció lograr una muger tan fácil como Matilde, la que lo escuchaba con tanto gusto, que siempre aprendia y aprovechaba las lecciones morales que aquel le daba, adoptando las máximas que trataba de inspirarle. Para ella era un oráculo su marido, y ya se ve que él no desmerecia tal concepto, pues no se contentaba con decirle lo que era bueno ó malo; sino que procuraba convencer su entendimiento con la razon y la

esperiencia, y para asegurarse de que ella no accedia á su parecer por ceremonia sino por convencimiento, la enseñó desde el principio á que le propusiera las objeciones que encontrara en cualquier asunto para desvanecerlas. Matilde lo hacia así, y de este modo tenian unas conferencias divertidas.

No quedó muy satisfecha de la inferioridad de las mugeres respecto de los hombres, segun vimos en el capitulo anterior, y así no tardó en tocar el mismo punto á su marido.

Una ocasion le dijo: aunque el otro dia me hablaste tantas cosas, para probarme que las mugeres somos inferiores á los hombres, yo á la verdad no lo entiendo bien, porque veo practicar por estos lo contrario de lo que debía ser, en caso de que fuéramos tan inferiores como dices.

Todos los hombres y en todas ocasiones nos han respetado y respetan de tal manera, que nos convencen ciertamente de que son inferiores á nosotras. En este particular, soy hasta ahora de la opinion de mi hermana. Ciertamente no haré alarde de esta superioridad que me concede mi seso, ó sea la *culta moda* como ella dice, mas no por eso dejaré de conocer que somos algo mas de lo que tú quieres persuadirme que somos.

Tú me dices muchas cosas que me convencen un poco de lo que me quieres persuadir, pero veo que

los hombres practican con nosotras unas acciones no solo comedidas y atentas, sino humildes y serviles; las que no harian, si no estuvieran penetrados de nuestra natural superioridad. En la calle, en los paseos, en los estrados, en los templos y en todas partes nos significan sus rendimientos, de modo que parecen nuestros criados ó vasallos. Yo á la verdad, quisiera que los que comen mi pan y cobran mi salario, se portaran como los hombres con las mugeres. ¡Oh! en tal caso qué bien servida estuviera de mis criados.

Estos rendimientos no los puedes negar. Si un hombre va por la calle con una dama, le da el mejor lugar, y le presenta su brazo: si lo visita, la baja la escalera: si sube al coche, es la primera, le da la mano y el asiento superior: si está en la mesa, la sirve los platos y la copa: si entra en un baile, se levanta, le cede su lugar, y él se queda en pié: si juega, ella alza y es preferida antes que el hombre: si entra en el templo, le da el agua bendita: si alguno la ultraja, la defiende: si se le cae algo de la mano, se apresura á levantárselo: si ella se enfurece y lo maltrata, lo disimula: si levanta contra él la mano enardecida alguna vez, no sabe el hombre vengarse sino con humilde sufrimiento..... En fin, en todas partes manifiesta el hombre ser inferior á la muger. ¿No es esto una verdad? ¿Conque cómo he de creer que no

tenemos tal superioridad solo porque tú lo dices, y porque no somos generales en la guerra, ni ministros ó magistrados en la paz? Vaya, hazme ver cómo está eso para que me desengañes, si es un error la opinion de mi hermana, que yo admito.

Lo es en efecto, le dijo el coronel, y es un error, origen de otros muchos, que conspiran á hacer infelices á las mugeres que lo adoptan. Verdaderamente ellas son dignas del aprecio y estimacion del hombre culto, y este aprecio hace que les tribute su respeto y que le ceda en muchas ocasiones la preferencia que á él le toca; mas estos respetos y atenciones debe recibirlos la muger juiciosa, ó como un premio debido á su virtud, ó como un efecto de la generosidad de los hombres; y nunca los exigirá como unos derechos debidos á su soberania por ser muger.

En virtud de esto, no debes creer que todos los hombres y en todos tiempos les han tributado sus respetos, como dijiste. Si algunas veces han hecho las mugeres en el mundo el papel de señoras, otros han desempeñado el de esclavas de los hombres, á proporeion del capricho de estos y de las costumbres de los países que han habitado. Mr. Tomás, en la pintura que hace de las mugeres, corrobora esta verdad con unos términos tan claros y precisos, que yo no me atrevo á sustituirlos con otros, ni menos quiero, compendiando ni disfrazando sus razones, usur-

par la gloria que se merece este célebre francés, y así te referiré algunos párrafos de su obra al pié de la letra.

“Si examinamos, dice, los países y los siglos, veremos casi en todas partes adoradas las mugeres y oprimidas en todos tiempos. Nunca dejó el hombre perder la menor ocasion de abusar de su fuerza; antes bien se prevaleió siempre de la debilidad de su sesco, prestándole al mismo paso homenaje á su belleza, y haciéndole á un tiempo su esclavo y su tirano. Parece que la misma naturaleza al formar unos entes tan dóciles y blandos de corazon, se ocupó mas en sus gracias que en sus dichas, pues rodeadas por todas partes las mugeres de angustias y temores, entran por mitad á sufrir nuestras miserias, y se ven sujetas á otras muchas que les son particulares. A nadie pueden dar la vida sin esponerse á perder la suya propia, y cada achaque periódico que experimentan, altera su salud, y amenaza sus dias: su belleza se ve acosada de mil crueles enfermedades, y cuando se ven libres de este accidente, al paso que el tiempo se la marchita, las va tambien consumiendo cada dia: entonces no les queda mas proteccion y auxilio que el triste derecho de la compasion, y el recurso á los recuerdos de una memoria agradecida.”

“Hasta la misma sociedad les aumenta los males

de la naturaleza. Mas de la mitad del globo está llena de hombres rústicos y salvages, entre quienes las mugeres son infelices en extremo. El hombre rústico, que apenas conoce sino lo físico del amor, fe-
roz é indolente al mismo tiempo, activo por necesidad, pero inclinado al ocio por una pasión casi insuperable, ignorando asimismo todas aquellas ideas morales que suavizan el imperio de la fuerza, considerada como única ley de la naturaleza por la ferocidad de sus costumbres, manda despóticamente á unas criaturas, que haciéndolas iguales suyas la razón, las sujeta no obstante por su debilidad y flaqueza. Las mugeres son entre los indios (1) lo que eran los Ilotas entre los de Esparta, esto es, un pueblo vencido y obligado á trabajar para los vencedores. De aquí nacia que en las orillas del Orinoco movidas las madres de compasión, solian matar á sus hijas luego que nacian, creyendo que esta compasión bárbara era una especie de obligación."

"Entre los orientales, vemos otra especie de despotismo y de imperio, es á saber, la clausura y esclau-

(1) *Habla el autor de los indios bárbaros y salvages: bien que nadie lo desmentiría si dijera que entre las naciones cultas europeas hay hombres que imitan á los indios, y á veces por caminos mas vergonzosos, pero de esto se hablará en su lugar.*

vitud casera de las mugeres, autorizada por la costumbre y sagrada por las leyes. En Turquía, Persia, Mogol, Japon en el vasto imperio de la China, vive una mitad del género humano oprimida por la otra, naciendo el exceso de semejante opresion del mismo amor excesivo. Toda el Asia está llena de prisiones, donde la beñdad esclava espera siempre los capriches de un dueño ó tirano, y donde una multitud de mugeres juntas no tienen mas sentidos ni voluntad que la de un hombre solo: sus triunfos no son sino instantáneos, pero sus competencias, odios y furoros son el ejercicio de cada dia. Allí se ven precisadas á pagar su misma esclavitud con el mas tierno amor, ó bien, lo que aun es mayor tormento, con la imágen de un amor que no tienen: allí el despotismo de mayor vituperio las somete á unos monstruos, que no perteneciendo á ningun sexo, deshonoran los dos á un tiempo: (1) allí finalmente, no sirve su educacion sino á envilecerlas; sus virtudes son forzadas, sus satisfacciones tristes é involuntarias, y despues de algunos años se hallan con una vejez larga y horrorosa."

"En aquellos países templados, donde los ardores mas remisos dejan á los deseos mayor confianza en

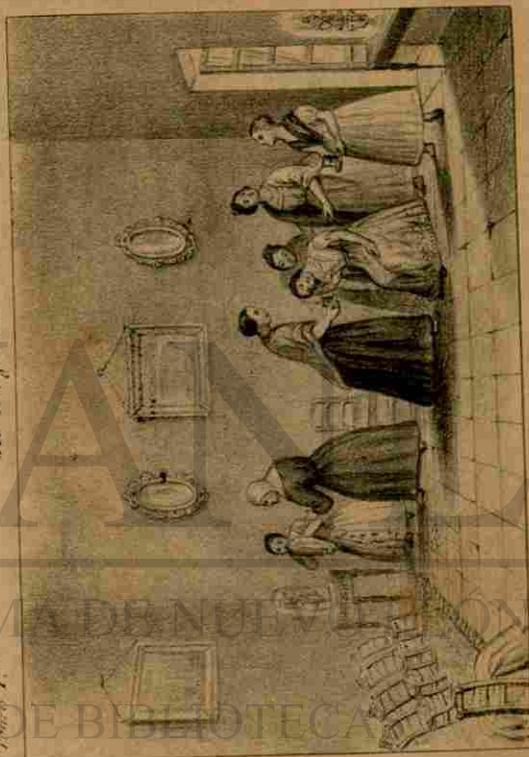
(1) *Habla de los aunicos ó esclavos castrados que las guardan.*

las virtudes, no han sido privadas las mugeres de su libertad; pero la severa legislacion las ha colocado en casi todas las cosas bajo la dependencia. Al principio fueron condenadas al retiro, y separadas, tanto de las diversiones como de los negocios: despues quisieron los hombres insultar su razon mediante una larga tutela. En unos climas se ven ultrajadas por la poligamia; la cual les concede por companeras perpetuas sus mismas competidoras y concurrentes; en otros están sujetas á los indisolubles lazos que comunmente unen para siempre la dulzura con el desabrimiento, y la ternura con el ódio. En aquellos paises donde son mas dichosas, deben no obstante reprimir sus deseos, y se ven oprimidas; en lo que mira á disponer de sus bienes, véanse privadas de su misma voluntad por las leyes; y esclavas de la opinion que las domina con imperio, se les imputa á delito aun la apariencia misma: hállase rodeadas por todas partes de unos jueces que son á un tiempo sus seductores y tiranos; y preparándoles ó disponiéndoles sus defectos, se los castigan con la deshonor, y se usurpan el derecho de mortificarlas con las sospechas. Tal es, poco mas ó menos, la suerte de las mugeres en todo el orbe. Los hombres son con ellas indiferentes ó tiranos, segun los climas y edades: unas veces la opresion es fria y tranquila, como así del orgullo, otras es violenta y terrible,

laxm. 4

S. a. Sujeta

Thompson 10



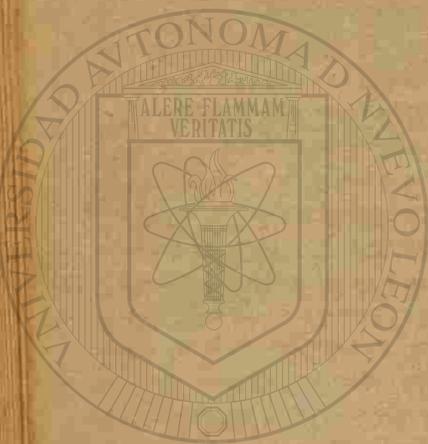
®

cual es la de los zelos; de suerte que cuando no son amadas no son nada, y cuando son adoradas están espuestas á mil tormento; y asi tienen que temer igualmente tanto el amor como la indiferencia. Por fin, parece que la natura'ez a las ha co'ocado en las tres partes de la tierra, entre el menosprecio y la infelicidad...."

"Sin embargo, es preciso confesar que no todos los hombres fueron igualmente injustos, pues en algunos paises se tributaron públicos respetos á las mugeres: las artes les han levantado monumentos, y la elocuencia ha celebrado sus virtudes."

Hasta aqui Mr. Tomás á nuestro intento, y ya ves, segun esta pintura, que las mugeres lejos de haber disfrutado generalmente los gages de aquella soberania á que se consideran acreedoras, casi siempre, ya mas, ya menos, han sido el juguete de los hombres, á proporcion de sus caprichos, costumbres, climas, religion y gobierno.

Todo está bueno, contestaba Matilde; pero no dudando de la verdad de ese autor, quisiera saber en qué somos las mugeres inferiores á los hombres: porque ciertamente, si lo somos tanto, no puede haber mayor infelicidad que ser muger, y una infelicidad tanto mas dura, quanto que caemos en ella sin culpa nuestra, pues no está en nuestra mano elegir secso.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

La inferioridad de la muger respecto al hombre, respondió el coronel, no consiste en otra cosa que en la debilidad de su constitucion física, es decir, en cuanto al cuerpo; pero en cuanto al espíritu en nada son inferiores á los hombres, pues no siendo el alma hombre ni muger, se sigue que en la porcion espiritual sois en todo iguales á nosotros.

Es verdad que en las mugeres se notan algunos vicios, como tambien virtudes, que parecen que les son peculiares, ó á lo menos se dejan conocer en ellas con mas frecuencia que en los hombres. Por ejemplo, parece que las mugeres son naturalmente mas compasivas, mas tiernas y sujetas á su religion que los hombres. La santa Iglesia las honra y distingue llamándolas *el secro decora*. Así tambien parecen mas inclinadas al engaño, á la simulacion, á la ira y á la venganza, con lo que se pudiera probar, en caso de ser esto una verdad demostrada, que el alma de las mugeres tenia alguna diferencia de la nuestra; mas no es así, como te lo haré ver.

No se puede negar la dependencia reciproca que tiene el cuerpo del espíritu, y este de aquel: quiero decir, somos compuestos de dos sustancias enteramente distintas, cuales son la material y la espiritual: como las dos están tan íntimamente unidas, cualquiera de las dos influye en su compañera de un modo tan continuo como marvillosa. Apenas se es-

ferma el cuerpo, cuando se resiente el alma y se entristece: y ves aquí que la tristeza del alma no la origina otra cosa que la enfermedad ó daño que padece la porcion material del cuerpo. Por el contrario, recibe el hombre una fuerte cólera, una pesadumbre muy vehemente, las cuales son pasiones á que está sujeto el espíritu, y al instante, sin que ninguna cosa material toque al cuerpo, este enferma, padece, y á ocasiones es tan terrible la alteracion de la máquina, que se desorganiza todo el mecanismo de la vida, y muere el paciente en el momento.

En esta inteligencia, dicen muchos sábios que la causa de que en las mugeres se adviertan estos vicios ó aquellas virtudes con mas frecuencia que en los hombres, no es otra que la diversa organizacion de sus cuerpos; y así deducen, por ejemplo, que si la muger es mas tímida que el hombre, es porque su constitucion física es mas débil.

Yo convendré con esta opinion de buena gana, pero limitándola á ciertas y determinadas circunstancias, y jamas concediendo la estension y generalidad que algunos han pretendido. Yo permitiré sin repugnancia que la alteracion del cuerpo de la muger influye algunas veces poderosamente en su espíritu, ya se considere esta alteracion natural, ó ya casual por una enfermedad que la predisponga, y si se quiere, que la precipite á cometer algunos excesos,

que ó no cometerá un hombre, ó quizá los cometerá con menos facilidad; mas no concederé que el alma de la muger siempre que quiera hacer buen uso de la razon no tenga bastantes fuerzas para vencerse sobre la particular influencia de su cuerpo. Si esto no fuera una verdad inconcusa, las mugeres serian en lo general menos responsables que los hombres ante Dios del desarreglo de su conducta moral, teniendo por absoluta disculpa el ser mugeres; lo que no es así, pues á todos obliga la ley, y todos tenemos á proporeion los auxilios necesarios para observarla.

Bien conozco que esta es una materia que por sería acaso te será fastidiosa; pero si la escuchas y la masticas con atencion, te facilitará muchos principios para que no incurras en mil groseros errores en que incurren muchas mugeres solo por no querer instruirse en ellos.

De ninguna manera me disgusto de tus conversaciones, decia Matilde, y sería una necia y mal agradecida si á modo de lechuza me incomodara con la luz, solo porque mis ojos no estaban acostumbrados á verla. Lo contrario; yo me engolosino en escucharte, y siento no comprender cuanto me dices; pero por eso te pregunto, y en prueba de ello quiero que con algun ejemplo me confirmes en las dos cosas que me has dicho. La primera, que una enfermedad ó la natural constitucion ó conformacion del

cuerpo de las mugeres influye algunas veces en ellas de modo que cometen algunos y determinados excesos con mas frecuencia que los hombres; y la segunda, que á pesar de la natural ó accidental influencia del cuerpo de la muger sobre su espíritu, puede esta haciendo buen uso de su razon, vencerse y no hacer aquello á que la instiga la organizacion natural ó la particular enfermedad de su cuerpo: yo no comprendo cómo pueda ser eso, y quisiera oír una prueba de esta verdad.

No sabes cuánto gusto me das, respondia el coronel, cuando me hablas con esa claridad; pues el que despues de oír propone dudas y hace preguntas, da á entender que escuchó con cuidado y se penetró de la conversacion. Así pues, tú has entendido bien cuanto te he dicho; pero te hace fuerza como el alma de la muger por sí misma, con solo el auxilio de la razon pueda vencer aquellas instigaciones violentas, á cuya ejecucion se siente como obligada por la inmediata influencia de su cuerpo. Para acceder á esta opinion me pides un ejemplo; solicitud muy justa, pues los ejemplos valen mas para convencer el entendimiento que las teorías mas eloquentes.

Por eso te voy á demostrar con un caso que nos refiere la historia, entre otros muchos, cuán poderosamente influyen las particulares afecciones del cuer-

po de la muger sobre su espíritu, y cuánta virtud tenga este ayudado de la razon para dominar el poderío de aquella influencia.

Todos los médicos saben que las mugeres en el tiempo de la pubertad están sujetas á padecer una enfermedad terrible que se conoce con el nombre de *furor uterino*, el cual es un delirio ó frenesí que las hace cometer por obra ó por palabra, mil excesos vergonzosos y repugnantes á toda persona honesta y recatada. La medicina tiene un remedio fácil para curar esta enfermedad; mas nuestra religion católica justamente lo prohíbe como ilícito, permitiendo siempre que lo sustituya el legítimo matrimonio.

Plutarco en su obra de las *Mugeres ilustres*, alabando el natural pudor de la muger, refiere que en la ciudad de Mileto las doncellas acometidas de esta enfermedad ó locura que te he dicho, se mataban á sí mismas: y eran tan repetidos estos suicidios, que el senado no pudiendo contenerlos, mandó por ley expresa, que la que de esta suerte se matase, fuera pasca la desnuda y espuesta en la plaza mas pública. ¡Eficaz remedio! Esto solo bastó para contenerlas, y las que despreciaban su propia vida, no atreviéndose á despreñar su pudor, se abstuvieron de sacrificarse á la desesperacion. Sin duda la vergüenza las volvió en sí, y las hizo entrar por el camino de la recta razon.

Ya ves con este ejemplo probado el poder del cuerpo enfermo de la muger sobre su espíritu, y el poder de este obrando con razon sobre la influencia de su cuerpo. El hecho merece todo crédito por respeto al autor que lo refiere: pero si nos fuera permitido citar otros ejemplos semejantes, ¿cuántas Milesianas halláramos entre nosotros, que acosadas de la misma dolencia, saben refrenar su pasion, moderar su apetito y sujetar su inclinacion, hasta el extremo de perder la vida antes que faltar á las leyes del decoro? Acaso ya me has entendido, y está tu entendimiento satisfecho.

Si está, dijo Matilde; pero del mismo modo quiero estarlo en muchas otras cosas, y así habrás de sufrir que te pregunte.

Pregunta cuanto quieras, decía su esposo, que yo tengo sobrada paciencia para escucharte y mucho gusto en responder á tus preguntas.

Pues oye, proseguia Matilde. Ya entiendo que las mugeres nacimos sujetas á los hombres con una dependencia forzosa, que aunque dictada por la naturaleza y autorizada por las leyes, no nos es indecorosa, como dices; pero ahora pregunto: ¿Por qué los hombres por la mayor parte nos han tratado con tanta altanería, y nos han sujetado á sus caprichos valiéndose solo de nuestra natural debilidad, á pesar de conocer que somos iguales á ellos en el alma?

Porque los hombres, respondia el coronel, que así lo han hecho, los mas han sido unos bárbaros, que ó no han escuchado, ó han despreciado los clamores de la naturaleza, y desentendiéndose de estos innatos sentimientos, se han sabido aprovechar de la imbecilidad de las mugeres para oprimirlas; y entiende que bajo el nombre de bárbaros no señalo solamente á aquellos gentiles paganos que sin idea de verdadera religion, justicia, ni sociedad, han procedido de este modo bárbaro ultrajando aquellos dignos aunque febles objetos que por otro lado apetecian; no, hija: todo hombre que se vale de la flaqueza de la muger para ofenderla y maltratarla, es un bárbaro y un picaro, por mas que se llame cristiano y civilizado entre nosotros. ¡Cuántos de estos conoces! Yo ni calumnio, ni desacredito al vecino Ramiro: su esposa es tu amiga, y mil veces se ha quejado contigo del tirano proceder de su marido. Aunque ella no te hubiera revelado sus desdichas, á mí y á tí nos son bastante públicas. Sabemos que el marido está entretenido: que cuanto adquiere es para su dante: que á sus hijos y muger legitima los tiene desnudos y muertos de hambre: que jamas les hace el mas mínimo cariso y agasajo, y que despues de este indigno proceder, por la mas mínima friolera le riñe, le golpea y se obliga á quejarse con nosotros á cada instante. ¡Cuántas veces ha venido la infeliz mu-

ger á pedirte un trapo con que cubrirse, y un bocado con que alimentar á sus criaturas! Su marido es un español, un cristiano, un bien nacido, y como dicen, un hombre decente; y diremos que este cumple con las obligaciones de un noble, de un católico y de un hombre de bien, criado en la culta sociedad? De ningun modo. Este es un picaro, un vil, un infame, un irreligioso y bárbaro, pues abusa de la bondad y debilidad de su esposa para hacerla infeliz hasta lo sumo. ¿No le basta al hombre abandonado ser infiel á su muger y descuidarse con sus hijos? ¿No le basta ser mal marido y ser mal padre? ¿Aun es preciso que se constituya un verdugo y un tirano cruel y déspota sobre unos entes miserables que no pueden hacerle resistencia? Pues hija, de estos maridos y padres inieuos se ven á miles cada día entre nosotros. Los jueces, las cárceles los presidios, las calles y las casas son testigos de esta verdad. ¡Antes deje yo de existir, que me cuente en semejante número! Conoce, pues, hija mia, que los hombres en todas partes y en todos tiempos han oprimido á las mugeres porque son ellas débiles, no por que ellos hayan obrado ni obren con justicia; pero esperen y teman que aquel Ser soberano que es justo y recto por esencia, algun día tomará en ellos una cruda venganza de los injustos agravios que han inferido á unas criaturas suyas que tal vez no han to-

nido otro delito para sufrirlos que ser de una constitucion mas débil; porque Dios que lo puede todo, es el que se reserva la venganza del que no puede nada.

De todo lo espuesto debes deducir en primer lugar, que la muger es inferior al hombre en cuanto al cuerpo, pero igual en todo á él en el espíritu. Una señorita no podrá levantar del suelo un tercio de seis ú ocho arrobas de peso, que un arriero alza con la mayor ligereza sobre el lomo de una mula; pero será capaz de penetrarse de una pasion amorosa y honesta, de derramar lágrimas de ternura sobre una infeliz, y de ejecutar los actos mas piadosos de virtud, quizá con mas verlad y mas sensibilidad que el mismo arriero, cuyo espíritu, aunque igual en la sustancia, tal vez no está adornado de los mismos sentimientos, ó no los posee en igual grado.

En segundo lugar debes advertir, que solo los salvages en los montes, y los necios y pícaros en las ciudades, desprecian, escarnecen y maltratan á las mugeres solo porque lo son y porque no tienen suficiente vigor para resistirles; pero el hombre civilizado y que conoce las leyes de la humanidad y del honor, jamas abusa de su debilidad para ultrajarlas; antes bien las aprecia, las honra y las defiende de los insultos que les infieren los maivados. Las leyes civiles decididamente las protegen.

Finalmente, debes entender, y no es vano repetir-lo, que si los hombres las han separado de la guerra y del manejo de los negocios públicos, no es esto un efecto de desprecio, sino de respeto á su débil constitucion, y por reservarlas para aquellos objetos, á cuya conservacion la naturaleza privativamente las destina.

Yo quedo convencida, dijo Matilde, de que somos inferiores á los hombres por la debilidad de nuestro cuerpo, pero iguales á ellos por la naturaleza de nuestras almas, y á veces superiores á muchos por los dotes del espíritu.

Quedo tambien entendida de que esta debilidad no es un motivo para que nos insulten y desprecien,

sino mas bien una recomendacion para que el hombre culto nos compadezca y estime en todos casos.

Todo esto está entendido, pero dime: ¿esta debilidad de que se valen el salvage grosero y el ciudadano picaro para oprimirnos, como dices, es de tal gerarquia que por solo ella muchos hombres de nuestros paises no solo nos estimen y respeten, sino que se nos humillen y casi nos adoren en lo público? ¿Tan buenos son los hombres de mi tierra? ¿Tan compasivos, atentos y rendidos? ¿Tanto es el privilegio que concede á la muger la debilidad de su sexo, que por otra parte la hace inferior al hombre? ¡Oh! si los hombres obran con sinceridad como noso-

tras, ¡feliz es nuestra inferioridad, y dichosa la débil constitucion de nuestro cuerpo!

Iba el coronel á responder la graciosa ironía de su muger, cuando lo embarazó un accidente que sabrá el lector en el capítulo que sigue.

CAPITULO V.

En el que se trata un asunto de gravísima importancia.

ACABAMOS de decir que iba á contestar el coronel á la irónica pregunta de su esposa, cuando entró en nuestra sala una criada de Doña Eufrosina dando unos gritos desahorados. Corra su mercé, decía, corra su mercé, que quién sabe que le ha dado á la señorita.

Sorprendimono: todos con esta inesperada noticia: fuimos apresuradamente á la vivienda de Doña Eufrosina, y hallamos á Pomposita llorando y bañada en sangre, y á su madre privada en los brazos de una camarera, toda temblando.

Apenas comenzaba Doña Matilde á preguntar la causa del accidente de su hermana, cuando entraron de visita seis señoritas jóvenes y una venerable beata (1) de Santa Rosa ya vieja, llamada Doña María,

(1) Así llamaban á las hermanas de cofradías ó comunidades de lezas que vestían hábitos religiosos y no guardaban clausura. Las habia de Sta. Rosa, del Círculo, &c.

quien nada menos era que tia primera de la enferma y de Doña Matilde.

Con la ocurrencia de la enfermedad de la señora Doña Eufrosina, las saluciones fueron sobre la marcha, pues á toda prisa se rodearon de la paciente, menos la beata, que se dedicó á cuidar de la niña Pomposita.

Mientras que el médico venia, comenzaron á determinar remedios cada una á cual mas. Una mandaba ligarle las piernas: otra apretarle el estómago fuertemente: esta, darle á oler el humo de lana prieta: aquella, echarle agua fria en la cara y pecho: quién, recetaba una rebanadita de pan empapada en aguardiente para el estómago: cual, unos fomentos de vino en los pulsos; en una palabra, allí todas eran médicas, y nadie se tenia en menos para ponderar sus medicinas; y sin duda hubieran enbarrunado de aceites á la enferma, la habrían amarrado como un cohete, y le habrían hecho absorber mas humo que el que cabe en un globo aerostático, si no estuviese presente el coronel, quien se opuso de firme á que no se le hiciera nada de eso, diciendo que muchas medicinas de aquellas eran inútiles, y las demas perjudiciales, como son la fumigaciones y ligaduras. Trabajo le costó impedir que mortificaran á la enferma; pero por fin lo consiguió.

No porque las circunstantes veian sus remedios

tras, ¡feliz es nuestra inferioridad, y dichosa la débil constitucion de nuestro cuerpo!

Iba el coronel á responder la graciosa ironía de su muger, cuando lo embarazó un accidente que sabrá el lector en el capítulo que sigue.

CAPITULO V.

En el que se trata un asunto de gravísima importancia.

ACABAMOS de decir que iba á contestar el coronel á la irónica pregunta de su esposa, cuando entró en nuestra sala una criada de Doña Eufrosina dando unos gritos desahorados. Corra su mercé, decía, corra su mercé, que quién sabe que le ha dado á la señorita.

Sorprendimono: todos con esta inesperada noticia: fuimos apresuradamente á la vivienda de Doña Eufrosina, y hallamos á Pomposita llorando y bañada en sangre, y á su madre privada en los brazos de una camarera, toda temblando.

Apenas comenzaba Doña Matilde á preguntar la causa del accidente de su hermana, cuando entraron de visita seis señoritas jóvenes y una venerable beata (1) de Santa Rosa ya vieja, llamada Doña María,

(1) Así llamaban á las hermanas de cofradías ó comunidades de lezas que vestían hábitos religiosos y no guardaban clausura. Las habia de Sta. Rosa, del Círculo, &c.

quien nada menos era que tia primera de la enferma y de Doña Matilde.

Con la ocurrencia de la enfermedad de la señora Doña Eufrosina, las saluciones fueron sobre la marcha, pues á toda prisa se rodearon de la paciente, menos la beata, que se dedicó á cuidar de la niña Pomposita.

Mientras que el médico venia, comenzaron á determinar remedios cada una á cual mas. Una mandaba ligarle las piernas: otra apretarle el estómago fuertemente: esta, darle á oler el humo de lana prieta: aquella, echarle agua fria en la cara y pecho: quién, recetaba una rebanadita de pan empapada en aguardiente para el estómago: cual, unos fomentos de vino en los pulsos; en una palabra, allí todas eran médicas, y nadie se tenia en menos para ponderar sus medicinas; y sin duda hubieran enbarrunado de aceites á la enferma, la habrían amarrado como un cohete, y le habrían hecho absorber mas humo que el que cabe en un globo aerostático, si no estuviese presente el coronel, quien se opuso de firme á que no se le hiciera nada de eso, diciendo que muchas medicinas de aquellas eran inútiles, y las demas perjudiciales, como son la fumigaciones y ligaduras. Trabajo le costó impedir que mortificaran á la enferma; pero por fin lo consiguió.

No porque las circunstantes veian sus remedios

desaprobados, dejaban todas de espresar los sentimientos de su cariño hacia la enferma del mejor modo que podian. Una le apretaba el estómago, otra le tenia las manos, esta le levantaba la cabeza, aquella prevenia el vaso de agua, y todas gritaban, lloraban y regañaban á las criadas por la tardanza del médico. Aquella sala era una zambra de gritos y monadas, que yo para mi sayo calificué de adulaciones.

En esto estaban cuando entró el médico, que por fortuna era un hombre instruido y prudente. La prisa con que lo llamaron y el arboroto que encontró en la casa previnieron su ánimo á creer que el mal era grave y ejecutivo. Preocupado de esta idea, y deseoso de cumplir con su obligación, gastó pocas palabras en saludar, y se dirigió á la paciente. Le tomó el pulso, hizo dos ó tres preguntas, le vió la cara con atención, y se levantó muy sereno asegurando que aquello no era cosa de cuidado, y que dentro de un rato estaria perfectamente buena.

Al ver la frialdad del facultativo una de las señoritas que estaba prevenida con papel y tintero, no pudo menos que decirle: señor, ¿qué no receta usted? No hay necesidad, respondió el médico: y la dicha malama, creyéndose desairada, le dijo: ¿Cómo no? ¿Pues no ve usted como está esta niña, y que si sigue así con este temblor se nos puede quedar entre las

manos, y lo peor es que se nos va sin sacramentos? ¿No será bueno que recete usted á lo menos un poco de álcali volátil y tantita agua de la reina para el corazon? Yo no entiendo de eso, pero fui sobrina de un famoso médico que era doctor burlado, y todos los dias iba á mi casa y hablaba divinidades del álcali y del agua de la reina para estos casos, y yo algunos remedios le aprendí, y los he mandado mil veces, porque al que anda en la miel algo se le pega: y ya usted sabe que de médico, poeta y loco todos tenemos un poco.

Señoritas, contestó el facultativo con mucha flema: no hay droga en la botica que no tenga sus alabadores y aficionados; y así no es mucho que los tenga el álcali, cuando no los desmerecen el agua del pozo, la saliva, el carbon, los orines etc.

Por lo que toca á que todos tenemos un poco de médico, poeta y loco, con la venia de usted digo: que de loco todos tenemos un mucho, y mas cuando nos metemos á dar nuestro voto en materias que no entendemos; pero de medicina y de poesia creo que muchos tenemos mas de entremetimiento que de inteligencia. Por mí le aseguro á usted que de poeta no tengo ni mucho ni poco, una vez me quise meter á componer una quintilla: no la pude acabar, y me quedé en cuatro piés como los brutos. Lo mismo creo que sucede á muchos cuando se meten á médi-

cos. Cada cual debe hablar de lo que entiende y eso bien y poco; porque si un sastre quiere hablar de arquitectura, proferirá treinta mil blasfemias en esta facultad. Lo mismo se debe entender de todo y de todos.

La señorita se quedó muy fresca, no entendiendo la fuerza de la reprension, y movida de una agitante curiosidad le rogó le dijese la quintilla: á cuya pregunta el médico contestó, que la iba á hacer para reprehender á una niña que pensaba acertar en materias que no entendia, y decia de este modo.

Si sin noticia ni guia
quieres ir por un camino
que no sabes, Celia mia,
te perderás de continuo,
y.....

Será una boberia; dijo la señorita, ponerse uno á andar por un camino que no sabe, sin tener quien lo lleve á lo diriga. ¡Vea usted qué ocurrencia! dijo el médico en tono de admiracion: usted ha concluido mi verso fácilmente en un instante; y yo no pude concluirlo en cuatro noches, despues de haberme quemado las cejas, á la llama de cuatro velones de á medio, que tantos consumi para acabar mi desgraciada quintilla. Ciertamente usted tiene mas de poetisa que de médica.

Bien distraídos estaban todos con la conversacion, unos hablando y los demas oyendo, cuando la enferma exhaló un suspiro, abrió los ojos y manifestó su total alivio; sorprendiéndose el verse rodeada de tanta gente, entre la que estrañó al médico, porque no era el de casa, aunque era mejor. Este, concluida su visita, que no pasó de visita, previno solamente que removiesen del ánimo de la señorita todo motivo de disgusto para que estuviera tranquila, pues este era el único y legitimo remedio en tales escesos, y dicho esto, se despidió.

No llegaria á la escalera, cuando entró en la sala D. Dionisio Langaruto, acompañado de dos oficiales y un colegial, que venian de jugar cuatro ó cinco treguas al villar, las que habia ganado el partido contrario.

Ninguna novedad hizo á D. Dionisio el encuentro del médico ni el alboroto que halló en la casa. Incomodo totalmente con la poca destreza de sus compañeros, y teniendo por un punto de honor ultrajado que hubiesen perdido las treguas del desafio, reñia ásperamente á sus amigos, los que con una humillacion servil se disculpaban mutuamente, sonriéndose de paso de la necedad y enojo de Langaruto, de lo que este se incomodaba mas, y decia: Yo no siento haber perdido las seis onzas, á mi no me duele perder el dinero: con cien pesos yo no soy ni mas ri-
8
TOMO I.

co ni mas pobre. Ustedes bien saben que estoy hecho á tirar la plata; pero en regla. Lo que me incomoda es que nos hayan dado capote, que no viéramos uno, y que aun la última tregua, llevándola tan aventajada, ha sido raquidada por ellos! ¡Vamos, que ustedes son buenos chañflas!

Este zonzó tuvo la culpa, respondió el colegial señalando á un alferéz: yo le decía que no tirara fuerte, sino que vendiera el mingo; pero quiso lucir el buen taco, tiró palos en seco, me vendió á mí, y fué causa de que se llevara el diablo el partido.

No hay cuidado, decía el militar, la confianza con que yo juego con ellos me hizo no recelar, y el maldito casquillo del taco, la bola fiñada y la mesa tuerca fueron la causa de que errara la bola, que si no, era bolada de acabar la tregua con los palos que tiré.

Eso sí, decía Langaruto, despues de los ladrones, trabucazos. Ahora que nos ganaron y estarán brindando á nuestra costa y riéndose de nuestra inhabilidad, estás tú echando bravatas. ¡Ya se ve! la bola, el taco y la mesa tuvieron la culpa, ¿no es verdad! Mucho fué que no te estorbara la taquera y el cajoncito del salvado. ¡Anda chañflon!

Muy incómoda estaba Eufrosina, oyendo la acalorada disputa que su esposo tenia con sus amigos, sin hacer el menor aprecio de su mal; y así hecha una furia se levantó del asiento y le reconvinó, diciéndo-

le: ¿Qué, ha pensado usted que no tiene muger ó cree que estoy pintada ó soy alguna sirvienta de su casa? ¿No es una picardía, no es una desvergüenza intolerable ver que me esté muriendo por esa maldita muchacha, y ni siquiera le merezca al señorito la mas mínima señal de atencion? ¡Ya se ve! yo nací para infeliz, y.....

Aquí comenzó á llorar amargamente. Las parientas y amigas la consolaban con mil caricias, y el bueno del caballero Langaruto, atónito con el resoplido que acababa de escuchar, trató de satisfacer á madama del mejor modo: y cuando supo que la causa de la mohina había sido haber encontrado á Pomposita chupando un cigarro, quisiera descargar su furia sobre la pobre criatura, para hacer ver que sentia el mal de Eufrosina, y que lo sabia vengar bien; mas el coronel contuvo su fuerza, deteniéndolo y prorumpiendo con la mayor energía en estas espressiones: ¿Qué es esto? ¿Están ustedes infatuados ó adolecen de una violenta fiebre? Por un cigarro.... ¡Voto á mis pecados! ¿Por un cigarro han sido tantas alharacas? Vamos, que esto no se puede creer entre personas de juicio y esperiencia.

No por un cigarro, dijo á ese instante Doña Eufrosina, sino por el atrevimiento de la persona que chupa ese cigarro. ¿Quién le ha dicho á esta mocosa malcriada que se ha poner á chupar á escondidas

mias? No faltaba mas, sino que la niña des'ete á ocho años, que aun no sale del cascaron, ya quiera andar con el cigarrito en la boca todo el día. Noramala para ella: así la vuelva yo á ver otra vez, que le aseguro que ha de ir á pepear los dientes á la calle.

Tienes mucha razón, mi alma, decía la tia vieja, tienes mucha razón; yo quiero á Pomposita como si la hubiera parido, ¡ya se ve! tiene mi misma sangre al fin, y mas vale gota que libra; pero la verdad, yo no voy fuera de la razón, es mucha picardía que las niñas chupen. ¡Ya se ve! tales están las cosas en estos tiempos, que ya los mocosos les piden la lumbré á los viejos. Todo está malo, todo está perdido; á sê que en mi tiempo, cuándo, cuándo una niña habia de tener la avilantez de chupar delante de los grandes? ¿Qué digo? ni aun á escondidas. Muy buen cuidado tenían las madres de registrarles los dedos á sus hijas para ver si chupaban; y pobre de la que los tenían amarillos, ya se podia componer: porque despues de que la castigaban muy bien, le quemaban la boca con un huevo caliente; pero ahora ya chupan todas las niñas y nos echan el humo en la cara. Haces muy bien, Eufrosina, haces muy bien de castigar á tu hija: no, no le dejes pasar estas perradas.

No hace muy bien de castigarle este defecto leve, si lo es, y mucho menos con tanta crueldad como

ahora, dijo el coronel: yo no me quis'era meter en esto, porque cada uno manda en su casa; pero me ha escandalizado ver castigar tan cruelmente á mi sobrina por una culpa, que si lo es, mi hermana y mi hermano se la han enseñado.

¿Cómo nosotros? decía Eufrosina. Así como lo oye usted, hermana, respondió el coronel. Si esa niña jamas hubiera visto chupar á usted, ni á su papá, ni á mí, ni á ninguna persona grande, seguro está que lo hic'era; pero ve que todos lo hacen, que no se hallan sin el cigaro, que es una especie de atencion y obsequio el darse cigarro: que apenas entra una visita, luego se pide el braserito de la lumbré, y por último, ve que todos chupan, y que aun alaban el chupar, diciendo que el cigarro es buen amigo, que en los gustos alegre y en las tristezas consuela, ¿qué concepto ha de formar de este vicio cualquiera niña que ve y oye todo esto? El mas favorable, el mas liasonjero sin duda alguna; y á consecuencia ha de desear esperimenter por sí misma las dulzuras que oye decir se hallan en él, y luego que tenga ocasion, ha de poner en práctica su deseo, como lo ha hecho Pomposita.

Yo no diré que es bueno que los niños aprendan á chupar desde muy temprano, ni menos que se les permita hacerlo delante de sus mayores, pues conozco la fuerza de la preocupacion, pero no me de-

tendré en decir que cuando lo hagan, poco se pierde, y que este no es un pecado casero que merezca una dura penitencia. Por mí, aseguro á ustedes que si mañana advierto que mi hija se inclina al cigarro, lo veré con la mayor indiferencia, y no solo no la castigaré, sino que tendré cuidado de que no le falten, para que cuando grande no solicite tal vez quien se los dé, ni busque la soledad ni la compañía de las criadas, siempre perniciosas, por no poder chupar delante de sus padres.

¡Bravo! bravo! dijo riéndose D. Dionisio. usted, hermano, ha hecho grandemente la defensa de mi hija. Déjala, Eufrosina ¿qué importa que no chupe ahora, si mañana como dice tu tía, te echará el humo en los ojos? Yo voy con la opinión de mi hermano.

Yo no, dijo Eufrosina, encendidas en cólera las mejillas: caro le ha de costar á la mocosa tamaña picardía. Le arrancara la lengua, le sacara los dientes y le quemara la boca si tuviera el grandísimo atrevimiento de chupar un cigarro en mi presencia.

Vaya, hermana, no se acalore usted decia, el coronel: advierta usted que el chupar es en sí indiferente, y nosotros lo defendemos como bueno, algunas veces como útil á la salud, y nunca lo tenemos como un delito. ¿Por qué, pues, lo que para nosotros es bueno, útil y honesto, en las criaturas lo hemos de

condenar como un crimen? Si Pomposita se hubie-
ra inclinado á tomar polvos, usted no se enojara, y aun le abonaria por gracia que sacara la cajilla del tabaco en su presencia. ¿Pues por qué ha de ser lícito al muchacho tomar tabaco por las narices, y no le ha de ser permitido el usarlo por la boca? Y esté usted segura de que si hubiera visto mas polvistas que chupadores, se habria dedicado á tomar polvos antes que á chupar; pero ha visto lo contrario, y así ha seguido lo que ha visto mas practicado.

Sea lo que fuere, decia Eufrosina, así me criaron mis padres, y así he de criar yo á mi hija, y caiga quien cayere.

Pero hermana, ¿siempre y en todo hemos de ir con lo que nos enseñaron los antiguos? ¿Nunca nos hemos de apartar de sus caprichos, aunque se nos pruebe que lo son? A la verdad ese es mucho servilismo, y la autoridad de nuestros mayores debe ser respetada mientras la razon y la esperiencia no nos manifiesten su estravio.

Yo quisiera que Pomposita hiciera á usted este argumento a ver qué le respondia: "Mamá, usted me debe enseñar siempre lo bueno, y me debe dar buen ejemplo. Ahora bien: ¿el chupar es bueno ó malo. Si es bueno, ¿por qué me lo priva? y si es malo, ¿para que lo hace en mi presencia?" Vaya, hermana, ¿qué responderia usted á este apretoncillo.

Le plantaría un buen par de besetadas, y le quitaría las ganas de ponerse á dimes y dirites con su madre.

Esa es una respuesta muy eficaz para imponerle silencio, decia D. Rodrigo, pero no para convencerla. Hay muchos superiores que tienen á mano este fácil expediente para hacerse obedecer de sus inferiores, aun en lo injusto; pero esto se llama despotismo. el que jamas es licito ni á los padres, ni á los maridos, ni á los amos, ni á ninguna clase de superiores, pues con tan indigno modo se hacen temibles, pero jamas amables. Sus órdenes injustas se obedecen con la misma gana que la mula estira el coche, y en cuanto pueden, los inferiores las eluden con desprecio.

Los reyes y los gobiernos ilustrados como el nuestro, nos hacen ver que el superior jamas se degrada, cuando satisface al súbdito con razon. ¿Quién mejor que los reyes y sus viceregentes pudieran mandar cualquiera cosa, sin tener que decir mas que: *hágase esto porque yo lo mando?* Pues ya usted habrá leído muchas reales órdenes en las gacetas, y habrá advertido que dice el rey. Habiéndose representado el mi consejo esto á aquello, y atendiendo á la utilidad de mis vasallos etc. etc. he venido en mandar esto ó lo otro. Asi tambien ha leído los bandos publicados en esta capital, y ha visto que en unos se da razon de que lo que se manda es por orden del soberano;

y en otros, que se determina una providencia para conservar la tranquilidad y buen orden, para subvenir á las urgencias del estado, ó para los fines que se espresan; pero nunca habrá usted visto una real orden ó una superior determinacion, que, como se dice, á raja tabla y sin ningun prelude, diga: *mando esto, mando lo otro*, sin dar razon al público de por qué se manda.

Esto prueba lo que ya dije, que estas racionales satisfacciones jamas degradan al superior, y que el no darias cuando conviene, es un grosero despotismo. Porque sí, ó porque no, son razones de cabo escuadra. Decir, *haz esto porque quiero*, aunque el otro conozca la injusticia de lo mandado, es una tirania insufrible, pero muy antigua en el mundo. Juvenal nos refiere de aquella muger que pedía á su marido que encajara á un criado inocente, sin mas razon que su voluntad. Esto no es tolerable, y menos entre cristianos.

Olga usted una decimita que en cierta vez escribí al mismo asunto.

Un señor una ocasion
A un criado suyo reñia,
Y si este le respondia,
Le decia el amo: chiton.
Chiton, ó de un mojicon
Te dejaré sin sentido.

Callaba el criado aturdido
Sobrándole que decir;
Porque este modo de argüir
¡A quién no deja concluido?

A todos seguramente; y así ya usted verá que las bofetadas lastiman, pero no convencen, y que no le es á usted lícito usar semejantes soluciones con su niña.

Pues por último, hermano, dejemos esto, contestó Eufrosina: cada cual tiene su modo de matar pulgas. Yo así quiero criar á mi hija: usted críe á la suya como quiera, que seguro está que yo me meta con usted así como no me metí el otro día que la regañé tanto solo porque le dió un palo al gato: y en verdad que eso era una niñería que no merecía la pena.

Usted dice muy bien, hermana: me ha convencido usted, soy un entremetido: ya no volveré á hablar en la materia. ¡Sobre que cada cual tiene su modo de matar pulgas! Pero vea usted. Cuando reprendí á Pudenciana porque le dió un palo al gato, no la lastimé, sino que le hice ver que hacía mal, pues el gato no le hacía daño. Le enseñé que debemos tratar á los animales con lástima, porque son criaturas de Dios: y le advertí que quien no tiene piedad con los brutos, quien se complace en maltratarlos solo por ser brutos, está muy cerca de ser un opresor de los hombres, siempre que pueda abusar de su debilidad.

Por esto la reprendí, y esto le enseñé. Usted dirá si tuve razón, y si me manejé con tal cual prudencia.

Doña Matilde que había guardado silencio en toda esta escena, advirtiendo que su esposo estaba algo incómodo con las respuestas altaneras y de pié de banco de su hermana, trató de cortar del todo la fastidiosa conversacion, y para ello con la mayor prudencia dijo á Eufrosina: mi alma, siento tu mal rato, y me alegro que te hayas aliviado. Evita cuanto puedas encolerizarte, porque ya ves el daño que esto hace á tu salud. Yo me retiro porque voy á ver qué hace mi peloncilla por allá adentro. Con esto se despidió, y el coronel no tardó en seguirla.

Así terminó la famosa disputa del cigarro; ¿pero cuándo no corren igual suerte las disputas mas célebres y contenciosas? El amor propio cuando se desarregla, que se desarregla muy seguido, es un tirano que cautiva nuestros entendimientos, y los sujeta al antojo, al engaño y á la preocupacion. Ordinariamente disputamos mas por vanidad y por hacer valer nuestra opinion, que por indagar la verdad, y esta es la causa de que las mayores necesidades se demandan con ardor, de que se desprecien las razones mas sólidas, y de que no haya modo de confesar que hemos errado. De aquí se sigue que cada uno se queda con la opinion que defiende, y la verdad se oculta en las tinieblas del error.

Cuando D. Rodrigo estuvo solo con su esposa, le dijo: ¿has visto muger mas loca ni mas aturdida que tu hermana? Ella me ha dado un rato bien pesado. Cuando vi á Pomposita bañada en sangre, y á tu hermana privada me afligí, porque creí que la criatura acaso trayeseando, se habia dado algun golpe, y el pesar de este accidente habia hecho desfallecer á la madre; mas luego que supe la verdadera causa, me compadecí de la pobre criatura, y me incomodé vivamente con Eufrosina. Yo no he visto muger mas necia.

Advertí bien tu incomodidad, dijo Matilde: porque solo muy enojado podias haberte puesto á disputar con ella tan de veras, olvidándote de aquel principio que me has aconsejado tantas veces, de que es una locura ponerse á disputa con un necio, pues el discreto pierde el tiempo, las razones y la paciencia, y el necio siempre se queda necio. Bien que tambien me has dicho que el hombre mas cuerdo deja de serlo luego que es sorprendido de una pasion: en este caso se desatienden los mejores principios y se olvidan las lecciones mas bien aprendidas. Esto te sucedió puntualmente.

Yo me alegro que me hagas esta advertencia, dijo el coronel, pues prueba que no se te olvida lo que me oyes, y que sabes hacer felices aplicaciones de los principios que te ensaño; pero dejando esto aparte,

dime qué juicio has formado de la imbecilidad de tu cuñado, quien sin el menor informe iba á concluir la obra de su muger cuando quer'a vo. ver á maltratar á la pobre criatura?

Yo pienso que hizo muy mal, contestó Matilde, aunque no puedo explicar en qué está lo peor de la accion; porque á primera vista parece que su cólera fué efecto de la buena educacion que da á su hija, y del mucho cariño que tiene á su muger; pero cuando advertí la facilidad con que se serenó y te concedió la razon, no creo que hizo bien en lo primero; porque cuando veo un hombre que es tan fácil al enojo como á la serenidad, y tan pronto está de parte de una opinion como de la contraria, temo que no tenga carácter, temo que esté muy propenso á obrar sin razon, y que sus primeros arrebatos los dicte un capricho y no la justicia. Esto es lo que me parece. Tú espécame mejor lo que no entiendo.

No te has engañado en tu concepto, dijo D. Rodrigo: así es como lo piensas. Tu cuñado manifestó en su accion falta de carácter y sobra de amor propio. El se avergonzó porque vió reprendida su distraccion delante de todos por la agria reprension de su muger, y no teniendo ni firmeza para sostenerse, ni habilidad para disculparse, trató de satisfacer á su esposa y á las visitas, maltratando á la parte mas débil. A no haberlo yo embarazado, golpea á su hija

y queda persuadido de que habla obrado en justicia.

Los hombres violentos ó atropellados sin carácter, son malos maridos, malos padres, malos amos, y generalmente malos superiores. Muchas veces castigan la inocencia y no pocas premian el delito, ó porque no conocen ni uno ni otro, ó porque les parece que así deben hacerlo.

Peor concepto formarias del carácter de tu cuñado, si alcanzaras á conocer las perniciosas consecuencias que acarrea á su familia. Oye sin asustarte. El orgullo de su muger, su disipacion, la mala crianza de Pomposa, el poco respeto de los criados, la dilapidacion de sus bienes, que cada dia van de mal en peor, y todos los atrasos interiores y exteriores de la casa, no reconocen otro origen que el mal carácter ó por mejor decir, la falta de este en tu cuñado.

Esto no es murmuracion: te hablo á solas de unas faltas que te son demasiado notorias, y esto no por denigrar á esta familia, sino para que veas confirmadas por la esperiencia muchas verdades que te he dicho. Una de ellas es que los hombres tienen las mas veces la culpa de los defectos de las mugeres.

Yo estimo mucho á D. Dionisio, y conozco sus buenas qualidades; pero nie compadezco de que tenga un carácter tan débil, y que esto sea causa del desorden de su casa: te hago ver este desorden y te señalo sus causas, para que si yo muriere antes de poner en es-

tado á nuestra hija, quedes tú con suficientes reglas para deliberar sobre la eleccion del compañero que le convenga; y de este modo, obrando con prudencia y segun las máximas que te inspire, coadyuvarás como buena madre á hacerla feliz en el estado del matrimonio, si este fuere de su vocacion.

¿Pues qué, el genio obsequioso de mi cuñado, decia Matilde, el que siempre dé gusto á su muger, el que la complazca, el que la estime y la sirva es todo su pecado? ¿Eso es lo que lo constituye de mal carácter, y por eso son todos los estravíos de su casa? Yo te creo, pero me admiro de saberlo. ¿Qué me dirias si D. Dionisio fuera un hombre grosero y altivo y que tratara á su muger como á una criada? Yo conozco algunos de estos.

Y yo tambien, contestaba D. Rodrigo; pero condenaria en tal caso su cruel conducta, lo mismo que ahora repruebo la que le observo. En el arco, tan inútil queda la cuerda muy tirante como la muy floja. En todo debe dirigirnos la prudencia. Tan mal obra el marido que se convierte en tirano de su esposa, como el que se constituye su esclavo: ambos son extremos que debe evitar el hombre prudente, como opuestos á su dignidad, y como obstáculos á la felicidad doméstica y á la paz del corazon.

Mientras que los maridos no sepan ser hombres, las esposas no sabrán ser mugeres. Yo puedo equi-

vocarme; pero segun la esperiencia que tengo, las mugeres no serian tan fatuas, vanidosas ni locas, si siempre les tocasen por maridos hombres prudentes y sensatos, que supiesen hacerlas entrar por el camino justo y razonable; pero si los hombres, despues de exceptuar los que se debe, unas veces las escarparan con sus modales duros y groseros, y otras dan pábulo á su orgullo con sus mimos imprudentes, y con sus condescendencias desarregladas, ¿cómo sabrán estas infelices usar á tiempo del amor sincero, ni de la amable dependencia, tan necesarias ambas cosas para la felicidad del matrimonio? Verdad es que las mugeres que obran mal no merecen disculpa, porque ellas debian obrar bien aun quando sus maridos no fuesen siempre de acuerdo con la razon; pero si aun en este caso son criminales, ¿cuánto mas lo serán los hombres que les permiten, las enseñan y se puede decir que las precisan á obrar mal?

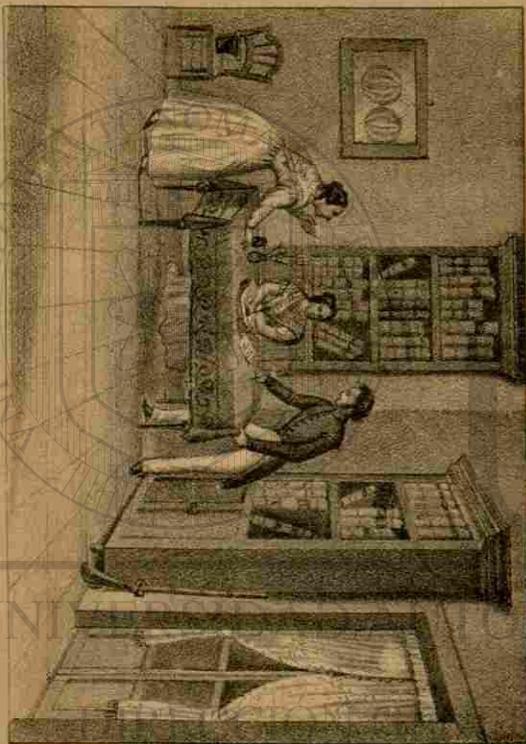
Semejantes matrimonios tarde ó temprano se desgracian. Para que Pudenciana, si se casare, no corra igual suerte que muchas, haré yo quanto pueda y hasta donde alcance mi talento para darte las mejores reglas, que tú le inspirarás si yo faltare, á fin de que sea una muger amable, que haga las dulzuras de su esposo y la felicidad de su familia.

CAPITULO VI.

En el que luce mucho la instrucción y edificante conducta de la madre de Pomposita.

Muy resentida quedó Pomposita con el cruel tratamiento de su madre, y tanto mas cuanto que estaba acostumbrada desde muy tierna á verse coimada de mimos, contemplaciones y melindres, tanto de sus padres, como de sus parientes, criados y visitas de la casa. El espíritu de ira que se apoderó de su corazón fué tan vehemente, que se negó á comer aquel día y se resistió á tomar chocolate por la tarde, á pesar de las caricias paternas, de los ruegos de todos los concurrentes, y de las súplicas y humillaciones de su madre.

Esta era muy altiva para sufrir el orgullo de su hija mucho tiempo: y así enfadada de él, la dejó, diciéndole de paso mil boberas, y se entró á la habitación de Matilde, quien viéndola tan colérica le preguntó la causa, y ella dijo: ¿cuál otra ha de ser, si no esa maldita muchacha tan malcriada como soberbia? ¿Ya viste lo que pasó esta mañana? Pues no ha querido comer, ni ha probado bocado á la hora de esta, y ya nos hemos cansado de rogarle. Poco ha faltado para hincarme delante de ella ahora, rogándole tocase el chocolate; pero todo ha sido en b. lle, mientras mas le rogaba, mas dengues me hacia el



Tomo 1o

Señor Quillotita

Lam. 5.

demonio de la muchacha, hasta que me enfadé y la dejé, diciéndole: aunque nunca comas en toda tu vida, ¡ojalá te acabara de llevar el diablo! Y creeme que por no deshacerla á patadas, la he dejado y me he venido acá.

¡Ya se vé! ella no tiene la culpa: halló tan buen defensor en mi hermano, y por eso está tan cargada de razón. Lo que se quieren los muchachos es eso: hallar quien apoye sus picardías, y entoces no hay diablo que se las averigüe con ellos; pero que se atenga Pomposita á su tío, y que siga chupando, que yo le juro que no me llamara Eufrosina, si no le hiciera escupir á bofetadas cuantos dientes tiene en la boca.

El coronel que habia escuchado sus honras en tan pocas palabras, no pudo menos que incomodarse justamente y decirle: oiga usted, hermana, no hay que engañarnos: siempre buscamos á quien echar la culpa de nuestras malas acciones, cuando no tenemos la sinceridad suficiente para confesarlas por nuestras. La obstinacion con que la niña se niega á tomar el alimento, proviene de su resentimiento ó enojo, á que dió ocasion el imprudente castigo de usted, y perdone que se lo diga claro; pero usted ha tenido la culpa, y no yo que solo hice unas justas y sencillas reflexiones en su presencia.

En toda educacion bien dirigida se deben econo-

mizar los castigos cuanto se pueda; y cuando sean inescusables, deben ser correspondientes á los defectos de los niños, y segun esta regla, yo no encuentro proporcion entre el defectillo que ha cometido mi sobrina y el grave castigo que usted le impuso, pues en un niño no es tan gran delito chupar un cigarro para sufrir una bofetada tan cruel. Jamas las preocupaciones dejarán de acarrear funestos resultados. El caballero Ragliff que fué el que introdujo el tabaco en Inglaterra, en tiempo de Jacobo I, se atrajo con esto el odio general en tales términos, que levantándole muchos crímenes falsos, añadieron entre ellos que habia llevado una yerba con cuyas delicias se entretenian todos y se distraian del trabajo. El parlamento, preocupado á favor de los deponentes, lo sentenció á la última pena, que sufrió en un cadalso este hombre de bien y benéfico á su patria: puntualmente por haberles enseñado á sus paisanos el uso de una yerba de que despues han sacado tantos provechos. ¡Tal es la fuerza de la preocupacion!

Lo que mas noto yo en muchas madres es que se irritan, se enfurecen contra sus hijos, y los suelen castigar cruelmente por una friolera, al tiempo mismo que les dejan pasar culpas bastante graves, que les acarrear despues mil consecuencias funestas.

Yo no sé qué le dejo pasar á mi hija, decia Eufro-

sina: porque la que crie bien á sus hijos ha de ser como yo, aunque me tome la mano. Ya vé usted que en esa edad sabe leer y escribir, sabe todo el catecismo: está aprendiendo á bordar y á hacer trenzitas de chaquirá; á coser no, porque gracias á Dios, tiene su padre y no ha de ser costurera; estas cositas se le enseñan porque no esté ociosa, y algun día sepa lo que está bueno y lo que está malo.

A mas de esto, ya usted ha visto que baila un campestre, unas boleras, una contradanza, un valse, y todo con primor. El diantre de la muchacha es habilísima, y como tiene buena voz, ya está aprendiendo á tocar y á cantar por arte: ello poco á poco; pero el maestro dice que la niña da muchas esperanzas porque es muy viva.

Por lo que mira al estilo, á la decencia, al aire de taco, al tono y todas aquellas cosas que debe saber una señorita de su clase, que algun día ha de hacer su papel, ya usted ha visto tambien que me he despedido por enseñárselas. Ella será una perra malagradecida si olvidare lo que yo he hecho por ella. Si sabe bailar, yo la he enseñado: si sabe comer con limpieza, tratar á todo el mundo segun su clase, vestirse con arreglo á las últimas modas, llevar el cuerpo con aire, manejar con garbo el abanico y todas estas cosas tan necesarias en una señorita, ¿á quién lo

debe si no á mí? Y despues de esto, habrá quien diga que yo he criado mal á mi hija?

Repender á una persona sus defectos sin tener autoridad para ello, decía el coronel, es una impolitica, en que yo no deseo incurrir; pero tambien el condescender con cualquiera persona apoyándole sus faltas, solo por lisonjearla, es una bajeza que no se conforma con mi genio. En esta inteligencia, yo no me determino á responder por ahora á la pregunta que usted acaba de hacer; pero le aconsejo que por modo de diversion lea á ratos perdidos el tratado de educacion de Mr. el Abate Blanchard, que está en el tomo cuarto de la *Escuela de las costumbres*. Este autor tiene bastante aceptacion entre los sensatos, y el trozo que digo de educacion á mas de ser cortito, tiene mucha naturalidad y sencillez de estilo, por lo que no es fastidiosa su lectura. Conque lealo usted con atencion, y despues, si gustare, podrá repetirme su pregunta.

Estaba yo bien fresca, decía Eufrosina, si me comprometiera á leer ese Blancar, ó Blandar ó lo que es. ¡Vaya! que no faltaba mas sino meterme á beata fuera de tiempo. ¿Qué piensa usted que yo soy como la zenza de mi hermana que parece una criada de la casa ó una vieja camandulera? Todo el día está la muy bobona ó en la cocina, ó con la almohadilla, ó con el libro en la mano, que no parece sino noticia

recoleta. ¡Ya se vé! ella se hizo al modo de usted, y le parecerá que tiene una vida de ángeles; pero yo, ¿cuándo, cuándo me habia de sujetar á esa vida? no digo teniendo proporciones; pero aunque fuera mas pobre que Aman, me sabria dar mis ratos para desahogarme y cumplir con las atenciones de mis amigas; y no mi hermana que parece una india de pueblo. Ella ni sabe bailar, ni cantar bien, ni nada; ¡ya se vé! ¿cómo ha de saber, si se niega á las tertulias, á los bailes y concurrencias de la gente lucida, donde se aprenden estas cosas tan necesarias á toda gente fina? Para ama de llaves, maestra de niñas, pretendiente de brígida ó capuchina, no tiene precio mi Matilde. ¿No es verdad, hermana?

Será lo que tú quieras, dijo Matilde; pero lo cierto es que como yo ya me acostumbré á esta vida, no se me hace pesada; antes cuando tengo que concurrir á alguna parte donde hay bulla, lo hago por mero cumplimiento y porque no digan; pero te aseguro que estoy violenta, temiendo no suceda algo mientras falto de mi casa, y deseando volverme á ella lo mas pronto.

Si lo creo, hermana, contestaba Eufrosina, ¡sobre que todo es hacerse! Ya tú te has hecho á estar encerrada, y á ser una criada de tu marido y de tu hija, y de ahí no habrá quien te saque; aunque no te hagas muy santurrona: ¡quien sabe si tú no vas á los

bailes porque no te gustan, ó porque no te da licencia mi hermano? Vaya, que esto último me parece lo mas cierto, y esto se llama hacer de la necesidad virtud. A lo menos tú eres mas chica que yo, y muy bien me acuerdo que de doncella eras muy alegre: ¡vaya, si eras una sonaja! Todo el dia andabas saltando y cantando en casa: ello lo hacias mal, pero á tu gusto; y tambien te agradaban mucho las destecitas, los bailes y cuantas diversiones se te proporcionaban, de modo que si hubieras podido, hubieras sido apero de las tertulias, ó como dicen, perrito de todas bodas.

Esto es una verdad que tú no podrás negar: mira, pues, si yo tengo razon para estrañar tu recogimiento presente, y para presumir que tu mudanza y tu gasmoería no provienen de virtud ni de que no te gusten las bullas, como dices, sino de miedo que tienes á mi hermano, ó de mucha barba que le quieres hacer. Vamos no te pongas colorada: confésala, y aunque no la pagues.

Yo me pongo colorada, dijo Matilde, porque te produces de esa manera delante de mi marido, quien tal vez pensará que estás hablando verdades, y de ahí inferirá que yo de muchacha era una loca, andariega y amiga de fiestas, y de andar en la calle todo el dia; y que si ahora me estoy en mi casa no lo hago de buena gana, sino á fuerza y de miedo por res-

peito syro. Por esto me avergüenzo y me da cólera, y no por otra cosa.

No, hija, no tienes porque avergonzarte, dijo el coronel: estoy muy satisfecho, así de tu conducta anterior como de la presente: sé que si de niña doncella salías á la calle y te presentabas en los bailes, era conducida por tu madre, por tu hermana y por otras personas á quienes te confiaban; pero no porque tú jamas hacías empeño para ir. Por lo que toca á tu conducta presente, estoy mucho mas satisfecho, porque la observo mas de cerca, y vivo muy contento al lado de una señora que siendo jóven, sabe desempeñar tan bien los títulos de madre, de esposa y de ama de casa. En esta virtud nada te debe avergonzar, cuando estás segura del ventajoso concepto que me debes, y en el que no te hago ninguna favor, porque tá te lo tienes merecido.

¿Qué, no hay una escobita? dijo la necia de Eufrosina! ¿no hay una escobita, señores, para recoger tan abundantes de perdicios? ¡Vaya, vaya que ustedes se entienden la lengua lindamente! Yo me alegro mucho que usted esté tan satisfecho de Matilde, y de que ella esté tan contenta con usted: Dios los guarde así por muchos años. Yo, hermana, por lo que hace á mí, te digo que muy buen provecho te haga tú santa vida; pero yo no te la envidio ni te la envidiaré jamas ¡Ay! no, ni pensarlo. Dios me li-

bre de que yo me viera casada y hecha una vieja rezandera ó una moza de á veinte reales. Primero me den cien tabardillos uno sobre otro y.....

¡Vamos, hermana, no hay que afligirse, decía D Rodrigo, si aun no llega este caso! Lo que yo quisiera fuera que usted se dedicara á la lectura de algunos libros buenos, que debían serle muy útiles en su estado: v. g. *la Educacion de las hijas*, por el señor Fenelon; *la Familia regulada*, por el padre Arbiol; *la Eufenia ó la muger instruida*, por el aleman Campé; *Cartas de madama de Montaignon*; *la Muger feliz*, y otros muchos que tratan del modo con que una muger debe conducirse con Dios, consigo, con su esposo, con sus hijos, con sus criados y con su casa; pero ya que veo que usted no tiene paciencia para tanto, me contentaria con que leyese ese tratadito de Blanchard que le digo; pues, por modo de diversion.

Estaba la diversion arrogante, decía Eufrosina: ¡vamos, hermano, que usted me hace reir con sus candideces! Si supiera usted que no me gusta leer nada ¿qué dijera! y no solo porque no me gusta, sino porque me falta lugar para mis cosas. No piense usted, ahí tengo muy buenos libros que me ha comprado Langaruto, muy bien empastados y muy bonitos, y dicen que son de bello gusto, y tengo algunos muy divertidos, segun dicen. Pues ¿para qué he de mentir? yo no los he leído; pero todos lo dicen, y lo

creo. Vea usted: tengo *las novelas de Doña Marta de Sayas, las obras jocosas de Quevedo, las Aventuras de Gil Blas, la Pamela, el Eusebio, Novela sin las vocales, la Clara, la Diana enanorada, la Aiala, Alejo en su casita, Soledades de la vida y desengaños del mundo, D. Quijote de la Mancha,* y otros que no me acuerdo: y á mas de eso un celemin de comedias y sainetes que mas bien lee Pomposita que yo. Conque si no tengo lugar de leer esos libros que son tan divertidos, cómo me habia de poner á leer esas mistiquerias que usted quiere?

En verdad, hermana, contestó el coronel, que tiene usted un gran surtido de libros y comedias. Entre los que usted me ha señalado, unos son buenos, otros razonables y otros perniciosos y de pésimo gusto; pero yo sin tratar de deprimir el mérito de los que lo tienen, digo que para aprender á ser buena casada, es mejor cualquiera de los que yo le cité, que todos cuantos usted tiene, y por eso me empeñaba en que leyera lo mas conciso; pero desisto de mi empeño en vista de que usted me asegura que no le gusta leer y que no tiene lugar, bien que yo creo mejor lo primero que lo segundo; porque ciertamente me hace fuerza que una señorita como usted no tenga lugar para dedicarse á leer un libro poco á poco.

Si no pareciera demasiada curiosidad, yo quisiera saber la distribucion que hace usted del tiempo, por-

que no puedo creer que sea este tan corto, ni sus quehaceres tantos, que no le dejen lugar para una cosa tan útil, y en que se podian emplear pocos minutos cada dia.

Usted, hermano, á la verdad se está haciendo de la casa de la Virgen, decia Eufrosina. Conque no sabe usted cuáles son mis quehaceres? ¡Pobrecito de usted! ¡Ya se vé! como vive tan lejos de mi casa y nos vemos tan de tarde en tarde, cómo ha de saber lo que yo hago? No obstante, oiga usted en qué se me va el dia, para que vea si tengo, ó no, que hacer.

Me levanto á las ocho ó ocho y media por lo regular: de esta hora á las nueve me desayuno: de las nueve á las diez me visto y me aseó para salir: á las diez tomo el coche y me voy á la Alameda á hacer ejercicio, ó al Parian á comprar algunas cosas, ó á casa de alguna amiga. En estas y las otras dan las doce, y me vengo á almorzar: despues en tomar la leccion de baile y recibir algunas visitas se va el tiempo hasta las dos ó dos y media en que viene mi marido y nos ponemos á comer: despues de esto á las tres y media ó las cuatro me acuesto á dormir siesta hasta las seis: á las seis me levanto, tomo chocolate, me voy al paseo, ó me entretengo en vestirme hasta las ocho, hora en que me voy á algun baile, ó

al coliseo; acabada la comedia ó el baile, que es bien tarde, me retiro á casa, ceno y me acuesto. Rara vez se invierte este órden, que es el ordinario, y eso por algunas visitas que vienen á casa ó por alguna indisposicion que padezca, ó porque se arma acá la tertulia de repente, ó por otro motivo semejante, y entonces estoy mas ocupada con la atencion que exigen estas cosas. Vea usted si tengo ó no tengo hartó que hacer, y si tendré lugar no digo para leer, pero ni para rascarme la cabeza.

Anda, niña, dijo Matilde: no me admira que te pases una vida tan floja y holgazana, sino que tengas cara para contarla y te quedes tan fresca.

¿Y por qué no? respondia Eufrosina. ¿Pues qué, hago mal en esto? ¿No soy muy dueña de mi voluntad? ¿No tengo proporciones para pagar mis criadas que me sirvan? y á mas de esto ¿no soy una señora decente, y es preciso que me trate como quien soy? Ya bien veo yo que mi régimen de vida es enteramente opuesto al tuyo. Algo he observado; pero para que veas la diferencia que hay de trato á trato, dime ¿en qué gastas el dia por lo ordinario?

No tendré embarazo, dijo Matilde. Mira: no soy madrugadora: me levanto, por lo regular á las siete de la mañana: visto á Pudenciana y nos vamos á misa, venimos, y nos desayunamos: despues envió á la niña á la amiga y le dispongo el almuerzo á Linarte:

el resto de la mañana se va en ir á la cocina, en la costura, en asear la casa, ó mil cosas; porque á ninguna muger le falta que hacer en su casa cuando es muger y quiere estar ocupada; á las doce envío por la niña, me pongo mi delantal para no ensuciarme, y voy á la cocina á sazonar el plato de mi esposo....

¡Virgen! ¿Hasta eso? dijo Eufrosina: pues ¿qué no tienes cocinera? ¡aunque fuera ya!—Si tengo, pero quiero que Linarte coma á su paladar, no al de la cocinera; y como nadie conoce su gusto ni su modo mejor que yo, de ahí es que yo misma le sazone la comida. Mas como iba diciendo: luego que acabo este gran trabajo, me lavo las manos y me vuelvo al estrado con mi costura hasta la una, hora en que por lo regular viene mi esposo de la calle: platica un rato ó se divierte un poco con su niña mientras ponen la mesa y vamos á comer. Acabada la comida repasamos un rato hasta las tres ó poco mas; él suele irse, y yo me pongo en el estrado rodeada de mi familia, ó con el bastidor ó con la almohadilla hasta las cuatro y media que van por mi hija: luego que esta viene, rezamos el rosario, y les leo algo del catecismo, á mi hija, á Tullitas (1) y á las mozas; pues, porque

(1) Esta Tullitas era la niña Gertrudis que sirvió de aya á Pudenciana en su infancia, y de que se habló al principio de esta historia.

ya sabes que es obligacion precisa de los amos el enseñar la doctrina á sus criados. En esto dan las oraciones, se van a sus quehaceres, las niñas á jugar, y yo á guardar mi ropa. A esta hora viene Linarte, tomamos chocolate, y unas veces nos ponemos á platicar, otras á tocar mi clave, ó me voy á tu casa, y alguna vez al coliseo, ó á alguna visita, segun estoy de humor, en cuyas diversiones me entretengo hasta las diez ó poco mas, hora en que cenamos y nos recogemos muy contentos.

Con este método de vida ni yo acabo mi salud, ni los pobres sirvientes se molestan; porque ya tú ves que es una grande imprudencia de aquellos amos que, despues de hacer trabajar á sus criados todo el dia, los tienen en vela hasta las quinientas de la noche en que llegan á sus casas del juego, de la tertulia ó la visita. En fin, con este método de vida ya verás que me sobra lugar para leer cuanto quiero.

Pues tienes una vida angelical, hermana, dijo Eufrosina: dichosa tú... si te salvas; pero la verdad yo no te la codicio; porque ese trato no es para una señora decente, sino para las rotitas de casa de vecindad; y no para todas sino para aquellas pobres hipócritas que se hacen muy virtuosas, muy recogidas y muy mugeres de su casa, no por voluntad sino por fuerza. No van al coliseo, porque no tienen con que pagar el palco ó el asiento, ni se presentan en los

paseos públicos ni en los bailes, porque les sobra vanidad y les falta coche y el lujo que descan para competir con nosotras; pero tú que eres medio mística, ya sabes que esto no es mugerio ni virtud, sino mucha soberbia y vanidad; y despues de todo, niña, semejante vida, ocupacion y encierro, no se quedan para una señora de tu clase.

¿Quién dice que no? replicó el coronel. ¿Pues que las señoras decentes gozan alguna prerogativa ó privilegio para no cumplir con las obligaciones de su estado? ¿La buena cuna ó las riquezas pueden alguna vez servirnos de razon para sustraernos de la ley general, que nos prescribe, sin distincion de clases, llenar nuestros deberes dignamente? Yo por cierto tengo entendido lo contrario. La nobleza, la fina educacion, los puestos elevados, las riquezas y todas las ventajas que proporcionan la naturaleza y la fortuna, tan lejos están de eximirnos del cumplimiento de las leyes, que antes bien nos someten á su yugo con mas imperio, porque el que mas ha recibido, mas debe; y así las señoritas que han recibido unos buenos principios, y que se distinguen por su clase del comun del vulgo, deben comportarse siempre mejor que los vulgares, sin jamas alegar las preeminencias que gozan para faltar á sus obligaciones; pues como dije, sus mismas distinciones las es-

estrechan para obrar con mas arreglo y escrupulosidad que los demas.

Pues bien, dijo Eufrosina: sea de eso lo que fuere, lo cierto es que ni usted ni yo hemos nacido para reformar el mundo: asi lo hallamos, y asi lo hemos de dejar. ¿Qué nos importa que las gentes anden de piés ó de cabeza? Al fin no hemos de dar cuenta á Dios de nadie: ¿para qué nos hemos de meter en camisa de once varas?

A mas de que no es tan bravo el leon como lo pintan; pues, quiero decir, no debe ser mi vida tan descarriada como usted la supone, pues si eso fuera no tuvieran tantas la misma vida que yo, y algo mejor; pero ya ve usted cuántas señoritas hay que no emplean el tiempo sino en componerse, pasear y divertirse; y hacen bien de gozar de la vida y de tratarse como quienes son, si no ¿en qué se han de distinguir de las rotas y pingajosas de casa de vecindad, como ya he dicho?

¡Válgame Dios, hermana, dijo el coronel, y cuántas equivocaciones padece usted! Acaso porque hay en efecto muchas señoritas lujosas y paseadoras, que todo el tiempo de su vida, ó á lo menos los días floridos de su juventud, los consagran á la moda, á la dissipacion y á la fruslería, abandonando sus mas precisas obligaciones, ¿cree usted que se halla disculpada de algun modo la que las imita? De ninguna

manera, hermana; la multitud de vicios jamas ha justificado el vicio. No porque hay muchos ébrios y ladrones, tendremos por licito el robo ó la embriaguez. Nuestra naturaleza, corrompida por la culpa, siempre se inclina á satisfacer nuestras pasiones atropellando con la ley y la razon, y esta es la causa de que los perversos y abandonados tengan tantos imitadores; pero esto, ya digo, se hace atropellando la ley y la razon, pues siempre que queramos escuchar el poderoso grito de la conciencia, tenemos los auxilios necesarios para no delinquir; y uno de estos auxilios son los buenos ejemplos de otros, que no queremos seguir.

El apóstol S. Pablo decia que sentia en si dos leyes, la del espíritu y la de la carne; esta, enferma y corrompida que lo inclinaba al mal; y aquel, sano y pronto para inspirarle el bien. Todos sentimos las mismas leyes; pero obedecemos la material que liasonjea nuestros sentidos y apetitos, no queremos sufrir la contradiccion que hace el espíritu á la carne: y así con desprecio de aquel halagamos á esta, aun conociendo que hacemos mal, porque á nadie se le oculta su delito; y acosado del temor que se sigue á la infraccion de la ley, ¿qué hacemos? Buscamos pretextos y disculpas que, aunque engañosamente, nos consuelen y tranquilicen.

Una de estas disculpas, y quizá la mas frecuente ó

la que tenemos mas á mano, es la multitud de infractores que se nos presentan á la vista. Entonces nuestro amor propio, diestrísimo adulador, nos persuade, ó que no hacemos mal, ó que nuestro proceder no es el peor, cuando hay tantos que obran lo mismo que nosotros; pero esta disculpa es tan capciosa y frívola, que no nos penetra el interior, porque al instante se nos viene á la memoria otra multitud de individuos, cuyos buenos ejemplos y arreglada conducta, destruye nuestra sofisteria y reprende nuestros excesos.

Por ejemplo, es constante que en México, así como en toda ciudad populosa, hay una porcion de señoras que ocupadas ó consagradas del todo al lujo, á la bulla, á la dispacion y á peores cosas, se desentienden del cuidado de sus obligaciones, abandonando su casa, sacrificando al marido, corrompiendo á sus hijos, escandalizando á los criados, y olvidándose enteramente de que son esposas, madres y amas de sus casas. Es cierto, repito, que por desgracia abundan estos ejemplares; pero tambien es evidente que no faltan otras muchas señoras modestas en sus trages, fieles á sus esposos, atentas á la educacion de sus hijos y familia, hacendosas en su casa, económicas de su hacienda, y enteramente muy cristianas y escrupulosas observadoras de todas sus obligaciones.

¿Qué dice usted? ¿No es verdad que hay muchas

señoras de estas en México? ¿No conoce usted algunas de ellas? ¿Pues cómo no se acuerda de sus ejemplos para seguirlos, y solo me cita en su abono el estraviado proceder de las demas? Conque hermana, no hay disculpa. Es preciso confesar que obramos mal por nuestro gusto, sin atenernos á que otros obren del mismo modo, pues tenemos ejemplos en contrario que imitar.

Calló el coronel, y Eufrosina con una risita burlesca le dijo: ¿Sabe usted, hermano, lo que estaba yo pensando?—¿Qué cosa?—Que usted erró la vocacion de medio á medio. Si señor: usted no debía haber sido militar ni casado, porque para capuchino ó misionero no tiene precio. No hay remedio. usted debía “andar con un palpito en las manos diciendo lindezas por esos mundos de Dios,” como opinaba Sancho de su buen amo.

¡Vea usted qué tacaó ó qué sermón tan largo me ha echado. La lástima es que yo estoy empedernida, y todo se me resbala. Estos sermones son buenos para la zonga de Matilde; pero para mí es lo mismo que escribir en el agua y predicar en desierto.

Si, hermano, yo nací muy señora, me he criado con regalo, heredé alguna cosita de mis padres; y por fin he tenido la fortuna de haberme casado con un hombre de proporciones y muchacho del día. ¡Bendito sea Dios que me libró de un viejo regañón y mez-

quino! No lo digo por usted; pero ¡Jesus! ya me hubiera yo ahorcado. En fin, hermano, ¿ustedes gustan de ir al colisco, que ya es hora?—Hermana, muchas gracias.—Pues adios.

Diciendo esto, se fué Eufrosina; y Matilde, llena de enojo contra ella, dijo á su marido: ¿Ya lo ves? yo me alegro, si, yo me alegro de que te haya faltado al respeto la loca de mi hermana. En partes dice bien: si no hemos nacido para reformar el mundo, ni tenemos que dar á Dios cuenta por otro, ¿para qué es cansarnos en persuadir que obren bien ó mal? Allí se las haya. La verdad es que me ha incomodado mucho Eufrosina por tonta y majadera; pero conozeo que tú has tenido la culpa en ponerte á disputar con ella.

Mira, dijo el coronel: todos estamos obligados á coadyuvar al bien de nuestros semejantes á proporcion de nuestras luces. Tú bien sabes que es obra de misericordia, y muchas veces de justicia, dar buen consejo al que lo ha menester, y segun esto, cuando vemos que un semejante nuestro padece un error grosero, por el cual se le siguen ó se le pueden seguir graves perjuicios, y teniendo facilidad de darle un buen consejo, estamos en obligacion de dárselo y de sacarlo de su error; siquiera por caridad, y esto aun cuando presumamos que por entonces no lo admitirá ó se burlará de él, porque no sabemos si aquel

consejo despreciado acaso será una semilla que en otro tiempo fructifique.

En este caso está tu hermana. Ahora se burla de mis razones; pero tal vez mañana ó por un reves de la fortuna, ó por la esperiencia que se adquiere con la edad, podrá abrir los ojos y aprovecharse de lo que ahora desprecia.

Por esto he aventurado la conversacion que oiste de lo que no me pesa, ni menos me siento de su burla, pues la pobre procede como una muchacha atolondrada y sin una cuerda reflexion. Si todos pensaran como ella, si todos dijeran: Asi hallamos el mundo, así lo hemos de dejar, y ninguno tendrá la gloria de reformarlo, en este caso, ni los oradores hubieran esforzado su elocuencia, ni los escritores sus luces para corregir ó contener los vicios. ¡Desgraciados de los hombres! Ociosos fueran los pulpitos y los libros: nada se hubiera adelantado en las ciencias, en las artes, en la moral, en la politica, ni en cosa alguna; pero como los sabios no han sido de ese necio modo de pensar, se han afanado para no dejar sepultados los talentos que les confió la Providencia, y para hacerlos útiles en beneficio de sus semejantes.

Yo te confieso ingenuamente, que no me hallo con un acopio de talentos sublimes y brillantes; pero sin embargo, deseo emplear el que tengo en el mismo

objeto, pues sé que al que se le dieron cinco, se le pedirá cuenta de cinco, y al que le tocó uno solo, se le tomará residencia, de este uno; y por esta razón procuré desengañar á tu hermana de los errores en que vive, creyendo que así lo debo hacer, y que quizá algún día te serán de provecho mis avisos. Si se burlare de ellos, si no los estimare en nada, ella cogirá el fruto de su error; pero yo habré hecho cuanto puedo por su bien.

Ya estamos, dijo Matilde, en que cuando mi entendimiento no quede perfectamente convencido con lo que me dices, ó tenga alguna duda, te la he de proponer con franqueza. En esta inteligencia, no puedo menos que decirte que me hace mucha fuerza no solo que disputes con mi hermana, sabiendo quién es, sino que ahora sostengas que hiciste bien, y que lo debes hacer, cuando otras veces me has dicho que es bobería disputar con ella, y con cualquiera otra persona obstinadamente necia, pues no se saca ni se puede sacar ningún partido ventajoso de tales disputas. Esto tú me lo has dicho, y no ha mucho que tácitamente me concediste que no había hecho bien de empeñarte en la disputa del cigarro. Conque dime, ¿á qué me debo atener?

Fácilmente saldrás de la duda, respondió el coronel, y advertirás que no me contradigo. Atiende: no es lo mismo disputar que aconsejar en cualquie-

ra disputa; pero esto se entiende con prudencia. Disputar es ventilar ó defender uno su opinión contra otra con razones, no con palabras sin sustancia, pues en este caso ya no será disputa sino algaravía; y como los necios porflan casi siempre sin razón y sin saber lo que porflan, sino que quieren sostener su opinión porque sí y porque no, de ahí es que será una imprudencia el ponerse á disputar con un necio.

Fuera de esto hay disputas tan frívolas é impertinentes, que no es cordura mezclarse en ellas. La del cigarro fué una de estas. ¿Qué importa que tu hermana tenga por un exceso de mala crianza el que una niña chupe un cigarro? Nada, seguramente, y así debí haber omitido la disputa como impertinente para mí, y como frívola en sí misma.

Otras disputas hay sobre cosas tan evidentes, que el sostenerlas con ardor contra un necio, es la mayor locura é insensatez, como si yo quisiera defender que mi levita es azul, contra un ciego que defendiera que era verde.

De esta clase suelen ser y son muchas disputas que merecen despreciarse por los cuerdos, y de estas son de las que te tengo hablado; pero hay otras en que por necesidad, por caridad y por justicia, no solo debemos ingerirnos, sino sostener nuestra opinión con el mayor empeño. Así al inocente le es lícito defenderse con energía de la calumnia, al ca-

tólico le es permitido defender su religión, al letrado su parte en justicia, al buen amigo el honor de otro amigo que vacila en una lengua mordaz ó equivocada, y á cada uno sus derechos cuanto pueda. Ningun empeño, ninguna diligencia está de mas en estas ocasiones; y ya bien entenderás que no te he hablado de este género de disputas.

El consejo es de diferente naturaleza, aunque muchas veces concurre al mismo fin que la disputa mas bien sostenida; porque el consejo es el parecer que se da, ó se debe dar siempre por el bien de otro, desnudo de todo vil interés, y regularmente seguro. Si yo aconsejo, v. gr., á tu hermana que no castigue á su hija con crueldad y que no la consienta con melindre, es por su bien, no tengo en ello ningun particular interés, y mi consejo es de los mas seguros. ¿Me has entendido? ¿estás satisfecha de que no hay contradicción entre dar un buen consejo y huir una disputa impertinente?

Lo estoy, dijo Matilde: te he entendido perfectamente; y ¿cómo no te he de entender si explicas con tanta claridad lo que me enseñas? Pero ya que me he instruido, voy á que te traigan tu gala.—¿Qué cosa?—Tu chocolate pues es hora de que lo tomemos. Ya vuelvo. Aquí concluyó esta sesión, y tambien el capítulo sexto.

CAPITULO VII.

En el que se refiere el modo con que el coronel enseñó á escribir y contar á su niña, y una conversacion que tuvo con su esposa.

¡Que feliz es el estado del matrimonio cuando se saben conformar con él las voluntades! La docilidad con que Matilde escuchaba las lecciones de su esposo, y la dulzura con que este le inspiraba sus máximas morales, prueban que ambos disfrutaban de esta felicidad.

Ya se deja entender que si el coronel no se descuidaba de instruir á Matilde, los dos se esmeraban á porfia en cultivar en su hija los talentos naturales que tenia, y los sanos principios que le inspiraban.

La niña, por fortuna, correspondia con docilidad á los conatos de sus padres, y así es que en poco tiempo supo leer con bastante regularidad, conocia el valor de las letras, sabia lo que eran sílabas y palabras, y que estas formaban los periodos.

Como su padre y su maestra le habian hecho advertir cuánta utilidad y ventaja resulta de leer bien, y que esto no se consigue sino evitando el sonsoneo y atropellamiento, y acostumbrándose á leer con sentido, para lo que se ha inventado la puntuación, ó caracteres ortográficos, se aplicó á su conocimiento con tesón, y lo logró muy fácilmente.

tólico le es permitido defender su religión, al letrado su parte en justicia, al buen amigo el honor de otro amigo que vacila en una lengua mordaz ó equivocada, y á cada uno sus derechos cuanto pueda. Ningun empeño, ninguna diligencia está de mas en estas ocasiones; y ya bien entenderás que no te he hablado de este género de disputas.

El consejo es de diferente naturaleza, aunque muchas veces concurre al mismo fin que la disputa mas bien sostenida; porque el consejo es el parecer que se da, ó se debe dar siempre por el bien de otro, desnudo de todo vil interés, y regularmente seguro. Si yo aconsejo, v. gr., á tu hermana que no castigue á su hija con crueldad y que no la consienta con melindre, es por su bien, no tengo en ello ningun particular interés, y mi consejo es de los mas seguros. ¿Me has entendido? ¿estás satisfecha de que no hay contradiccion entre dar un buen consejo y huir una disputa impertinente?

Lo estoy, dijo Matilde: te he entendido perfectamente; y ¿cómo no te he de entender si explicas con tanta claridad lo que me enseñas? Pero ya que me he instruido; voy á que te traigan tu gala — ¿Qué cosa? — Tu chocolate pues es hora de que lo tomemos. Ya vuelvo. Aquí concluyó esta sesion, y tambien el capitulo sexto.

CAPITULO VII.

En el que se refiere el modo con que el coronel enseñó á escribir y contar á su niña, y una conversacion que tuvo con su esposa.

¡Que feliz es el estado del matrimonio cuando se saben conformar con él las voluntades! La docilidad con que Matilde escuchaba las lecciones de su esposo, y la dulzura con que este le inspiraba sus máximas morales, prueban que ambos disfrutaban de esta felicidad.

Ya se deja entender que si el coronel no se descuidaba de instruir á Matilde, los dos se esmeraban á porfia en cultivar en su hija los talentos naturales que tenia, y los sanos principios que le inspiraban.

La niña, por fortuna, correspondia con docilidad á los conatos de sus padres, y así es que en poco tiempo supo leer con bastante regularidad, conocia el valor de las letras, sabia lo que eran sílabas y palabras, y que estas formaban los periodos.

Como su padre y su maestra le habian hecho advertir cuánta utilidad y ventaja resulta de leer bien y que esto no se consigue sino evitando el sonsoneo y atropellamiento, y acostumbrándose á leer con sentido, para lo que se ha inventado la puntuacion, ó caracteres ortográficos, se aplicó á su conocimiento con teson, y lo logró muy fácilmente.

Casi con igual facilidad aprendió á escribir, porque su padre le franqueaba papel, recado de escribir y buenas muestras, para que á la hora que quisiera, se pusiera á pintar sus garabatos á su antojo.

Como esto no tenia para ella cara de leccion, ni advertia ninguna forma de enseñanza, lo tomó por juguete y en un instante perdió el miedo á la pluma, se fué acostumbrando á su uso, y sin que nadie la violentara, ella misma trataba ya de imitar las letras de las muestras.

Cuando su padre la observó tan bien dispuesta, le hizo ver las ventajas de la escritura, y cuán necesario y útil era poseerla con la posible perfeccion. Pero esto lo hizo acercándose un día á la mesa á tiempo que ella estaba garabateando, y diciéndole: Mira como ya vas imitando, aunque mal, las letras de las muestras. No hay duda, tú no eres tonta, y eres capaz de hacer lo que quisieres con tus manos.

¿Qué, te gusta escribir?—Si papá.—Pues mas te gustará cuando sepas qué gran cosa es la escritura.

El saber escribir, ó la invencion de este arte nobilísimo, es una cosa prodigiosa, necesaria á todo racional, utilísima sobre toda ponderacion y de todas maneras admirable, pues se puede tener por una magia, cierta y licita entre los hombres. Si, hija querida, la pluma bien dirigida sobre el papel, hace tales cosas, que á no saber el modo, se tendrian por

milagros ó hechicerías. Ella resucita á los que han muerto miles de años hace, y nos los pone entre las manos, para que nos instruyan y conversen con nosotros: ella nos facilita pasear seguramente por el mundo, y que sin movernos de un lugar, sin tener que erogar gastos ni sufrir incomodidades de caminatas, registremos todos los ángulos descubiertos de la tierra, veamos las situaciones de los reinos, sus mejores ciudades, sus templos, palacios, calles, edificios y paseos; que sepamos el número de habitantes que los ocupan, cuáles son sus costumbres, religion, y gobierno, leyes, modas, enfermedades y remedios: ella, inventada no solo para esto, hace que subamos á los cielos, que volemos por sus esferas; que indague nos el movimiento de los astros, el curso de los planetas, la velocidad de sus giros, los rios, mares, montes y valles de la luna, las manchas y humaredas del sol, y hasta el peso de las estrellas: ella nos facilita la comunicacion con nuestros deudos y amigos ausentes, sin que estorben para oírnos y entendernos, las leguas, los montes ni los mares que se atraviesan entre ellos y nosotros: ella fija en el papel como con un clavo la palabra, que sin su auxilio se escaparia para siempre: ella hace que sean materiales y perceptibles los conceptos espirituales é invisibles: ella nos hace acordar de lo pasado, y prevenir lo futuro: ella afirma y asegura fuertemente las

palabras y contratos de los hombres y los hace cumplir con sus deberes; ella, para no cansarte, es la que hace al hombre religioso, sabio, honesto y moderado cuando se acuerda de sus obligaciones, y la que lo convierte en impío, necio y escandaloso cuando se olvida de ellas, porque la pluma es para todo, según se usa. Con la pluma se alaba á Dios ó se ultraja; se honra la religion ó se deshonra; se hacen valer las leyes ó se tuercen; se instruye ó se encamina hácia el error; se favorece á los hombres ó se les perjudica; se abren los corazones para el amor, ó se disponen para el odio, y así de todo.

Mira ahora qué cosa tan grande es saber hacer uso de la pluma, cuando se quiere hacer según conviene; y dime si deberá ninguna criatura dotada de razon despreciar este beneficio, y privarse de sus ventajas, solo por ser un tonto y perezoso, que no quiera dedicarse á aprender á escribir.

Así es, papá, decía Pudenciana: muy tonto será el que no quiera saber tantas cosas y poder hacerlas, como usted dice. Pero yo estoy espantada, y deseo saber cómo será eso de resucitar los muertos, pasear todo el mundo, subir al cielo y todo lo que usted me dice, que no entiendo.

Entonces el coronel le explicó el sentido de estas frases, la niña quedó aficionadísima á la pluma, y es-

ta afición le hizo aprender á escribir en poco tiempo.

Cuando ya lo hacia con mas arreglo y sabia usar correctamente de los signos ortográficos, su padre solia valerse de ella, como del amanuense de su confianza para que le escribiera algunas cartas, lo que la niña desempeñaba con gusto, y su papá la celebraba de cuando en cuando con prudencia, estimulándola con estos elogios á que se aplicara mas cada dia.

Todos saben la fuerza con que labra el amor propio sobre nuestros corazones: apenas despertamos de la primera infancia, esta pasion dejándose correr á rienda suelta, constituye el egoísmo y es el fomes de todo género de vicios, así como bien dirigida es el estímulo de las virtudes. El coronel conocia bien la verdad de este axioma, y así alababa lo bueno que veia en su hija, pero de modo que ella se satisfacía con los elogios sin envanecerse, y se tenia como obligada á merecerlos mejor en adelante.

Al mismo tiempo le enseñó su padre á conocer los números, y el valor de las unidades, decenas, centenas y millares, sin descuidarse de que aprendiera de memoria la tabla aritmética comun, y cuando ya entendió esto perfectamente, le hizo ver cuán útil es á las niñas aprender á lo menos las cinco primeras reglas de cuentas, y que es un absurdo dictado por la

mas crasa ignorancia, decir que las mugeres no deben saber cuentas, porque no las necesitan para nada; pues toda niña que algun día ha de ser señora de su casa, debe saber economizar el gasto, ajustar un criado, tasar las varas de género para sus vestidos y los de sus hijos, y hacer otras cosas que les costaria sumo trabajo sin el recurso de la aritmética.

No ignoraba el coronel, que esta ciencia es harto difícil de comprender en sus principios, especialmente á las mugeres, y así procuró primero hacer ver á su hija su utilidad para escitarle el apetito de aprender.

Un día le dijo: Mira: los que no saben hacer cuentas, siempre cuentan cuando la necesidad los obliga; pero á mas de que siempre yerran las cuentas que hacen, les cuesta un inmenso trabajo. Al contrario, la persona que sabe valerse de los números hace las cuentas muy fácilmente, y las mas veces las hace bien. Un ejemplo te hará ver la diferencia.

Mira, estas son tres cajitas de fichas de concha: una tiene setenta y tres fichas, otra veintiuna y la última treinta y cinco: ¿dime ahora cuántas fichas tienen las tres cajitas? Seguramente no puedes porque necesitas contarlas una por una, y despues de este trabajo te espones á equivocarte veinte veces.

Pues baya, pon aqui las fichas de la primera caja,

que son setenta y tres, en este modo.....	73
Pon las de la segunda, que son.....	21
Pon las de la tercera, que son.....	35
Una raya así.....	—

Puestas en este orden, se suman así: tres y uno son cuatro, y cinco, nueve. Pon un número nueve debajo de la raya y al pié de las unidades. Veamos despues lo que importan las decenas: siete y dos son nueve, y tres, doce. Un dos bajo las decenas, y uno que se lleva á la izquierda, ó en el lugar de las centenas ó centenares: y resultan ciento veintinueve fichas en las tres cajas..... 129

Aun hay otro modo de sumar mas pronto, que se llama multiplicar, y es utilísimo. ¿A que no me dices cuántas lentejuelas tienen los arcos de tu tánico?—¿Cuándo lo he de saber, papá? ¡si tiene un monton!—Pues ahora verás qué fácilmente lo dices, supuesto que sabes muy bien la tabla. Cuenta los arcos que tiene.—Eso ya lo sé: tiene cuarenta y dos.—Muy bien: ahora cuenta cuántas lentejuelas tiene un arco.—Ya están contadas, son nueve.—Pues suponiendo que todos los arcos son iguales, y que las lentejuelas están puestas en proporcion, de suerte que no haya mas en un arco que en otro, pon de nú-

mero los arcos, que son..... 42

Pon debajo las lentejuelas de un arco..... 9

En seguida una raya así.....

Ahora se multiplica así: dos por nueve son diez y ocho: un ocho bajo de las unidades:

Cuatro por nueve treinta y seis, y uno que llevaba, treinta y siete. Pon un siete en el lugar

de las decenas, y un tres á la izquierda en el

lugar de las centenas..... 378

Ya ves en un instante que tu túnico tiene trescientas

setenta y ocho lentejuelas, lo que se te hacia tan difícil

saber, y lo que hubieras sabido con mil trabajos sin el auxilio de las cuentas.

Le estan útil y necesario á una muger el saber

contar, como á un hombre. Muchas mugeres pere-

con en la miseria solo por ignorarlo, y la esperiencia

nos las está señalando con el dedo lo mismo que la

causa. ¿Qué se puede esperar de la muger que de la

noche á la mañana se halla con un principal que le

dejaron ó sus padres, ó su marido, y ella no lo sabe

girar ni conservar, porque no sabe hacer cuentas?

Es clara la respuesta: busca quien se las haga, ca-

sándose ó acomodando un dependiente; y si este ó el

marido salen calaveras, lo que no es raro, en dos por

tres dan las cuentas del gran capitán, y se queda la

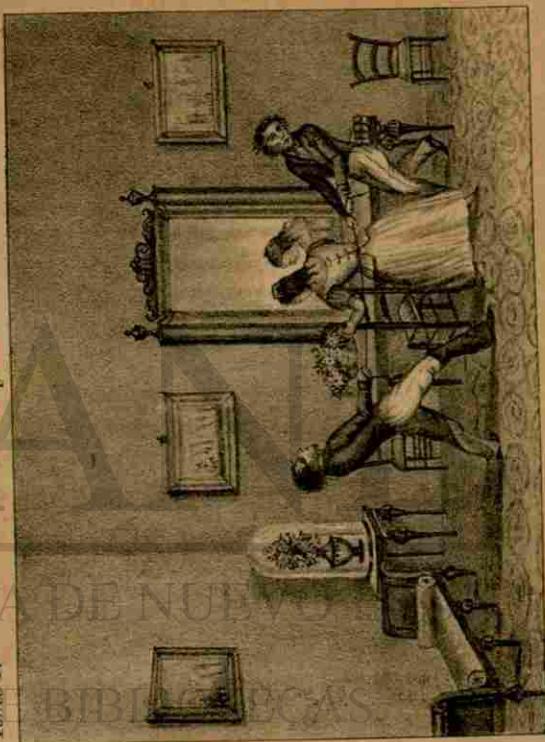
muger contando que tuvo coche en tiempo del di-

lunto. Conque así, hijita, procura instruirte ahora

Item 6.

San Quisistón

Novo 1.º



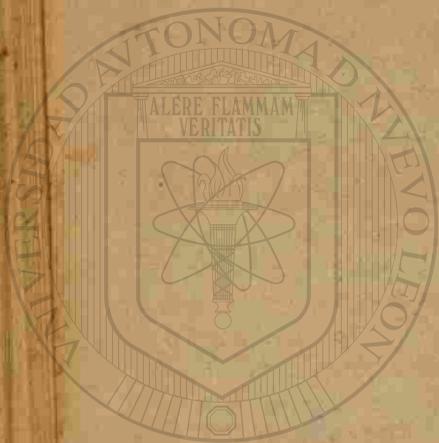
que eres niña, para que te hagas útil á tí y á otros cuando tengas mayor edad. Ahora es el tiempo de aprender, y es menester aprovecharlo; porque el que de muchacho es flojo y tonto, llegando á viejo, aciendo á majadero.

Ya se deja entender, que esta prolijidad no es ociosa en ningún padre de familia, cuando trata de que aprovechen sus hijos. El coronel cuando enseñaba á Pudenciana, procuraba hacerle ver la utilidad que le resultaba de aprender, y al mismo tiempo le quitaba el tono de lección, tan fastidioso á todo niño, con lo que lograba que aprendiera sin violencia, como aprendió en efecto en poco tiempo á leer escribir y contar con alguna perfección, y sin que á él le costara mucho trabajo enseñarla.

Siendo el coronel tan eficaz para instruir á su hija en aquellos principios que son útiles para su felicidad temporal, es creíble que no lo sería menos para enseñarle aquellos que son absolutamente necesarios para conseguir la eterna.

Ya se dijo que desde bien poquena procuró hacerle formar la más digna idea de su Criador, conformándose con su capacidad, de cuyo empeño no desistió hasta que la consideró bien instruida.

El se valía de cuantos objetos presenta la naturaleza, aun los más triviales, para elevar su consideración al Hacedor Supremo. Ya le hacía contemplar



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la hermosura del campo en un alegre día de primavera: ya la brillantez del cielo salpicado de luces en una serena noche: ya el espantoso aparato de una terrible tempestad: ya la atracción maravillosa del iman; ya la fragancia de la rosa. En una palabra, el campo, el cielo, la serenidad, la turbulencia, el hombre, el bruto, la planta, la piedra, las flores, las aves, los peces y hasta los imperceptibles insectos daban materia para instruirle en el conocimiento de Dios, haciéndole ver cómo resplandece en sus criaturas su omnipotencia, su sabiduría, su justicia, su misericordia y todos sus adorables atributos.

Después de hacerle ver nuestra miseria, y que nada somos delante del Señor del universo, le hacía reconocer que sin embargo de esta pequeñez, somos sus criaturas predilectas, por quienes crió todos los seres que nos admiran y sirven en la naturaleza; por quienes se hizo hombre y sufrió los ultrajes de los hombres: por quienes murió para abrirnos las puertas del Paraíso, y por quienes hizo el milagro mayor de los milagros instituyendo el augustísimo sacramento de la Eucaristía, en el que se quedó con nosotros, hasta el último día de los siglos.

Tales eran las sencillas pero utilísimas lecciones que daba á su hijo este buen padre, que procuraba tenerla entre el respeto, el amor y el agradecimiento á su Criador. ¡Felices los padres que tienen las

luces y disposición necesaria para instruir á sus hijos, y mas felices los hijos que saben corresponder á las sanas intenciones de semejantes padres!

A la edad de poco mas de siete años, ya sabia Pudenciana de memoria el catecismo, y entendia muy regularmente los principales misterios de nuestra sagrada religion, todo á fuerza del continuo teson con que su padre la enseñaba; pues no tardó mucho tiempo en la amiga, á pesar de la no comun disposición de la maestra; pero apenas aprendió los primeros rudimentos de leer y el catecismo, cuando la sacó de ella, y se tomó él mismo el cargo de enseñarla, como se ha visto.

Estaba mal el coronel con esas escuelas públicas donde se juntan niños y niñas de diferentes edades y educaciones. Sabia con Quintiliano, que la emulación que procede del ejemplo de los condiscipulos, estimula para aprender mas breve; pero no ignoraba que no siempre lo mas pronto es lo mas seguro. Comprendia muy bien la fuerza con que nuestra naturaleza corrompida por el fomes de pecado, nos inclina al mal: que esta perversa inclinacion se deja percibir en muchos niños bien temprano: que es muy difícil fálten algunos de estos donde hay tantos, y casi imposible que una sola maestra sea un Argos para observar con cien ojos las acciones de todos y cada uno de los muchachos que se confian á su cui-

dado: y de todo esto concluía, que es muy fácil que se corrompa en una casa de estas una criatura, especialmente niña, con el mal ejemplo de los malos.

Un día, hablando de esto con su esposa, le dijo: no te admire que haya dejado á Pudenciana en la amiga tan poco tiempo. En verdad que me ha parecido demasiado, y solo por contemporizar en algo con tu gusto, lo permití. Te aseguro que con solo franquearle la compañía de muchos niños de diversas edades, naturales y principios, por largo tiempo, tendria lo bastante para perder el candor y la inocencia que le procuramos conservar: porque es muy difícil, por no decir imposible, que una criatura sin experiencia, y que aun no sabe hacer buen uso de su razon, se contenga dentro de los límites de lo justo con tal heroicidad, que mirando buenos y malos ejemplos al rededor de sí, adopte los primeros separándose de los segundos.

Toda casa de comunidad, trae sus ventajas y sus desventajas morales á los que las habitan ó las cursan. Ello es una verdad innegable, que el que se acompaña con un justo será justo, y el que se junta con un perverso se pervierte. Es tambien verdad evidente que en dichas casas hay de todo, buenos y malos: pues aquí del temor y la dificultad. ¿Con quién será mas fácil que se adune el niño ó niña inexperto, con los buenos ó con los malos? El que

se acuerde de la corrupcion de nuestra naturaleza, y advierta que los buenos, reprenden y mortifican nuestras pasiones y deseos desordenados, y los malos las adulan, las fomentan, y aun las pretenden justificar con sus ejemplos y palabras, ese que responda á mi pregunta.

Si yo declamara contra la utilidad, y se puede decir necesidad, á lo menos parcial, de estas públicas fundaciones; si levantara el grito contra la sana intención de sus piadosos fundadores ó inventores, si con una crítica mordaz murmurara sus mas arreglados institutos, seguramente se me podia tener por un herege impolitico; pero si no declamo contra su utilidad, ni hablo contra sus patronos, ni murmuro sus constituciones, sino que solamente aseguro que es muy fácil que se corrompa en ellas la inocencia con la ocasion tan próxima de la compañía de los malos, creó que nada digo que no sea una verdad indisputable. Puedo asegurarte con dolor, que mas de cuatro maldades ignorara yo hasta el día, si no hubiera estado en escuelas ni colegios. ¡Felices aquellos niños que conservan su pureza intacta en medio de los malos ejemplos de los compañeros! Semejantes almas son prodigiosas en este siglo miserable. El rocío que se cuajó solamente en la piel de Gedeon, la zarza que vió Moisés arder sin consumirse, los niños que salieron ilesos de las voraces fla-

mas del horno de Babilonia, y la seguridad con que los Israelitas pasaron por en medio del mar, son estremos de comparacion, pero son unos acaecimientos milagrosos que no se deben esperar todos los dias.

Lo que vemos á cada instante es que una chispa forma una hoguera, un miasma corrompido derrama una peste mortifera, y una gota de vinagre corta un gran vaso de leche: y de aquí debemos inferir que un solo muchacho ó jóven perverso es bastante á malear ó corromper con su ejemplo á muchos niños inocentes y candorosos.

En una palabra, y para que tú entendimiento se tranquilice, digo: que el padre ó madre, que no sabe ó no puede instruir á sus hijos por si en su casa, hará bien; y aun debe confiarlos al cuidado de los maestros públicos; pero el que no necesite de ellos y tenga proporcion, hará mejor en tomarse ese trabajo, pues llegarán al mismo fin, sin pasar tantos peligros.

Matildita, continuaba el coronel, si yo pudiera descubrirte las cosas que se ven frecuentemente en las casas de comunidad de que te hablo, se escandalizara tu pudor. No quiero, no, lastimar tu conyugal pureza. Bástame el saberlas, y el procurar que mi hija no se esponga á estos tan inminentes riesgos, para creer que tú habrás accedido gustosa en que la

quite de la amiga, por mas que esta sea de las mejores.

A este punto llegaba en su conversacion D. Rodrigo, cuando entró el lacayo de D. Dionisio, diciendo que su amo lo esperaba á comer con su familia. Era dia de *frasca* de los muchos que cada mes ocurrían en su casa.

El coronel, que entendia muy bien las leyes de la politica, que es el arte de saber vivir; inmediatamente se levantó y fuimos todos á la mesa, donde pasó lo que se sabrá en el capitulo siguiente.

CAPITULO VIII.

En el que se refiere la disputa que trabó el coronel con el licenciado Narices, y la defensa que hizo de las mugeres.

Cuando nuestro coronel entró con su familia, ya estaban en disposicion de hacer lo mismo todos los de la casa de D. Dionisio, quienes luego que lo vieron lo saludaron cortesmente y nos sentamos todos á comer.

Entre las visitas que habia, estaba un señor jóven y de narices abultadas, á quien conoceremos con el nombre de *Licenciado Narices*, pues así le puso Doña Eufrosina, que era diestrisima en esto de poner nombres.

Luego que ella tuvo lugar de hablar, dijo al coro-

mas del horno de Babilonia, y la seguridad con que los Israelitas pasaron por en medio del mar, son estremos de comparacion, pero son unos acaecimientos milagrosos que no se deben esperar todos los dias.

Lo que vemos á cada instante es que una chispa forma una hoguera, un miasma corrompido derrama una peste mortifera, y una gota de vinagre corta un gran vaso de leche: y de aquí debemos inferir que un solo muchacho ó jóven perverso es bastante á malear ó corromper con su ejemplo á muchos niños inocentes y candorosos.

En una palabra, y para que tú entendimiento se tranquilice, digo: que el padre ó madre, que no sabe ó no puede instruir á sus hijos por sí en su casa, hará bien; y aun debe confiarlos al cuidado de los maestros públicos; pero el que no necesite de ellos y tenga proporcion, hará mejor en tomarse ese trabajo, pues llegarán al mismo fin, sin pasar tantos peligros.

Matildita, continuaba el coronel, si yo pudiera descubrirte las cosas que se ven frecuentemente en las casas de comunidad de que te hablo, se escandalizara tu pudor. No quiero, no, lastimar tu conyugal pureza. Bástame el saberlas, y el procurar que mi hija no se esponga á estos tan inminentes riesgos, para creer que tú habrás accedido gustosa en que la

quite de la amiga, por mas que esta sea de las mejores.

A este punto llegaba en su conversacion D. Rodrigo, cuando entró el lacayo de D. Dionisio, diciendo que su amo lo esperaba á comer con su familia. Era dia de *frasca* de los muchos que cada mes ocurrían en su casa.

El coronel, que entendia muy bien las leyes de la política, que es el arte de saber vivir; inmediatamente se levantó y fuimos todos á la mesa, donde pasó lo que se sabrá en el capitulo siguiente.

CAPITULO VIII.

En el que se refiere la disputa que trabó el coronel con el licenciado Narices, y la defensa que hizo de las mugeres.

Cuando nuestro coronel entró con su familia, ya estaban en disposicion de hacer lo mismo todos los de la casa de D. Dionisio, quienes luego que lo vieron lo saludaron cortesmente y nos sentamos todos á comer.

Entre las visitas que habia, estaba un señor jóven y de narices abultadas, á quien conoceremos con el nombre de *Licenciado Narices*, pues así le puso Doña Eufrosina, que era diestrisima en esto de poner nombres.

Luego que ella tuvo lugar de hablar, dijo al coro-

nel: ¡ay, hermano! gracias á Dios que ha venido usted para que vuelva por nosotras! porque este maldito *Narizuelas* nos ha puesto como un suelo, y como no podemos responder á sus argumentos y latines con que nos aturde, está creyendo que nos ha convencido, pero yo confiada en usted le he dicho que nos ha de defender completamente.

¿Pues qué ha sucedido, hermana, que tan empeñada está usted en que la defienda?

¿Como qué! decía Eufrosina, ¿le parece á usted poco que nos halla puesto de vuelta y media? Pues oiga usted, dice que las mugeres somos locas, vanas, orgullosas, soberbias, falsas, supersticiosas, malagradecidas, inconstantes, vengativas, tontas, presumidas, y qué sé yo qué más! ¡Vaya, si quita de las piedras para poner en nosotras! y esto no solo lo dice, sino que asegura que lo probará con evidencia. Le contestamos que eso lo dirá por chanza, y él nos jura que lo dice con todo su corazón y sin que le quede nada dentro. Ya verá usted que esto no puede sufrirse, y así le suplico yo y todas estas niñas, que por lo que tiene de caballero, nos defienda y haga que se confunda este maldito deslenguado.

Si, si señor, por vida de usted decían, casi á un tiempo todas las señoritas que allí estaban: es menester que usted nos defienda, y así se lo suplicamos todas.

Ya ve usted, hermano, que no se debe usted escusar de darme ese gusto, continuaba Eufrosina, ya que no por mí, siquiera por todas estas señoritas que se lo ruegan. Responda usted que sí, responda y confunda á este buen señor que nos ha colmado de favores. ¿No lo ve usted que socarron es y sinvergüenza? todo se le va en engullir la sopa, y ya no puede con la risa el condenado.

¿Pues no me he de reír, mi señora Doña Escotoña, ó Doña Eufrosina, ó como se llama? dijo riendo á carcaja suelta el Licenciado: ¿no me he de reír repito, de que quieran ustedes empeñar al señor coronel, en que las defienda, cuando si no están confesas, están convictas de los cargos de que se hallan acusadas, no solo por mi boca, sino á todo orbe terrarum, por todo el mundo?

Cuando el señor coronel por no faltar á las leyes caballerescas, admita el impropio trabajo de defender á ustedes, lo hará por divertirse, pero sabiendo muy bien que sus clientes llevarían el pleito perdido aun en el mismo tribunal de Pilato.

Así solemos los abogados defender algunos reos, cuyos delitos son tan claros que no los defendiera el mismo Ciceron; y sin embargo, revolvemos, interpretamos leyes, acomodamos testos, buscamos excepciones; y peroramos en estrados, únicamente por consuelo de las partes, no porque en derecho tengan

defensa alguna; así como el médico que le manda al moribundo agua de la palata para consuelo de sus dolientes, pero él sabe de cierto que no tiene remedio,

Tal vez el señor coronel se encargará de defender á ustedes de ese modo; mas también saldrá diciendo después de la sentencia: *yo defendí á las mugeres*. Lo mismo nos sucede á nosotros: hablamos mas que diez cotorras por un reo de estos de remate: los jueces nos oyen con bastante paciencia; pero no nos hacen caso. Atienden á la justicia y según ella condenan á muerte á nuestro cliente, y el día que lo llevan á la horca, se dice por la calle: *el licenciado Falano defendió á este hombre*.

¿Qué les parece á ustedes? Lo mismo decía aquel médico que iba de duelo tras el cadáver que él había despachado: *yo curé á este*. ¿No son graciosas semejantes curaciones y defensas? Pues así ha de ser la del señor coronel respecto de ustedes. Vaya, no hay que engañarse: ustedes están convictas, y no hay ley que las defienda. Han caído de remate, y cualquier buen médico las ha de desausiar al punto que conozca su enfermedad mortal.

Ya usted lo oye, hermano, decía Eufrosina. Ya ve usted quién es el señor y cuanto da por medio? Pues considere usted qué hará con nosotras. Vaya, defiéndanos usted.

Pues hermana, señoritas, dijo el coronel, yo apre-

ciaría tener luces y capacidad para desempeñar con aire la comision que ustedes me confian, pues en efecto me houra demasiado su eleccion prefiriéndome á los señores que nos acompañan; bien que esto es solo efecto de la confianza con que usted debe tratarme, y de la sencillez con que estas niñas siguen la opinion de usted; pero debo confesar que no tengo mérito para tanto, ni menos fuerzas para cargarme de semejante peso.

No obstante, si ustedes ponen su pleito en mis manos, yo haré cuanto pueda en su obsequio. En esta virtud, repita usted lo que dijo el señor licenciado contra ustedes, para hacermelo cargo.

¿Pues ya no le dije á usted contestó Eufrosina, que dice que somos tontas, locas, supersticiosas, altivas, vanas, ingratas, orgullosas, y treinta mil perradas á este modo?

Muy bien, dijo el coronel: siendo eso así, debo decir en obsequio de ustedes y de la verdad, que es lo que mas importa, que las señoras mugeres, exceptuando las que lo merecen, son todo cuanto ha dicho el señor Licenciado y un poquito mas que yo me se.

¡Viva, viva! dijo á este tiempo el Licenciado dando de palmadas en la mesa, ¡viva el defensor de las mugeres! Es menester brindar por su salud. En efecto, se echó un buen vaso de vino á pechos, y prosiguió comiendo con la mayor satisfacción, la que

auzó la risa general de D. Dionisio y sus camaradas.

Fácil es concebir cuánta sería la indignación de las señoritas, principalmente de Eufrosina, al verse tan mal defendidas. Es verdad que con una risa fingida procuraban disimular su chasco; pero lo colorado de las orejas manifestaba de á legua su coraje.

Qué tal sería este, pues le tocó una buena parte á la candorosa Matilde, quien al ver á su hermana y á las demas señoritas tan avergonzadas por su morido, no pudo contenerse, y le dijo: ¡Jesus, hombre, qué pesado eres! ¡Aunque fuera ya....!

El coronel no le hizo aprecio, siguió tomando la sopa, y Doña Eufrosina reventando de enojo, dijo á las señoritas: amigas ¿qué dirán ustedes? ¿No les sobra razon para echarme á pasear por la especial eleccion que he tenido? ¿Qué tal? ¿No es cierto que mi hermano tiene gracia particular para hacerme quedar bien y sacarme lucida de un empeño? Vaya, digan la verdad. Si, no hay remedio, la peor cuña es la del propio palo. Otro dia, hermanito, por amor de Dios, por nuestra señora de Guadalupe, y por vida de Pudencianita, que no se vuelva á tomar el trabajo de defender ni á mí, ni á mis amigas, mas que nos digan hereges, diablos y demonios, y mas que nos harten á injurias, pues segun lo que yo acabo de ver, menos daño nos hará nuestro mayor ene-

migo con sus agravios, que usted con sus defensas.

Lo ridiculo de esta súplica y el tono tan cólerico con que la hizo Eufrosina, provocó de nuevo la risa de los concurrentes, y esta risa acabó de rematar á Eufrosina, quien estuvo por levantarse de la silla, y lo hubiera hecho si el coronel, conociendo la terrible bola que tenía, no la hubiera sosegado diciéndole con mucha cachaza: ni el señor Licenciado tiene por que llenarse de satisfaccion, ni usted ni las señoritas que están presentes tienen motivo por que quejarse de mí, en virtud de que no he comenzado la defensa.

¿Cómo no? dijo el Licenciado: pues á mí me parece que no puede haber sido mas concisa, elegante, y verdadera.—Pues no señor, se ha equivocado usted y voy á comenzar.

Con esto se serenó Eufrosina y todas sus amigas, y el coronel prosiguió diciendo al Licenciado: Supongo que usted está de acuerdo en que las mugeres son inferiores á los hombres solamente en cuanto á su constitucion fisica que las hace mas débiles que nosotros; pero en cuanto á sus espíritus, no tendrá usted embarazo para confesar que son iguales.

En esta inteligencia... pero asentaremos tres principios para que nos entendamos con mas orden.

Primero. Las pasiones son las semillas de los vicios ó de las virtudes, segun el uso que se hace de ellas, y estas reconocen su origen en el alma.

Segundo. El alma de la muger es una sustancia espiritual, inmortal é inteligente, igual en todo á la del hombre.

Tercero. La disposicion natural ó accidental del cuerpo influye particularmente sobre el espíritu, y esta disposicion puede hacernos propender á esta ó aquella pasion determinada; pero no obligarnos á hacer mal uso de ella y convertirla en vicio, pues contra las malas inclinaciones tenemos el socorro de la razon y el favor de la gracia auxiliante que á nadie falta.

Sentados estos principios, digo: Que si las mugeres incurren en ciertos defectos con mas frecuencia que los hombres, no incurren por ser mugeres, sino porque no están acostumbradas á vencerse, por no saber hacer buen uso de su razon; y de no saber esto, muchas veces, ó las mas, no tienen ellas la culpa.

¿Pues quién la tiene? dijo el Licenciado.—Los hombres, respondió prontamente el coronel: sí, señor, no se escandalice usted: los hombres que educan mal á las mugeres, ó que las seducen y pervierten, tienen la mayor parte de la culpa de los defectos en que ellas incurren.

Para probar esto con evidencia, es menester sentar este principio: que el hombre recibe solo una educacion, que es la de sus padres, y la muger casi siempre dos, la de sus padres y la de su marido, y esta,

ayudada del amor, influye sobre su corazon mas poderosamente que aquella.

El hombre, si quiere, puede siempre conducirse conforme á las máximas que le inspiraron sus padres: la muger mil veces se ve obligada á olvidarse de estas máximas. . . . He dicho poco: muchas veces se ve obligada á abandonar con dolor á los mismos instrumentos de su existencia, por contemporizar con los caprichos del marido.

Cuando las mugeres han logrado la fortuna de tener unos padres virtuosos que les han inspirado sentimientos de honor y religion, y despues unos maridos juiciosos y prudentes que las saben conservar en ellos, ordinariamente son felices, y jamas son notadas de los defectos de que se acusa al comun de su sexo. Pero qué pocas veces se ven estas combinaciones!

Frecuentemente se verifica el reirán que dice: que estados mudan costumbres. Apenas varia de estado una muger, cuando varian su educacion y sus modales. La jóven que tuvo unos padres virtuosos y arreglados, es un milagro que no se corrompa casándose con un hombre vicioso y libertino: la que tuvo padres indolentes, ó tal vez estraviados, lejos de reformarse al lado de un marido prudente, las mas veces se empeora, y va á servirle de martirio; y la que tu-

vo padres perversos y se casa con otro perverso, se convierte en una furia del infierno.

De manera que entre los padres y los maridos se nos pervierten las mugeres. No es esta ficción de una acalorada fantasía; es una verdad que se hace perceptible á la mas ligera observacion. Una niña criada en la pobre ó moderada fortuna de sus padres, se casa con un hombre de algunas proporciones, y á los ocho dias no se conoce. Los zapatos de cordoban le lastiman; se cansa de andar á pié; se avergüenza de ver la comida en la cazuela, necesita de mas criadas que le sirvan; no se presenta en los paseos ni en las visitas, si no puede competir con las demas en lujo; y finalmente, de la noche á la mañana se vuelve una marquesa la que se crió en un estado humilde.

Otra jóven que se crió en el mayor recogimiento, que no salia de su casa sino á la iglesia, que frecuentaba los sacramentos, que se escandalizaba de los zapatos de color, que rezaba todos los dias una porcion de novenas, y que era una muchacha enteramente virtuosa, se casa con un señorito alegre, y dentro de cuatro dias se olvida de todas las buenas máximas, y entran en su lugar las que le enseña su marido, y ya la tenemos modista, paseadora, altanera, indevota, descuidada, corriente, marcial, y.... ¡qué sé yo!

Si buscamos de estos y semejantes ejemplares en casadas, no nos será difícil hallar bastantes; pero examinense quién ha sido el origen, quién ha tenido la culpa de que se perviertan tales mugeres, y de que se pierda en ellas la semilla de la virtud que sus padres cultivaron, y hallaremos que la imprudencia ó la nimia condescendencia, ó el mal ejemplo de sus maridos.

No es menester las mas veces que las mugeres pasen de un estado á otro para pervertirse. Dentro de sus casas y al lado de sus padres tienen sobradas ocasiones, cuando estos carecen de la firmeza y juicio necesario para educarlas, especialmente si ellas tienen una carita razonable, un poquito de despejo y algunas habilidades apreciables en su sexo, como son las de tocar, bailar, cantar, representar, etc.

Entonces sin cesar se ven rodeadas de un enjambre de tunantes, de los cuales cada uno aspira á la conquista, no de su corazon, sino de su persona: y para lograrla, no perdonan ningun medio, por opuesto que sea á las leyes del honor y la moral cristiana.

Adulaciones, rendimientos, ofertas, juramentos, palabras, dádivas, requiebros, finezas, súplicas, humillaciones, suspiros, lágrimas, intrigas, y hasta los despechos y bravatas son los obuses y cañerías con que los soldados de Vénus atacan decididamente á las mas inespugnables fortalezas.

Todos convenimos en que la muger es débil, tímida y sensible, y por lo mismo está muy espuesta á ser sorprendida por la artificiosa seducción; pero no nos acordamos de esto cuando cesageramos sus defectos, ni queremos confesar de buena fé que nosotros somos sus seductores y sus originales en la maldad. Este, á la verdad, es un procedimiento injusto.

En faltando á la muger una buena educación moral desde el principio, un juicio bien formado y algun conocimiento del mundo, aunque sea de oídas, es imposible que deje de corromperse con semejantes maestros, de adherir á sus máximas, de seguir sus ejemplos y de rendirse á sus artificiosos ardides.

Si fueran pocas las mugeres que pueden con justicia atribuir á los hombres los estravios de sus conciencias, y quizá de sus personas, yo me guardaría de confundir las escepciones con las reglas; pero por desgracia no hay reino, provincia, ciudad, aldea, calle y aun casa donde no haya algunas ó muchas de estas adoloridas desgraciadas que testifiquen mi verdad.

Dicese que las mugeres son vanas, necias y soberbias. ¿No lo han de ser si sus padres desde chiquitas les fomentan el orgullo y vanidad, y les embotan su talento dedicándolas á fruslerías? Dicese que son altivas, presumidas y altaneras; pero ¿qué han de ser, cuando desde que comienzan á descollar en los

estrados, ven que los hombres les doblan la rodilla, rinden homenaje á su belleza, á cada paso les hacen su apóteosis llamándolas divinas, y no dejan de la mano el maldito incensario de la lisonja? Dicese que son falsas, inconstantes y mentirosas; pero ¿cómo no lo serán, cuando no tratan sino con hombres falsos, variables y embusteros? Dicese que son ingratas; y ¿cómo no lo serán con el que abusa de sus ternezas y olvida sus mas costosos sacrificios? Dicese que son interesables; pero ¿cómo no lo serán, cuando el interés es la primera red que se les tiende, y el primer cebo con que se provoca su apetito? Dicese que son locas; ¿pero cómo no lo serán, cuando jamas han tratado con cuerdos? Dicese... pero se dice tanto y tan sin orden, que yo me espanto, no de que las mugeres sean lo que son, sino de que no sean peores.

Ya ve usted, señor Licenciado, que yo confieso que en el comun de las mugeres se hallan, y en un grado sobresaliente, los defectos de que las acusan los hombres, y al mismo tiempo estoy muy lejos de pretender justificarlas; pero no puedo llevar á bien que se crea ó que se diga que las mugeres son peores que los hombres y estremadamente viciosas, solo porque son mugeres, desentendiéndose los que así las insultan de los principios que dejo establecidos.

Todos saben que los hombres son superiores á las

mugeres, y que estas nacen con una dependencia necesaria respecto de nosotros. Esta es una verdad; pero en esta misma verdad se halla envuelta otra de que resulta á ellas una disculpa, y á nosotros un cargo: y es, que si las mugeres son malas, no puede ser por otra causa sino porque los hombres, que son sus superiores, ó les enseñan la maldad, ó se la consienten; y siendo así, ¿no es una injusticia y una ridiculez el declamar tanto contra ellas, despues que los hombres, por la mayor parte, como he dicho, ó son sus seductores ó sus maestros? ¿No es esto lo propio que introducir leña en un horno, y luego incomodarse porque arde? En una palabra, señores, los hombres por la mayor parte somos muy linceos para notar los defectos de las mugeres; pero muy topas para conocer, confesar y corregir los nuestros. Convergamos de buena fé en que todos, así hombres como mugeres, tenemos vicios y virtudes, y que á unos como otros hacemos mal uso de las pasiones cuando nos desentendemos de la razon. Lo que importa es que cada uno se dedique á reformar el mundo, comenzando por sí y por los suyos, y entones, habiendo muchos padres y maridos arreglados, veremos como resultan infinitas hijas y esposas ejemplares.

Los caballeros que asistían á la mesa, fuérase por que se penetraron de las razones que habian oido, á

por adular á las señoras, que seria lo mas cierto, luego que el coronel hizo punto en su discurso, comenzaron á repicar con los cubiertos en los vasos y platos, y á gritar muy alegres: *¡Vivan, vivan las mugeres y su juicioso defensor!*

En seguida brindaron por última vez á salud del bello seco, y luego que calmó un poco la bulla, dijo el Licenciado Narices: Señor coronel, justamente merece usted estos aplausos, pues ha tomado con demasiado calor la defensa de las damas, y la ha desempeñado con aire. ¡Vamos! si todas las interesadas hubieran escuchado á usted le tributarían mil elogios, y aun deberían erigir un monumento de gratitud á su memoria.

No lisonjearian mi vanidad, respondió el coronel, pues yo no he defendido á las mugeres, sino la razon, de cuya parte me pongo cuando se ofrece.

A mas de que no sé si me habré equivocado en algo de lo que he dicho. Si así fuere, yo me suscribiré gustoso á otra opinion mejor; pero mientras no se me haga ver, estaré por la que llevo espuesla. ¿Qué le parece á usted, señor cura?

Asistía á la mesa un respetable eclesiástico como de sesenta años, hombre de muchas luces, muy timorato, y de un genio cortés, afable y jovial.

A este fué á quien el coronel dirigió la palabra, y el dicho eclesiástico le contestó en estos términos.

Ciertamente, señor coronel, que las opiniones de usted me parecen tan antiguas como seguras. Son de aquellas que por sabidas se callan; pero se callan tanto, que infinitos las ignoran, ó afectan ignorarlas, especialmente por lo que toca á hablar mal de las mugeres, sin son ni ton, y mil veces despues que los hombres han sido las causas originales de sus vicios.

Ordinariamente á cualquier hombre le gusta una muger bien ataviada, ó como dicen, *bien puesta*, cuando la pretende; pero así que la posee como suya, no la quisiera tan modista por lo que le importa. Entonces es el hablar contra el lujo y vanidad de las mugeres.

¿Mas para qué hemos de corroborar con ejemplos una verdad tan comun y visible? Cuando los hombres se desvelan por agradar á una muger, sus defectos les parecen gracias; pero así que las consiguen, se cansan de ellas, y aun califican de vicios sus virtudes. Entonces, quiero decir, cuando no dirigió la pretension un fin honesto, sino un capricho ó un apetito puramente animal, entonces se disminuye á los ojos de tales hombres la hermosura de la muger y se le notan defectos en que antes no se habia reparado. Pero ¿qué mucho, si en tal caso, como dije, las mismas virtudes parecen vicios? Cuando llega esta época fatal, su recogimiento se apelli-

da hipocondria: su economía, mezquindad: su prudencia, zoneria: su cariño, falsedad: su fidelidad, falta de mérito: su alegría, locura: sus atenciones liviandades: su devocion, hipocresia: sus generosidades, desperdicios: y en una palabra, en tan deplorable situacion, cuanto hacen por agradar, enfada. ¡Pobres mugeres! nada les es mas comun que verse sujetas á tolerar los caprichos é imprudencias de un hombre sin talento y sin amor.

Cuando oigo declamar á la mayor parte de los hombres contra la facilidad de amar de las mugeres, y los veo tan constantes en seducirlas, me acuerdo de unos versos, que sobre esto escribí con tanto acierto nuestra paisana Sor Juana Inés de la Cruz, monja del convento de San Gerónimo de esta capital, en los que hace ver, que los hombres, casi siempre, tienen la culpa de la liviandad de que acusan á las mugeres, segun ha dicho el señor coronel; porque efectivamente, los hombres quisieran á las mugeres de mantequilla para sí, y de pedernal para los demas; y aun algo peor: luego que han logrado seducirlas con los artificios mas vivos, y con los mas astutos fingimientos, se fastidian de ellas (como se fastidia qualquir miserable mortal de todo aquello que consigne temporal y perecedero), y entonces llaman liviandades y coqueturias, lo que antes sacrificios y favores.

Tal es la suerte de las pobres mugeres entre los hombres necios y malvados. Toda muger, y especialmente toda hija de familia, aun antes de llegar á la pubertad, debería estar impuesta de estas verdades, para no fiarse de los hombres, y precaverse en cualquier estado de sus torcidas calificaciones y desprecios.

Toda niña debería crecer en la firme creencia de estos cuatro principios.

1º Que en esta triste vida todo cansa, todo fastidia, si no es la posesion de Dios por la gracia.

2º Que los hombres cuando mas finos y rendidos dicen que adoran, que aman ó idolatran á las mugeres, entonces es cuando ellos se aman mas á sí mismos, y á lo que aspiran es á sus intereses particulares, de manera que no aprecian sino á las mugeres, en quienes ven ó se presumen que hay alguna cosa que lisonjea su gusto.

3º Que segun estos principios, es muy fácil que la muger desagrade al hombre luego que este la considere como suya, lo que se verifica mas pronto y casi siempre cuando la solicitud se ha entablado con medios inhonestos ó con miras ilícitas. El antiguo poeta español Quevedo, dice: *Si quieres aborrecer á tu amiga, cástate con ella;* y dice bien, porque en clase de dama tiene la muger la libertad de ser ó no ser de aquel hombre, y este muchas veces se mode-

ra en maltratarla, temiendo perderla en virtud de aquella misma libertad; pero casándose, no tiene temor que lo refrene, y entonces la muger sufre todo el yugo del despotismo.

4º y último. Es prudencia, conforme á lo dicho, que las mugeres desconfíen de sus mas constantes adoradores: que antes de decidirse, examinen bien el corazon de aquel á quien tienen inclinacion, y cuando se miren *suyas*, traten de complacerlo cuanto puedan, para que la posesion no vuelva en desagrado las anteriores finezas, y se conviertan los esclavos en tiranos.

Calló el cura, y el licenciado guiándole el ojo, le dijo: No va mal, señor cura: uno deja la apología de las mugeres y otro la toma. No hay que hacer: con cinco pares de abogados como ustedes que ellas tuvieran, ¡infelices de los hombres! ya no podriamos averiguárnoslas con sus mercedes. Si sin eso son tan endiantradas, ¿qué fuera si á cada paso encontraran quien les alzara por dos cartitas? ¡Oh! entonces quisieran ensillarlos.

Cállese usted señor Narices, ó señor tronera, dijo Eufrosina: mi hermano y el señor cura han dicho el evangelio; son ustedes muy falsos, muy maliciosos, muy malagradecidos, muy habladores y muy todo. Primero enredan á una pobre muger, y luego la dejan en la pelaza, y hablan de ella.

¡Quien los ve cuando están enamorando á una pobre muchacha! ¡qué finos son! ¡qué atentos, qué rendidos! ¡qué de promesas hacen! ¡qué lágrimas derraman! ¡con qué juramentos no aseguran que serán firmes hasta la muerte! Todo cuanto hacen y dicen parece la mera verdad. Son mas dulces y derretidos que caramelos en boca de muchacho. ¡Vaya! ¡si mienten con tanta viveza, que aun ellos mismos lo creen! Pero, ¡infelices de las tontas que tienen la desgracia de rendirse! porque apenas lo hacen, cuando saben ustedes dar la vuelta y dejarlas, y á algunas ¡quién sabe cómo! y esto es á buen compo-ner, si no es que despues de abandonarlas, hablan de ellas las tres mil leyes, cuentan cuanto ha pasado á sus amigos, dicen que fulana es una loca, una fea, una zozna y una coquetilla comun, riéndose todos alegremente á costa de la desgraciada muger, y mordiendo su honor públicamente en los paseos, tertulias y villares. ¡Bien haya la que no se fia de ustedes, como dice el señor cura! pues entre los hombres, apenas habrá bueno uno entre ciento, y creo que me estiende mucho.

Con iguales espresiones acaba sus versos la monjita que cité, dijo el cura, y Eufrosina le suplicó los repitiera; á lo que contestó: Con mucho gusto lo haré, señorita: pero pues ya hemos concluido, y están

alzando los manteles, daremos gracias á Dios de que nos ha dado de comer sin merecerlo.

Señor cura, dijo Don Dionisio, usted está en su casa, y hará lo que quisiere; pero ya días ha que prescribió esa costumbre. Tal vegestoria solo se queda para la gente ordinaria, ó cuando mucho para los frailes y muchachos colegiales que comen en refectorio; pero en las casas decentes no se estila semejante ceremonia.

Pues yo conozco algunas casas decentes, dijo el cura, donde todavia está en moda dar gracias á Dios cuando se acaba de comer; y ciertamente me hace fuerza por qué no resucitará esta costumbre cristiana, cuando todos los días resucitan otras, acaso gentiles, que ya estaban hechas polvo en el olvido; y me hace mas fuerza cuando considero lo liberales y fraucos que somos para dar gracias. Por el mínimo favor damos *muchas gracias*; pero, ¡qué mas, si hasta por las mentiras declaradas, que llaman cumplimientos, las damos á montones?

Nos ofrece alguno su casa ó su empleo, aunque sea de boca, le damos *muchas gracias*: dicen que nos desean un bienestar ó el alivio de nuestras enfermedades, y pagamos el que nos lo digan con *muchas gracias*: nos dan espresiones para algun deudo, y volvemos nosotros *muchas gracias*: nos convidan á alguna parte á donde no queremos ó no podemos asistir,

y nos escusamos con *muchas gracias*: nos ofertan alguna cosa que perjudica nuestra bolsa; y lo rehusamos dando *muchas gracias* al oferente. En fin, ya dije, somos liberalísimos para dar gracias por cuanto hay, y no como quiera, sino *muchas, á miles, infinitas*.

Solo para con el Autor de la naturaleza somos en esta materia demasiado económicos, ¡qué digo! somos escasos, mezquinos, miserables. Para todo el mundo tenemos mil gracias en la boca; pero no quedan ningunas que tributar al Hacedor Supremo que cria los manjares que comemos, que nos facilita el tenerlos, y nos conserva la salud y apetito para gustarlos. ¡Si tendrá Dios alguna obligacion de darnos algo? ¿ó si nosotros tendremos tan merecidos todos los beneficios que recibimos de su liberal mano? porque solo así pareceremos menos culpables ante sus ojos, aunque no le manifestemos nuestra gratitud ni con palabras.

Yo bien sé que en algunas casas se tiene por incivilidad ó payada esto de dar gracias á Dios despues de comer, y algunos se abstienen de hacerlo, aun estando acostumbrados en sus casas, especialmente cuando se hallan en mesas de funcion, que llaman de cumplimiento; porque los demas no lo hacen, y les da vergüenza de parecer cristianos en lo público; pero por lo que toca á mí, digo, que mas quiero pasar entre los muchos por incivil, rústico ó payo, que no

entre los sensatos, por Hugonote ó irreligioso cuando menos, y así procuro dar buen ejemplo por mi parte. De algo me ha de servir tener sesenta años de edad, y treinta y cuatro de ministro del Dios de los cristianos.

Diciendo esto el cura y sin esperar respuesta, porque no la tenía lo que acababa de decir, comenzó á rezar la oracion del Señor, dió gracias, y todos lo acompañaron dócilmente, diciendo yo entre mi: si en todas las mesas donde asisten sacerdotes hubiera alguno tan celoso como este cura, que se encarga de dar gracias á Dios, y á los seculares buen ejemplo, pronto veriamos restablecida esta loable costumbre de nuestros padres.

Luego que pasó esta accion religiosa repitió Eufrosina al cura el encargo que le hizo de que dijera los versos, y el buen eclesiástico cumplió su palabra como se verá en el capítulo que sigue.

CAPITULO IX.

Refiere el cura los versos, y se trata sobre la profandad de las mugeres y el modo con que puede ser lícito en ellas el adorno.

CUERTAMENTE, Señores, dijo el cura, que habrá fastidiado á ustedes el sermón; pero como estoy hecho á predicar, se me olvidó que estaba en una mesa; bien que no me arrepiento de lo dicho, porque como

y nos escusamos con *muchas gracias*: nos ofertan alguna cosa que perjudica nuestra bolsa; y lo rehusamos dando *muchas gracias* al oferente. En fin, ya dije, somos liberalísimos para dar gracias por cuanto hay, y no como quiera, sino *muchas, á miles, infinitas*.

Solo para con el Autor de la naturaleza somos en esta materia demasiado económicos, ¡qué digo! somos escasos, mezquinos, miserables. Para todo el mundo tenemos mil gracias en la boca; pero no quedan ningunas que tributar al Hacedor Supremo que cria los manjares que comemos, que nos facilita el tenerlos, y nos conserva la salud y apetito para gustarlos. ¡Si tendrá Dios alguna obligacion de darnos algo? ¿ó si nosotros tendremos tan merecidos todos los beneficios que recibimos de su liberal mano? porque solo así pareceremos menos culpables ante sus ojos, aunque no le manifestemos nuestra gratitud ni con palabras.

Yo bien sé que en algunas casas se tiene por incivilidad ó payada esto de dar gracias á Dios despues de comer, y algunos se abstienen de hacerlo, aun estando acostumbrados en sus casas, especialmente cuando se hallan en mesas de funcion, que llaman de cumplimiento; porque los demas no lo hacen, y les da vergüenza de parecer cristianos en lo público; pero por lo que toca á mí, digo, que mas quiero pasar entre los muchos por incivil, rústico ó payo, que no

entre los sensatos, por Hugonote ó irreligioso cuando menos, y así procuro dar buen ejemplo por mi parte. De algo me ha de servir tener sesenta años de edad, y treinta y cuatro de ministro del Dios de los cristianos.

Diciendo esto el cura y sin esperar respuesta, porque no la tenía lo que acababa de decir, comenzó á rezar la oracion del Señor, dió gracias, y todos lo acompañaron dócilmente, diciendo yo entre mí: si en todas las mesas donde asisten sacerdotes hubiera alguno tan celoso como este cura, que se encarga de dar gracias á Dios, y á los seculares buen ejemplo, pronto veriamos restablecida esta loable costumbre de nuestros padres.

Luego que pasó esta accion religiosa repitió Eufrosina al cura el encargo que le hizo de que dijera los versos, y el buen eclesiástico cumplió su palabra como se verá en el capítulo que sigue.

CAPITULO IX.

Refiere el cura los versos, y se trata sobre la profandad de las mugeres y el modo con que puede ser lícito en ellas el adorno.

CUERTAMENTE, Señores, dijo el cura, que habrá fastidiado á ustedes el sermón; pero como estoy hecho á predicar, se me olvidó que estaba en una mesa; bien que no me arrepiento de lo dicho, porque como

estoy seguro de la religiosidad de ustedes, conozco que la omision de dar gracias no es efecto de impiedad, sino por seguir la moda hasta en esto; aunque tambien estoy seguro de que desde hoy será otra cosa; y así, variando de asunto, oiga usted señorita, como se espresó la madre Juana Ines en defensa de su secso, y con que gracia reprende á los hombres que hablan mal de las mugeres, despues que las ceduceen. Dice así.

Hombres necios, que acusais
á la muger sin razon,
sin ver que sois la ocasion
de lo mismo que culpais:

Si con ansia sin igual
solicitais su desden,
¿por qué quereis que obren bien
si las incitais al mal?

Combatis su resistencia,
y luego con gravedad

decis que fué liviandad
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco
al niño que pone el coco,
y luego le tiene miedo.

Quereis con presuncion necia
hallar á la que buscáis.

para pretendida, Thais, [1]
y en la posesion Lucrecia. [2]

¿Qué humor puede ser mas raro
que el que salto de consejo
él mismo empaña el espejo,
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desden
teneis condicion igual,
quejándoos si os tratan mal
burlándoos si os quieren bien.

Opinion ninguna gana,
pues la que mas se recata,
si no os admite, es ingrata;
y si os admite, es liviana

Siempre tan necios andais,
que con desigual nivel
á una culpais por cruel,
á otra por fácil culpais.

¿Pues cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata ofende,
y la que es fácil enfada?

Mas entre el enfado y pena,

[1] Una pública ramera.

[2] Una romana tan honrada, que se mató por no sufrir su honor ultrajado por la fuerza.

que vuestro gusto refiere,
¡bien haya la que no os quiere,
y quejaos enhorabuena!

Dan vuestras amantes penas
á sus libertades alas,
y despues de hacerlas malas,
Las quereis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasion errada,
la que cae de rogada,
ó el que ruega de caído?

¿O cuál es mas de culpar,
aunque cualquiera mal haga,
la que peca por la paga,
ó el que paga por pecar?

¿Pues para qué os espantais
de la culpa que teneis?
Queredlas cual las haceis,
ó hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,
y despues con mas razon
acusareis la aficion
de la que fuere á rogar.

Bien con muchas armas fundo
que lidia vuestra arrogancia,
pues en promesa é instancia
juntais diablo, carne y mundo.

Lam. 2.

La Quisquía

Time



Todos aplaudieron los versos, especialmente las señoras; pero el Licenciado en un tono burlon, dijo: No hay duda de que están buenos los versos que ha dicho el señor cura; pero con su licencia, son mejores unos que yo sé, y dicen así.

Cierto artifice pintó
una lucha en que valiente
un hombre tan solamente
á un horrible leon venció.

Otro leon que el cuadro vió
sin preguntar por su autor,
en tono despreciador
dijo: Bien se echa de ver
que es pintar como querer,
y no fué leon el pintor.

¿Qué tal? ¿no está la fabulita que ni mandada á hacer? ¡ya se vé! como del númen del dulce Samaniego.

Bien, dijo D. Dionisio; pero ¿á qué viene aquí la fabulita? Claro está á lo que viene, contestó el Licenciado: se echa de ver que no fué hombre sino muger la autora de las estrofas que ha referido el señor cura: y así escribió á su favor, y acaso sin la mayor noticia en la materia, como que era una religiosa enclaustrada en un monasterio, y no una muger de mundo. En atención á esto, no fué mucho que



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

manejara la pluma tan á favor de su seco, porque no fué leon el pintor, y así ella pintó á los hombres y disculpó á las mugeres como quiso. Si hubiera sido hombre el autor de los versos, hubieran estos salido á favor de los hombres, y se vieran pintadas las mugeres en ellos con unos colores nada ventajosos.

Efectivamente, en este caso poco trabajo costaria al poeta probar que las mugeres siempre tienen la culpa de que las seduzcan los hombres. Ellas dan la materia y los hombres disponen la forma. ¿Qué importa que no rueguen descaradamente que las seduzcan ó enamoren, si lo dan á entender con sobrada claridad?

Ustedes, señores, habrán advertido el modo con que las pateras llaman á los marchantes. *Aquí hay pato grande, dicen, venga usted mi alma: aquí hay pato grande, venga usted.* Las almuerceras obran de distinto modo en la apariencia; pero tienen igual ó mas eficaz virtud en la realidad, pues aunque no llaman con la boca á los que pasan, provocan su apetito con mas arte, poniendo en sus puertas las cazuelas de sus almuerzos ó meriendas, muy olorosas y compuestas con ramilletes de rábanos y lechugas.

Así son las mugeres que quieren ó captar la vengolencia de los hombres, ó arrancarles el dinero. Todas llaman: la diferencia está en el modo. Las coquetillas infelices se paran en las puertas de sus

accesorias, ó pasean de noche por los portales y lugares acostumbrados, acompañadas de un muchacho ó criada trapientos, con los que van diciendo: *Esta casa se alquila.* ¿Quién no advierte el espíritu de estas pobres? Pues estas son las pateras.

Las no infelices, no se valen de estos arbitrios vergonzosos; pero sí de otros que no les van en zaga en la sustancia.

Tal es la profanidad en el vestir, la libertad en el hablar, y aquella estudiada afectacion de todas sus operaciones. ¿A qué fin, sino para provocar á los hombres, son esas medias de color de carne, esas trasparencias de los puntos con que se descubren las espaldas, esos desgotes que hacen saltar los pechos desnudos, esos contoneos al andar, esos melindres y monadas al reir, al saludar y al hablar? En una palabra: ¿ese conato tan escrupuloso para parecer bien y hacérsenos amables? ¿No es verdad que estas tales se parecen á nuestras almuerceras, que aunque no llaman á los hombres con la boca, los provocan con su diligencia y compostura? En efecto, las mugeres pobres gritan su deseo, y las no pobres lo dan á entender; pero todas lo venden so pato, como dicen las indias.

Desengañémonos, señores: siempre los hombres han buscado la disculpa de sus estravios en las mugeres, y estas en aquellos; pero lo cierto es que tan

malos son unos como otras; mas por lo que toca al punto de seducción, ellas son peores que ellos, porque si los hombres las seducen, es porque las mugeres se dejan seducir, y no solo les facilitan el camino, sino que los incitan á ello y casi se los ruegan, como lo he probado, y últimamente, si no hubiera tantas mugeres descocadas, no habria tantos hombres atrevidos.

Dejó de hablar el Licenciado, y Eufrosina, disimulando mal la incomodidad que tenia, dijo: ¿Qué le parece á usted, señor cura, y qué buen concepto debemos las mugeres al maldito *Nariguetas*? Para él no hay una buena, ni sabe hacer distincion de estados, clases ni condiciones. A todas mide con una misma vara. La casada honrada, la doncella virtuosa, la viuda honesta, la señora decente, son lo mismo que las abandonadas de la calle. ¡Vamos que esto es una picardía intolerable, y solo usted, señor Licenciado Narices, se puede producir de esta manera. Si yo no creyera que hablaba de chanza y solo por hacernos enojar, diria que era usted temerario y un malcriado, pues aunque fuera verdad cuanto dice, debería no decirlo delante de unas señoras que lo entienden. Esto es falta de política y buena crianza. Ni mi lacayo se produciria de ese modo.

No, no hay que atufarse, caballera, decia con mucha sorna el abogado; yo no barro con todas las mu-

geres. Sé que las hay muy virtuosas, honestas y ejemplares; pero se pueden perder entre las que no lo son, en fuerza de su escaso número, si se pone en comparacion, hablo solamente de las descaradas, profanas y provocativas. Si aquí no hay ninguna que lo sea, como yo lo creo, no hay para que enojarse, pues yo no cito ejemplares señalados. En una palabra, entren todas, y luego salgan las que yo no he metido; pero estoy seguro de que nada he dicho que no lo demuestre la esperiencia. ¿Qué dice usted, señor cura?

Qué he de decir, respondió el cura, sino que, haciendo la distincion debida, y la protesta que usted acaba de hacer de que no habla en general, sino solo de las mugeres que con sus trages ó acciones poco honestas incitan á los hombres, dice muy bien; pero advierta usted que tampoco á esas mugeres defiende la madre Juana Ines en los versos que escribió y yo he dicho; sino á las timoratas y recatadas, que son seducidas dentro los muros de su misma honestidad. Bien se colige de sus mismas palabras que este fué su espíritu, y no el de defender la liviandad de muchas de su sexo. Oiga usted sus palabras otra vez.

Combatis su *resistencia*.

y luego con gravedad

decis que fué liviandad,

lo que hizo la diligencia,

Bien claro está que nuestra monja habló en pro de aquellas que hacen *resistencia* á la seducción, y no de las que convidan á ella. ¿A estas quién las ha de defender cuando se hacen objetos de abominación para Dios y para los hombres? Hablo especialmente de las mismas que usted ha hablado, esto es, de las muy profanas y escandalosas.

El Espíritu Santo aconseja que se huya de las mugeres compuestas con demasiado lujo, y que no se entretengan con ellas, porque han sido muchas veces el escollo de la inocencia (1).

La verdadera virtud ó el mérito verdadero, dice un Lutero convertido, saca su lustre de sí mismo, y no busca un realce en el oro y en la plata, que solo es estimado entre las mugeres, los tontos y el vulgo, el cual ordinariamente juzga del individuo por la profanidad ó adorno de su traje.

Pero, señor cura, decía Eufrosina: ¿qué, todas hemos de vestirnos con hábitos de capuchinas ó enaguas de jerguetilla? De ninguna manera, respondió el párroco: en esta sociedad hay variedad de clases, y en cada clase debe guardarse el orden que le toca, pues saliendo de él se hace cualquiera singular.

Tan extraño y ridículo sería en un capitán de mi-

(1) *Eccl. cap. 9.*

licia, traer una capilla de fraile, como en un fraile lampazos de capitán. Esto quiere decir, que cada uno debe vestirse según su estado y condición, y por eso dice aquel refrán vulgar: *Vístete como te llamas*. No se ha de vestir la secular como la monja, ni la casada como la viuda, ni la joven como la vieja, ni la señora como la plebeya, ni la ama como su criada, ni nadie con traje que no le pertenece. Entonces sería un desorden y una asombrosa confusión.

En esta inteligencia, yo no estoy mal con la decencia respectiva á cada clase de personas, ni con la misma moda. Declamar contra ella en lo general, mas es un capricho de la ignorancia que un celo por la virtud. Moda no es otra cosa que el uso de esto ó aquello nuevamente introducido entre los hombres. Hay modas útiles, las hay indiferentes y las hay malas. Estas son y deben ser reprobadas por todo hombre sensato: las primeras deben seguirse, y las indiferentes pueden ó no adoptarse, según el gusto de cada uno. Por ejemplo: ¿quién negará que el túnico en las mugeres, y el pantalon en los hombres, á mas del adorno, proporcionan comodidad y economía? Luego esta moda es útil, y debe admitirse entre las personas de buen gusto sin el menor escrúpulo.

Ahora, que el túnico ataque por detrás ó por delante, que el pantalon sea de casimir á de punto, es

una cosa indiferente, porque puede ser ó no ser, segun el gusto de cada uno; y de que sea así ó asado no se sigue ningun reato moral.

Pero si el pantalon es de algun género transparente, si está tan ajustado al cuerpo que de á legua se conoce que es hombre el que lo trae: si el túnico es tan delgado y estrecho que al dar el paso se deja ver la pierna, si el corpiño es tan pequeño y muy escotado que descubra los brazos, pechos y espalda, entonces ya esta moda es obscena, escandalosa y abominable, y por tanto digna de reprobarse por toda persona de virtud. Lo mismo puede decirse de todas las modas. No el uso, el abuso que se hace de ellas, es lo que las convierte en pecaminosas é ilícitas. Dije que de *las mas*, y no de todas, porque hay algunas que son malas en sí y no tienen por donde cohonestarse.

Los corcés que han sustituido á las antiguas cotillas son un ejemplo de esta verdad. El uso de ellos es una moda harto perjudicial, y no tienen con que disculpar su maldad. Yo no soy tan temerario, que me atreva á decir que se use para elevar los pechos y hacerlos saltar como naturalmente fuera del escote del túnico. Dios me libre de ser tan malicioso. Allá se las hayan las señoras, pues cada una sabrá el santo fin con que se sujeta á esta mortificación; pero en lo físico es innegable que es tormento

demasiado pernicioso á la salud, desde que se pone hasta que se quita. He observado que algunas señoras, espeladas en estos malditos cinchos, no tienen ni libertad para moverse..... poco he dicho, no son árbitras ni de comer á gusto, porque temen, y con razon, que el volúmen del alimento las oprima mas, ó les reviente el corcé; y así el día que se lo ponen, ayunan á su pesar y sin ningun mérito, y ya se ve, que esta moda no puede calificarse de buena ni útil de ninguna manera.

El célebre Buffon condena las cotillas, los corcés y todos aquellos vestidos dolorosos, que con el vano pretesto de formar el talle, estorban la respiracion, impiden que la sangre circule con libertad, y causan mas incomodidades y deformidades que las que precaven.

Aun sería menos perjudicial esta moda, si generalmente se usara con mas prudencia, pero me dicen, y no lo dudo mucho, que *hay señoras á quienes el cochero ó lacayo atacan el corcé*: ya se deja entender que esta diligencia se hace para que esté muy apretado, y siendo esto así, no es extraño que muchas se hayan enfermado por este uso, capaz de matar con su continuacion á cualquiera señora delicada.

Bastante conocen esta verdad y temen sofocarse si se quitan de repente los tales corcés, y por esto tienen cuidado de que se los aflojen poco á poco.

Muy bien hecho; pero ¿no fuera mejor ahorrarse de esas incomodidades y esos riesgos? Sigase en hora buena la moda cuando sea útil é inocente, mas no nos constituyamos unos partidarios tenaces de todo uso nuevo, solamente porque es nuevo, por mas que estemos convencidos de que puede acarrearlos muchos perjuicios físicos ó morales. Esto no es ser modista, sino esclavos serviles de las modas,

Pues segun eso, señor cura, decia Eufrosina, bien puedo yo seguir las modas, sin cargo de conciencia. —Las útiles y honestas, sí, señora, las que no lo sean, no.—Y ¿con qué regla mediré yo esa utilidad é inocencia?—;Oh señora! respondió el cura: ahí está toda la dificultad de la materia.

Cuando no queremos sujetar nuestro amor propio á la razon, sino seguir sus naturales impresiones, entonces confundimos fácilmente lo útil y honesto con lo agradable. Todo lo que halaga nuestros sentidos y lisonjea nuestras pasiones, nos agrada, y tenemos por útil é inocente. á lo menos en aquellas cosas que no son enormemente criminales ó espresamente prohibidas por la ley: y esta es la causa de que frecuentemente se tengan por virtudes los vicios. Por esto el espadachin provocativo se tiene por valiente, el avaro por económico, el pródigo por liberal, y la muger profana por inocente partidaria del lujo.

La prudencia, señora; la prudencia es la mejor regla que nos debe servir para conocer cuándo una cosa es útil y honesta y cuándo sea solamente delectable, y este conocimiento no es difícil de adquirirse haciendo á un lafito el amor propio.

Hecha esta diligencia, ¿se le ocultará á ninguna muger que todo esceso degenera en vicio? ¿Ignorará que toda profanidad es un esceso de la moda, ó lo que se llama lujo sobresaliente? ¿Y no sabrá que este esceso no puede menos que traer funestas consecuencias, ya por el escándalo que ocasiona á los que lo notan, y ya porque en estos gastos superfluos se arruina á los padres ó maridos? Es imposible, porque á nadie se ocultan estas verdades.

Pues ya tiene usted, señora, en pocas palabras, la regla con que conocer hasta qué punto puede seguir la moda. Vistase usted conforme á su estado, pero sin disipar lo necesario ni arruinar á su familia; adórnese en hora buena segun su clase, pero sin ser profana ni escandalosa: ataviase como una señora decente, pero nunca como las trasparentes coquetillas, y entonces puede creer que entra en las modas con seguridad de conciencia.

Oiga usted por último, lo que el sabio Blanchard dice sobre esto, para que viva mas tranquila y para que vea que nuestra religion no es un espantajo aterrador, ni un tirano que nos impide el uso de

los bienes que el Criador nos dispensó con tanta liberalidad, sino una buena madre que nos enseña, nos corrige y sujeta, para que no abusemos de aquellos mismos bienes con ofensa de Dios, con perjuicio del prójimo y daño nuestro.

“¿Cuántos pesares, dice Blanchard, se prepara uno cuando no quiere aprender el secreto de medir su gasto con su persona! La causa mas ordinaria de la ruina de muchas personas es, que arreglan su gasto segun su estado y no segun sus medios; segun su ambicion, y no segun sus riquezas. El lujo, hijo del deleite y de la vanidad, conduce á la pobreza por unos caminos brillantes y agradables; pero son solamente los locos los que lo siguen.”

“Una especie de lujo moderado entra en las miras de la naturaleza que ha derramado, así en la tierra como en los cielos, una magnificencia igual á su grandeza, pues no ha prodigado tantos beneficios á los hombres para prohibirles su uso. Pero lo que la razon nos prohíbe, es un lujo escesivo ó dañoso, es todo goce superfluo que no está prescrito ni por lo que es justo conceder á su calidad, ni por lo que escige el uso legítimo de la nacion en donde se vive, y cuya modificacion no puede dejar de merecer la aprobacion de las gentes sensatas.”

“¿De qué sirve á las mugeres el esceso ridiculo de

adornos, la loca pasion de modas y novedades, que cuestan tan caras y pasan tan pronto?”

“Yo sé que la sabiduria permite seguir las modas que no son sino indiferentes, y que no ofenden las costumbres ni desarreglan la hacienda. Aunque las modas no sean lo mas frecuentemente, sino hijas de la inconstancia y del capricho, las personas mas sábias se ven algunas veces obligadas á conformarse y someterse á ellas por no parecer ridiculas.”

“La moda es un tirano peligroso, del cual nada nos libra, y es forzoso á su gusto y capricho acomodarse.

Pero siendo preciso sujetarse á las leyes que impone locamente, el sabio como piensa rectamente nunca el primero es para seguir las, ni el último en dejarlas ú omitirlas.”

“Si es permitido á ciertas condiciones el llevar vestidos ricos y magníficos, es mas glorioso y estimable el quedarse un poco inferior á su estado. La modestia y el pudor serán siempre para la muger el mas bello ornamento y el mas noble adorno.”

De lo dicho inferirá usted, señora, la diferencia que hay entre una moda racional y la profanidad escandalosa: entre la decencia correspondiente á cada persona y el escesivo lujo, y segun este conocimiento tomará el camino mas seguro.

Dejó de hablar el eclesiástico, y tomando la palabra el coronel, añadió: Cierto que el señor cura se ha explicado con bastante solidez, y su doctrina no deja que desear en la materia, pero yo quisiera que las señoras mugeres que son tan aficionadas á la excesiva compostura, advirtieran que prescindiendo, si es que se puede prescindir, de los fundamentos morales que condenan el demasiado lujo, aun hay otra razon muy suficiente para contenerlas en los límites de lo honesto, y obligarlas á no singularizarse ni en el traje, ni en el andar, bailar conversar, etc

Saben muy bien que es un axioma incontestable el que dijo el señor Licenciado, de que si no hubiera tanta muger liviana, no habria tanto hombre atrevido, pero tambien saben que no es menos cierto que no siempre basta á las mugeres su honestidad y recato para dejar de ser seducidas.

Hay hombres tan atrevidos y procaces, que cuando tratan de llevar al cabo su pasion ó su capricho, atropellan fácilmente con la autoridad de los padres, con los respetos del marido, y aun se atreven mil veces á atacar la inocencia en los mismos santuarios de la virtud. ¡Cuántas niñas han salido de las clausuras á prostituirse por no haber podido impedir las paredes de los conventos y colegios, la seducción del insolente malicioso!

Para esta clase de hombres no basta á las mugeres

ser honestas; es necesario que manifiesten su recato en su traje y en sus acciones en todas partes, si no quieren poner su honor en equilibrio.

Con solo que uno de estos vea á una jóven demasiadamente compuesta, afectando el paso, haciendo muecas y trayendo el abanico en continuo movimiento, tiene cuanto su temeridad necesita para confundirla con la muger liviana, aunque sea la doucella mas juiciosa ó la casada mas honesta.

Lo peor es que muchas veces no para en esto todo el mal; quiero decir, no se contentan con tenerlas por coquetas, sino que lo aseguran así á sus amigos, jactándose falsamente de haber conseguido de ellas muchos triunfos. ¿Qué se sigue de aquí? Que aquella pobre niña pierde el crédito entre los demas, porque de boca en boca pasa por una fácil, y por esta mala fama, si es doncella, tal vez pierde un ventajoso casamiento, y si es casada acaso se turba la paz del matrimonio por una inesperada casualidad. Bien conocen las mugeres que esto no es una ponderacion, sino una verdad innegable; saben que abunda esta clase de hombres habladores, á quienes distinguen con el vulgar adjetivo de *alabanciosos*.

Ellos hacen mal, ¿quién lo duda? Pero si las señoritas se vistieran con menos profanidad, ellos no se atreverian tan fácilmente á difamarlas, pues es

cierto que la muger honesta casi siempre enfrena la lengna y el arrojio del hombru libertino

Conque cuando el temor de Dios y el amor del prójimo no estimularan á cualquiera muger á presentarse con modestia en el público, su amor propio la debia persuadir á ello, considerando que los hombres de que hablamos, por el traje infieren la conducta de la muger, y sin mas datos despedazan su honor alegremente.

"Nada se debe temer tanto en las mugeres como la vanidad, dice un autor muy respetable (1). Los caminos que conducen á los hombres á la gloria (2) y autoridad les están cerrados, y así aspiran á distinguirse por las gracias del cuerpo y ciertas esterioresidades del espíritu. De aquí nace aquella conversacion dulce y atractiva, aquel grande aprecio de hermosura y gracias esteriores, y la demasiada aficion á los vestidos y demas adornos del cuerpo. Una pei-

(1) *El Sr. Fenelon en su Educacion de las hijas.*

(2) *A la gloria mundana, que consiste en el poder, autoridad ó fama. Esta advertencia es inútil para los sensatos; pero como los libros andan en manos de todos, no queremos que algun ignorante crea que á las mugeres les están cerrados los caminos que conducen á la gloria ó bienaventuranza eterna.*

neta, un lazo, un túnico, (1) la eleccion de un color, un rizo un poco mas alto ó mas bajo, son para ellas negocios importantes."

"Este exceso va tomando cada dia mas fuerza: el amor mudable de las mugeres, la aficion á los vestidos. la pasion á las modas, juntas con el amor á la novedad, tienen para con ellas tanto poder, que llegan á trastornar las clases y á corromper las costumbres. Desde que se vive sin regla en trages y muebles, se vive tambien casi sin distincion de personas....."

"Este fausto arruina las familias, y á la ruina de las familias se sigue la corrupcion de las costumbres... Esta es la causa de extinguirse incesantemente el honor, la fé, la probidad y el amor natural, hasta entre los parientes mas cercanos."

"Todos estos males provienen de la autoridad que las mugeres se han tomado, ó que algunos hombres lisonjeros les han dado de decidir sobre las modas"

"Procúrese, pues, dar á entender á las mugeres desde niñas, cuánto mas apreciable es la distincion que se logra por el camino de una buena conducta, que la que se consigue por un buen peinado, un buen vestido, ó cualquiera otro adorno del cuerpo...."

(1) *He sustituido esta voz á la de bata que dice el autor, porque sin alterar el sentido, realza la persuasion, por ser el túnico traje del dia.*

“Yo bien sé que, según las costumbres de nuestro siglo, sería una ridiculez el persuadir á las mugeres jóvenes que vistiesen el traje de la antigüedad; pero podrán, sin alguna singularidad, tomar el gusto de la simplicidad de vestido siempre noble, agradable y conforme á las costumbres cristianas. De este modo, conformándose en el exterior con los usos de nuestros tiempos, sabrían á lo menos juzgar con justicia de su ridiculez; ellas se sujetarian á la moda; pero la mirarían como una esclavitud, y solo la seguirían en lo que no pudieran evitar....”

“Sobre todo, es necesario tener un grande horror á la desnudez de pechos, y á todas las demas indecencias del cuerpo. Aunque cuando se cometan estas faltas sin alguna intencion ó pasión desordenada, no deja de ser una vanidad culpable y perjudicial, causada de un excesivo deseo de agradar. Esta vanidad, culpable ante Dios y los hombres, es prueba de una conducta escandalosa y contagiosa al prójimo. Este ciego deseo de agradar, de ningun modo conviene á una alma cristiana que debe mirar como una especie de idolatría todo lo que la aleja del amor de su Criador, y del desprecio de las criaturas. ¿Qué se pretende cuando se quiere agradar por estos caminos? ¿No es el escitar las pasiones de los hombres? ¿No pasan demasiado adelante, por poco que se les alumbre? ¿Acaso está en poder de las mugeres el re-

frenarlos, cuando pasan mas allá de lo justo? A quién, pues, se deben imputar los excesos? Prepara la muger con su indecencia un veneno sutil, y lo vierte sobre los que la miran; ¿cómo se podrá juzgar inocente?”

Hasta aquí este sabio moralista; pero concluyamos esta conversacion, que acaso ya fastidiará por lo larga, aunque ha sido demasiado interesante. ¡Ojalá en todas partes se reflexionara con atencion sobre estas verdades! tal vez algunas familias se librarian del deshonor y la miseria.

Finalizó su discurso el coronel, y despues de haber hablado cada uno de los concurrentes un poco sobre lo que quiso, se desaható la asamblea.

CAPITULO X.

En el que se cuenta la caritativa conferencia que tuvieron estas señoras acerca de sus maridos, y la célebre aventura que por una de ellas sufrió un viejo enamorado.

Así como no basta que la semilla sea buena para que fructifique si no se siembra en buena tierra, así tampoco aprovechan las mejores máximas morales, si no se reciben en un corazón bien dispuesto. Fácil es concebir que Matilde no solo gustó de la conversacion anterior, sino que se aprovechó de toda ella, como que era naturalmente modesta y enemiga de singularizarse.

“Yo bien sé que, según las costumbres de nuestro siglo, sería una ridiculez el persuadir á las mugeres jóvenes que vistiesen el traje de la antigüedad; pero podrán, sin alguna singularidad, tomar el gusto de la simplicidad de vestido siempre noble, agradable y conforme á las costumbres cristianas. De este modo, conformándose en el exterior con los usos de nuestros tiempos, sabrían á lo menos juzgar con justicia de su ridiculez; ellas se sujetarian á la moda; pero la mirarían como una esclavitud, y solo la seguirían en lo que no pudieran evitar....”

“Sobre todo, es necesario tener un grande horror á la desnudez de pechos, y á todas las demas indecencias del cuerpo. Aunque cuando se cometan estas faltas sin alguna intencion ó pasión desordenada, no deja de ser una vanidad culpable y perjudicial, causada de un excesivo deseo de agradar. Esta vanidad, culpable ante Dios y los hombres, es prueba de una conducta escandalosa y contagiosa al prójimo. Este ciego deseo de agradar, de ningun modo conviene á una alma cristiana que debe mirar como una especie de idolatría todo lo que la aleja del amor de su Criador, y del desprecio de las criaturas. ¿Qué se pretende cuando se quiere agradar por estos caminos? ¿No es el escitar las pasiones de los hombres? ¿No pasan demasiado adelante, por poco que se les alumbre? ¿Acaso está en poder de las mugeres el re-

frenarlos, cuando pasan mas allá de lo justo? A quién, pues, se deben imputar los excesos? Prepara la muger con su indecencia un veneno sutil, y lo vierte sobre los que la miran; ¿cómo se podrá juzgar inocente?”

Hasta aquí este sabio moralista; pero concluyamos esta conversacion, que acaso ya fastidiará por lo larga, aunque ha sido demasiado interesante. ¡Ojalá en todas partes se reflexionara con atencion sobre estas verdades! tal vez algunas familias se librarian del deshonor y la miseria.

Finalizó su discurso el coronel, y despues de haber hablado cada uno de los concurrentes un poco sobre lo que quiso, se desaható la asamblea.

CAPITULO X.

En el que se cuenta la caritativa conferencia que tuvieron estas señoras acerca de sus maridos, y la célebre aventura que por una de ellas sufrió un viejo enamorado.

Así como no basta que la semilla sea buena para que fructifique si no se siembra en buena tierra, así tampoco aprovechan las mejores máximas morales, si no se reciben en un corazón bien dispuesto. Fácil es concebir que Matilde no solo gustó de la conversacion anterior, sino que se aprovechó de toda ella, como que era naturalmente modesta y enemiga de singularizarse.

No así Eufrosina y sus amigas, que habian estado en un brete durante la plática de aquellos dos buenos señores, el coronel y el cura.

Inmediatamente que se desbarató la concurrencia y se quedaron solas, comenzaron á murmurar á rienda suelta de los piadosos consejeros, sin contenerlas mi presencia: ¡ya se vé que Eufrosina me tenia por un bobon de mas de marca, y á mas de esto le debia yo el buen concepto de que no era chismoso ni enfeudador, y en esto á la verdad, no se engañaba.

Con esta confianza decia Eufrosina á sus amigas: ¿Qué les parece, niñas? ¿Cuándo pensaban venir á mi casa á enojarse ni ha convertirse? El Pánfilo del Nariguetas nos ha puesto de vuelta y media con sus burlas, y para rematar el cuento el cura y mi cuñado, nos han echado tres sermones de lo mejor. ¡Vaya, que han quedado ustedes frescas y convidadas para no volver á semejantes visitas! Yo (la verdad) estoy demasiado corrida; pero discúlpennme, amigas, que ya ven que no he tenido parte en esto.

No te apures, niña, decia la chatilla de quien se habló en el capítulo octavo de esta obrita, no te apures: ¿qué culpa tienes tú de que el maldito Nariguetas sea un bufon malcriado, ni de que el cura y tu cuñado sean unos imprudentes, impolíticos, que quieran convertir los estrados en iglesias ó santas

escuelas? Déjalos que hablen mas que un loco, que con no hacerles caso se compone.

Ya se ve que sí, decia Eufrosina, ¿pues qué caso habia yo de hacer de sus sermones? Mi hermano los hecha bien seguido, y con tanto fervor como el que han oído; pero yo me río de él y de sus sermones, y le digo que ha errádo vocacion de medio á medio; pues para misionero no tiene precio; pero aunque me burlo de su sencillez en persuadirme que alguna vez he de acordarme de sus ideas, no dejo de enfadarme de cuando en cuando con su tenacidad.

Yo no puedo negar que lo quiero, pues á mas de que es un buen hombre, al fin es mi cuñado, y basta que quiera tanto á Matilde: ¡ya se vé que ella le ha cogido el lado del morir, porque mi hermana es el amén de cuanto dice su marido. Yo no he visto muger mas zounza ni mas condescendente. Si Don Rodrigo dice: *sal*, sale: si dice: *no salgas*, no sale: si quiere que se vista así, se viste: si quiere que de otro modo, tambien: en fin, ella lo obedece con mas puntualidad que una novicia á su prelada: y lo mas célebre es que se conoce que lo hace contenta y no por fuerza. Ya ustedes la conocieron de doncella, y se acuerdan de que era muy alegre, y tan curra como la que mas; y ahora ya la ven hecha una vieja sesentona que apenas sale de casa, y eso vestida como quie-

ra. Toda su diversion es su almohadilla y su clave, y todo su encanto, su hija y su viejo. Yo no sé cómo Matilde dió tan repentina vuelta.

No te admires, niña, decía Adelaida: si los viejos son el mismo diantre: cera y papilo vuelven á una pobre muger como la conozcan buena desde el principio. En este caso los muy pícaros se vuelven unos santos delante de sus mugeres, y á fuerza de sermones y de meterlas en escrúpulos, haciéndoles de todo cargo de conciencia, se salen con cuanto quieren; y así las tienen indecentes, encerradas y hechas unas criadas de honor. No tienen ellos la culpa, sino las bobas que los creen y los obedecen como las niñas á las maestras. ¿No advertiste que cuando predicaba tu cuñado, ni pestañaba Matilde? Pues para que veas que bien ensonadita la tiene.

Si, decía Eufrosina, si es mi hermana una pobre tontita, cuanto dice su marido lo cree como si lo dijera un santo Padre; no en balde él la quiere tanto y está tan contento con ella: como que no tiene muger, sino una hija que lo obedece al pensamiento. Yo en parte me alegro, porque no la he visto reñir ni una vez. Deseos tengo de verlos enfadados si quiera un dia, y ya ven ustedes que esto es un milagro, porque casi todas las mugeres andamos á máta-me y te mataré con nuestros maridos por cualquiera pampolina.

Si lo es en efecto, decía Rosaura: yo tango un marido que no lo merezco, porque me quiere en extremo; pero por no dejar de mortificarme, tiene un grandísimo defecto, y es ser mas zeloso que Júdas. ¡Ay niñas! ya no tengo vida con él: de su somora se espanta. Siempre he de salir pegada con él hecha llaveror: solo acá me deja venir medio sola. Puedes creer, Eufrosinita, que tienes la túnica de Cristo, como dicen, y eso ya ves que no se despega de mí Crisantita, que es mas chismosa el diantre de la muchacha que Barrabás: cuanto pasa y no pasa le cuenta á su papá; con esto, él le tiene mandado que no se separe de mí para nada, y no soy dueña de resollar, porque ya sabes que los muchachos son angelitos de Dios y testigos del diablo.

¡Ay niña! pues tienes una pensión terrible, decía Eufrosina; pero yo pienso que algo ponderas. No creo que D. Fernando sea tan zeloso como dices. ¿No lo crees? contestaba Rosaura, pues aun no he dicho nada. Si entra un perro en casa, dice que aquel animal tiene dueño, y que alguna vez habrá ido acompañado con él á visitarme: si me asomo al balcón y veo por una parte y por otra, dice que si por allí ha de venir el señor: si estoy triste, piensa que es por otro: si estoy alegre, lo mismo; en fin, yo no puedo hacer nada que no lo enzele: de todo teme, todo

lo asusta y de todo desconfía, y con esto me da una vida de los perros.

Si lo creo, decía Adelaida; pero ¿en dónde dejaremos las mugeres de ser infelices? Mi marido peca por el extremo opuesto: él me permite cuanta libertad quiero, y no se mete conmigo para nada; pero no es porque me estima, sino porque ya se ha enfadado de mí y no me hace caso: y eso ¿por qué? Porque de pocos días á esta parte está embelesado con la maldita tuerta de todos mis pecados; pero me la ha de pagar. Si jurada se la tengo; no me la ha de ir á penar por vida de Adelaida.—¿Pero qué tuerta es esa que yo no la conozco? decía Eufrosina.—¡A Dios, no la conozco! como á tus manos la conoces. ¿No te acuerdas de aquella que vive por Santo Domingo?—¿Cuál, la Hipólita?—La misma.—Pues niña esa no es tuerta. Es un poco turnita; pero le agracia porque tiene los ojos dormidos, y es una muchacha muy bonita.—Para mí es mas fea que el mismo diablo, decía Adelaida; será porque no la puedo ver.—¿Pero qué motivo tienes para pensar que tu marido la trata? decía Eufrosina, porque D. Félix es muy hombre de bien, y la Hipólita es una muchacha de mucho juicio: yo sé que frecuenta los sacramentos, y dias pasados estaba pretendiendo en las Brígidas.

¿Ya ves todo eso? pues yo sé mi cuento, decía Adelaida: esa es de las que las cogen á tientas y las ma-

tan callando. Con toda su hipocresía no le parece mal Félix.—¿Pero qué le has visto?—Nada: pero ¿qué mas he ver sino que el otro dia en el paseo se rompió su coche, y Félix la hizo entrar en el nuestro con su madre, y desde entonces dió en visitarme? ya se vé que no por mí, sino por el caballero! á mí no me acomodó nada semejante visita, y así traté de desterrarla de casa, y lo conseguí muy breve, poniéndole mal modo y no visitándola. ¡Santo remedio! con esto se ha desterrado; pero ¿qué importa si él va á su casa, segun me han dicho?

¿Conque tú no lo sabes, decía Eufrosina, ni los has visto juntos?—No, niña, Dios me libre de ver tal cosa, á pesar de que he hecho ya mis buenas diligencias para cogerlos, y nada he podido conseguir.

Pues niña, decía Rosaura, yo pienso que tú pasas mala vida por zelosa, y yo porque me zelan sin motivo. Yo sufro á mi marido, y tengo que sentir con su genio zeloso y endiantrado; pero tú á tí misma no te aguantas tus zelos, y no tienes razon para quitarte la vida: porque esa niña que dices la conoces bien, y sabes que es medio parienta de tu esposo, y así el haberle ofrecido tu coche estuvo muy en el orden. No podia haberse escusado, el lance no era para menos, la política y el parentesco lo estrecharon, y así, á la verdad, tú no tienes razon de haberte formado tan mal concepto de esa pobre niña: y so-

bre todo, déjate de ser zelosa, porque te quitarás la vida en cuatro días.

Muy bien aconsejado, decía Camila: sin eso quién sabe como uno la pasa con su marido, porque los hombres son el diablo. El que no peca por un lado, peca por otro, y nunca tiene una un gusto completo. A mí no me vale no meterme con mi marido para nada: yo lo dejo caiga ó levante, y jamas le digo una palabra. Es verdad que yo, (con bien lo diga) nada le he visto, y él hasta ahora me trata muy bien; pero en esto de modas me tiene á pan y naranja: en pocas me deja entrar; y eso tal han de ser ellas, Siempre me predica la santa economía, y apenas le hablo sobre esta ó la otra cosita que se usa y yo quiero, cuando me sale con que está pobre, que no le alcanza el sueldo, que tenemos hijos, que aquellos gastos son superfluos, que mañana nos hará falta, y todas aquellas disculpas que saben ellos dar cuando no quieren aflojar la plata.

¡Bien haya tú que has dado en el punto de la dificultad, decía la chata! la mezquindad y la miseria de muchos maridos, es la que los hace tan considerados y virtuosos, y los convierte en predicadores y misioneros contra las modas, como el cuñado de Eufrosina, á quien acabamos de oír predicar con tanto fervor.

A mí no me hace fuerza que predique contra el in-

jo mi cuñado, decía Eufrosina: él es algo mezquinito, y no tiene mayores proporciones. Lo que si me incomoda demasiado, es que todo viejo, gaste ó no gaste, convenga ó no convenga, ha de declamar contra todos los usos nuevos, sin advertir que lo que se usa no se escusa.

¡Ay, hína! ¿No sabes en que está eso? decía la chata. Pues no está en otra cosa sino en que como ya pasó su tiempo, todo lo del nuestro les enfada. Menosprecian el mundo, no porque no les gusta, sino porque ya el mundo los abandonó á ellos.

No verás viejo que no haga del sauturron, que no predique desengaños y reniegue de las modas y las modistas; pero, ya digo, esto es porque no pueden mas. Saben que no hay muchacha que los apetezca, y mas si son pelados, y así se desquitan hablando mal de lo mismo que quisieran. ¡Arredro vayan los vejancones hipócritas, que ya bien los conozco! Se parecen á la zorra, que no pudiendo alcanzar las uvas de un parral por diligencias que hizo, fingió una santa conformidad, y se marchó diciendo: *¡Al caso están verdes!*"

¡Qué mala eres, chata de mis pecados, qué mala eres! decía Eufrosina: mira qué juicio tan temerario has formado de los pobres viejos. Pero despues de todo, es necesario confesar que dices bien, porque yo he conocido unos viejecitos verdes y arriscados.

como los mozos, que delante de la gente los he oído predicar contra las modas y abominar de las muchachas compuestas; y á solas los he visto mas enamorados que Cupido. Yo pudiera nombrar uno que otro que á mí misma me han echado mis polvillos de cuando en cuando con bastante empeño, y si los oyeras platicar de la virtud y contra las modas y las mugeres, dirias que era la mera verdad, porque hacen unos consejeros, que hasta ellos mismos lo creen.

Si sí lo creo, decia la chatilla, á mí me ha pasado lo mismo, y no de ahora, sino desde doncella. Tú conociste á mi madre (Dios la haya perdonado), y ya te acuerdas que era una señora verdaderamente virtuosa..... ¡Ojalá fuera yo como ella! Pues niña iba á mi casa un maldito viejo de mis pecados á quien mi madre queria mucho, y lo tenia por un santo, porque todas sus pláticas eran del infierno, de la eternidad, de la gracia y de la virtud. Desde que entraba á visita hasta que salia, todo se le iba en contar los la vida de S. Alejo. Tenia la cabeza llena de oraciones, jaculatorias, ejemplos y milagros, y todo lo vaciaba á presencia de mi madre, y la buena señora estaba encantada con su D. Ciriaco, que así se llamaba el caballero.

¿Hablar delante de él de modas? ni por pienso, Todas, decia, que eran invenciones del diablo. No se podia decir en casa, cuando estaba él allí, que

nos habian ido á convidar para un baile, aunque fuera la casa mas honrada, porque al instante le ponía á mi madre tanta cabeza, diciéndole que esas eran unas ocasiones muy próximas para que las niñas doucellas perdiesen el recato y el pudor: que en los mejores bailes no faltaban jóvenes libertinos que inquietasen á las niñas: que rara bailadora se lograba: que la demasiada frecuencia á tales diversiones era causa de la deshonor de las casas, y de que se hablase mal de las niñas; que allí aprendian en una noche lo que habian ignorado en su casa toda la vida: que las madres de familia que llevaban á sus hijas á los bailes, sabiendo lo que son y lo que sucede en ellos, no podian estar escusadas de pecado mortal, siquiera porque las esponian al peligro, y que el que ama el peligro, en él perece: y así, que si no queria arder para siempre en los infernos, que tomara su consejo y no me llevara.

Mi madre, que habia menester poco, porque era una santa, si me llevaba alguna vez á un baile, era solo á ver bailar y sin despegarse de mí para nada, y eso porque no la tuvieran por desatenta; pero si antes oia al viejo condenado, resolvía no llavarme, y se disculpaba lo mejor que podia. Con esto me quedaba echando zapos y culebras contra el entremetido consejero, y muchas veces estuve por decirle á mi madre lo que pasaba, y si no lo hice, fué porque

temí que no me creyera, y me echara un buen regaño.

¡Pues qué te sucedió, niña? decía Camila; porque ciertamente que mirándolo despacio, el señor D. Ciriaco decía el Credo, y no podía menos sino ser un hombre muy cristiano y muy arreglado.

No era sino un picaro muy hipócrita, decía la chata: como mi madre estaba alucinada, y no solo lo tenía por hombre de bien, sino por un hombre ejemplar, le permitía la entrada franca en mi casa, y muchas veces me dejaba sola con él en el estrado, cuando tenía que hacer en otra pieza; y entonces se des-cosía el perro viejo á su salvo.

Primero me empezó á enamorar con las majaderías del tiempo antiguo, dándome muchas perlas, diamantes y rubies.... ¡Hola! dijo Eufrosina: esas no son majaderías, sino un bello modo de enamorar. Si yo hubiera tenido un pretendiente tan rico, sin duda no me caso con Langaruto; porque, mi alma, dádivas quebrantan peñas. Tú fuiste una tonta en no haberlo admitido mas que fuera mas viejo que la sarna.

No, no fui tonta en eso, sino muy hábil, respondió la chata tendiéndose de risa: pues qué ¡piensas que las perlas y los diamantes que me daba, eran engastados en oro ó plata en algunas alhajitas? No, hermana, me las daba envueltas en papel.... Entiéndolo de una vez; me las daba en verso, y no

solo eso, sino soles y estrellas á millares. Ya verás y qué rica estaria yo con semejantes preseas; pero en fin, este fué su primer ensayo.

Yo lo desprecié como era justo; y viendo él que no me alucinaba con tonterías, apeló á los cariños y ternezas. Si tú lo vieras suspirar y llorar en mi presencia, hincarse delante de mí y querer besarme los piés como si fuera santa, levantarse de repente desesperado, jurar, votar, renegar, y darse de bofetadas hubieras echado las tripas de risa, porque no hay rato mas divertido que ver á un viejo verde enamorado y despreciado delante de la muchacha que lo burla. ¡Vaya, si estos viejos supieran el ridiculísimo papel que hacen en semejantes lances, y la mofa que hacemos de ellos, sin duda que no se meterian á enamorar!

Yo le decía á este abuelo mil claridades; pero él las escuchaba como si fueran requiebros. ¡Es gana! le dije muchas veces: usted se cansa, y pierde el tiempo. No quiero á usted, no lo quiero. Yo soy muchacha, y si me caso, ó quiero á alguno, será algun muchacho como yo; no á un tata señor que me espante con sus tos. Ya usted es muy viejo y muy baboso, ya tiene un pié aquí y otro en la sepultura: piense usted en rezar, y en encomendarse á Dios, pues está usted mas para la otra vida que para esta. ¡Váyase usted noramala! ya se lo he dicho.

Todas estas boberías y mas, le decia yo cada rato; pero no me valia; yo no he visto viejo mas sinvergüenza. El, viendo que no podia conquistar mi corazón con sus versos y faramallas, se valió de otro arbitrio para seducirme; pero ¡qué arbitrio, niña! el mas soez, desvergonzado é inicuo que se pudiera imaginar. Ya soy muger casada, y todavía me avergüenzo de acordarme. ¡Qué bien dicen, que los viejos libertinos y relajados son mas indignos que los mozos!

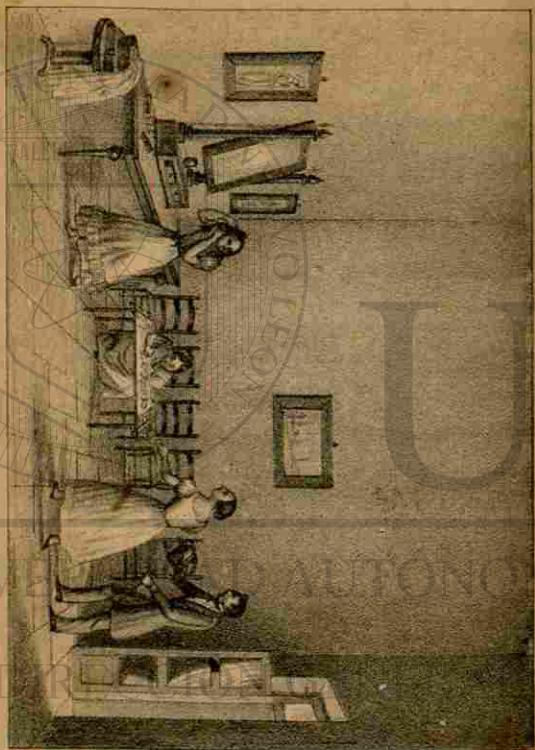
¿Pues cual fué ese arbitrio, niña, preguntó Eufrosina, que yo creo que sería terrible, pues te pones colorada al acordarte? ¡Con razon, contestó la chata, si era de los mas atrevidos! Pues vean ustedes que no pudiendo conseguir nada de mí, como he dicho, trató de provocarme contándome los cuentos mas obscenos que se pueden imaginar, leyéndome unos versos dictados por el mismo Asmodeo, y propasándose á hacer en mi presencia algunas acciones tan feas, que yo no quiero ni acordarme.

¡Ay niña! dijo Rosaura, esa era una grandísima picardía. Yo creo que eso lo hacia cuando estabas sola con él; pero ¿por qué ne lo dejabas con la palabra en la boca, y te ibas adonde estaba tu madre?—Porque mi madre me hubiera regañado, diciéndome que no fuera maleriada, ni dejara sola la visita.—
¿Pero por qué no le decias lo que pasaba?—Porque

no lo hubiera creído.—¿Y por qué no le decías que te espíara, y escuchara al viejo cuando te quedabas sola con él?—Porque el viejo era muy malicioso, y solo me hablaba de esto cuando estaba bien seguro de que mi madre estaba en parte desde donde no lo podía escuchar.—Pero yo, en ese caso, hubiera procurado tener alguna compañía á mi lado.—Cuando podía, lo hacía así; pero no siempre había esa proporcion, porque mi familia era muy corta. No se cansen, niñas: el viejo era muy malicioso, y mi madre muy cándida. Ahora conozco que es verdad que no conviene que las madres sean tan buenas, esto es, tan sencillas y confiadas, porque cualquiera las engaña.

Bien que, por otra parte, yo no culpo á la pobrecita de mi madre: porque ¿quién no se hubiera engañado con la hipocresía de ese santurrón maldito? La inocente señora (que en paz descance y mis palabras no le ofendan) solía decirme algunas veces: Hija, ¿qué bueno es el señor D. Ciriaco! toma sus consejos, mira que de estos hombres ya no hay muchos. Cuando yo lo veo sentado platicando contigo, me parece que estoy oyendo á tu difunto padre y suelo decir entre mí: ahora en mi casa está la virtud en el estrado. Así se explicaba mi madre.

Consideren ustedes cómo no estaría aturdida, ni cómo yo era capaz de haberla persuadido á que a que!



Tom. I.

San Agustín.

Am. 8.

viejo era mi constante y lascivo seductor, cuando muchas veces estaba él diciéndome cosas que por no oirlas hasta me tapaba las orejas! entraba mi madre á este tiempo, y el perro viejo al instante bajaba los ojos, mudaba de tono y enredaba la conversacion con ella de este modo: ¿No es verdad, señora, que le digo bien á esta niña, que no hay cosa como el pudor y la honestidad en las doncellas, porque así se hacen amables de todo el mundo, y particularmente de Dios, que es á quien debemos agradar sobre todas las cosas? Pues, porque en todas partes está, y ve hasta nuestros mas escondidos pensamientos.

Otras veces decia: Le digo á esta niña que sea muy recatada con los hombres, y muy devota de S. Luis Gonzaga, para que el santo le alcance la castidad, que es una virtud angelical. Yo le traeré una semanita del santo para que la rece, y se le encomiende muy de veras. ¡Ojalá yo viera á mi Vicentita (á mí) de monja! Pero Dios hará lo que le convenga.

Así engañaba este malvado á mi madre; y en fuerza de este engaño, ¿qué efecto habia de haber hecho en su corazon ningun aviso mio? El que hizo al fin, y fué el caso, que un dia de los que él sabia aprovechar sacó un papel y me empezó á leer unos versos endemoniados de puercos. No me pude contener, y le dije: ¡Viejo maldito, hipocriton, deshonesto! ó se calla usted la boca, ó le voy á avisar á mi mamá

de todo lo que me pasa con usted. Esta amenaza que debia haberlo enfrenado, lo desesperó, ó quién sabe que le sucedió, pues levantándose de su asiento, se acercó á mí; y cogiéndome la cara, me iba á dar un beso; pero no fué él tan pronto en intentar su llaneza, como yo en plantarle una buena bofetada.

¡Qué bien hiciste! dijo Eufrosina. Cuando una mujer no da margen á que le pierdan el respeto, y tiene guardadas las espaldas contra una villanía, en la mano tiene el freno para contener á semejantes brutos desbocados! ¿Y en qué paró este lance?

¡En qué habia de parar! en tragedia. El viejo condenado se volvió un veneno con mi cariño, y enfurecido comenzó á levantar la voz y á maltratarme llamándome mocosa, atrevida, insolente y ¡qué se yo! al tiempo que mi mamá entró á la sala y lo halló temblando y con el papel en la mano. ¿Qué es eso, D. Ciriaco? le dijo, ¿qué ha sucedido? ¡Qué ha de suceder, señora, dijo el viejo, qué ha de suceder sino lo que le tengo á usted dicho muchas veces! No se lo he dicho á usted, no se lo he dicho, que á las muchachas de estos tiempos es menester tenerlas en un puño, porque son la deshonor de las madres? Pues eso es lo que ha sucedido. Miré usted qué papel tan escandaloso le he hallado á su niña en la almohadilla. Si teniendo usted tanto cuidado con ella, admite esos papeles, que no los admitiera la ramera mas

pública de México, ¿que fuera si usted se descuidara con ella? Siento el decirlo; pero ya me parece que á la hora de esta su niña de usted perdió todo lo que tenía que perder. En fin, tea usted el papel y haga lo que quiera, que es su madre, y quien ha de dar cuenta á Dios de ella. Diciendo esto, dió el papel á mi madre, y se marchó para la calle.

Mi mamá tomó el papel, y mientras se puso los anteojos para leerlo, pensaba yo en huir ó disculparme; pero á nada me resolví, y me quedé como una estatua, temblando mas de cólera que de susto.

Apenas leyó el primer verso, cuando escandalizada y llena de enojo, rompió el papel, me afianzó de los cabellos, me tiró al suelo, y me dió tal tarea de golpes y patadas, que si las criadas no me defendían, me mata allí mismo sin remedio.

Ya yo libre de sus manos, me disculpé como era natural, y le conté cuanto me habia pasado con el viejo. Esto, lejos de serenarla, la irritó de tal modo, que si hubiera estado sola, me vuelve á dar otra tanda de bofetadas. ¿Eso mas? me decia; ¿eso mas, grandísima puerca? ¿tambien eres habladora y deslenguada? ¿no te basta ser una cuzca disoluta, sino que quieres echar la culpa de tus liviandades y picardías á un hombre tan virtuoso y tan honrado? ¿qué dieras, grandísima perra, por parecerte á la suela de un zapato viejo del señor D. Ciriaco? Pero an-

da, hija vil y deshonestá, que no me has de volver á poner á otra vergüenza. Has de acabar tus dias en San Lucas (1) ó en la Casa de Pobres.

Consideren ustedes cómo me quedaria yo en este lance, viéndome golpeada y aborrecida de mi madre y al mismo tiempo con mi honor en opiniones entre las criadas, pues mi madre en lo mas vivo de su cólera se produjo indiscretamente con peores espresiones que las que he dicho.

Yo temia que cumpliera su palabra, porque era muy resuelta, y que de la noche á la mañana me pusiera en unas recogidas; pero yo no sentia tanto tan injusto castigo, cuanto que se quedara riendo el maldito viejo.

¿Y se quedó? preguntó Camila. ¿Cuando se habia de quedar! dijo la chata. Yo me vengué de un modo muy bonito, y fué este. Andaba en solicitud mia el que ahora es mi marido, á quien yo, la verdad, no queria mucho; pero ¡lo que es el deseo de una venganza! No tenia otro hombre de quien valerme para conseguirla, y así me decidí á casarme con él, con tal de que me vengara pronto.

Apenas mi madre se descuidó tantito conmigo, cuando le mandé razon de cuanto habia pasado, asegurándole ser suya si tomaba una satisfaccion por

(1) Casa de correccion de mugeres.

mi, y se daba traza de que mi honor quedase en su lugar; pero que todo habia de ser muy breve.

No se lo dijo la criada á ningun sordo, porque en la misma noche quedó hecha toda la diligencia á mi satisfaccion. Mi novio solicitó un amigo de su confianza, y entre los dos sorprendieron al viejo en la calle de los Mesones, lo metieron en un coche que para el efecto previnieron, y se lo llevaron al Egido. En aquel campo desierto lo sacaron, lo amarraron á una de las ruedas del mismo coche, le quitaron los calzones, y con la cuarta del cochero le dieron una vuelta tan desaforada, que por poco lo matan. A lo menos mas de veinte dias estuvo en cama.

No paró en esto. Luego que se acabó el cruel *miserere*, lo subieron al coche, encendieron un cerillo, sacó mi novio un pedazo de papel y un tintero, y poniéndole una pistola á los pechos, le juró matarlo allí mismo si no ponía una carta á mi madre restituyéndome mi crédito, contando el pasage como fué, y pidiendo perdón de la calumnia que me habia levantado.

El triste viejo que se vió entre aquellos sayones, que tales le parecieron, sin el menor recurso y bien azotado; creyó de buena fé que cumplirian su palabra si no obedecia en el instante, y así, quiso que no quiso, puso el papel como se lo dictaron, y lo firmó como era regular.

Hecha esta diligencia, le intimaron que cuidado como volvía ni á pasar por mi calle, porque lo habiau de hacer tasajos. El infeliz viejo juró y rejuró que ni se volvería á acordar de mí. Con esto lo llevaron hasta cerca de su casa, adonde el pobre llegaría casi arrastrándose. Ya yo no volví á saber de él.

Pues niña, ¿qué no volví á tu casa cuando sanó? dijo Eufrosina, porque era regular que él se quisiera vengar de tu venganza. Pues ya no le quedaron esas ganas, decia la chata. Lo cierto es que al otro dia cuando mi madre me dijo que me vistiera para llevarme ante el corregidor, ya tenia yo la carta en mi mano, y con esta satisfaccion le dije: Mamá, voy á vestirme, pero no para ir á ver á ese señor, sino para que nos vayamos á misa como siempre. Irá usted á donde yo la llevare, me dijo mi madre muy enojada. Pero yo le dije muy humilde: Si señora; mas antes será bueno que lea usted esa carta que le envia el Sr. D. Giraico, á quien no sé cómo pagarle los favores que le debo.

Mi madre me echó una mirada muy seria: tomó el papel y se puso los anteojos. Hemos de estar en que su merced conocia muy bien la letra y firma del viejo, como que habia sido su apoderado en cierto negocio; mas con todo eso le cogió tan de sorpresa este papel, que lo leyó mas de cuatro veces, no que-

riendo creer á sus ojos. Sacó otras firmas de él, las confrontó, y asegurándose en que la última era de la misma mano, no pudo menos que llenarse de gusto y de ternura al ver que yo no era como habia dicho D. Ciriano; y echándose sus brazos, comenzó á pedirme perdon, y las dos á llorar á un mismo tiempo.

Así que nos serenamos, me preguntó ¿cómo habia llegado aquel papel á mi poder? y entonces yo le referí sencillamente lo que habia pasado, quién lo habia hecho, por qué interes, y la palabra que yo tenia empeñada, y que cumpliria con su licencia.

Mi madre me prometió que como el sugeto fuera igual á mí no habria embarazo: ya porque con aquella accion habia manifestado que me amaba; y ya porque ella no queria verme espuesta á semejantes lances; pero mientras (me decia su merced) tendré yo muy buen cuidado de no dejarte sola ni con un anacoreta del desierto, que al fin será hombre, y no hay que fiar de nadie en esta materia mientras vivamos en el mundo. ¿Quién habia de pensar que D. Ciriano era un hipócrita? ¡Ah! que bien dicen, que entre santa y santo pared de cal y canto. En fin, mi madre quedó satisfecha, yo contenta, y mi novio mas porque ya me comenzó á visitar, confrontó con mi madre, se trató de nuestro casamiento, y se verificó muy pronto y muy á gusto.

Bastante es el que nos has dado con la graciosa aventura de tu viejo, dijo Eufrosina, y me acuerdo que la contaste para hacernos ver que cuando declaman contra las modas, contra los bailes y contra las mugeres compuestas, no es por virtud, sino de corage de que ellos ya no pueden gozar de estas cosas. ¡Ya se vé, que tú no dirás esto tan en general!

No, ni lo permita Dios, decia la chata: ¿cómo habia yo de ser tan temeraria! Uno es uno, y otro es otro. Una cosa es la chanza, y otra son las veras. ¿Cómo hemos de dejar de conocer y confesar que hay muchos viejos muy honrados, y verdaderamente virtuosos, (así como hay jóvenes lo mismo) que hablan contra los vicios ó por obligacion, como los padres de familia y los predicadores, ó por caridad y en clase de consejo como ahora el señor cura y tu cuñado? De todo hay, y yo solo hablo de los viejos verdes, hipócritas y merquinos que quieren hacer de la necesidad virtud, pues con los buenos no me meto ni que ero oírlos, porque no me acomoda que me asusten. Yo conozco que dicen bien; pero soy muchacha, y me gustan la moda, los bailes, el coliseo, los toros, la Orilla, la Alameda, y todo cuanto hay, y tengo dinero y no me he de enterrar en vida, sino que he de pasear, y me he de divertir bien y á mi gusto, que para eso me casé, y no me quiso meter á capuchina.

Bien hayas tú, niña, decía Eufrosina; bien hayas tú que eres de mi modo de pensar. Nos divertiremos ahora que somos muchachas y tenemos con qué, mañana seremos viejas y tal vez pobres, y no habrá ni quien nos de la mano si nos caemos. Así se lo suelo decir á mi cañado; pero no es menester mas para que comience á predicar.

Luego me dice: Sí, todo se puede hacer, pero con órden, sin escándalo, sin profanidad, sin desperdicio; porque ese dinero que se gasta tan superfluamente en modas y bureos, al fin hace falta á la familia. Llegará tiempo en que muchos hijos desearán para carnero lo que sus padres han tirado en toros.... De que mi hermano se suelta por este tono, no hay quien lo pueda sufrir, y yo lo que hago es dejarlo y no hacerle caso.

Y eso es lo que debemos hacer, decía la chata, porque los hombres son fatales y amigos siempre de llevar la suya adelante, y así lo mejor es no hacerles caso.

Mi marido es un Juan Lanas que no me mortifica demasiado; sin embargo, por no dejar de tener alguna falta, ha dado en que sus hijos han de ser muy bien criados, y sobre esto cada rato hay en casa campaña, porque él quiere criarlos de un modo y yo de otro.

Yo dejo que los muchachos corran, griten trave-

seen, que coman cuanto hay y á las horas que quieran; y él siempre anda riendo porque ya uno se rompió la cabeza, porque el otro está empachado, porque aquel es soberbio, porque este es vengativo; y así por todo.

Yo luego le digo: déjalos, hombre, que hagan lo que quieran; están en su edad, y es fuerza dar tiempo al tiempo; no pueden ellos comenzar por donde nosotros acabamos, son muchachos etc, pero nada me vale: al señor no le entran puntas. Mira tú, que si alguna cosa me desespera, es oír llorar á un muchacho. ¡Carabal que por no verlos abrir el *huacal*, ear yo capaz de darles mi camisa. Y por esto me sucedió el otro día una mano bien pesada.

No sé cómo diantres vió Luicillo la repetición de su padre, que se olvidó sobre la mesa. Inmediatamente comenzó á llorar por el tintín: á los principios se lo escondi; pero tanto lloró y tanto me molió, que por fin se lo dí, creyendo que no le habia de hacer nada; pero no fué así, porque en un descuido se le cayó de la manita, y se le hizo pedazos.

Consideren ustedes qué habria en casa luego que vino el señor y supo la avería de su relox, que estimaba sobre las niñas de sus ojos; y tenia razon, porque en efecto era bueno, da música y con mil curiosidades. Un veneno se volvió el hombre contra mí. Esa es mucha indolencia, me decía, y mucho consen-

timiento. Así salen los muchachos lisenciosos, soberbios y malcriados, enseñándose á salirse con cuanto quieren, sea justo ó injusto. ¿Qué respeto te han de tener tus hijos cuando crezcan, si desde muchachos los enseñas á que tú has de hacer lo que ellos quieran y no lo que tú les mandas? Ahora dices que son chiquitos y no saben lo que hacen; pero lo cierto es, que los muchachos saben mas de lo que tú piensas. Conocen muy bien que con llorar han de conseguir lo que quieren: están acostumbrados á que por no oírlos les den gusto. y por eso lloran y mas lloran hasta que lo consiguen.

Semejante modo de consentir y malcriar á los muchachos, mas que amor es tiranía, pues así se hacen soberbios, orgullosos, descontentos, ambiciosos y poco sufridos, con cuyas bellas cualidades no es mucho que sean infelices mientras viven.

La semilla de los hombres pícaros y de las mugeres sin honor, no son sino los muchachos y muchachas malcriados. Consiente á Luis como hasta aquí que él te dará el pago cuando crezca. Si ahora me rompió el reloj, de grande te romperá la cabeza. Aun no tiene malicia, y ya tiene caprichos. Ya te acuerdas del mal rato que te dió el otro día por los imposibles. Conque sigue, sigue malcriándolo, que tú lo llorarás.

Tal fué el sermón que me echó mi buen marido,

que los acha largos como el cuñado de Eufrosina, y me fué preciso agnántarselo hasta la bendición, porque estaba el hombre muy enojado por su reloj.

Y se enojó con justicia á mi entender, dijo Camila. ¿Qué fué eso de los imposibles?—Cosas de los muchachos, contestó la chata. Mira tú que el otro día empezó Luis á llorar porque queria jugar con mi hilo de perlas; y tanto me molió, que se lo di, y al dárselo le dije: toma, que un dia eres tú capaz de querer imposibles. ¿Quién se volvió á acordar de semejante espresion? Pues cádate ahí, que cuando menos pensé comenzó á llorar otra vez con mas fuerza, y á pedir los tales imposibles. Le dabamos dulces, bizcochos, fruta y cuantas golosinas habia en casa ó pasaban por la calle; pero no habia modo de callarlo, porque como todo lo conoce, no se la podian pegar. Este es dulce, decia, estas son rosquitas, estas son peras; yo quiero imposibles, yo quiero imposibles, denme imposibles. Ya me desesperaba yo, no sabiendo cómo contentar ó qué darle al maldito muchacho para que se callara, hasta que la costurera advirtió darle una cosa que no hubiera comido y en el aire nos acordamos de esos frijoles gordos que llaman *ayocotes*, los que él no habia visto en su vida.

Al instante fué una criada á buscarlos á los bodegones, y no paró hasta que los encontró y los trajo. Los peló en el momento, y se los dimos secos, y con

sal. Como él no los conocia, y le ponderamos que habia costado mucho trabajo hallarlos, creyó que así era, y pasaron los frijoles por imposibles. Todos los días se acuerda su padre de este chiste, y me da con esto en la cara.

En verdad que estuvo bien gracioso, y tú te verias hartó apurada, dijo Eufrosina. Continuaron aquellas señoras hablando de sus maridos y de sus hijos largamente, hasta que tocaron en el punto de las modas, y comenzaron á disputar sobre cómo seria mejor un túnico de iglesia, si morado ó negro, si con mangotes de punto ó con guantes; y así sobre otras cosas de estas, que no me divertian ni una migaja.

Entonces me levanté con disimulo y me fué á mi vivienda, donde se continuó por el coronel la última conversacion de la chata, pero con el juicio y solidez que acostumbraba.

CAPITULO XI.

Que trata de la primera educacion de los niños, y de otras cosas que no disgustarán al lector.

Como me dilaté en la vivienda de Eufrosina, me extrañó el coronel y preguntó el motivo. Le contesté que habia estado divertido oyendo platicar á la señora Doña Eufrosina con sus visitas. Esto escitó su

curiosidad, y quiso saber las materias que se trataron en la conversacion, y yo lo satisfice contándole lo que no le podia agraviar, como fué lo de los imposibles de Luisillo.

Reian grandemente los señores con este cuento especialmente Matilde, que apenas lo queria creer, hasta que su marido le dijo: No te haga fuerza, hija mia, la tal impertinencia de ese niño, porque todos los consentidos son lo mismo. El Abate Blanchard trae otro caso igual. Tenia una señora un niño de estos enseñado á que le habian de dar cuanto queria. Los criados estaban impuestos á obedecer su gusto, porqué el niño no habia de llorar sin que se complaciese. Engreido con esta costumbre, un dia comenzó á llorar y mas llorar, con tal tenacidad, que lo oyó su madre, y llena de cólera reconvinó al criado que le cuidaba, diciéndole que ¿por qué no le daba al niño lo que queria? El criado respondió: Señora, es imposible que yo le dé lo que quiere, pues me pide que le baje la luna y la ponga en un vaso de agua. Bien puede, pues, estar llorando hasta el fin del mundo, que yo no le bajaré la luna. La señora quedó convencida de la impertinencia de su hijo; pero el autor no dice si quedó corregida.

Ninguna cosa contribuye tanto á corromper las costumbres de los niños y hacerlos orgullosos y malcriados, como la indiscreta condescendencia de las

sal. Como él no los conocia, y le ponderamos que habia costado mucho trabajo hallarlos, creyó que así era, y pasaron los frijoles por imposibles. Todos los días se acuerda su padre de este chiste, y me da con esto en la cara.

En verdad que estuvo bien gracioso, y tú te verias hartó apurada, dijo Eufrosina. Continuaron aquellas señoras hablando de sus maridos y de sus hijos largamente, hasta que tocaron en el punto de las modas, y comenzaron á disputar sobre cómo seria mejor un túnico de iglesia, si morado ó negro, si con mangotes de punto ó con guantes; y así sobre otras cosas de estas, que no me divertian ni una migaja.

Entonces me levanté con disimulo y me fué á mi vivienda, donde se continuó por el coronel la última conversacion de la chata, pero con el juicio y solidez que acostumbraba.

CAPITULO XI.

Que trata de la primera educacion de los niños, y de otras cosas que no disgustarán al lector.

Como me dilaté en la vivienda de Eufrosina, me extrañó el coronel y preguntó el motivo. Le contesté que habia estado divertido oyendo platicar á la señora Doña Eufrosina con sus visitas. Esto escitó su

curiosidad, y quiso saber las materias que se trataron en la conversacion, y yo lo satisfice contándole lo que no le podia agraviar, como fué lo de los imposibles de Luisillo.

Reian grandemente los señores con este cuento especialmente Matilde, que apenas lo queria creer, hasta que su marido le dijo: No te haga fuerza, hija mia, la tal impertinencia de ese niño, porque todos los consentidos son lo mismo. El Abate Blanchard trae otro caso igual. Tenia una señora un niño de estos enseñado á que le habian de dar cuanto queria. Los criados estaban impuestos á obedecer su gusto, porqué el niño no habia de llorar sin que se complaciese. Engreido con esta costumbre, un dia comenzó á llorar y mas llorar, con tal tenacidad, que lo oyó su madre, y llena de cólera reconvinó al criado que le cuidaba, diciéndole que ¿por qué no le daba al niño lo que queria? El criado respondió: Señora, es imposible que yo le dé lo que quiere, pues me pide que le baje la luna y la ponga en un vaso de agua. Bien puede, pues, estar llorando hasta el fin del mundo, que yo no le bajaré la luna. La señora quedó convencida de la impertinencia de su hijo; pero el autor no dice si quedó corregida.

Ninguna cosa contribuye tanto á corromper las costumbres de los niños y hacerlos orgullosos y malcriados, como la indiscreta condescendencia de las

madres. Conducidas por un amor excesivo y por un imprudente cariño, contemporizan con ellos en cuanto quieren. Por tal que el niño no lllore, le dan todo lo que apetece, en el momento que insinúa su voluntad con las lágrimas. De aquí nace que se crían indóciles, orgullosos é impertinentes: pierden el respeto á sus padres y el amor á un mismo tiempo, y enseñados á hacerse obedecer con su llanto, no agradecen los mismos agasajos, creyendo que se les deben de justicia.

Como estamos convencidos, dice Blanchard, de que los llantos de un hijo bien ó mal comprendidos, y bien ó mal dirigidos por la ternura de las madres, hacen casi todo el arte de la primera educación, añadiremos algunas reflexiones juiciosas que hace á este asunto Mr. Rousseau en su *Emilio*, en donde entre tan gran número de errores perniciosos, se hallan verdades útiles. "Los primeros llantos de los niños, dice, son ruegos: si no se cuida de ellos, en breve llegan á ser órdenes; comienzan por hacerse asistir, y acaban haciéndose obedecer....."

"Los largos llantos de un niño que no está atado ni enfermo, y á quien no le falta nada, no son sino llantos de hábito y obstinacion: no son obra de la naturaleza, sino de la que los cria, que por no saber tolerar la importunidad, la multiplica sin advertir que haciendo callar hoy al niño, lo escita á llorar

mañana mucho mas. El único medio de curar ó precaver esta costumbre, es no hacer aprecio de sus llantos, pues nadie quiere tomarse un trabajo inútil, ni aun los niños. Lloran, porque conocen que llorando consiguen lo que quieren; pero si se tiene tanta constancia para negarles como ellos porfia para pedir, fácilmente ceden, se disgustan de sus llantos, y no vuelven á llorar mas. De este modo se les ahorran las lágrimas, y se les acostumbra á no derramarlas, sino cuando el dolor les fuerza á ello...."

"No necesitan los niños para llorar todo un día, sino percibir que no se quiere que lloren. Lo peor es que la obstinacion que contraen, sigue por consecuencia en su mayor edad. La misma causa que los hace llorones á los tres años, los hace sediciosos á los doce, discolos á los veinte, imperiosos á los treinta, é insoportables toda su vida."

Luego que un niño manifiesta las primeras señales de conocimiento (continúa el Abate citado) es necesario precaver en él toda obstinacion é indocilidad. La porfia es el defecto de la mayor parte de los niños; pero se puede decir que lo deben casi siempre á la primera educación, pues se condesciende á todas sus fantasías. Lo que se ha negado á sus ruegos, se concede á su importunidad, á sus llantos y á sus violencias; y aun los dejan vengarse y dar golpes. "Yo he visto, dice el autor del *Emilio*, ayas

y madres imprudentes animar la porfía de un niño escitarlo á pegar, dejarse pegar eilas mismas, y reir de sus debles golpes, sin pensar que eran otros tantos homicidios en la intencion del niño furioso, y que aquel que quiere pegar siendo chico, querrá matar siendo grande."

Estas son, querida Matilde, unas verdades tan evidentes, que no necesitaríamos que nos las recordaran los autores, si atendiéramos con reflexion á la experiencia. No son los niños mas consentidos los menos llorones, lo contrario, son los mas impertinentes y enfadosos.

Yo convengo en que es muy tierno y natural el amor á nuestros hijos, que causa pena el verlos afligidos y llorando, y soy de parecer que se les debe dar gusto en cunnto sea inocente y razonable; pero no generalmente en todo, solo porque no lloren y por escusarles un ligero sentimiento. Aquí está todo el daño de la imprudencia. Es lo mismo que querer curar un mal pequeño con un grave.

No es menestar mucha penetracion para conocer los funestos resultados que trae á los hijos y á los padres la ciega condescendencia de estos, ni es tan difícil el poderla reprimir en los principios. Mientras los padres ó las madres amen á sus hijos como deben, les será fácil el desentenderse de sus

llantos cuando convenga, para hacerlos sumisos y obedientes.

Si un niño llorara por coger con su manita un alacran, seguro está que la madre mas indolente se lo diera aunque llorara hasta no mas. ¿Y por qué? Porque conoceria que aquella sabandija era venenosa, y que podia picarlo y acarrearle la muerte, ó un gravísimo daño á su salud. ¿Pues por qué no tiene igual cuidado en no permitirles que logren sus caprichos, como que son siempre nocivos y bastantes á envenenarles el espíritu, y acarrearles unas enfermedades morales que no podrán curar en toda su vida?

Por dasgracia, ordinariamente los niños no se ven rodeados sino de un enjambre de mugeres ignorantes, que con muy buena intencion conspiran á hacerlos malcriados é insufribles. Las madres, las nodrizas ó *chichiguas*, las ayas ó *pilmamas*, las maestras, las parientas, las amigas y hasta las criadas de las casas, ¿qué hacen sino pervertir el espíritu del niño desde los principios, fomentar sus caprichos, inspirarle errores; apoyar sus falsas ideas, defender sus extravagancias y adular sus inclinaciones á diestro y á siniestro?

La ira, la envidia, la venganza, la falsedad, el disimulo y otros defectos como estos, no se notaran tan temprano en las criaturas, si los que están en-

cargados de su educacion y asistencia fueran como debian ser, gentes de probidad é instruccion, que sofocaran las malas semillas del vicio en sus principios, (1) pero sucede lo contrario. Quiere el niño alguna golosina, sea la que fuere, á cualquiera hora, y aunque se conozca que le ha de hacer daño y que no tiene hambre, porque acaba de comer, se la dan porque no lllore, y así lo enseñan á goloso: ve un juguete en poder de otro niño, lo pide y llora por él, hasta que no se lo dan, y así le fomentan la envidia; se tropieza con el perro, se cae y llora, y al momento cogen al perro y se lo presentan para que lo golpee, y así le inspiran la venganza: llora otras veces por lo que se le antoja, y para callarlo le dicen: "no, mi alma, no llores: los niños lindos como tú, no lloran: ¿qué se queda para esos muchachos feos como el hijo de la cocinera?" y este es un modo muy propio de inspirarles soberbia y vanidad, haciéndoles formar un alto concepto de sí mismos, y enseñándoles á aba-

(1) *Todos los hombres nacemos con pasiones, y estas son las semillas del vicio por la prevaricacion del primer padre; pero on el auxilio de la razon, estas mismas pasiones pueden ser semillas de virtudes. El enseñar á los niños á sujetar sus pasiones á la razon, sería el gran arte de acostumarlos á sofocar la mala semilla del vicio en sus principios.*

tir y despreciar al infeliz. Si con esta y otras diligencias semejantes, aun ne se calla, le hacen un ruido extraño, ó le señalan un cuarto oscuro, diciéndole que por allí ha de salir el viejo, el coco ó la bruja, que se lo ha de comer; y con tan terrible amenaza se logra que no lllore; pero de paso se hace pusilánime, y se dispone su fantasía para admitir en la mayor edad las mas crasas supersticiones. Si quiebra un vaso ó hace otra travesura y lo regañan, no falta quien lo defienda, diciendo que no fué el niño sino el gato, y así aprende á mentir y á disculparse á toda costa.

Pero ¿para qué he de insistir en probar con ejemplares una verdad que se nos entra por los ojos? Ello es cierto que hay personas que si estudiaran por principios el arte de malear á los muchachos, no lo habian de hacer con tanta gracia como lo hacen sin ningunos estudios, sino por una mera aficion al niño.

Lo peor es, que mil veces los hijos se educan mal contra las sanas intenciones de sus padres; ya porque no pueden encargarse de observarlos todo el dia, ó porque las madres son abandonadas y opuestas á su modo de pensar; y entonces tienen los padres que ceder conociendo el perjuicio, por no cho-carse, y acaso perder la paz del matrimonio. ¡Felices los casados enyas voluntades van acordes en un

asunto de tanta gravedad; pero mas felices los hijos á quienes cupo en suerse tener tales padres!

Así hablaba el coronel, cuando interrumpió su conversacion una visita. Esta fué la madre de la niña Gertrudis ó Tullitas, como le decian, aquella ahijada del coronel á quien confió el cuidado de Pudenciana siendo muy tierna. Tenia ya Tullitas como diez y seis ó diez ó siete años, y era no solo bonita, sino muy hacendosa, humilde y grangeadora. Su madre..... (parece que la estoy mirando) era una señora como de cincuenta años, blanca, entrecana, de ojos azules, de una nariz muy afilada de un cuerpo muy bien proporcionado, y aunque con muchas arrugas y pocos dientes, se conocía que no sería despreciable en sus quince.

Su traje era un túnico azul de indiana con holancito blanco, un rebozo de Sultepec y un pañuelo con que se abrigaba la cabeza. Luego que entró y pasaron las acostumbradas salutations, se sentó, y dirigiendo la palabra al coronel, le dijo: ¿Qué habrá usted dicho, compadrito, que cuánto ha que no parezco por acá? Pero ya ve usted los trabajos de una pobre muger sola, que le aseguro á usted que no tengo lugar ni de rascarme la cabeza. Todo el día se me va en hacer la diligencia; y con todo ¡sabe Dios los trabajos que he pasado! pero ya su Magestad ha querido abrimme camino, y eso es á lo que vengo

noticiarle á usted y á mi comadrita, que sé que se han de alegrar de mi bien.

Es verdad que sí, dijo el coronel; no sabe usted cuánto me agrada esa noticia. Segun mis cortas facultades, siempre he procurado contribuir á sus alivios, lo que manifiesta que me ha debido bastante estimacion. Pero cuénteme usted despacio esa su buena fortuna, á ver si puede participar de ella nuestra Tullitas.

¡Ay! y cómo que sí, ha de participar la pobre muchacha! decia la madre. Pues vea usted compadrito, que un señor que se llama D. Gervasio, es muy caritativo, (Dios se lo pague) ha dado en visitarme de pocos dias á esta parte, y como me ha visto tan sola en mi cuartito y tan pobre, me ha tenido lástima, y me ha preguntado que si no tengo nada seguro, que de qué me mantengo, y otras cosas: y cuando le he dicho que no tengo sino tí en el costura y la caridad que usted me suele hacer, se ha compadecido mucho de mí; pero desde el otro día que le dije que tenia una niña acá, se compadeció mucho, y me dijo: ¡Válgame Dios! qué lástimas, qué miserias se ven en este México! ¡Estar una madre separada de su hija, y una pobre niña arrimada en casa ajena y fuera del abrigo de su madre! ¡Jesus, qué cosas! Pero usted señora, me decía, ¿por qué tiene á esta niña lejos de su lado? ¿No sabe usted que al ojo del amo engorda

el caballo, y al lado de la madre se hacen felices las hijas? Vaya, que usted no debe de querer á esa pobre criatura.

¡Si la quiero, señor! le decía yo: de fuerza la he de querer si es mi hija, y no nació de las yerbas: ¡sabe Dios lo que lloro cuando me acuerdo de ella, sin embargo de que está como en su casa! Entonces me preguntó que dónde estaba y cómo se llamaba. Le dije que acá con su padrino, que ella se llamaba Tulitas, y le di sus señas. El señor se alegró mucho al oírme, y me dijo que ya la conocía que era de mucho mérito, y era una lástima que careciera de su madre: que si la única causa de esta separacion era la pobreza, que no tuviera yo cuidado, pues él era rico y solo, y no tenía en qué gastar su dinero sino en hacer obras de caridad: que sacara yo á mi niña para que me acompañara: que contara todos los dias con dos pesos diarios: que buscara una casita de diez á doce pesos y una moza para que nos sirviera. Por lo que hace á la ropa, que él tendrá buen cuidado de que no nos falta nada. Y para que yo no pensara que estos eran ofrecimientos de boca, me dejó dos onzas de oro encargándome que buscara la casa, y que en cuanto la hallara, le avisara para que se compraran los trastos que me hicieran falta.

Ya ve usted, compadre, que de estas fortunas no se hallan todos los dias, y quizá Dios ha tocado el

corazon á este caballero para que nos remedie: y así vengo á darle á usted los agradecimientos por el tiempo que ha tenido á Tulitas en su casa, y á llevármela para que me acompañe, porque ya tengo yo tomada la casa, y está en ella la moza, que el mismo señor me la buscó. Tiene mil gracias: ayer me llevó dos camas muy buenas y un baulito con dos piezas de bretaña, diez varas de indianilla fina, cuatro pares de medias, dos tápalos, uno de seda y otro de trafalgar, y otras muchas cositas que solo me enseñó, y cerró y se llevó la llave: porque dice que hasta que Tulitas no esté en casa me la dará, y le regalará á ella una cajita de alhajas que era de su muger y no tiene á quien dársela; y así, compadre, yo vengo por Tulitas, porque esta ocasion no es de perder.

Oyó el coronel todo el razonamiento de la vieja; y luego que acabó le dijo: En verdad, comadre, que ese caballero es demasiado bueno. ¿Conque conoce á Tulitas, la ha visto en el balcon, y dice que tiene mucho mérito, y despues de esto quiere hacerle á usted bien y buena obra? ¡Válgate Dios por caridades! Si usted fuera sola, ó si la hija que tiene fuera fea, yo le apostara mis orejas á que no encontraba un caritativo semejante; pero es cosa muy comun favorecer á las bonitas con exceso, cuando las feas no hallan ni quien les dé los buenos dias.

No sea usted cándida, comadre; esa no es caridad;

es un anzuelo, una red que se tiende para que caiga el inocente pez. ¡Quién sabe si yo juzgaré con temeridad! No conozco al tal señor: acaso será un hombre muy virtuoso, y su corazón estará limpio de malicia. Dígale usted que les haga la caridad que quiera á las dos, pero á usted en su casa y á la muchacha en un convento, y en haciéndolo así, jure usted que es un hombre de bien y que hace perfectas caridades.

Ya se lo he dicho así, compadre; mas á eso me dice que él no es tonto para tirar su dinero en esas cosas: que los conventos y colegios no sirven sino para criar flojas y holgazanas, pues no se entran en ellos las muchachas sino por necesidad y por moda, para que les digan niñas de convento: que allí lo que aprenden son muchas monerías y ridiculeces, que salen mas hipócritas que cristianas, pues acompañándose con muchas viejas supersticiosas, sirvientas necias y niñas forzadas, ó que están allí á fuerza, y que tienen bastante malicia para enseñar sus malas mañas, las aprenden fácilmente sus amigas, y pierden en los conventos la sencillez que conservan en sus casas al lado de sus madres: y por último, dice el señor que es bobería meter en colegio ó convento á una niña que no tenga vocacion de ser monja, sino que piensa en casarse, pues en una clausura con dificultad se proporcionan novios, y que supuesto que mi hija no ha de ser monja, porque ó no tiene vocacion,

ó no tiene dote, que mejor es que se quede en la calle conmigo, pues así se consigne que me asista y acompañe, y que tal vez mañana ó otro día se case con ventaja, lo que no sucederá si la metemos en convento, porque santo que no es visto, no es adorado.

Todo esto me dice el señor, y ya ve usted, compadre, que dice muy bien, porque yo he visto mucho de lo que me ha dicho, y tengo muchísima experiencia, como que de muchacha estuve yo en convento, y allí supe muchas cosas, y aprendí mil tonteras y malas mañas; porque lo que era bueno y licito, lo tenía por pecado, y escrupulizaba de ello, y así se enfadaba el confesor conmigo cuando le decía: "¡adósme padre que dije delante de los hombres en reja, que me dolían las piernas, que tenía un tumor en una nalga, ó una roncha en el ombligo" que son partes del cuerpo que yo llamaba con unos nombres que aun en los fandangos hacen reír. Mi confesor, como dije, se incomodaba de esto, y me regañaba muy seguido. Me acuerdo que un día, vispera por cierto de la Ascension, me dijo: Ya le he dicho, ... Porque mi confesor era muy santo y muy serio. A nadie hablaba de tú ni platicaba, sino por mucha fuerza, fuera del confesonario, ni recibía ningún regalito de sus hijas, ni quería á unas mas que á otras, ni admitía papelitos ni escribía ningunos, ni servía

de empeño, ni hablaba en el confesonario sino de asuntos de conciencia, ni aprobaba virtudes, ni creía revelaciones, éstasis ni arrobamientos, (1) ni..... Déjese usted de tantos nis, comadre, decía el coronel, que yo no quiero saber la vida de su confesor, aunque por lo que me ha dicho conozco que era un buen ministro de Dios; pero eso no viene al caso. Diga usted qué fué lo que dijo la vispera de la Ascension, y acabe su cuento antes que se me olvide lo que yo le he de contestar.

Pues, compadre, decía la vieja, lo que me dijo mi padrecito..... ni así quería que le dijéramos sus hijas, sino mi confesor ó mi director. Vea usted qué tal era de serio, pero en fin, me dijo: que era menester un diccionario particular para confesar á las necias de conventos, ó una singular inteligencia para comprender sus fraudes y gazmoñerías. Ya le he dicho que se confiese en castellano y no en esa gerigonza que no entiendo, sino á costa de mil preguntas. También le he dicho que se confiese sin rodeos, y sin buscar frases con que ocultar ó disimu-

(1) La vieja no supo explicarse. Quiso decir que el padre no creía las visiones del sueño, histérico, vanidad é hipocresía con que quieren engañar al confesor, pero si creer los efectos verdaderos y singulares de la gracia divina

lar sus faltas, porque este modo de confesarse es efecto de una muy refinada soberbia y tontería, pues cree que Dios, cuyo lugar ocupó, se engañará con el artificio con que trata de disminuir su culpa y le perdonará mas fácilmente, ó á lo menos me quiere engañar para estar bien conceptuada conmigo, lo que es una simpleza, pues el concepto que yo debo formar y el que debe querer que forme, es el que convenga á su salud espiritual, y no á fomentar su vanidad ni su ignorancia.

¿Qué le importa engañar al confesor, ni que este la tenga por una santa, si el que registra los rincones del corazon sabe que no es virtuosa, como aparenta, sino una soberbia que viene á la sagrada piscina de la penitencia, no á purificarse de sus culpas con corazon contrito y humillado, sino á revolcarse en su mismo cieno, y á salir del baño saludable mas manchada de lo que entró?

Le he dicho que la verdadera virtud no está reñida con la sinceridad: que los escrúpulos son perjudicialísimos para adelantar en el camino de la perfeccion: que hay escrúpulos de almas timoratas, y escrúpulos de hipócritas, como los suyos. Se viene á confesar de que le dió un palo al gato de su nana, (1) y no se confiesa de que se lo dió por vengarse de

(1) Así llaman las niñas á las monjas á cuya carga están.

ella, ni de que se quiso vengar, porque la regañó por haberla desobedecido yéndose al patio á platicar con esa moza que le ha enseñado tantas cosas que nunca debía saber, y porque le ha evitado esa compañía que ha sido tan perjudicial á su conciencia.

¡Cuánto trabajo me ha costado sacaros todas estas cosas, y haceros confesar las culpas mortales que os queriais ocultar ó con malicia ó con ignorancia culpable! pues seguramente no queriais confesar otra cosa sino que le disteis un palo al gato, lo cual no puede ser culpa grave. ¡Ya verá usted qué tal sería mi confesor!

Era muy bueno, dijo el coronel; pero no sé si me admirarías de la candidez de usted en confesar sus pecados, ó de la memoria que conserva de la reprobación de su director, pues la sabe como una relación; porque ese estilo se echa de ver que no es el de usted sino el de su confesor.

Pero, después de todo, es necesario que usted advierta que ese señor no dice bien en todo lo que ha dicho. Es verdad que en los conventos ó colegios de mugeres hay defectos que sería de desear se corrigiesen. ¿Mas en qué parte no los hay en esta vida mortal y miserable? Es también verdad que algunas se entran en los conventos, ó por deseo ó por antojo, ó por necesidad, ó por fuerza, y no son estas seguramente las que cumplen mejor con sus obligacio-

nes; pero no es menos cierto que tales casas no se fundaron para ser hospicios de disipadas, frívolas, ni holgazanas, sino para ser los planteles de la virtud, y los asilos de la inocencia, como efectivamente lo son. Los confesonarios son crisoles donde esta se prueba, y los púlpitos teatros en que se publica y se panegiriza cada día. Y si no hubiera sido por los conventos, colegios y casas de enseñanza y clausura, establecidas para defender la virtud y honestidad de muchas, ¿cuántas á esta hora hubieran sido tristes víctimas sacrificadas á su indigencia y al libertinaje de una tropa de infames seductores?

La utilidad de semejantes piadosas fundaciones es innegable, por mas que en ellas entren algunas personas discolas, y no falten defectos que sería muy del caso corregir.

Llamo defectos á muchas preocupaciones que no dejarán de parecer ridiculas á los sensatos, por mas que sus patronos las quieran vestir con el traje de la virtud.

Una de ellas es que las niñas que entren en este ó en aquel convento ó colegio, no usen túnico ni tápalo, ni el pelo abierto y caído sobre la frente, como lo usan todas las jóvenes decentes en sus casas, por mas honestas y virtuosas que sean; y aquí tenemos una preocupación no solo estravagante, sino que puede ser perjudicial en algun caso.

Nada difícil es probar lo ridículo de esta prohibición, si se advierte que el túnico y el pelo colocado sobre el casco ó sobre la frente es ya en el día un uso muy común, y tan honesto en sí, que las señoras timoratas lo llevan sin el menor escrúpulo, y con razón; porque el túnico y la basquiña, el tápalo ó el paño de rebozo no harán ni á una sola muger virtuosa ó prostituida; y aquí se verifica que el hábito no hace al monge.

Ahora se debia advertir por las enemigas de los túnicos y trages del siglo, que no todas las niñas que entran en los conventos llevan designios de quedarse en ellos, ya por falta de vocación, ó ya de dote. Muchas entran por aprender las labores, costuras y curiosidades que aprenden las mugeres hacendosas muchas por necesidad, muchas por antojo y algunas por fuerza. Todas estas van con la intencion de salirse luego que aprenden lo que quieren, ó cuando mude su suerte, ó cuando ya no quieran estar, ó no quieran que estén los que las mandan.

¿No es cosa bien estraña que se les prohiba á todas estas su propio traje? Y por último, si el túnico, si el tápalo, si el pelo así ó asado, son escandalosos en los conventos, si se han de ver como retraentes de la virtud, ¿por qué en muchos se permite? ¿Diremos que en esto son las preladas mas laxas, ó menos preocupadas?

las nanas (1) tienen con esta niña mas que con aquella: las amistades intimas de unas niñas con otras: las confianzas mútuas entre unas, y la indiferencia con otras: la estimacion y aun distinciones que gozan las ricas sobre las pobres (2): la acepcion de chismes: los cuentos que libremente se permiten, y aun se fomentan de espantos, de visiones, y aun de milagros apócrifos é imaginarios (3), y otras cosillas á este modo, originan zelos, envidias, rencillas, murmuraciones, escrúpulos necios, pensamientos temerarios, supersticiones y un enjambre detestable de vicios, y tanto mas detestables quanto que se provocan y ejercitan entre muchas personas que tienen

(1) *Ya se dijo quiénes se llaman nanas en los conventos.*

(2) *Esto se ve y fuera mejor que no se viera. Se escribe para que se corrija este defecto donde lo haya.*

(3) *Son muy frecuentes semejantes relaciones apócrifas que hacen mas daño del que parece. Se refiere con sencillez que la madre Fulana difunta era una santa: que hacia tal y tal penitencia: que hizo tal y tal milagro &c. y sin otra confirmacion que una vulgar aunque piadosa tradicion, se cree todo. Se encomiendan á la dicha monja, y se veneran sus reliquias como si estuviese declarada por santa. No es este el espíritu de la Iglesia. Esta es una materia en que tan malo es no creer nada, como creer mucho.*

que vivir juntas, y fiscalizarse muy de cerca. Si el Santo Rey David decia que era bueno y agradable el vivir los hermanos enlazados por la caridad como si fueran todos uno solo, yo digo, y cualquiera dirá, que es malísimo y mas que terrible vivir desunidos y entre chismes y alborotos los hermanos que viven juntos, y si son las hermanas, es peor que peor. ¿Y de qué frase nos valdriamos para ponderar la malicia y gravedad de la culpa de aquellas que se aborrecen de muerte, que se procuran poner en mal con las superiores, que hacen cuantos daños pueden, que se malquistan mutuamente, y llegan hasta á negarse las comunes saluciones, ó lo que dicen, *quitar se la habla?* Apenas se pudiera creer, *si no se viera*, que entre cristianos prevaleciera tanto el espíritu del ódio y la venganza, que llegara hasta á tenerse por agravio la vista y el eco de la voz del objeto que aborrecen. ¡Temán estos infelices, teman la ira de Dios en el último dia de los siglos! El mismo dice en las sagradas letras: *Aquel que quiera vengarse, sentirá la venganza del Señor, y Dios no olvidará jamas sus pecados. El hombre se encona contra el hombre, y conserva contra él su enojo: y así se atreve á pedir á Dios misericordia? El no la tiene con sus semejantes, y así pide se le perdonen sus pecados? Acuérdate, miserable mortal, de tus novísimos, y déjate de enemistades (1).*

(1) *Eccles. cap. 28.*

Así habla un Dios en provecho del prójimo, y el hombre vengativo habla muy al contrario con ofensa de Dios.

¿Pero acaso porque en algunos conventos y casas de comunidad se noten estravagancias ridículas y viciosas, habremos de hablar con impiedad de semejantes fundaciones? ¿Echaremos á sus institutos la culpa que tienen los vicios? ¿Nos escandalizaremos de ver en ellos lo que no falta en parte alguna? ¿Querremos que las comunidades de las mugeres sean perfectas y limpias de todo individuo discolo y quizá estraviado, cuando no hay una corporacion esenta de esta plaga? ¿Olvidaremos que la congregacion de Jesucristo se compuso de solos doce individuos escogidos por la suma Sabiduria, y sin embargo, entre solos doce se halló un Pedro infiel y un Judas pérfido, traidor y criminal hasta el estremo? Pero ¡qué mucho! La primera asociacion que hubo en el mundo fué de dos individuos, Adan y Eva, y ya vemos lo que sucedió. El primer hombre acaso no hubiera prevaricado, si la muger primera no lo hubiera seducido. ¿Y así querrán los falsos virtuosos que en los conventos no haya defecto alguno, ó lo que es lo mismo, que los frailes, monjas y niñas enclaustradas sean impecables? Así seria de desear; pero esto no es dado sino á los habitantes del paraíso celestial, que están confirmados en la gracia.

Mas por último, señora comadre: lo que no tiene duda es, que cuando ese D. Gervasio su nuevo protector, repugna tanto que entre Tulitas en convento, no lo anima seguramente el espíritu de San Pablo, ni el de algun otro Apóstol ó Santo Padre, sino la concupiscencia de la carne. Bien claro me esplico; pero si usted no lo entiende, sépase que no la quiere encerrada, porque no puede serle útil dentro de la clausura. Afecta compasion hácia la muchacha, y disuade á usted de que la asegure en un colegio, no por virtud ni por amor que le tiene, sino porque en la calle tiene libertad para seducirla, y esperanza de satisfacer sus apetitos, lo que no seria tan fácil en un convento. ¡Malditas sean esas caridades! Oiga usted una labulita que hice años pasados al asunto; quizá porque está en verso la retendrá usted en la memoria, y servirá de provecho á la madre y á la hija. El apólogo trata de un lobo y un cordeiro, y dice así:

¡Ay infeliz de tí! me compadecees
tan jóven y metido entre esos palos,
que ni te dejan ver el mundo alegre,
ni gozar de las yerbas y los pastos.
Ven: sal por la rendija que te ofrece
la estaca que aqui falta. Yo no paso
á libertarte, amigo, porque tengo
un gran cuerpo, no quepo, estoy pesado;

pero tú que eres chico, sal ó brinca, y ya verás qué vida nos pasamos.

Te llevaré á comer la verde grama, te pasearé por todos los sembrados: el tomillo y el maiz, alfalfa y trigo te prevendrán un delicioso plato.

Un lobo malicioso y lleno de hambre así le hablaba á un corderillo incauto.

El tonto lo creyó: salió, y al punto el *compasivo* lo hizo mil pedazos.

¡Oh cuántas jovencillas infelices, victimas son de un seductor tirano, por creer como el cordero incautamente su fingida promesa y falso halago!

¡Qué tal, comadre! ¿le gusta á usted la fabulita? pues aprovechese de ella en beneficio de Tulitas. En casa no le falta nada de lo preciso. Si no come en banquetes, no tiene hambre: si no viste con lujo, no está desnuda, y si no la tiene usted á su lado, vive segura de que está en una casa de honor.

Conque vea usted lo que hace, y no la esponga á ser victima de un lobo seductor; no sea que despues tenga usted y ella que llorar su ligereza y falta de consejo.

¡Ay! no, compadre, decia la vieja. Usted piensa muy temerariamente del Sr. D. Gervasio. ¡Sobre

que es tan bueno el pobrecito! tan rezador, tan caritativo; y despues de todo, ya es señor grande, y no se ha de meter en esas cosas.

¡Vaya, comadre! decia el coronel: ó usted es muy cándida, ó quiere parecerlo. Ese señor tan bueno, tan rezador, tan caritativo y tan viejo, es un hombre, y un hombre que quiere beneficiar á usted porque sabe que tiene una hija bonita que le gusta, y no se resuelve á hacer toda la gracia que ha ofrecido sino hasta que la muchacha esté fuera de mi casa. ¡Eh! no sea usted ignorante: él quiere que le venda usted á su hija, satisfacer su apetito á costa de cuatro pesos, y despues abandonar á las dos.

Deseche usted sus favores, desprecie sus promesas, deje á su hija en mi casa, confórmese con su suerte, sirva á Dios en su estado, y viva segura de que no le faltará que comer, porque primero faltará el sol que deje de cumplirse su palabra divina. No se espante usted, señora, ni arrugue las cejas al oirme asegurar que no le faltará la subsistencia si teme á Dios, porque yo no lo digo, sino el mismo Señor que no puede engañarse ni engañarnos, porque es infalible en sus promesas. Atienda usted sus palabras: *No padecen pobreza los que temen á Dios. Los ricos se viejon necesitados y con hambre; pero á los que buscan al Señor, no les faltará todo bien* [1].

[1] Psalm. 33 v. 10.

¿Quiere usted mas seguridad que la palabra del Todopoderoso? No es usted la primera madre que espone á sus hijas á la mas vergonzosa prostitucion, queriendo escudarse con la pobreza que padecen; mas usted y cualquiera que lo haga cargan con una terrible responsabilidad ante el tribunal supremo, y no tendrán allí la mas mínima disculpa que les valga; porque estas prostituciones no se efectúan por la pobreza, no, es mentira: á nadie le falta que comer ni lo preciso, trabajando con honra en lo que pueda, y obrando segun el designio de su Criador. Este jamas falta á sus criaturas. Al pajarillo previno el alimento en lo elevado del árbol, al pez en lo profundo del mar y á la despreciable lombriz en el centro de la tierra. ¿Pues cómo le habia de faltar al hombre, criado á su imágen, y que es mejor que los pájaros y los peces?

El ningun temor de Dios y la poca ó ninguna confianza que se tiene en su alta Providencia, abren la puerta á las innumerables miserias de que se ven perseguidos los mortales. ¿Cuántas madres y niñas virtuosas conocemos que subsisten sin tocar el extremo de la indigencia, y contando con menos arbitrios que usted y Tullitas! ¿Y cuántas que se han atendido á los criminales auspicios de los hombres, vivieron alegres cuatro dias, y casi subieron á la cumbre de la felicidad temporal, para ser precipita-

das en su edad avanzada hasta el horrible abismo del deshonor y la miseria! Usted y yo conocemos muchas de una y otra clase, y nos seria fácil hacer un catálogo de sus nombres.

Conque no sea usted boba, conozca el mundo, conozca á los hombres, no fie de sus promesas, cuídese á sí misma, y deje á su hija en mi poder, que esto les importa, y nada mas.

Quando yo esperaba que la buena vieja agradeciera los saludables consejos del coronel y el interese que tomaba por la felicidad de Tullitas, se levantó de la silla, y con un aire de enfado dijo: Usted dice muy bien, compadre; pero yo he venido resuelta á llevar á mi hija; porque lo que no le doy no se lo debo quitar, ni he de echar esta fortuna á puerta agena. A mas de que, ¿quién la ha de querer mas que yo que soy su madre, y sabe Dios lo que me ha costado? y con todo eso, muy bien sé que va segura, porque el señor D. Gervasio Protasio es muy hombre de bien, y muy cristiano, y muy caritativo, y muy liberal, y muy honrado, y muy todo: y por fin, yo no debo juzgar vidas ajenas, ni Tules es chiquita: ya sabe bien donde le aprieta el zapato: y si ella fuere tonta y se dejare engañar, allá se lo haya: su alma y su palma, y Cristo con todos. Y así compadre, yo le agradezco á usted mucho y á mi comadrita los dias que la han tenido en su casa, y con su licencia me

la llevo. Anda, niña, recoge tus trapitos, y vámonos.

El coronel se incomodó, como era regular, con la terquedad de la vieja, y así se retiró diciéndole que hiciera lo que quisiera. La niña repugnaba el irse por el amor que tenía á los señores, y porque era naturalmente juiciosa; pero instando su madre mas y mas, tuvo que obedecer contra su gusto.

Recogió su ropa, y abrazando á Doña Matilde y Pudenciana con la mayor ternura, sin poder articular una palabra, porque el llanto no se lo permitía, se salió de aquella casa que justamente veía como un asilo.

Todos sentimos la ausencia de Tullitas, porque era una muchacha muy amable; pero mas que todos el coronel que preveía sus futuras desgracias.

A pocos días recibí orden de mi padre para que borrara colegiatura, y me retirara al pueblo en donde residía, porque estaba enfermo y le era necesaria mi asistencia. Se hizo así, y dispuso el coronel mi marcha, la que verifiqué con no menos sentimiento que Tullitas.

CAPITULO XII.

En el que el coronel discurre sobre lo útil que sería que las mugeres aprendiesen algun arte ú oficio mecánico con que subsistiesen en caso de necesidad.

AL fin de cinco años de ausencia, regresé á esta capital, y luego que llegué á ella, fui á buscar á mi buen amigo el coronel.

Se deja entender que al efecto me dirigí á la casa de D. Dionisio Langaruto, quien con su esposa Doña Eufrosina me recibió con bastantes muestras de cariño: me hicieron mil preguntas y repreguntas acerca de las tierras por donde habia estado, á las que yo contesté unas veces con verdad y otras sin ella, seguro de que todo cuanto dijera lo habian de creer, solo porque yo decia que lo habia visto; bien que en esto no hice mas que mentir con la autoridad de viajero.

Así que estos señores se cansaron de preguntarme, les pedí razon del caballero coronel y su familia, y me dijeron que ya no vivía con ellos; porque habiéndose enfermado Doña Matilde, fué preciso al coronel llevarla al parage que llaman la *Tlaxpana* á que mudase temperamento, y que cuando se restableció su salud, tomó casa frente de la Alameda, por ser mas cómoda que la que ocupaba en su compañía.

Luego que supe esto, les pedí las señas de la casa, me las dieron, y al instante me despedí de aquellos señores, porque ya se me hacían siglos los minutos que tardaba en ver á mi apreciable D. Rodrigo.

Cuando entré, estaba Doña Matilde tocando en su clave y el coronel leyendo un libro; pero no bien me vieron, cuando dejaron ambos los objetos de su

la llevo. Anda, niña, recoge tus trapitos, y vámonos.

El coronel se incomodó, como era regular, con la terquedad de la vieja, y así se retiró diciéndole que hiciera lo que quisiera. La niña repugnaba el irse por el amor que tenía á los señores, y porque era naturalmente juiciosa; pero instando su madre mas y mas, tuvo que obedecer contra su gusto.

Recogió su ropa, y abrazando á Doña Matilde y Pudenciana con la mayor ternura, sin poder articular una palabra, porque el llanto no se lo permitía, se salió de aquella casa que justamente veía como un asilo.

Todos sentimos la ausencia de Tullitas, porque era una muchacha muy amable; pero mas que todos el coronel que preveía sus futuras desgracias.

A pocos días recibí orden de mi padre para que borrara colegiatura, y me retirara al pueblo en donde residía, porque estaba enfermo y le era necesaria mi asistencia. Se hizo así, y dispuso el coronel mi marcha, la que verifiqué con no menos sentimiento que Tullitas.

CAPITULO XII.

En el que el coronel discurre sobre lo útil que sería que las mugeres aprendiesen algun arte ú oficio mecánico con que subsistiesen en caso de necesidad.

AL fin de cinco años de ausencia, regresé á esta capital, y luego que llegué á ella, fui á buscar á mi buen amigo el coronel.

Se deja entender que al efecto me dirigí á la casa de D. Dionisio Langaruto, quien con su esposa Doña Eufrosina me recibió con bastantes muestras de cariño: me hicieron mil preguntas y repreguntas acerca de las tierras por donde habia estado, á las que yo contesté unas veces con verdad y otras sin ella, seguro de que todo cuanto dijera lo habian de creer, solo porque yo decia que lo habia visto; bien que en esto no hice mas que mentir con la autoridad de viajero.

Así que estos señores se cansaron de preguntarme, les pedí razon del caballero coronel y su familia, y me dijeron que ya no vivía con ellos; porque habiéndose enfermado Doña Matilde, fué preciso al coronel llevarla al parage que llaman la *Tlaxpana* á que mudase temperamento, y que cuando se restableció su salud, tomó casa frente de la Alameda, por ser mas cómoda que la que ocupaba en su compañía.

Luego que supe esto, les pedí las señas de la casa, me las dieron, y al instante me despedí de aquellos señores, porque ya se me hacían siglos los minutos que tardaba en ver á mi apreciable D. Rodrigo.

Cuando entré, estaba Doña Matilde tocando en su clave y el coronel leyendo un libro; pero no bien me vieron, cuando dejaron ambos los objetos de su

diversion, y se levantaron apresuradamente para abrazarme.

Yo correspondí sus cariñosas demostraciones con las palabras y señales que en semejantes casos dicta la urbanidad, el amor y la gratitud. Doña Matilde disparó sobre mí una descarga cerrada de preguntas acerca de las particularidades de mi viaje y de las tierras que había visto, á las que yo contesté con mas prudencia que en casa de Doña Eufrosina y procuré cuanto pude economizar las mentiras, como que sabía que el coronel no era nada vulgar, y podía sorprenderme cuando yo estuviera mintiendo mas alegre.

Mucho sentimiento manifestaron estos señores cuando supieron que había fallecido mi padre. "Ciertamente que me es muy desagradable la noticia, me dijo el coronel, porque tu padre fué mi amigo verdadero, lo traté mucho, analicé su carácter, y siempre lo advertí virtuoso sin superstición, sabio sin vanidad, benéfico oculto, buen padre, buen esposo, buen amo, y hombre de bien á toda prueba. Los que lo conocieron como yo en esta capital, y los que por tantos años lo trataron así dentro como fuera del real colegio de Tepotzotlan, donde fué un médico apreciable, serán perpetuos panegiristas de sus virtudes. Ni dudo que los pobres de aquel pueblo llorarían su falta y acompañarían con lágrimas

su entierro. El llanto de los infelices socorridos siempre riega los túmulos de sus benefactores. Procura, pues, no olvidar las máximas que te inspiró de religion y de moral cristiana, y de esta manera honrarás su memoria, pues por el fruto se conoce el árbol."

Acabó su discurso el coronel, que se me quedó bastante impreso en la memoria, y despues de haber hablado de otras cosas, le pregunté por la niña Pudenciana. Está allá dentro, me dijo su mamá, y con visita, ¿quieres verla? Si, deseo verla, le respondí; pero si está con visita cumpliré mi deseo otra ocasion. Vamos ahora, dijo el coronel, pues la visita que tiene es de confianza, y ella misma se alegrará de verte. Diciendo esto, nos levantamos de los asientos y fuimos á ver á Pudenciana.

Entramos á su cuarto, y la hallamos muy divertida bordando un pañuelo. Luego que me vió se levantó y me hizo aquel recibimiento que yo debía esperar de su cariño y bien dirigida educacion.

Muy diferente fué el tratamiento que recibí de Pomposa que estaba allí de visita, pues embelesada en componerse un rizo, se miraba al espejo con tal atencion, que no la tuvo para saludarme, hasta que Doña Matilde la llamó de su éstasis diciéndole: mira, niña, quien está aquí. ¿Qué ya no lo conoces? Háblale. Entonces Ponposita volvió

la cara, me reconoció un breve rato, y con un aire de proteccion solo me dijo: *Beso á usted la mano.*

Yo no pude menos que sorprenderme al advertir un estilo tan vano y petulante, que se propasaba á impolítico, porque sin hablarme otra cosa, dirigió la palabra á su tia, diciéndole: Estoy hecha un veneno contra la maldita costurera. Vea usted qué caracoles me hizo tan feos, parecen escaleras arruinadas. Unos mas altos, otros mas bajos: estos de aquí mas grandes, y los de este lado mas chicos, y todos ellos sin proporcion ni simetría, y lo peor es que así he venido por la calle. ¡Voto á mis pecados! ¿Que no me lo advirtiera mi mamá! ¿Qué habrán dicho de mí las gentes? El coronel se sonrió y le dijo: Pues acaba tu obra, y vamos á comer, que ya es hora. Con esto, nos fuimos todos á la sala, y la dejamos atareada en su importantísimo negocio.

Pudenciana me contó como ya sabia leer, escribir, contar, coser, bordar, dibujar, y estaba aprendiendo á tocar el clave con su madre. Otra cosa sabes que no le has dicho á Joaquin, dijo el coronel. Es verdad, dijo Pudenciana, se me habia olvidado: ya sé componer relojes. ¡Componer relojes! repeti yo con mucha admiracion. Ese oficio ó arte es propio de los hombres, y por lo mismo en usted será una rara habilidad. Pasará por tal, dijo el coronel; pero so-

lo entre aquellas personas preocupadas que piensan que en la almohadilla se encierra todo lo que necesitan ó lo que pueden saber las mugeres. Aunque yo no encuentro una razon sólida para que sean escluidas del conocimiento de las artes y oficios en que se ejercitan los hombres. De aquellas artes digo que no requieren fuerzas físicas, sino solo una constante aplicacion.

Mucho mas extraño esta esclusion, cuando considero que las mugeres son infatigables en el trabajo que pueden soportar, por prolijo que este sea. ¿Quién tendrá la paciencia que ellas para sacar de un cambray superfino con mucha cuenta y cuidado, treinta mil hilos, para dar dobles puntadas y lazaditas, y hacer unas filigranas primorosas? ¿Quién no se cansará solamente de verlas ensartar guardando dibujo y proporcion, millares de cuentecillas de chaquiras para hacer una trenza, una cigarrera ú otra cosa? Lo mismo digo de todos sus artefactos.

Pero si á proporcion del premio hemos de juzgar del mérito de las obras, ninguno tienen las mugeres, porque ningunas hay mas mal pagadas. ¿Y esto de qué proviene, sino de que la aguja, el dedal y las tijeras son los únicos instrumentos que manejan todas? esto es, todas las que son mugeres. Para una camisa hay doscientas costureras, y para una cosita de primor y curiosidad, hay comunidades y con-

gregaciones de curiosas [1]. Por esta razon las que trabajan por necesidad, abaten el precio de sus costuras hasta el estremo, para encontrar algo que hacer. Esto consiste en que todas las mugeres que quieren serlo, no saben sino una misma cosa. Si todos los hombres fueran pintores, la miniatura mas preciosa valdria dos reales.

De que sea tan mal pagado el trabajo de las mugeres, resulta que aun las mas laboriosas no pueden sostenerse con la aguja; y si alguna lo consigue, es á costa de su salud, y siempre á las orillas de la miseria.

La viuda que queda pobre y con hijas grandes y bonitas, como no tengan mas arbitrio que la almodadilla para sostenerlas, bien se puede considerar en el camino del precipicio, á no ser que la detenga una virtud muy sólida, pues por una parte la constante seducción que les ofrece mejorar de suerte en un momento, y por otra, la necesidad que urge y oprime sin cesar, son unos alicientes que conducen á la prostitucion con tal vehemencia, que para resistirlos es necesario el poder de la divina gracia. Para precaver estas fatales consecuencias seria de desear que todos los padres de familia, especialmen-

[1] Tales son las Vizcainas, Belen, la Enseñanza, y todos los conventos de religiosas y colegios de niñas.

te los pobres, enseñasen á sus hijas algun arte ó ejercicio que fuese compatible con la delicadeza de su sexo. No encuentro yo embarazo para que las mugeres pobres segun su inclinacion se dedicasen á ser sastres, músicas, plateras, relojas, pintoras y aun impresoras [1]. Cualquier oficio de estos seguramente les proporcionaria mas ventajas en los tiempos criticos de la necesidad, que las costuras mas bién trabajadas.

Mas esto no quiere decir que no se apliquen las mugeres á la aguja, á la cocina y á todos los quehaceres domésticos en su primera edad. Esta fuera una heregia social. Cada miembro del estado debe estar en aptitud de desempeñar aquellos cargos á que ordinariamente se destinan los de su clase, y siendo el primer cargo de la muger cuidar de su marido, de sus hijos y su casa, es de su primera obligacion aprender á cumplir con este cargo, el que no llenará nunca la muger rica ó pobre que ignore á lo menos cómo se sazona un puchero, cómo se hace una camisa, se asiste á un enfermo, y se conserva el orden económico y el aseo en una casa.

[1] *Cuanto las objeciones generales se pueden oponer á este dictámen son tan débiles, que se destruyen con un soplo. Quitarle del mundo las preocupaciones, y serán mas felices los mortales.*

Por tanto, toda muger desde su niñez debe instruirse en estos pormenores solamente porque es muger, aunque sea rica, porque no sabe si llegará á ser pobre; pero las que no tengan facultades, despues de saber lo mas preciso, podrian con mejor fruto aprovechar el tiempo que gastan en aprender á bordar, deshilar, labrar, embarcenar, ensartar chaquiras y hacer florecitas de seda ó de papel. Yo hablo aquí como en mi casa y como padre de mi hija, cada uno en la suya hará lo que le dicte su prudencia ó su gusto.

A este tiempo entró Pomposita en el comedor hecha una Filis, con los rizos tan bien puestos como si se los hubiera medido á compas, y con la mas esacta geometría.

Nos sentamos á la mesa, y durante la comida se habló de varias cosas. Entre ellas me contó el coronel como Doña Eufrosina habia dado á luz dos niños que existieron poco en el mundo, porque las *chichiguas* y *pilmamas* les dieron prontamente sus pasaportes para el cielo. Doña Matilde no tuvo mas que á Pudenciana, y acaso se esterilizó por alguna imprudencia con que la trataron en su parto, segun el coronel temia.

No dejó de hablar Pomposita; pero con un aire de orgullo y satisfaccion, que yo no cesaba de admi-

rar, y no tanto por su vanidad, quanto por su estilo ampollado y pedantesco.

Finalmente, se concluyó la comida, las dos niñas se fueron á divertirse con los pájaros y macetas, y nosotros nos fuimos á la sala á pasar la siesta.

Entonces me dijo el coronel como se habia separado de la casa de su cuñada, por escusar un rompimiento á causa de las frecuentes disputas que se ofrecian, por no ser las dos familias de igual modo de pensar. Yo quiero mucho á Pomposa, y á sus padres, añadia el coronel; pero no puedo conformarme con sus costumbres. Una de las cosas que me hacian contrapeso para la educacion de mi hija era el genio de Pomposa y el mal ejemplo que le daba. Ya tú conoces mi carácter y el de Matilde, como que casi te criaste con nosotros, y ya verás qué bien me pareceria que quisieran hacer á Pudenciana andariega, ociosa, bailadora, vana, presumida y altiva: pues todo esto y algo mas seria al lado de su buena prima; porque las malas costumbres se contraen muy fácilmente, y mas cuando hay ejemplos que las insinúan y partidarios que las justifiquen ó que pretendan justificarlas.

Yo siempre procuraba irle á la mano á mi cuñada en muchas cosas, pero gastaba en vano mi saliva. Ella es de capricho; y quererla persuadir de una verdad que no le acomoda, es lo mismo

que querer ablandar una bigornia con la mano.

Reflexionando seriamente en las fatales consecuencias que podia acarrear nos su tan inmediata compañía, la he separado prestando primero la enfermedad de Matilde, y despues la comodidad que me proporciona esta casa: y de este modo hemos salido en paz, aunque yo no he conseguido enteramente el fin que me propuse; pues como por una parte nos amamos, y por otra los vinculos de la sangre estrechan nuestra amistad, lo que se ha logrado es alejar las casas y disminuir las ocasiones; pero no cortar estas del todo, que es lo que yo deseaba. Todos los domingos viene Pomposita ó envian por Pndenciana, y no hay paseo ni frasca á que no nos conviden con instancia; y lo peor es que muchas veces es preciso contemporizar, por no ofender las leyes de la amistad ó de la política, por no parecer ridículo y misántropo.

Apoyé, como era justo, el discurso del coronel, y por saber qué juicio hacia del afectado estilo de su sobrina, le dije: Entre las nulidades que usted ha observado en la niña Pomposita, luce su instruccion lo mismo que una perla entre muchas piedras falsas. A lo menos, así me parece, despues que en la mesa la oí explicarse en algunas materias con términos técnicos ó propios de lo que se trataba, lo que me hace creer que está bastante instruida.

Debia estarlo, contestó el coronel, porque tiene bastante capacidad; mas ha llenado su entendimiento de impertinencias y bagatelas, y con esto ha conseguido hacerse una erudita á la violeta, y bachillera perdurable. Los hombres de juicio la compadecen, al mismo tiempo que los tontos la celebran.

Toda la causa de la ignorancia y pedantería de Pomposa ha sido la indolencia y falta de precaucion de su padre. Al principio no cuidó de que se instruyera, y despues le permitió leer indistintamente los libros que él habia comprado para adornar su gabinete. Con esto la muchacha ha picado de todos y de cada uno sin el menor discernimiento, y se ha llenado de multitud de ideas heterogéneas ó diferentes entre sí, las que saca á la plaza cuando quiere: y como carece del verdadero conocimiento de las materias que trata al mismo tiempo que de la legitima significacion de los términos con que se espresa, las mas veces habla unos desatinos tremendos: y en verdad que es una lástima que no haya aprovechado sus luces, pues cuando raciona con juicio se conoce que no es tonta y ha leido algo.

Y aun eso es una maravilla, dije yo, porque siempre he oido decir que la muger mas hábil no pasa de tonta.... Usted dispense, señora Doña Matildita, que yo no digo lo que siento, sino lo que he oido de-

cir, y esto porque el señor coronel me diga si aciertan ó no, los que se profieren de ese modo.

Seguramente no, dijo D. Rodrigo, y tú me has oído decir varias veces que las mugeres pueden saber tanto como los hombres mas instruidos. Esto se prueba por la causa y por el efecto. Por la causa, porque siendo el alma el receptáculo de la sabiduría, y no careciendo las mugeres de alma, se sigue que tienen la misma aptitud que los hombres.

Ahora, que esta disposicion sea en unas mayor ó menor que en otras, que las mas no la cultiven, no prueba que no la tengan, ó que no la puedan ejercitar en cosas útiles. Ya adviertes que hablo del entendimiento. A los hombres sucede lo mismo: entre ellos unos tienen mas talento que otros, y unos lo emplean mejor que otros.

La educacion bien ó mal dirigida en ellos, y la clase de vida á que nacen sujetos, hace que unos tengan entendimientos ilustrados, y otros vulgares ó incultos; pero así como fuera necedad decir que todo payo, que todo cargador ó cochero es tonto por ser cochero, cargador ó campesino, así lo es persuadirse á que toda muger es tonta solamente porque es muger, pues la que tenga una regular capacidad y aplicacion, podrá aprender lo que le enseñaren y hacerse sábia, como se han hecho innumerables, cuyos ejemplares prueban esta verdad por el efecto.

Un gran catálogo se podía formar de las mugeres que se han distinguido en el mundo por sus sobresalientes luces. Desde el siglo XIII comenzó á brillar el seeso en la carrera de las ciencias. La primera muger que se nota, dice Mr. Tomás en su *Pintura de las mugeres*, es la hija de un caballero Bolonés que cultivó el estudio de la lengua latina y de las leyes. A los veintitres años habia ya pronunciado en la iglesia mayor de Bolonia una oracion fúnebre en latin, sin que hubiese menester para ser admirada, ni las gracias de su juventud, ni los demas hechizos de su seeso. A los veintiseis recibió el grado de doctora, y leyó públicamente en su casa la Instituta de Justiniano. A los treinta logró por su grande reputacion una cátedra en que enseñó el derecho á un prodigioso concurso de todas las naciones. Reunió en sí las gracias de muger y las ideas de hombre, y cuando hablaba, hacia olvidar el mérito de su belleza.

En el siglo XIV se renovó el mismo ejemplar en dicha ciudad, y se repitió otro semejante en el XV. Por los años de 72 y 73 del siglo pasado desempeñó una muger una cátedra de física en Bolonia.

En el siglo XIV se distinguieron en Venecia dos célebres mugeres, la una (Modesta di Pozzo di Zorzi) compuso muchas obras buenas en verso serio, jocoso, heroico ó tierno, y algunas églogas que fue-

ron representadas en los teatros. La otra (Cassandra Fidele) una de las mugeres mas sábias de Italia, escribió con igual suceso en las tres lenguas de Homero, Virgilio y Dante, así en verso como en prosa. Fué muy sábia en la filosofía de su siglo y demas precedentes: cultivó la teología, defendió conclusiones, enseñó públicamente en Padua muchas veces, añadiendo la música á todos estos conocimientos, y ensalzó mucho mas sus talentos por sus buenas costumbres, las cuales le grangearon el aplauso de los Sumos Pontífices y el homenaje de los reyes.

En Milán hubo una ilustre doncella de la casa de Tribulcio, que pronunció en la lengua antigua de los romanos muchos elocuentes discursos en presencia de algunos soberanos.

En Nápoles, la llamada Sarrochie que compuso un famoso poema. y fué en su vida comparada con el Tasso.

En España lució una Isabel de Foya y Roseres, que habiendo predicado con aplauso en la catedral de Barcelona, fué á Roma en tiempo de Paulo III, donde convirtió muchos judíos con su elocuencia, y comentó con aplauso á Juan Scoto en presencia de Papas y Cardenales.

Hubo tambien en España una Isabela de Córdoba que supo el latin, el griego y el hebreo, y siendo ya célebre por su hermosura, reputacion y riquezas,

recibió el grado de doctora, y despues el de teóloga.

Catalina de Rivera en el mismo siglo compuso varias poesias.

Aloisa Sigea de Toledo, mas célebre que las tres antecedentes, ademas del latin y griego, supo el hebreo, el arábigo, y siriaco: escribió una carta en estas cinco lenguas al Papa Paulo III, y fué despues llamada á la corte de Portugal. Allí compuso muchas obras, y murió jóven.

Ustedes se cansarian de oír hablar de semejantes mugeres, si yo tratara de compilar sus nombres. Baste saber que en todos tiempos han sobresalido muchas en las ciencias, y en todos los pueblos cultos, á proporcion que ha reinado en ellos el buen gusto.

En lo antiguo maravillaron á Roma y á Grecia, y en lo moderno á Italia. España, Francia, Inglaterra y la Europa toda han sido teatros en que han lucido los talentos elevados de las mugeres. Aun hoy vive en España la señora Doña María Rosa Galvez, famosa poetisa, como lo acreditan sus obras y especialmente sus tragedias.

Ni se ha quedado nuestra América envidiosa de tales glorias. Muchas señoras americanas han sido prueba de esta verdad, y si no fuera por no singularizar, yo nombraria algunas que México conoce

Todo lo que manifiesta que las mugeres sabrán á proporcion de sus talentos y del cultivo que les

dieren, sin que sea su secso un estorbo para aprender, ni menos un motivo que justifique su ignorancia.

Esto digo porque se observa frecuentemente que muchos padres y madres no solo no se afanan en cultivar los talentos de sus hijas, sino que se creen esentos de esta obligacion, y tienen por perdida toda la instruccion que pudieran recibir. ¿La niña lee mal, escribe peor, no conoce un número, ignora los fundamentos de su religion, comete al hablar mil barbarismos, está llena de supersticiones, y últimamente, es una criatura la mas ignorante de la familia? No importa, *es muger*, no ha de ser sacerdotisa, ni jurista, ni médica, etc. etc., y asi nada se pierde con que no sepa ni hablar.

Así lo esplican muchos padres con su método de educacion, creyendo que porque sus hijas son mugeres quedan á cubierto de la nota de ignorantes, y ellos de la que les acarrea su indolencia; pero en realidad ellos siempre pasan por unos descuidados entre los sensatos, y hacen á sus hijas un agravio, pues abandonar á estas por mugeres, es lo mismo que decir: *Mi hija es muger, pues aunque sea una bestia.*

Lo peor es que al tiempo que se descuidan en enseñar á las mugeres lo útil, se pone el mayor esmero en llenarles la fantasia de necedades, y en que aprendan lo que jamas debian saber.

Si son bonitas, desde muy tiernas se les hace conocer su mérito con las repetidas alabanzas que se les tributan: si son de genio vivo, se les persuade que tienen gran talento: si son locuaces ó habladorcillas, se les significa que son sábias; y en una palabra, si bailan, si cantan, si tocan ó tienen alguna minima habilidad, se la encarecen con los mas lisongeros encomios. Las pobres mugeres creen que no tienen mas que saber y que son en su clase Salomones.

Con semejante método ¿qué hay que extrañar que el comun de las mugeres sea necio, superficial, vano y soberbio? ¿Pueden ser mas, cuando no se les enseña otra cosa? ¿Y culparemos al secso de ignorante é inútil, ó á los padres que lo educan entre las bagatelas é ignorancia?

Los ejemplos de estas mugeres ilustres que he citado, prueban hasta la evidencia que el secso es capaz de saber y de pensar lo mismo que los hombres enseñados; mas no por esto digo que se dediquen todas las mugeres á los estudios serios y abstractos ni que todas aspiren á merecer regentear una cátedra, ni pronunciar una oracion en una iglesia. Esto seria pretender que saliesen de su esfera. Las mugeres sábias y varoniles no son comunes; pero se citan para demostrar que el secso no es embarazo para tener ni saber cultivar un buen talento como se piensa vulgarmente.

Sin embargo, estas mugeres raras [1] son mas para admiradas que para seguidas, y yo estoy muy lejos de persuadir que se hagan las mugeres estudiantes. A la verdad, que no han nacido sino para ser esposas y madres de familia. En sabiendo cumplir con estas obligaciones, seguramente serán mugeres sábias en su clase, y utilísimas á la sociedad. ¿Pero acaso es muy poco lo que tienen que aprender las que desean desempeñar estos cargos perfectamente?... A este tiempo entró el ranchero Pascual, y su visita interrumpió el discurso del coronel, que continúa en el capítulo decimotercio.

CAPITULO XIII.

En el que se da razon del motivo de la visita de Pascual: el coronel finaliza su discurso, y se refieren otras cosas.

ENTRÓ Pascual, como se ha dicho, arrastrando las espuelas, y quitándose su disforme sombrero saludó á los señores en estos términos: Ave María, señores amos. ¿Cómo les va? ¿cómo les ido? ¿cómo está su prenda?—No hay novedad, Pascual, dijo el coronel: ¿qué ocurrencia te trae á la ciudad?

[1] *Raras en comparacion de todo el secso; pero muchas en lo particular, y bastantes á hacer regla para nuestro intento.*

—¿Qué he de traer, señor amo, sino un asunto de muy gravísima importancia? Y yo espero en que sus mercedes me sacarán del apuro, por vida de la niña Pudenciana. El cuento es que Culás, mi hijo el grande, ha dado en que se quiere poner en gracia de Dios, con Marantoña la hija de tío Benino, el marido que jué de la Carranza, aquella que tenia arrendado el molino prieto años pasados, cual molino vendió D. Celidoño á D. Andrés el cojo, por la malobra que le hizo á su hija Petrona del mayordomo Juan Blas, cuando hubo aquellas heridas por el amigo de....

Bueno está, Pascual, decia el coronel: sigue tu cuento, y déjate ahora de ensartar cosas que no vienen al caso. Estás diciendo que tu hijo se quiere casar con esa hija del tío Benigno; ya esto queda entendido. ¿Cuál es el empeño que traes?—El empeño es que yo, como quera que no soy muy ansina, sino que sé muy bien que tengo mi alma, y me he de morir como todos se mueren, y sé la doctrina de cuerito á cuerito, y sé que el catecismo dice: Darles estado no contrario á su voluntad, no me quero disponer al gusto del muchacho. Y ansina lo dejo que haga lo que quijlere; y una vez que se quiere casar, que se case muy denhora buena, yo no se lo impido, á bien que ya es grande; mi compadre el mestre escuelaero, dice que no es tonto sino muy ladino y muy

Sin embargo, estas mugeres raras [1] son mas para admiradas que para seguidas, y yo estoy muy lejos de persuadir que se hagan las mugeres estudiantes. A la verdad, que no han nacido sino para ser esposas y madres de familia. En sabiendo cumplir con estas obligaciones, seguramente serán mugeres sábias en su clase, y utilísimas á la sociedad. ¿Pero acaso es muy poco lo que tienen que aprender las que desean desempeñar estos cargos perfectamente?... A este tiempo entró el ranchero Pascual, y su visita interrumpió el discurso del coronel, que continúa en el capítulo decimotercio.

CAPITULO XIII.

En el que se da razon del motivo de la visita de Pascual: el coronel finaliza su discurso, y se refieren otras cosas.

ENTRÓ Pascual, como se ha dicho, arrastrando las espuelas, y quitándose su disforme sombrero saludó á los señores en estos términos: Ave María, señores amos. ¿Cómo les va? ¿cómo les ido? ¿cómo está su prenda?—No hay novedad, Pascual, dijo el coronel: ¿qué ocurrencia te trae á la ciudad?

[1] *Raras en comparacion de todo el secso; pero muchas en lo particular, y bastantes á hacer regla para nuestro intento.*

—¿Qué he de traer, señor amo, sino un asunto de muy gravísima importancia? Y yo espero en que sus mercedes me sacarán del apuro, por vida de la niña Pudenciana. El cuento es que Culás, mi hijo el grande, ha dado en que se quiere poner en gracia de Dios, con Marantoña la hija de tío Benino, el marido que jué de la Carranza, aquella que tenia arrendado el molino prieto años pasados, cual molino vendió D. Celidoño á D. Andrés el cojo, por la malobra que le hizo á su hija Petrona del mayordomo Juan Blas, cuando hubo aquellas heridas por el amigo de....

Bueno está, Pascual, decia el coronel: sigue tu cuento, y déjate ahora de ensartar cosas que no vienen al caso. Estás diciendo que tu hijo se quiere casar con esa hija del tío Benigno; ya esto queda entendido. ¿Cuál es el empeño que traes?—El empeño es que yo, como quera que no soy muy ansina, sino que sé muy bien que tengo mi alma, y me he de morir como todos se mueren, y sé la doctrina de cuerito á cuerito, y sé que el catecismo dice: Darles estado no contrario á su voluntad, no me quero disponer al gusto del muchacho. Y ansina lo dejo que haga lo que quijlere; y una vez que se quiere casar, que se case muy denhora buena, yo no se lo impido, á bien que ya es grande; mi compadre el mestre escuelaero, dice que no es tonto sino muy ladino y muy

destruido; porque á lo menos el diantre del muchacho sabe mas que no yo, porque sabe leer, y echa unos retos en las loas sin turbarse, porque es muy memorista, y lotro dia hizo un diablo en una pastorela, que la gente se quedó con la boca abierta; y yo tuve miedo que no le hicieran daño.....

—Como yo te lo voy teniendo á tí, pues segun lo impertinente y cansado que estás, creo que no acabas tu relacion en ocho dias.—Perdone su mercé, señor amo, que yo no estoy cansado. Quedara yo bien de cansarme de Tacubaya acá que no está mas que un paso. Pero el cuento es que Culás se quiere poner en gracia de Dios, y yo quero que su mercé y mi ama sean los padrinos, porque solo asi será todo gueno.

—Si así te hubieras explicado desde el principio, se habrian ahorrado tantos episodios importunos. Está muy bien, seremos sus padrinos con mucho gusto; pero dime, ¿cuáles son las circunstancias de la novia?—Ella no es fea, ni muy bonita, respondió Pascual, es pasaderita: tendrá diez y ocho años, y muy trabajadora, y es para cuanto su mercé la busque. Si es para la cocina, hace unas tortillas que parecen un papel de blancas y delgadas, y si sus mercedes comieran de sus manos unos chiles rellenos, un mole de guajolote, una chanfaina y otros guisados como estos, hasta se chuparan los dedos. Si es por lo que

hace á cuidar á un hombre, es un reguilete, porque sabe coser, lavar y tejer unos ataderos y ceñidores que es un primor. Y ¿qué le diré á su mercé de cuidar las cosas de la casa, y del campo y de los animales? ¡Oh! pareso es una lumbré el diantre de la muchacha, porque ella sabe donde dan quince y el sope y volverse con el medio: porque sabe cuando está culeca la gallina, cuándo se ha de echar, cuál es el cochino cebon, cuál el de media ceba, qué vaca está jorra y cual no, y hasta para sembrar conoce el tiempo; y si su mercé la viera coger la garrocha y la yunta y sacar veinte sulcos derechos, era mano de que la reventara. En fin, por lo que toca á trabajadora, es la muchacha de lo que hay poco, y yo le digo á Culás que no la topará mas mejor aunque la busque con un cirio pascual. A fé que no son ansina las señoritas de la suida, que no saben hacer nada ni ayudar á sus maridos, sino que todo queren que se lo pongan en las manos; y gueno fuera que se contentaran con no saber buscar la torta, lo mas pior es que saben tirar cuanto busca y alquiere el probe hombre. Por una parte, para todo han de menester mozas: para guisar una olla y un principio, queren cocinera: para remendar sus trapos, queren costurera: para lavar su ropa, queren lavandera: para hacer la cama y barrer la casa, queren recamarera: para hacer los mandados, mandadero, para dar el gasto,

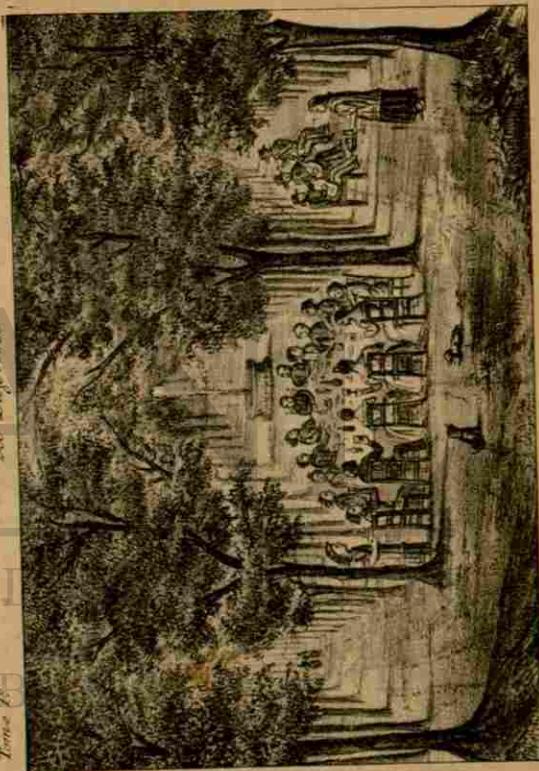
ama de llaves: para cerrar la puerta de su casa, portero; y para cada cosa un criado, de manera que yo me espanto de ver cómo su mercé y mi ama Doña Matildita viven con una ó dos mozas cuando mas, y no luego esas señoras que yo no sé de qué les sirven á sus maridos, pues hasta para criar á sus hijos necesitan arquilar chichis, como si ellas no tuvieran las suyas. Ya se acuerda su mercé del cuento de los perritos. ¡Ya se vé que si no saben hacer nada, saben deshacer los caudales con esos puntos, telarañas, modas, coliseos, tertulias, toros, bailes, paseos y todas esas cosas en que gastan el dinero de sus maridos y el ageno! ¡Ah! fucha en semejantes mugeres. ¡Qué gusto que mi hijo Culás se va á casar con una probe ranchera, y no con una señorita de suidá. ¡Ya se vé que cuándo lo hubiera yo consentido, aunque me hubieran pesado á puro oro al muchacho y me lo hubieran ido á pedir padres descalzos! ¡Gracias á Dios que mi Culás no fué de la suidá!

Y gracias mil á la eterna Magestad, dijo el coronel, porque has acabado tu narracion imprudente aunque sencilla. Para alabar las virtudes de tu nuera, no es preciso murmurar las costumbres de las ciudadanas. Es cierto que hay algunas de estas lo mismo que las has pintado; pero no lo son cuantas te parecen. En todo cabe la reflexion juiciosa, y no debemos aventurarnos á confundir los culpados con los

Licencia 10

San Diego 1848

Tome 10

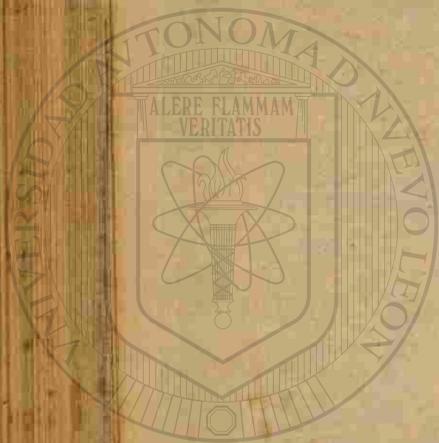


que tienen solo las apariencias, lo que sucede á cuantos como tú no saben hacer las justas distinciones.

Es una verdad incontestable que hay algunas mugeres de mediana, y aun de escasa fortuna, que olvidándose de su condicion, aspiran á competir en lujo con las señoras de la mas elevada gerarquía, y para realizar sus desordenados deseos, no escusan á sus pobres maridos mil disgustos y continuos empeños, con los que arruinan sus casas, pierden el crédito, se hacen el objeto de la murmuracion de los conocidos, y dejan por último á sus infelices hijos por patrimonio, la holgazaneria y la miseria. Este es el fruto ordinario de la inmoderacion y desperdicio.

Pero cuando confesamos que estas mugeres obran con desarreglo y sin cordura, no hemos de asegurar lo mismo de aquellas señoras que por razon de su estado sostienen una decencia sobresaliente al comun de las demas, y mucho menos si tienen suficientes proporciones para sostenerla. Cada individuo de la sociedad debe portarse como los demas de su clase, cuando puede hacerlo bienamente. Este es el orden, el que se invierte ó por un exceso de disipacion, ó por un abandono ó mezquindad miserable.

Un mismo mueble puede ser necesario, indiferente y gravoso, segun fuere la persona que lo tenga.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El coche, por ejemplo, será necesario á una señora de título, muger de un togado, etc., será indiferente para una señora particular, y será gravoso para una que no tenga lo preciso para mantenerlo. Si todos nos contuviéramos en nuestra esfera, tendríamos menos necesidades y aflicciones.

¡Ya se ve! que no porque digo que las señoras principales hacen bien en manejarse segun su clase se ha de entender que harán mal cuando por modestia ú otro motivo de virtud cercenen algo de su lujo correspondiente. Algunas ha habido en esta fatal época que con la mayor prudencia han sabido disminuir el gasto de sus casas, y despedir cuantos criados han considerado superfluos, sustituyendo ellas y sus hijas sus lugares.

Otras hay que manifiestan en cuanto pueden la indiferencia con que ven el relumbrón del mundo, y se manejan con una sencillez admirable.

¿Pero qué diremos de aquellas señoras ricas que han tenido el heroísmo necesario para cercenar el lujo en obsequio de los pobres? Raras han sido estas á la verdad, pero no falta una que otra en nuestro siglo corrompido. Ninguna alabanza es igual á su mérito en mi concepto; pero viven seguras de que su caridad queda bien escrita en el libro de las eternas recompensas.

Como Pascual se quedaba en ayunas de las tres partes de lo que el coronel nos decia, no pudo sufrir mas; y así á este tiempo, que le pareció oportuno, le dijo: Pos señor amo; ya me voy: á bien que ya voy contando con el favor de sus mercedes para el apadrinamiento de Culás; y agora solo quero que su merced me preste veinticinco pesos que me pueden faltar para el completo de los derechos del señor cura, y otras cosas.

El coronel le dió el dinero, y le previno que volviese á avisar la vispera de la boda. Con esto se fué Pascual muy contento, dejándonos harto que reir con sus simplezas.

Apenas habia salido el ranchero, cuando entraron las niñas Pomposita y Pudenciana, y se sentaron con nosotros.

A mí no se me ha olvidado que el coronel cortó el discurso á la entrada de Pascual, y como deseaba oírlo hablar, le supliqué acabase de decir qué cosas debían saber las niñas que se criaban para ser algun dia madres de familia.

D. Rodrigo condescendió con mi gusto, y nos dijo: No es poco lo que tiene que aprender una niña que probablemente se haya de sujetar al matrimonio, porque tiene que instruirse en muchas cosas que deberá despues enseñar.

"Es indispensable, dice un autor respetable (1), que una niña de estas aprenda á leer y escribir correctamente. Es una vergüenza, pero cosa muy común, el ver que mugeres dotadas de entendimiento y de civilidad, no saben pronunciar lo que leen ellas ó se paran donde no deben, ó leen cantando, cuando debieran pronunciar simple y naturalmente, con firmeza y arreglo á la puntuacion. En orden á escribir cometen frecuentemente muchos errores notables, ó en el modo de formar los caracteres, ó en el modo de juntarlos. Enséñeseles, pues, á las niñas, cuando menos, á hacer las líneas derechas, y á formar los caracteres limpios y legibles."

"Tambien es necesario que las niñas sepan la gramática de su lengua. No es esto decir que la aprendan por reglas, como los gramáticos aprenden la lengua latina, sino que se les acostumbre sin aire de leccion, á no tomar un tiempo por otro, á servirse de términos propios y puros, y á esplicar sus pensamientos con orden, con limpieza y de un modo correcto y preciso. Por este medio se les pondrá en estado de que puedan enseñar algun día á sus hijas á hablar bien sin ningun estudio. Se sabe que en la antigua Roma, la madre de los Graccos contribu-

(1) El Ilmo. Sr. D. Francisco de Salignac de la Motte Fenelon, arzobispo de Cambray, en su librito titulado: Educacion de las hijas.

yó mucho con su educacion á formar la grande elocuencia de sus hijos."

"La ciencia de la aritmética y su uso es indispensable á las niñas. No ignoro que esta ciencia es espinosa para muchas gentes; pero el hábito tomado desde la infancia de hacer varias especies de cuentas con el socorro de las reglas, facilitará la esactitud y dulcificará la amargura. Todos saben que el buen uso de esta ciencia es tan necesaria para el gobierno de las casas, que apenas se hallará familia de algunos intereses que esté bien gobernada sin ella."

"No será fuera de propósito que tengan aquellas noticias de la jurisprudencia que pueden necesitar en el discurso de su vida. Por ejemplo, que sepan la diferencia que hay entre un testamento y una donacion: qué cosa sea contrato, substitution, division de herencia, las principales reglas del derecho y costumbres de su país que son necesarias para hacer dichos actos válidos. Deberian asimismo saber qué cosa sea propio, comunidad, bienes muebles é inmuebles: y en fin, algunas otras cosas que se juzguen necesarias para el buen gobierno de una madre de familia. No solo cuando lleguen á casarse, sino cuando en un convento se vean encargadas del gobierno económico, experimentarán la necesidad de estos conocimientos para manejarse y para no ser engañadas."

“Si ha de ser casada, dñesele reglas para la economía dom3stica, para criar bien los hijos, para conducirse con la familia; y finalmente, ens3nesele el modo de gobernar bien todas aquellas cosas que segun las apariencias ha de manejar.”

Todo esto y mas, quiere el se1or Fenelon que sepan las hijas que han de ser madres; y aunque todo es 3til y necesario, ya nos contentariamos con menos. Mucho sabr3 en nuestros tiempos una se1ora que sepa ser muger, cuidar lo que el marido adquiere, asistir su casa, y no desentenderse de la educacion de sus hijos, sin prescindir de estas forzosas tareas, fiada tal vez en que tiene dinero, pues este suele faltar, y entonces los hombres echan de ver al instante todos los defectos de las mugeres.

Las riquezas mientras duran, suplen la inhabilidad de las mugeres; pero luego que faltan se hace mas intolerable su ignorancia. Por esta razon se puede decir que en cierto modo el dinero es perjudicial 3 aquellas personas que naciendo con 3l, no tuvieron la fortuna de lograr unos padres activos y prudentes que dirigieran bien su educacion. Esto es comun en hombres y mugeres. El pobre instruido y laborioso padece sus cuitas, pero jamas pisa los umbrales de la miseria; antes mil veces se labra su fortuna con su industria; pero el rico in3til, vano y pere-

zoso, luego que lo desamparan los doblones, cae de plomo en la mendicidad mas vergonzosa.

No es esta plaga poco comun. ¡Cu3ntos ricos hay que no saben, no digo adquirir un peso, pero ni conservar los que heredaron, y que si los gobiernos no los pusieran en clase de pupilos bajo la tutela de las leyes, disiparian en dos dias los mas pingdes capitales! Ricos he conocido que no saben leer una carta, y cuyas firmas apenas las conocer3 el boticario mas h3bil, y ricos que no saben echar un punto en una media, ni un dobladillo en un pa1uelo. ¡Pero qu3 se puede esperar de unas personas criadas entre la adulacion, la holgazaneria y la ignorancia? ¡Felices son sin duda aquellos ni1os, cuyos buenos padres aprovechan su dinero gast3ndolo en hacerlos 3tiles 3 s3 y 3 sus semejantes! Estos hijos no sentir3n el peso de la miseria en el mas ingrato rev3s de la fortuna.

Cuando decia esto el coronel, par3 un coche 3 la puerta de la casa, se asom3 Pomposita al balcon, y entr3 luego diciendo: Mi mam3, mi mam3, y viene con la se1ora Jacobita y con Labin. ¡Qu3 Labin es ese? pregunt3 el coronel. Y la ni1a respondi3: D. Enrique Labin, tio, el mayor de Ungr3a.

—¡Oh! bien: yo pens3 que era algun criado de tu casa. El caballero Labin es un hombre muy circunspecto, y por su edad podia ser tu padre.

En esto entraron las visitas, y pasados los primeros cumplimientos, dijo Eufrosina: Hermano, no perdamos tiempo: Jacobita tiene un baile esta noche con motivo del casamiento de su hermana Teodora. Le he merecido que ella misma haya ido en persona á convidarnos; pero quiere que usted le haga la gracia de asistir á su diversion con Matildita y Pudenciana. Yo le he dado mi palabra de que usted no la desairará: conque así vistete, hermana, y que se vista mi sobrina.

El coronel accedió, dando gracias á su cuñada y á la señorita Jacobita por su espresion, y entrándose las señoras á la recamara á vestirse de gala, nos quedamos los hombres en conversacion.

El señor Labin era antiguo amigo del coronel, y tenia buen talento, bastante madurez y mucha gracia: con esto fácil es inferir que confrontaba con D. Rodrigo, y que se trataban con una amistosa familiaridad.

El primero que habló fué el señor Labin, quien dijo al coronel: ¿Qué le parece á usted, compañero? ¿No se admira de verme de cortejante de una moza tan gallarda como su cuñada? ¡Vaya, que usted no me juzgaba tan adelantado! En verdad que no, respondió el coronel, cada día hay nuevas cosas que observar; pero ¡ya se vé que todos los maridos quisieran que los que cortejan á sus mugeres fueran tan

honrados como el señor Labin, con quien mi cuñada está demasiado segura de toda seduccion! Yo apostaré á que estaba usted de visita en su casa cuando fué la señora Jacobita á convidarla para el baile, y ella le suplicó á usted que la acompañara á casa. Así fué, dijo el oficial: las dos me instaron á que viniera, y me han comprometido á asistir á las bodas, de las que juzgo serán tan tristes sus fines, como son alegres sus principios.—¿Y por qué?—Porque la novia tendrá diez y siete años, y el novio no pasa de diez y ocho. Ya usted verá, compañero, qué resultados podrá esperar una muchacha que se casa con un muchacho. En esta edad agita la sangre en los dos todo el fomes de la lascivia, se entregan á sus placeres á rienda suelta; debilitan su salud y se anticipan la vejez. La muger, ó por su constitucion mas débil ó por los efectos de la concepcion, parto y lactancia, lleva siempre la peor parte: se enferma mas, se avejenta mas pronto, y cuando el marido tiene treinta años, se halla con que tiene por muger una vieja achacososa. Entonces abre los ojos, y se arrepiente de verse atado á una estantigna, que tal le parece su muger. A este arrepentimiento se sigue la aversion del objeto que la causa, y á este un odio que suele durar hasta la muerte. Tales son los efectos de los casamientos muy tempranos, especialmente por parte de los hombres. Yo, la verdad,

siempre los reprobare. Y con razon, dijo el coronel: porque los efectos que usted ha dicho son consiguientes á las causas. Los antiguos debieron de observar los mismos funestos resultados que se notan en el día en semejantes matrimonios. Aristóteles es de sentir que el hombre debe tener doble edad que la muger con quien se case: de modo que el hombre de treinta años y la muger de quince, harán un enlace proporcionado en razon de la edad, pues cuando él sea de cincuenta, ella será de treinta y cinco, y todavía no le parecerá vieja. Bien que aquellos que no son llamados para el celibato, y cuya continencia corra peligro en tal estado, deben casarse muy jóvenes, conforme al consejo del Apóstol.

A este tiempo salieron las señoras y las niñas muy compuestas, y habiendo dejado Doña Matilde prevenido todo lo necesario, y encargada su casa al cuidado de una señora vieja que la acompañaba, se fueron para la de Doña Jacobita, donde los esperaban los novios con una porcion de convidados.

Era muy cerca de anochecer cuando llegaron ó llegamos, que yo tambien gocé de esa funcion. La sala estaba completamente iluminada y surtida de señores y señoritas jóvenes, sin faltar algunos viejos y viejas, de aquellos que no se cansan de divertirse en toda la vida, ó que van á estas frascas solo por comer de balde. Los ojos se les iban hácia las mesas

del refresco que se dejaban ver en uno de los cuartos inmediatos; pero aun no era llegada la hora del combate, y asi se contentaban los mas golosos con lamerse los bigotes, como el gato cuando ve el jamon que no puede atrapar entre sus uñas.

Mas dejando á un lado á estos hambrientos, se hace preciso decir como todos los de la casa de Doña Jacobita y los deudos del novio cumplimentaron á porfia á las señoras Doña Matilde, Doña Eufrosina y sus niñas. Estas en la edad de trece años tenían unos cuerpos muy gallardos, y á mas de esto estaban bien adornadas, con lo que se llevaron luego luego las atenciones de todos los petimetres de la sala, quienes se apresuraban á obsequiarlas, especialmente á Pomposita; ya porque sus padres no se espantaban de sus obsequios, ya porque ella era mas bonita y mas familiar que Pudenciana.

A pocos minutos entró el ministro de la religion, y como si aquel acto fuera un mal paso, trataron los padrinos de darle prisa. Efectivamente, se procedió á las solemnes ceremonias, y se enlazó ante Dios y los hombres aquel nudo que hace las delicias de la vida cuando lo aprietan las voluntades de los contrayentes.

Concluido lo principal de la funcion, y pasados los abrazos y parabienes que en tales ocasiones se pro

digan, entramos con los novios, padrinos, convidados y entremetidos, á la sala del refresco.

Allí competía la profusión con la curiosidad. Había dos mesas: una surtida de todo género de dulces y helados, y otra de masas de bizcocho, buen queso, jamones en vino, aceitunas, y cuanto podía provocar el apetito de los esquisitos licores que abundaban. Mil arcos de flores y ramos de carturina hacían la mas agradable perspectiva.

Colocados los circunstantes en forma de batalla, se dió por los padres y padrinos de los desposados la señal de ataque, y al instante acometieron á los dulces y demas golosinas con la mayor intrepidez, de modo que en pocos minutos fueron todas derrotadas y desaparecidas por la glotonería mas decidida.

Yo me divertí aquel rato, observando los genios y educaciones de todos, y decia para mi sayo: No hay duda sino que en una concurrencia de estas, cada uno manifiesta sin querer sus principios; porque vi que los hombres que los habian tenido finos, solo se ocupaban en servir á las señoras con el mayor comedimiento, cuando á otros todo se les iba en aprovecharse de lo mejor, despedazar sin orden, y embarrar desaforadamente. Muchos haciéndose corrientes, no solo comían ó devoraban cuanto podían, sino que llenaban las bolsas y pañuelos de lo mas esquisito, sin perdonar las botellitas de licor. Yo creí

que alguno se habria guardado una fuente de plata, si se la hubiera podido acomodar en el bolsón de la levita. En fin, el refresco se concluyó sin quedar ni migajas para los sirvientes.

Ya con los estómagos habilitados, pasaron á la sala, y se comenzó el baile que acompañaba una completa orquesta. A los principios se bailaron unas boleras y algunos minués; pero los mocitos, cansados de bailar estas piezas, comenzaron á bailar walse y contradanza. Entonces todo se volvió bulla y alegría en los dos secos.

En breve pasaron revista y manoseo con todas las jóvenes de la sala. Pomposita se llevó las atenciones y los primeros aplausos, no sé si por su cara, por su habilidad ó por su desenfado en el bailar, aunque sería por todo seguramente. Tuvo la gloria de cantar en el wals á cuatro señoritos y á los músicos, que ya daban al diablo la perseverancia de la infatigable bailadora.

Pudenciana no dejó de hacer su deber ni ocupó el asiento en balde, porque con permiso de sus padres bailó dos versos de boleras diestramente. Querían los curiosos probarla en el wals; pero ella bien enseñada por su padre, se escusó con que no sabía, y todos se quedaron deseando verla bailar este son favorito del día, sin embargo del esfuerzo que hacía por su parte su tia Doña Eufrosina y el cándido de

D. Dionisio, quienes no dejaron de incomodarse con su tenaz resistencia.

Se continuó bailando, y como á las once de la noche, fatigados de walsar y contradanzar, comenzaron á bailar sonecitos del país; pero luego que bailaron uno que llamaban el dormido, se levantó el coronel y se despidió con su familia, prestando enfermedad y muchas ocupaciones al día siguiente.

Bastante hicieron por detenerlo; mas todo fué en vano, él se retiró; y á otro día fué Eufrosina y su marido á verlo con achaque de saber si habian tenido novedad; pero la verdadera causa que los llevó, fué la que se dirá en el capitulo eatorce.

CAPITULO XIV.

En el que se descubre la causa de la visita de Eufrosina, que fué un sentimiento que tenia de su cuñado, y la satisfaccion que este le dió.

ALMORZANDO estábamos, cuando Doña Eufrosina entró con su marido, muy cuidadosa, al parecer, por la salud del coronel; pero á poco rato no pudo disimular el motivo verdadero de su visita; y así le dijo: Muy bien conocí, hermano, que usted anoche no tenia otra enfermedad que su maldito genio hipocondriaco y escrupuloso. ¡Caramba, que es usted fatal! me hizo usted desesperar, y me desairó como acos

tumbra, no consintiendo que bailara Pudenciana un walsesito, y esto, solo porque era empeño mio y se habian interesado al efecto aquellos caballeros. Si, por eso fué, por eso: porque decir que no sabe bailar walse Pudenciana, es negar la luz del día; y á mas de que semejante muela se les podia encajar á los demas; pero no á mi que estoy cansada de verla bailar con Pomposita. Pero ¡ya se vé! que usted lo hará porque se crie su hija recatada; aunque en esto de buena crianza nada le va á deber á la mía, porque yo y su padre tambien sabemos lo que se hace, y al fin es una grosería que una muger no sepa bailar cuanto se usa, ni que por ser zonza desaire á los que en una concurrencia la conviden. Yo por mí, hermano, ya me guardaré de suplicarle á usted nada en una publicidad, pues tengo mucha experiencia de que siempre se empeña en que quede mal.

No es para tanto, hermana, dijo el coronel; usted no debe sentirse porque no bailara wals Pudenciana. En verdad que se lo tengo prohibido, y me parece que con razon. Soy su padre, y tengo cuanta autoridad necesito para impedirle todo aquello que me parezca mal.

No por eso pretendo que la educacion que yo le doy á mi hija sea norma por la que se sigan las demas. Cada uno es dueño de su casa y padre de sus

D. Dionisio, quienes no dejaron de incomodarse con su tenaz resistencia.

Se continuó bailando, y como á las once de la noche, fatigados de walsar y contradanzar, comenzaron á bailar sonecitos del país; pero luego que bailaron uno que llamaban el dormido, se levantó el coronel y se despidió con su familia, prestando enfermedad y muchas ocupaciones al día siguiente.

Bastante hicieron por detenerlo; mas todo fué en vano, él se retiró; y á otro día fué Eufrosina y su marido á verlo con achaque de saber si habian tenido novedad; pero la verdadera causa que los llevó, fué la que se dirá en el capítulo eatorce.

CAPITULO XIV.

En el que se descubre la causa de la visita de Eufrosina, que fué un sentimiento que tenía de su cuñado, y la satisfacción que este le dió.

ALMORZANDO estábamos, cuando Doña Eufrosina entró con su marido, muy cuidadosa, al parecer, por la salud del coronel; pero á poco rato no pudo disimular el motivo verdadero de su visita; y así le dijo: Muy bien conocí, hermano, que usted anoche no tenía otra enfermedad que su maldito genio hipocondriaco y escrupuloso. ¡Caramba, que es usted fatal! me hizo usted desesperar, y me desairó como acos

tumbra, no consintiendo que bailara Pudenciana un walsesito, y esto, solo porque era empeño mio y se habian interesado al efecto aquellos caballeros. Si, por eso fué, por eso: porque decir que no sabe bailar walse Pudenciana, es negar la luz del día; y á mas de que semejante muela se les podia encajar á los demas; pero no á mi que estoy cansada de verla bailar con Pomposita. Pero ¡ya se vé! que usted lo hará porque se crie su hija recatada; aunque en esto de buena crianza nada le va á deber á la mía, porque yo y su padre tambien sabemos lo que se hace, y al fin es una grosería que una muger no sepa bailar cuanto se usa, ni que por ser zonza desaire á los que en una concurrencia la conviden. Yo por mí, hermano, ya me guardaré de suplicarle á usted nada en una publicidad, pues tengo mucha experiencia de que siempre se empeña en que quede mal.

No es para tanto, hermana, dijo el coronel; usted no debe sentirse porque no bailara wals Pudenciana. En verdad que se lo tengo prohibido, y me parece que con razon. Soy su padre, y tengo cuanta autoridad necesito para impedirle todo aquello que me parezca mal.

No por eso pretendo que la educacion que yo le doy á mi hija sea norma por la que se sigan las demas. Cada uno es dueño de su casa y padre de sus

hijos, y obrará como le pareciere. El mundo se compone de opiniones.

¡Vaya, vaya! eso es tirar la piedra y esconder la mano, decía Doña Eufrosina: á usted no le acomodan los bailes, porque ya es viejo. sí, por eso, y no quisiera que ninguno bailara; pues yo he oído decir que los bailes son buenos y en todo el mundo se baila, y yo y Pomposa hemos de bailar sobre el diablo. Quedábamos bien con meternos á recoletas tan temprano. Mi hija está en la flor de su edad, y cuando yo no pueda bailar por vieja, no he de embarazar que baile la muchacha, que eso fuera como el perro del hortelano. A mas de que hasta en los conventos de frailes y monjas bailan de cuando en cuando, ¡vea usted por qué no hemos de bailar nosotras que estamos en el mundo y todavía se nos menea un pié!

Dice usted muy bien, hermana, prosiguió el coronel; pero no ha dicho sino lo que yo, esto es, que todos piensan con su cabeza, y cada uno hará en su casa lo que le pareciere.

No por esto crea usted que aborrezco toda clase de bailes por mi humor tétrico ni por mi edad madura: mas viejo que yo era Sócrates cuando comenzó á tomar las primeras lecciones del baile, y no perdió nada de su filosofía por esta afición.

No ignoro que el origen del baile casi se pierde en

su misma antigüedad, y esta diversion ha sido universal en todo el mundo, aun entre las naciones bárbaras. Ella ha tenido parte en los cultos religiosos, en los enlaces de bodas, y en las particulares festividades de la paz, y hasta entre los horrores mismos de la guerra.

Por tanto, pretender desterrar una diversion tan generalmente recibida, seria un absurdo antisocial; porque el baile en sí es indiferente, y solo malo ó bueno, segun el uso que de él se haga, y conforme el espíritu con que se baile. Santo fué el baile de David delante del Arca, y maldito el de los Israelitas al rededor del becerro; pero ¡cuán diverso fué el espíritu de estos bailaradores!

Bailar por alegría, bailar conservando las leyes del honor y la modestia, es buen bailar, y no hay quien lo condene. Los reyes, los hombres mas juiciosos y timoratos han autorizado esta diversion, no solo asistiendo, sino dando ellos mismos unos bailes suntuosísimos. Tales fueron los que dió Catalina de Médicis á los reyes de España, el memorable que dieron los padres del Concilio de Trento en esta ciudad á Felipe II, año de 1562, y el muy distinguido que dió Luis XII en la de Milan, rompiendo el baile el mismo monarca, y danzando en él los cardenales de S. Severino y de Narbona.

Estos bailes, y todos los que sean arreglados, son

loables y pueden frecuentarse sin riesgo; pero no son todos así seguramente. Yo asistiré y llevaré á mi hija á los que me parezcan tales, acordándome que el sabio Blanchard dice: "Que en cuanto á saber bailar es un ornamento que es bueno procurarse, porque sería llevar el rigorismo muy lejos, impedir absolutamente el baile á las personas del mundo, y no se puede condenar sino el abuso de él." Pero en virtud del parecer de este autor y por las obligaciones que me impone la religion, sé que no debo llevarla á ciertos bailes que comienzan con ceremonia y etiqueta, y acaban en manoseo y retozo. Esto haré yo; pero no me opondré á que usted y los demas hagan lo que quisieren. Calló el coronel, y Doña Eufrosina, no pudiendo sufrir mas esta reprehension, varió de plática, y á poco rato se despidió con su marido.

A pocos días encontré á Tulitas la ahijada del coronel; pero en un estado tan infeliz que no la conocia, porque estaba muy sucia, trapienta, descolorida, flaca y enmarañada. La pobre me habló y en un instante me contó sus desgracias, y cómo había estado en la cárcel y acababa de salir del hospital, y que estaba arrimada en casa de una vieja que había sido amiga de su madre. Yo me compadecí de ella, la socorrí con lo que pude, y me despedí.

Le conté este pssage al coronel delante de Doña

Matilde y de su niña, y me dijo: No te admires: tales, casi siempre, el paradero de las jóvenes bonitas que no se saben apreciar ni conservar su honor con constancia. El mundo las seduce, las alhaga y las lisonjea por unos días; pero al fin las abandona con infamia en los brazos de la miseria y de una vejez harto infeliz.

Despues que corren alegremente un poco de tiempo pisando flores por el camino de la prostitucion, despues que marchitan su juventud con los placeres, bailes, fiestas y bureos, cuando menos lo piensan se hallan despreciadas de sus adoradores, hechas el juguete de todos, y encuentran en el hospital ó la cárcel los mejores lugares en que llorar el fruto de su mal apreciada libertad. Gertrudis me compadece, pero tiene mil compañeras dignas de la misma compasion. ¡Ya se vé, que esta muchacha no se hubiera perdido, si no hubiera sido por su madre!—¿Le preguntaste por ella?

Si le pregunté. Me dijo que había muerto, y añadió muchos sentimientos de su conducta. ¡Dios la haya perdonado! me dijo: ¡Ojalá no me hubiera concebido en sus entrañas! Ella me hizo ecistir en el mundo; pero tambien me hizo infeliz en él. ¿Qué gana tenia yo de haber perdido mi crédito, ni haber pasado lo que solo Dios sabe? Muy bien estaba yo en casa de mi padrino tu tutor: nada me faltaba á su

lado, y sobre todo, estaba yo con honra y frecuentando los santos sacramentos, como tú lo veías. Tal vez allí me hubiera yo casado, y no que mi madre, (Dios se lo perdone), por la maldita codicia me vendió al infame D. Gervasio, y de allí se originó toda mi ruina, de la que no me repararé en la vida. Diciendo esto, comenzó á llorar amargamente, yo me consterné lo bastante, le di alguna cosilla, y me despedí como ya dije.

Repito, continuó el coronel, que es digna de mucha lástima Gertrudis. La frase con que ella culpa á su madre es bien adecuada. Por la codicia venden muchas á sus hijas y las hacen desgraciadas toda su vida, y con razon estas las hacen acreedoras al desprecio universal: ¿de qué escsecraciones no serán dignas las madres impías que trafican vilmente con sus hijas?

En esto estábamos, cuando entró el rancharo Pascual muy contento á avisar al coronel cómo para el inmediato domingo estaba prevenida la boda de Cúlás. D. Rodrigo recibió la noticia con agrado, y le dijo que el sábado estuviese en México con ocho caballos buenos, porque queria ir la familia de su cuñado. Pascual ofreció hacerlo así, y dejando muchas memorias á su ama, se fué para su rancho.

Me gusta este Pascual, decia el coronel, por hombre de bien y candoroso. Sin embargo de que la

maldicia ha estendido su imperio por todas partes, se encuentran entre estos pobres rústicos algunas almas tan sencillas y algunos corazones tan limpios, que es preciso amarlos luego que se tratan. Por lo comun no conocen el disimulo, la mentira, ni la vanidad, y esto los hace recomendables para toda gente sensata. Ellos es verdad que ignoran la finura, cumplimientos y faramallas de las ciudades; pero en cambio poseen muchas virtudes morales y cristianas, con las que pasan en su estado una vida feliz, y al fin aseguran la eterna. Por esto dice S. Agustín que los indoctos arrebatan el cielo. Es una lástima que se eduquen tan greseramente, y que se instruyan tan poco en su religion.

Si muchos de estos tuvieran mejores conocimientos de Dios, de sus atributos y perfecciones, de la naturaleza en comun y de la suya propia, serian menos idiotas y mejores padres y maridos, y darian á sus virtudes mas brillo y elevacion, conservando las que poseen y adquiriendo las que no conocen.

¿Pero en qué está, dije yo, que á pesar de la natural buena inclinacion de estas pobres gentes, las vemos algunas veces cometer unos delitos enormes, y los advertimos incurrir en unas boberias casi increíbles, especialmente los indios, en los que se notan unos defectos tan comunes y generales, que no parece sino que pasan por herencia de padres á hi-

jos? porque los indios son mezquinos, rudos, embusteros, supersticiosos, desconfiados, y muchos borrachos y ladrones. ¿En qué estará esto? quisiera yo saber, porque no comprendo por qué en cada clase de gentes sobresale cierta clase de vicios que parece que les son privativos. En los ciudadanos veo resaltar la intriga, la falsedad, la adulacion, la vanidad, la soberbia y el orgullo si son ricos (1); si son pobres, los veo holgazanes, descuidados, atrevidos, sin vergüenzas, necios y abandonados á los vicios mas torpes. En los payos ó gente rústica veo que sobresale la barbarie, el despilfarro, la groseria y la supersticion, y en los indios lo que ya tengo dicho, y así discurriendo por las demas clases del estado.

Hijo mio, tu duda es curiosa é interesante, dijo el coronel: yo no sé si te la podré satisfacer. El clima, las costumbres, las leyes y la religion del pais donde se nace, influyen poderosamente para formar el caracter de los hombres. Entiendo por caracter aquel apego y entusiasmo con que cada nacion conserva los modales que le enseñaron sus mayores, é que ha ido adquiriendo en el discurso de las tiem-

(1) *Todo esto se entiende con la respectiva restriccion, pues no se puede hablar generalmente. Muchos ricos habrá con estos vicios y mas, y muchos pobres con otros, y algunos sin vicio notable, &c. En todo cabe la escepcion.*

pos. La primera educacion que recibimos tambien influye mucho para formarnos el espíritu y para diferenciar nuestro caracter de aquellos que no la recibieron igual.

Concebida la verdad de estos principios, naturalmente se viene en conocimiento del motivo porque son tan varios los caracteres de los hombres, no solo considerados de nacion á nacion, sino tambien de provincia á provincia dentro de un mismo reino.

En esta inteligencia, no es extraño que los payos, los pobres y los indios tengan un carácter diferente ó unas diferentes inclinaciones respecto de los ciudadanos ricos é instruidos. La educacion y los principios de estos son diversos de los de aquellos: por consiguiente, debe ser diverso el carácter de unos y otros. Esto nada tiene de raro.

Busquemos en la educacion el origen de los vicios y de las virtudes de los hombres, y no nos será difícil encontrarlo. Mientras la educacion sea burda y abandonada, los hombres serán groseros y se inclinarán á los vicios mas torpes. En el estado natural, cuando el hombre abandonado á sus pasiones, sin religion, sin leyes ni gobierno, sin seguridad y sin cultura vagaba por los montes ya oprimiendo al desvalido, ó huyendo del mas fuerte, ¿qué eran sino unos bárbaros que tan pronto se engreian con el mas criminal despotismo, como se encorvaban bajo la

esclavitud mas vil? De cualquier modo deshonoraban la humanidad, ya tiranizando á los infelices, y ya sirviendo de infames instrumentos para que los poderosos satisficieran sus caprichos.

En medio de estos casos progresivamente apareció la religion, se reunieron en sociedades, se juraron las leyes, se establecieron los gobiernos: y mira aquí al hombre convertido de asesino en filántropo, de ladrón en custodio de los intereses de sus semejantes, de holgazan en laborioso, y últimamente de salvaje temible en ciudadano provechoso.

Tal ha sido la suerte de los pueblos, y tal es y será la de todos los individuos de la especie humana. Segun la idea que se formaren de la religion y del gobierno, segun la sociedad en que se erien, la educación que reciban y las costumbres que vean practicar, así saldrán ellos como he dicho.

El pobre ranchero, el infeliz indio, el plebeyo abandonado, que ignora la religion que dice profesa, que no conoce la justicia de las leyes, ni advierte la gravedad de los delitos que comete, y á mas de esto, se ha criado en medio de una familia soez, educado con los pésimos ejemplos de unos padres viciosos é ignorantes, ¿qué podrá ser sino un inculto barbajan, y acaso un vicioso perdurable? Sin advertir la mútua conveniencia que nos resulta de sujetarnos á las leyes civiles, sin saber cuánto nos obli-

gan las eternas, sin probar jamas los dulces frutos de las ciencias, y sin noticia de lo que es probidad, honor y vergüenza, ¿qué puede ser, repito, un hombre de estos, sino un necio, un mal padre, un peor marido, y un pésimo individuo de la especie humana?

Tú me preguntarás ¿á quién le toca poner el remedio sobre estas cosas, y velar acerca de la buena educación de estas gentes? y yo no me detendré para decirte que al gobierno.

Los reyes en primer lugar, y en segundo los que hacen sus veces, son los que tienen esta segrada obligacion conforme al sagrado testo: ¿Te ha constituido Dios, (dice el Eclesiástico), (1) superior de estos individuos? Pues ten cuidado de ellos.

Nuestros soberanos, bien penetrados de este principio, han querido desempeñar siempre este divino precepto. Las repetidas y piadosas órdenes que en todos tiempos han espedido para que se establezcan escuelas en todos los pueblos, las academias que han erigido en este y en el otro continente, los colegios que han recibido bajo su patronato real, los premios que han querido se consagren al mérito, etc. etc. son pruebas nada equívocas de que han tratado de desterrar de entre sus vasallos la holgazaneria y la ignorancia, y de consiguiente la miseria y

(1) *Eclesiást.* 31. 1 y 2.

el vicio, detestando como reyes católicos aquel inicuo axioma del falso poillico Maquiavelo, que decía ser conveniente á las metrópolis mantener sus colonias pobres y estúpidas, como si la indigencia y la barbarie fueran mas poderosas para sujetar á los hombres á la razon, que no la mediocridad, y la doctrina ó enseñanza.

Los excelentísimos señores víreyes han cumplido por su parte las disposiciones de los reyes, publicando sus órdenes y haciéndolas valer en lo posible. Pues si esto ha sido así, dirás: ¿En qué consiste que en el reino haya tanto holgazan, ignorante y vicioso como se ve? No sé si atinaré con la respuesta; pero escucha. No siempre depende de las primeras voluntades el que se cumplan sus benéficas intenciones. Ni los reyes, ni los víreyes, ni los magistrados, ni cualesquiera superiores son como Dios, que con un solo acto hace cumplir su voluntad por sí, sin necesidad de ageno auxilio. Todos los hombres son muy miserables y limitados: siempre estamos dependientes unos de otros, y necesitamos valernos de los demas para verificar muchas veces nuestros designios. He aquí la resolucion del problema.

Los reyes han querido que sus vasallos se instruyan y se eduquen rectamente: para esto han mandado se establezcan y fomenten escuelas en todas partes: sus viceregentes han comunicado las reales órde-

nes á los jueces y curas de los pueblos, como que estos son los agentes inmediatos y á quienes corresponde llenar las benéficas intenciones del soberano. Y bien: ¿se cumplen en todas sus partes y como debia ser? Los resultados dicen que no, por mas que los subdelegados y párrocos digan que hacen cuanto pueden.

No ignoro que algunos de estos se desvelan y se afanan porque los indios de sus pueblos reciban la instruccion mas conveniente y proporcionada á su capacidad; pero tambien sé que no son los mas, y por esta verdad responde la estupidez de los indios de casi todas las provincias del reino.

No solamente en los pueblos se lamenta este descuido en la primera educacion de los pobres. En las ciudades y en la capital misma no se observa mejor con corta diferencia. ¿No ves la multitud de muchachos trapientos y haraganes que vagan todo el dia por las calles? ¿No te encuentras á cada paso con una tropa de vagamundos que andan jugando á los clavitos y al picado en las esquinas y plazuelas, sin mas aparente ocupacion que vender billetes? ¿No te ha escandalizado el ver pedir limosna unas criaturas de cuatro y de cinco años? Pues esto ¿qué prueba sino que tienen unos padres indolentes, y unos curas que tal vez ignoran que tienen semejante clase infeliz de feligreses?

Después que yo veo la abundancia de muchos perularios que sobrecargan con su peso la sociedad, no me hace fuerza encontrar unos hombres borrachos tirados en las calles como unas bestias, ni me admira que haya tantos ladrones y viciosos arrastrando una cadena, sufriendo unos azotes afrentosos ó pagando en el último suplicio sus delitos. Nada de esto me admira, porque es consiguiente á la abandonada educación que recibieron; y sería un delirio esperar frutos sazonados de semillas ruines.

Ya ves aquí descubierto el origen de los vicios que especialmente notas entre la gente pobre é ignorante, y ves cómo no bastan á impedirlos las mas sanas providencias de los reyes ni las ineficaces diligencias de los que gobiernan en su nombre. Los ojos que miran de cerca á sus pueblos y las manos que están destinadas para repartirles el pan de la doctrina, son los que deben cooperar á esta grande obra.

Para ella no basta que haya escuelas en los pueblos ni en las feligresias, se necesitan indispensablemente dos cosas, y faltando unas de ellas, las escuelas valdrán tanto como nada. Es pues, preciso que haya escuelas; pero que estén encargadas á maestros idóneos, no solo para enseñar el catecismo y las primeras letras á los muchachos, sino tambien buenas costumbres. Mas ¿qué se podrá esperar de unos maestros, como yo los he visto, no solo

ignorantes sino tambien viciosos? Alguno he conocido que desde la mañana hasta la tarde estaba en viando por aguardiente. Todo el dia borracho ¿qué podria enseñar á sus discipulos? y ¿qué aprovechados saldrian estos con un ejemplo semejante?

No es raro hallar en los pueblos esta clase de indviduos, ni es difícil encontrar sujetos de probidad é instruccion que desempeñen el titulo de maestros á satisfaccion de los curas; pero dotándolos regularmente. Mas querer hallar hombres instruidos y á propósito que se sujeten á esta fastidiosa tarea por veinte ó catorce reales semanarios, es imposible.

Dótense bien esas plazas, y sobrará quien las ocupe dignamente. Si se me preguntara ¿de qué fondos debian salir estas dotaciones? Yo dijera, que de las cajas de comunidad de los indios y de las particulares de los comerciantes y hacendados de sus pueblos, pues á todos alcanzaba el beneficio de la buena educacion de los muchachos.

No es esto tan difícil como parece. Si los señores párrocos persuadieran á los indios de las ventajas que resultarian á ellos y á sus hijos de la buena educacion que estos les dieran, si les hicieran ver que era mas grato á Dios y provechoso á ellos que educasen bien á sus hijos, que no que gastasen su dinero en fiestecitas, ni en vestidos de soldados en la semana santa, en comedias, loas, retos y otras frioleras:

inútiles cuando no perniciosas á ellos mismos, seguramente recibirían los paternales consejos de sus curas; porque el indio en concibiendo que le interesa alguna cosa, se presta á ella á costa de los mayores sacrificios, y abrazada por ellos esta idea franquearían sus arcas, y se hallaría con que dotar maestros hábiles, que gobernasen sus escuelas, que es la primera condicion que se requiere para la buena educacion de los pueblos.

La segunda no es menos importante, y consiste en celar que los muchachos vayan á ellas; porque si no ¿de qué servirán los buenos maestros? Esto me parece menos difícil que lo primero, en queriendo que lo sea los que mandan en los pueblos. ¿Qué dificultad hay para saber cuántos muchachos hay en un pueblo? ¿por qué no se podrán llamar por lista todos los dias como se hace con los soldados? Faltando alguno, ¿qué teología se necesita para averiguar en quién consiste la falta, si en el muchacho, ó en su padre, ni para castigar irremisiblemente al culpado? y por último, ¿qué no pudieran hacer el maestro y el gobernador, auxiliados por el subdelegado y el cura? Seguramente se conseguiria el fin, y se llenarian muy en breve las intenciones de nuestros benéficos monarcas.

Lo mismo y con mas facilidad se podria hacer en las ciudades; y ves aquí, segun me parece, realizado

en dos palabras el plan de educacion general, que hasta hoy tenemos en un pié lamentable. *Buenos maestros que enseñen, y mucho cuidado para que los muchachos aprendan.* Si por fortuna á este cuidado se juntara algun amor del bien público de parte de los párrocos y jueces, y procuraran animar á la juventud con algunos premios y cariñosas distinciones, entonces yo aseguro que no muy lejos, dentro de diez años se harian demasiado perceptibles las ventajas.

Pero yo me he distraido mucho en esta conversacion, que quizá te habrá enfadado por prolija; aunque tú has tenido la culpa por haberme tocado en un punto que siempre he visto con el mayor interés y compasion. Son ya las doce, y se me habia olvidado que tengo que ir á casa del marqués.

Yo le di las gracias por la confianza que me dispensaba, asegurándole que lejos de fastidiarme su conversacion, siempre me era demasiado agradable por la instruccion que en ella recibia. Con esto se despidió el coronel, yo entré á hablar un rato con Doña Matildita y su niña, y á poco me despedi tambien.

CAPITULO XV.

En el que se cuenta la desgraciada aventura de Pomposita, y el casamiento de Culás y Marantoña.

Al dia siguiente pasé mi catre, mi baúl y mi corto ajuar á la casa del coronel, y el inmediato sábado

inútiles cuando no perniciosas á ellos mismos, seguramente recibirían los paternales consejos de sus curas; porque el indio en concibiendo que le interesa alguna cosa, se presta á ella á costa de los mayores sacrificios, y abrazada por ellos esta idea franquearían sus arcas, y se hallaría con que dotar maestros hábiles, que gobernasen sus escuelas, que es la primera condicion que se requiere para la buena educacion de los pueblos.

La segunda no es menos importante, y consiste en celar que los muchachos vayan á ellas; porque si no ¿de qué servirán los buenos maestros? Esto me parece menos difícil que lo primero, en queriendo que lo sea los que mandan en los pueblos. ¿Qué dificultad hay para saber cuántos muchachos hay en un pueblo? ¿por qué no se podrán llamar por lista todos los dias como se hace con los soldados? Faltando alguno, ¿qué teología se necesita para averiguar en quién consiste la falta, si en el muchacho, ó en su padre, ni para castigar irremisiblemente al culpado? y por último, ¿qué no pudieran hacer el maestro y el gobernador, auxiliados por el subdelegado y el cura? Seguramente se conseguiria el fin, y se llenarian muy en breve las intenciones de nuestros benéficos monarcas.

Lo mismo y con mas facilidad se podria hacer en las ciudades; y ves aquí, segun me parece, realizado

en dos palabras el plan de educacion general, que hasta hoy tenemos en un pié lamentable. *Buenos maestros que enseñen, y mucho cuidado para que los muchachos aprendan.* Si por fortuna á este cuidado se juntara algun amor del bien público de parte de los párrocos y jueces, y procuraran animar á la juventud con algunos premios y cariñosas distinciones, entonces yo aseguro que no muy lejos, dentro de diez años se harian demasiado perceptibles las ventajas.

Pero yo me he distraido mucho en esta conversacion, que quizá te habrá enfadado por prolija; aunque tú has tenido la culpa por haberme tocado en un punto que siempre he visto con el mayor interés y compasion. Son ya las doce, y se me habia olvidado que tengo que ir á casa del marqués.

Yo le di las gracias por la confianza que me dispensaba, asegurándole que lejos de fastidiarme su conversacion, siempre me era demasiado agradable por la instruccion que en ella recibia. Con esto se despidió el coronel, yo entré á hablar un rato con Doña Matildita y su niña, y á poco me despedi tambien.

CAPITULO XV.

En el que se cuenta la desgraciada aventura de Pomposita, y el casamiento de Culás y Marantoña.

Al dia siguiente pasé mi catre, mi baúl y mi corto ajuar á la casa del coronel, y el inmediato sábado

llegó Pascual con los caballos. Sin pérdida de tiempo se avisó á Doña Eufrosina para que dispusiera el paseo por su parte, y ella contestó que por estar enferma iría en coche con unas amigas suyas; pero que D. Dionisio y Pomposita irían á caballo.

En esa noche se dispuso todo lo necesario en las dos casas. A otro día oímos misa temprano, y cuando volvimos de la iglesia ya estaba prevenida Doña Eufrosina y sus amigas, D. Dionisio, el anciano eclesiástico, el señor Labin, el Licenciado Nariques y algunos otros.

¡Santa Bárbara sea conmigo! dijo Pascual al ver tan grande y lucida comitiva. Todos oímos su desahogado grito, y lo vimos coser la barba con el pecho: pero á ninguno le ocurrió preguntarle la causa: tal estábamos de entretenidos.

Se ensillaron los caballos, y el de Pomposita se adornó con un famoso sillón: cada uno fué montando en el que le tocaba. Pero ¡cuál fué mi admiración y la de muchos cuando vimos salir á la niña Pudenciana y á su mamá vestidas con sus tánicos de montar, calzadas con sus zapatos de botín, con acicates de plata, y adornadas sus cabezas con unos gorros muy preciosos!

Inmediatamente que llegaron adonde estaban sus caballos, montaron en ellos con bastante ligereza, y comenzamos nuestra agradable caminata.

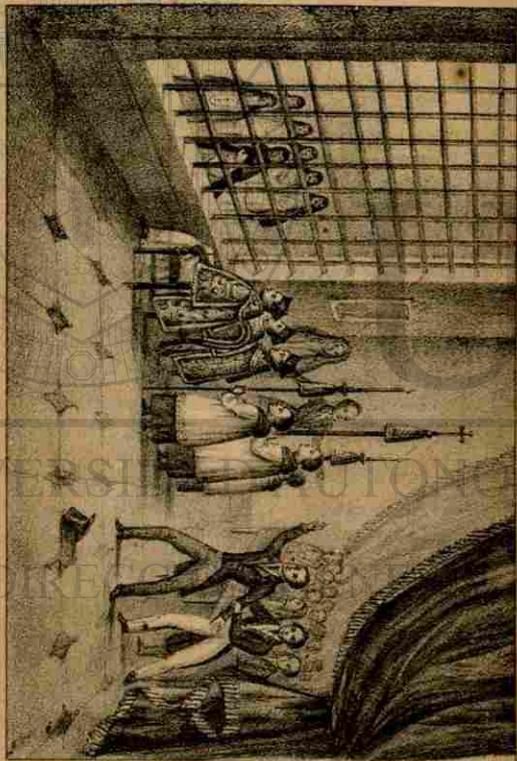
El acompañamiento era tan grande y tan lucido, que traía sobre sí la curiosidad de las gentes que encontrábamos por las calles, siendo Matilde y su hija los objetos que mas llevaban la atención.

Los caballeros que nos acompañaban se deshacían en elogios de Pulenciana, cuyo garbo les era demasiado agradable.

Unos decían que parecía una Palas, otros una Amazona; estos la emperatriz de las Rusias cuando fué al frente de sus ejércitos á atacar á la Puerta Otomana: y todos á porfía la colmaban de alabanzas y le dirigian sus comparaciones mas ó menos adecuadas, pero segun podian.

Tan repetidas alabanzas lastimaban fuertemente los oídos de Pomposita, quien no pudiendo ya sufrir que ensalzasen tanto á su prima en su presencia, dijo: ¿Qué te parece, nina? Ciertamente que has caído en gracia á estos señores. ¿Qué bien ha hecho mi tío en enseñarte á andar á caballo como los hombres. Yo la verdad, estoy envidiosa de esa tu rara habilidad, y desde ahora prometo que voy á empeñarme con papá para que Lailson [1] me instruya en el arte de la equitación, por si algun dia me viere en nece-

[1] D. Felipe Lailson, conocido en la Europa y en esta América por su grande habilidad en el arte de la Equitación.
LA QUINOTITA, N. 11. TOMO I. 21.



sidad de hacer maromas en el circo, aunque tú estás muy adelantada y podrás hacerme el favor de enseñarme.

Pudenciana se puso colorada por la burla de su prima, pero no se atrevió á responderle una palabra. Sus padres iban á tal distancia, que no pudieron oír nada de esto, mas el caballero Labin se encargó de defenderla de este insulto, enfadado por la altanería de Pomposa, á quien dijo: Señorita, tiene usted mucha razon para envidiar la habilidad de esta niña, pues lo es en efecto saber montar á caballo y llevar el cuerpo con la gracia que ella lo lleva. Nada hemos puesto de nuestra bolsa en alabarla: si usted anduviera así merecería igualmente nuestros elogios.— ¡Ay! ¿yo? ni pensarlo. ¡Dios me libre de ser tan ridícula ni tan machorra que montara á caballo como hombre! Mi papá y mi mamá dicen bien, que eso es una indecencia en una muger, y es querer hacerse muy singulares entrar por semejantes monerías.

—Sus padres de usted dirán lo que quisieren; pero pienso que seguramente se equivocan. Yo he andado por diferentes partes de la Europa, donde he visto que casi todas las señoras no montan de otra manera. Aquí en México hemos visto seguir esta costumbre á algunas extranjeras y españolas. Pero preescindiendo de los ejemplos, le razon y la experiencia nos manifiestan la bondad y la inocencia de

este uso [1]. Nada tiene de nocivo á la salud, cualidad que falta á estos sillones [2]. Yo aseguro que con el movimiento del caballo, ya no lleva usted la cintura muy á gusto, y no hemos andado media legua. ¿Qué sería en un camino largo?

Tampoco tiene nada de indecente usándose con las precauciones que esta niña. Ya usted habrá visto que apenas se apea, cuando, si quiere, con abrocharse los botones de otro modo, ya está con túnico y enteramente en traje de muger.

Careciendo este uso de las malas cualidades de in-

[1] *El señor Labin tal vez no ignoraría que Dios en el capítulo XXII del Deuteronomio, prohibió espresamente que el hombre se vistiera como muger y la muger como hombre; pero sabía que un caso de necesidad [indulta de esta observancia y el caminar puede ser este caso: por eso defendió la costumbre solo con esta ocasion, dejando á los teólogos la resolucion decisiva de la materia.*

Nota del Editor. *Es falso que el traje de que se habla en este lugar y usan las señoras para montar á caballo sea de hombre, aunque algunas piezas lo parezcan, pues nadie ni aquí ni en Europa ha visto á los hombres usar el túnico abierto que para esto se visten las mugeres.*

[2] *Las propensas á hemorragias ó flujos de sangre y las grávidas, pueden resentir el montar á caballo de cualquier modo que sea.*

decente y nocivo á la salud, tiene las ventajas de facilitar á una muger el cabalgar, de hacerla menos pesada á los hombres que la acompañan, de proporcionarle la carrera sin riesgo, de librarla por consiguiente de un peligro, y de precaverla, aun en el caso que caiga, de que se ofenda su honestidad.

Que me señalen iguales ventajas en el uso de los sillones; y si no las pueden señalar, sujetémonos á la razon: y cuando mas, que no admitan la moda: pero tampoco se burle nadie de quien la sigue, pues en esto se acreditará su necesidad. Tan malo es seguir las modas malas por capricho, como no seguir las buenas por preocupacion, y mas cuando la razon nos convence de su utilidad.

Tanto se embobó Pomposita oyendo al señor Labin, que se le cayó el paraguas sobre las orejas del caballo. Este, sin embargo de su mansedumbre, se espantó al verse con aquel embarazo delante de los ojos, y sin esperar razones, dió la estampida, y á poco trecho cayó en tierra mi señora Doña Pomposa, mal de su grado: pero en tan indecente postura, que cuando menos, nadie dudó de qué color eran sus ligas. Los mozos corrieron á atajar el caballo; y nosotros fuimos aprisa á socorrer á la desventurada.

Inmediatamente la levantamos y la metimos en el coche. Por fortuna no recibió mas daño que una ligera contusion. Su vanidad sí, quedó bien abati-

da, y mas cuando el señor Labin le dijo: Señorita, siento mucho este accidente, y para que no lo vuelva á experimentar, le aconsejo que aborrezca los sillones, y se acostumbre á cabalgar como su prima, pues así irá siempre mas segura en los caballos.

Dejámosla en el coche, y continuamos nuestro paseo. El coronel y su esposa se juntaron con nosotros, y fuimos andando y conversando todos alegremente, menos Pascual, que iba en su mula cabizbajo y pensativo sin hablar una palabra, manifestando que alguna pesadumbre oprimia su corazon.

El coronel reparó en su tristeza, y acordándose de la fervorosa exclamacion que acababa de hacer en México á Santa Bárbara no pudo menos sino preguntarle con el mayor empeño la causa de su afieccion. ¿Qué tienes Pascual? (le decia), estás enfermo?—No, señor.—Te has arrepentido de que se case Cúlás?—¡Ojala fuera ese mi cuidado! ¿Te falta dinero para alguna cosa precisa?—Aunque me falte y aunque lo tenga, de nada me sirve agora.—¿Pues qué tienes, hombre? ensáñchate, á ver si podemos consolarte?—Apurarme mas podrán sus mercedes por ahora; pero eso de consolarme, cuándo.—¿Conque nosotros podemos adigirte? ¿De qué modo? Vamos, espílicate, no nos tengas en duda de ese enigma.

—Pues señor amo, si no se ha de enojar su mercé, voy á confesarle la purisima verdad, aunque me

cueste harto trabajo decirla; pero por eso se dice que mas vale vergüenza en cara, que rencilla en corazón: y que es mas mejor ponerse una vez colorado que ciento descolorido, pues al buen pagador no le duelen prendas.....

—Vamos, hombre, acaba con tantos refranes, que te nos vas volviendo Sancho Panza entre las manos. Despacha, ¿qué es lo que tienes? ¿qué te afige?

—¡Qué me ha de apurar, señor! ya sabe su mercé como el diablo que no duerme hizo que mi muchacho Cúlás viera de buen ojo á Marañón, esa que va á ser su muger agora mismo; y luego que me lo dijo, le dije yo: “Hijo, yo estoy opuesto á cuanto tú quieres, porque la muchacha es guena, y mas mejor es que te cases que no te quedes ansina.” Y yo luego luego dí traza para pedirselá á su padre el tío Benino, quien no se hizo mucho de rogar, y como ya todo estaba de punto, quije que no quije fué menester buscar dinero, porque para todo quieren dinero en esta triste vida, y por el dinero baila el perro, como su mercé sabe.....

Estimo tus favores, dijo el coronel; pero sigue tu cuento sin rodear tanto, pues segun vas, pienso que no lo acabas en ocho dias.....

El eclesiástico y los demas señores suplicaron á D. Rodrigo que dejase hablar á su criado cuanto quisiera, y que se explicara conforme fuera su gusto,

porque ellos no lo recibieron menos al escucharlo. El coronel dijo á Pascual que continuara, y este con la misma sencillez que comenzó, prosiguió su cuento de esta manera: Pos señor, como era menester dinero, ¿qué hago? Cojo y vendo un burro mestro, con perdon de sus mercedes, y dos vacas paridas, que por todo me dieron cincuenta pesos; á juera de esto, empené las tierritas de Cúlás en veinte pesos, que hacen treinta..... cuarenta..... cincuenta..... setenta pesos; y como no alcanzaba para los gastos, se acordará su mercé que le pedí veinticinco pesos prestados, que son cincuenta..... sesenta.... setenta... setenta y uno, setenta y dos, setenta y tres, setenta y cuatro, setenta y cinco y veinte, son noventa y cinco pesos cabalitos, sin medio mas ni medio menos; y de este dinero gasté diez y seis pesos que le dí al señor cura por el casamiento; seis varas de indianilla para la novia, que costaron á once reales y medio cada vara: que son..... seis pesos por un lado, y seis pesetas..... ¡Válgame Dios! seis pesetas, y luego seis reales y seis medios..... En fin, señor amo, agora no puedo ajustar la cuenta; pero allán casa con mis frijoles y mis habas se las ajustaré en un brinco, porque los frijoles son reales y las habas pesos: y ansina se cuentan ocho frijoles y se aparta una haba: se cuentan otros ocho y se aparta otra haba, y en una carrera se ajusta cualquier cuenta.

No pudo menos Pudenciana que reirse grandemente del modo de contar de Pascual, y se acordaba con agradecimiento de las reflexiones que su papá le habia hecho cuando le enseñó á valerse de los números.

Pascual que no entendia lo que hablaban, y que ya rabiaba por contar el motivo de su afliccion, dijo: Perdone su mercé que la encuarto; pero yo he gastado todo ese dineral, pensando quedar bien debajo de ser un probe, pero como no hay gusto cumplido en esta triste vida, de una hora á otra se me cayó el gozo en el pozo, porque la verdad, yo pensé que vinieran solo sus mercedes y la señora Doña Frosina y su niña, y me voy jallando esta mañana con todo el patio lleno de gente, y estoy que se me queé la cara de vergüenza, al ver que agora vamos entrando en Tacubaya con coche y tantos caballos y señores y señoras tan decentes, que parece que van al casamiento de la vireina, y todo el pueblo se alborotará; y yo quijera quedar bien, y en esto que no alcanza la comida, pues cuando mas y mucho habrá para veinte almas, y solo aquí vamos mas de los veinte, ajuera de los parientes y conocidos que están allán casa, que no sé cómo nos vendrá la gupera. Vea su mercé si mi apuracion es moco de pavo, y si tengo razon no digo para ir triste, sino para llorar lágrimas de sangre; porque será bravo dolor

que despues de despulsarme por quedar bien, no tenga agora ni que darles de comer á estos señores, que para su mercé no faltará.

Fieron todos á carcajada suelta luego que Pascual acabó su relacion, porque al concluir la miró á todos, suspiró y puso una cara de jugador cuando se le arranca el último peso, y no tiene á quien pedirle.

La bulla y algazara que armaron fué tal, que la oyó Eufrosina, quien hizo parar el coche para informarse del motivo. Se lo contó el señor Labin en dos palabras, y todas las niñas que iban en el coche alternaron en la risa con los hombres.

Pascual no dejó de discarse; (1) y no quisiera ver los tan alegres á su costa. El coronel advirtió la incomodidad de Pascual, y para sosegar un poco la risa general, llamó la atencion de todos, diciendo: Señores, la candidez del pobre Pascual me trae á la memoria el cuentecillo de aquel rey que habiendo salido á caza, le anocheció, y perdido sin encontrar el camino real, no tuvo otro arbitrio que hospedarse en un cortijo ó rancho miserable, donde los monteros, soldados y criados acabaron con quanto habia para dar de cenar al rey y su corte, y cenar ellos. Pasó la noche, y el día siguiente al despedirse el rey del pobre viejo, dueño del rancho, le dijo que le pidiese

[1] *Ponerse colorado por la vergüenza.*—E.

alguna merced. El entonces con lágrimas en los ojos le dijo: Señor, el mayor favor que pido á vuestra Magestad, es que en la vida me vuelva á hacer otra visita, porque si en una noche han destruido sus criados todo el fruto de mi trabajo de muchos años, en asegurando otra visita, me echará vuestra Magestad á pedir limosna con mi familia. Al rey le cayó en gracia la ingenuidad y sencillez de aquel labrador, y lo dejó consolado, resarciéndole sus pérdidas generosamente. Tú, Pascual, consuélate también, y está seguro no solo de que alcanza la comida que has dispuesto, sino que sobra, porque todos estos señores son de muy poco comer. No calmó mucho esta esperanza la tristeza de Pascual; y así continuó en silencio y con su cara de herrero, hasta que llegamos á Tacubaya.

Poco antes de las nueve de la mañana entramos en aquel ameno pueblecito, y al instante comenzaron á repicar en la parroquia. Muchos creyeron que el repique era por nosotros, mas se engañaron, pues fué el primero para llamar á la misa mayor, y estaban avisados los campaneros para que luego que entrásemos repicaran.

Pascual quería que los cocheros se dirigiesen á su casa, pero el coronel mandó que fuesen á las curales. El párroco, que habia sido condiscípulo del coronel, y era muy su amigo, lo recibió con la familiaridad

mas cariñosa, y con mucha atención á los demas señores.

D. Rodrigo, advirtiéndole que ya se acercaba el tiempo de la misa, trató de que fuésemos á la casa de la novia para conducirla á la iglesia.

Ya estaban esperándonos los novios, sus padres amigos y parientes. Culs estaba de gala con sus calzones de pana azul galoneados y bien surtidos de botones de plata: unas buenas botas picadas y bordadas de oro y azul: sus zapatos abotinados de cordobán, de los que llaman de boca de cántaro: una muy curiosa cotona de indianilla verde guarnecida de listoncito de color de rosa: su mascada del mismo color: su sombrerito redondo, pardo y con toquilla y galon de plata, concluyendo este lujo con una famosa manga de paño azul con dragona carmesí y flecos de oro.

La novia no estaba menos decente en su clase, porque tenia un traje de indiana fina de fondo lacre: su mascada de las que llamaban de arco iris: sus aretes de piedra inga muy relumbrantes: unos tres ó cuatro hilos de perlas finas, aunque menudas, sus cintillos de iguales piedras que los aretes: una porcion de listones en la cabeza, á los que sujetaba una peineta de carey; y remataba su compostura con unas medias de seda, nuevas de primera, y unos zapatos de raso color de rosa bordados de plata.

Culás era un moceton alto y bien formado, rubio y como de veintiseis años de edad; y Marantona, como le decia Pascual, seria como de diez y ocho ó diez y nueve, gordita, no muy alta; blanca, huera, colorada y con unos ojos grandes y negros, los que juntos á una buena tez de cara y á una boca pequeña, encarnada y habilitada de buenos dientes, hacian una figura agradable.

Luego que pasaron las humildes saluciones de todos aquellos pobres, sacó Doña Eufrosina un túnico negro, una mantilla y un abanico: todo muy bueno, como que era de gala, y queria que luciera la ahijada de su hermana; pero esta luego que entendió que la iban á vestir con aquella ropa, poniéndose mas colorada de lo que era, le dijo: ¡Ay! no señora, yo con su licencia no me pongo esos sacos prietos. Esos se quedan para las señoras como su mercé; pero para mí que soy una probe paya! En mi vida me he puesto eso: ¡qué dirán mis amigas si me lo ven puesto? Ya parece que las oigo. Dirán: Mire la ranchera motivosa: ayer andaba arreando vacas con sus enaguas de jerguetilla, y agora sale izque con túnico negro, como una marquesa ó una conda. Así dirán, y otras cosas mas peores. Conque no señora: yo iré á la iglesia con mi rebozo de seda que me ha comprado mi señor padre, y que se queden esos vestidos para los ricos, ó para los probes que quieran ser ri-

diculos..... ¡Pero esto cómo se trae? Preguntaba por el manejo del abanico. Se lo enseñó Eufrosina, y abriéndolo con las dos manos; se soplabá con mucha gracia y decia: "Pos mire, este si que es un bonito aventador. ¡Ay! cuánto mañequito tienel cuántas florecitas! y qué varitas tan doradas!"

Este sí lo llevaré para soplar me en la iglesia ansina que me apure la calor

Todos se reian por la sencillez de María Antonia, que hubiera llevade el abanico como decia, si se lo hubieran dejado, pero Doña Matilde le dijo: Hijita, esto no lo puedes llevar si no te pones el túnico negro y la mantilla; y á mas de esto era menester que lo supieras manejar con garbo y con una mano, porque si no, te harian burla cuantos te vieran.—¡Oh! pos en siendo ansina, masque nunca lo lleve: que se quede ahí, que á bien que si me apurare la calor, me soplaré con la punta de mi rebozo, que esa sí la sé menear bien con una mano y sin miedo de que se quebre, como puede suceder al aventador pintado.

El coronel dió prisa á las señoras para que nos fuéramos á la iglesia porque ya se habia dado el tercer repique para la misa; y así, poniéndose Marantona su rebozo, se dirigió la comitiva para la iglesia.

En el camino decia el coronel á Doña Matilde: ¿Has de creer que me gusta la novia?—¡Hola! ¿te

gusta? pues cástate con ella..... No es eso lo que te digo: me agrada en ella su carácter sencillo y su juicioso modo de pensar. ¿No oíste qué oportuna lección de conformidad dió á mas de cuatro que la escuchaban cuando rehusó ponerse el túnico negro? Esta es mucha humildad y moderacion en una payita jóven, de quien se debía esperar que estuviera deseosa de parecer bien y de componerse, aunque fuera de prestado, como lo hacen tantas aunque no estén de boda, pero María Antonia ha conocido la vanidad de este desco, y no quiere esponerse á que sus iguales, envidiosas de su decencia, se la murmuren llamándola *rota y motivosa*, como ella misma dice.

Como la iglesia estaba inmediata á su casa, de donde salimos, no tuvo tiempo el coronel para hablar mas sobre esto, y mucho menos, porque luego que de la torre nos vieron ir, hicieron señas de dejar. Con esto nos apresuramos.

Estaba ya el cura revestido, y luego que entraron los novios y padrinos, procedió á las sagradas ceremonias del matrimonio, y cantó la misa despues de ellas. Concluida, salió de la sacristía y nos condujo á todos á su casa.

Pascual estaba entreverado, unas veces alegre y otras triste, acordándose de que no alcanzaba su comida para tantos, y mas triste se ponía al acercarse la hora de almorzar.

Pero ¡cuál fué su sorpresa y su alegría cuando oyó decir al cura: Señores, vamos á la huerta á tomar alguna cosita, porque ustedes ya lo han de menester, como que madrugaron y han caminado, aunque poco! Diciendo esto se levantó el cura de su asiento, hicimos todos lo mismo, y nos dirigimos á la huerta.

Al entrar en ella se acabaron de trastornar Pascual, los novios, sus parientes, y poco faltó para que á nosotros sucediera lo mismo, al ver la magnífica sencillez con que estaba todo prevenido,

La naturaleza por una parte, y por otra la curiosidad del cura, habian formado en aquel frondoso sitio una huerta útil y un pensil ameno y delicioso. Las varias frutas que matizaban el alegre verde de los árboles, colocados en bien dispuestas calles; las diferentes flores que adornaban una multitud de arriates y tiestos curiosos; los agradables aromas que las yerbas y rosas exhalaban; el gorgceo de mil hermosos pajarillos que trinaban alegres saltando de rama en rama; el suave murmullo de las cristalinas aguas que se deslizaban por los caños para regar las plantas y las flores, y el conjunto de todas estas cosas, halagaban los sentidos y suspendian el espíritu dulcemente.

En medio de la huerta estaba una graciosa fuentesilla, y á su lado se formaba una hermosa galería,

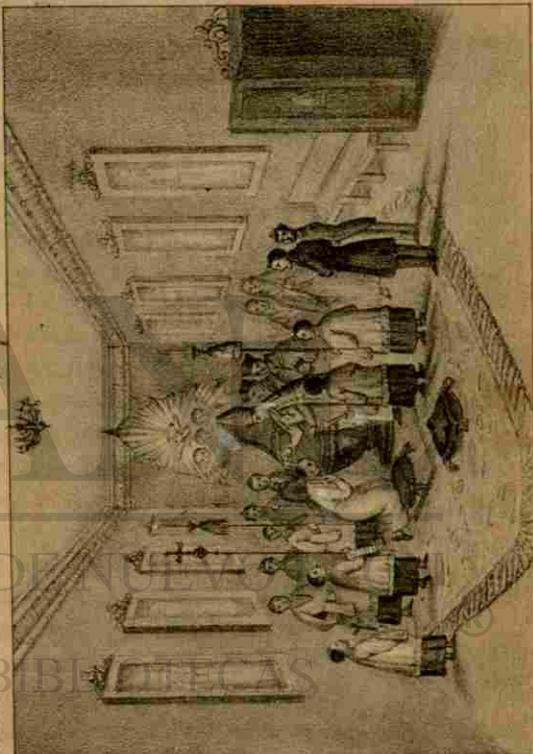
en la que estaban colocadas las mesas en donde se habia de servir el almuerzo.

Mil lazos de amapolas, *xúchiles*, claveles y rosas se entretrejian con el mejor órden de un árbol á otro fingiendo las paredes del salon, y haciendo un tapiz tan alegre como natural. Los rayos del sol no penetraban en aquel lugar delicioso, porque sobre las copas de los árboles estaba formado un magestuoso pabellon de damasco carmesi con cordones de seda verde y oro, y el pavimento estaba entarimado y cubierto con unas muy buenas alfombras para que la humedad no molestase á los que debian permanecer allí por largo rato.

La repentina vista de este ameno y florido vergel, me hizo creer que estaba yo en los pensiles de Semiramis ó en los prados y bosques de Arcadia. No solo yo fui de este perecer; á todos sorprendió tan alhagüena perspectiva, y á porfia alababan el buen gusto del señor cura, que tan á poca costa habia dispuesto un salon tan cómodo y alegre.

Luego que estuvimos en él, hizo el párroco que se sentasen todas las personas decentes en la primera mesa, y en ella tambien los novios y sus padres. Pascual estaba atónito y elevado; pero aun no deponia el temor que lo acosaba de que su prevencion fuera escasa. Por todas partes volvia la cara, y como no veia disposicion alguna de comida, se ponía

Tom. II



Sax. P. 171. 171.

Tom. II

muy fruncido, pensando, según después nos dijo, que esperaban el alimento de su casa.

El señor cura dispuso que el padre vicario fuera á cumplimentar á los parientes y convidados de los novios en otra mesa que tenía prevenida muy lejos de la nuestra.

Ya todos sentados en sus correspondientes lugares, tiró el cura de un cordón, sonó una campanilla, y al momento se presentaron cuatro graciosas inditas, ricamente vestidas según su traje, y comenzaron á servir los platos y las copas.

El primer brindis se dirigió á la salud de la novia, y á seguida comenzamos á escuchar un agradable concierto de música; aunque no veíamos la orquesta, porque el cura la ocultó sagazmente tras de un emparrado para que nos cogiera más de nuevo.

Lo oportuno del almuerzo, lo divertido del lugar, el golpe de la música y el trato dulce y cortés del coronel, del cura y otros señores, contribuía á aumentar en todos la alegría más inocente. No se hablaba en la mesa de cosa que no entendieran bien los novios y sus padres. El campo, las siembras, las semillas, las cosechas, los carneros, los toros y las vacas dieron asunto para toda la conversación, que manejaron muy bien los entendidos, haciendo hablar sobre todo á Pascual, á su hijo y aun á la novia, y como se les hablaba sobre materias que entendían, estaban con-

tentos, menos vergonzosos y muchas veces satisfechos porque quinaban en asunto de campo al coronel, al cura y á otros, como que hablaban con instruccion y con esperiencia. ¡Qué cierto es que cada uno es voto en su profesion!

El señor Labin y el otro eclesiástico escitaban aun mas nuestra alegría con sus chistes salados y cortesos. A todos hacian reir de cuando en cuando, especialmente á la novia, á quien dirigian sus chanzas sazonadas, dejándola contenta. Dos cosas aprendí con la ocasion de asistir aquellos señores á la mesa: la primera, que así como en cualquier concurrencia decente se hace despreciable el faceto que á cada instante quiere á costa suya y de avergonzar á otros, arrancar la risa á los que lo oyen, así se hace apetecible un hombre de talento que sin hacer profesion de hazme reir ó de bufon, sabe mantener en todos la alegría sin ofensa de ninguno. Esto fué lo primero que aprendí, y lo segundo, que la chanza para que agrade es necesario que tenga cuatro circunstancias: *jovial, inocente, oportuna y discreta*: de suerte que en careciendo de cualquiera de ellas, ó degenera en sátira picante, ó en una insulzes fria y sin gracia. Por lo cual no es tan fácil desempeñar con aire el papel de chancero en una funcion pública, y no debe meterse á ello el que no se considere dota-

do del talento y gracia particular que se requiere, para no pasar la plaza de ridiculo ó desatento.

Finalmente, con general complacencia y satisfaccion se concluyó el almuerzo: despues nos levantamos todos, y nos fuimos á pasear por la huerta.

Nada le faltó que prevenir al señor cura para que nuestra diversion fuera completa. En los árboles mas copados se veian pendientes diferentes objetos que la proporcionaban. En unos habia curiosos tableros de damas; en otros bolsas de fichas y naipes para jugar tresillo y otras cosas: en estos, instrumentos músicos: en aquellos, libros de novelitas y poesias: algunos estaban surtidos de barretas de fierro, otros de pelotas y guantes para los que quisieran ejercitar las fuerzas, y en muchos habia reatas muy cómodas para la diversion del columpio.

Cada uno fué tomando la que mas le inclinaba segun su edad y su temperamento, de suerte, que dentro de media hora ya estaban todos destinados. Por aqui se veian dos jugando á las damas, por alli otros tocando los bandolones y flauta: cuáles estaban tirando la barra, cuáles jugando á la pelota ó los naipes: ya se encontraba una señora recostada sobre un sofá leyendo un libro: ya otra cantando una aria ó un terceto, mientras las mas jóvenes se divertian apedreando los árboles para bajar frutas sazonadas, ó meciéndose en los columpios, ó jugando en los ca-

ñitos de agua, ó cortando las mas fragantes rosas, con que se adornaban el pecho y las cabezas.

Parece que la *Inocencia* y la *Alegría* habian bajado de los cielos á aquel lugar ameno y delicioso. Yo observé que en un instante las mugeres cortesananas depositaron el aire de etiqueta, y las payitas su natural encogimiento. Todas conversaban, corrian y retozaban alegres y contentas con la mayor familiaridad. Hasta Marantoña que por razon de novia debia haber estado mas cuitada [1] que las otras, andaba con todas saltando como una cabra, y trepándose á los árboles con mas ligereza que una ardilla, para tirarles á las niñas los chabacanos mas grandes, y las peritas mas maduras.

Asi permanecieron jugando y divirtiéndose como hasta la una y media del dia, á cuya hora mandó poner las mesas el señor cura, y trató de que fueran todos á comer. Fácil es conocer que las muchachas llegaron muy cansadas de retozar, muy coloradas por el sol y el ejercicio, y las mas con alguna averia; porque unas llegaban con los tunicos rasgados, otras con los zapatos llenos de lodo, esta con un brazo raspado, aquella con la peineta hecha pedazos; pero te-

[1] *No hay razon para que las novias se averguencen ó se acuiten; pero ya lo han hecho costumbre, principalmente de las aldeanas.*

das llenas de risa, sudando y rebozando la alegría por todas partes.

El señor cura las recibió con mucho agrado, y despues de que todos nos sentamos á la mesa, decia el coronel: Vea usted con disimulo, cuánto gusto tienen estas niñas y qué contentas han estado. Ciertamente que si todas las señoritas de la ciudad tuvieran proporcion de divertirse siquiera cada ocho dias de esta manera, padecerian menos flatos é históricos que los que padecen.

El ejercicio en el campo y entre personas alegres y joviales, es mucho mas provechoso para la salud y mas inocente en lo moral que los bailes que apadrian por licitos muchas personas. Pues, hablo de los bailes en general, que en lo particular ya sabemos que puede haber bailes donde se junte la honra y el provecho; pero el campo, el campo es el depositario de la alegría, de la salud, de la riqueza y de la inocencia.

De esta manera alternaron sus conversaciones ya serias, ya jocosas; pero todas instructivas é intellegibles á aquellos pobres rústicos que nos acompañaban; y luego que se concluyó la comida, dió gracias á Dios el eclesiástico de quien hablamos en el capítulo 8.º que se llamaba D. Jaime: seguimos conversando un poco mas por sobremesa, y despues fuimos cada uno tomando nuestro sofá ó canapé de los

muchos que habia debajo de la sombra de los árboles, y nos acostamos á reposar la siesta.

A las cuatro nos sirvieron café y chocolate, y subimos á la vivienda del párroco: allí se aguardó á los demas de la comitiva, mientras que el coronel, su esposa, su hija, la familia de Doña Eufrosina y yo fuimos á dejar á los novios y sus padres á su casa, despues de dar al cura los mas justos agradecimientos.

Luego que llegamos á la pobre habitacion de estas buenas gentes, le dijo el coronel á Pascual que nada le debía de los veinticinco pesos que le habia pedido, y este sencillo labrador le dió mil gracias por tantos favores, sintiendo al mismo tiempo la droga que á su parecer tenia contraida con el cura, y añadió: Yayo estoy vendido y Culás, cuando menos para dos años, pos si solo por el casamiento me ha llevado quince pesos el señor cura, ¿cuánto nos llevará por todo el gasto que ha hecho agora?

Nada te llevará, le respondió el coronel, porque todo el gasto ha sido mio, y la disposicion ha sido suya, lo que debemos todos agradecer, porque ninguna obligacion tenia de hacerlo. Entonces redobló sus expresiones Pascual y todos los suyos, confesándose esclavos del coronel, de su familia y de su cura. El fervor con que prorumpia aquella buena gente sus agradecidas espresiones, manifestaba que las

decian de corazon, y el alegre semblante con que el coronel las escuchaba, daba á entender que estaba satisfecho de su sinceridad: ¡ya se ve! que los beneficios que se hacen á los pobres, como que van desnudos de interés, por lo comun se perpetúan en sus corazones para el agradecimiento.

En fin, llegó la hora de despedirnos. Todos abrazamos á los novios, y les felicitamos su enlace con palabras mas sencillas; pero Pomposita acordándose de su genio cortesano pedantesco, dijo á Maria Antonia: Me alegraré de que disfrute usted el amable consorcio de su esposo los años de Néstor y con la paz del tiempo de Augusto César Octaviano. Antonita se quedó la pobre ranchera con esta arenga, que entendió lo mismo que si se la hubieran dicho en griego. Doña Matilde y Pudenciana hicieron por disimular la risa, y no pudiendo, volvieron los rostros á otro lado y se taparon las bocas con los abanicos: esto lo advirtió la payita, y pensando que se reían de ella, se acortó mas, y le dijo á su Madrina: ¿Y agora qué digo yo, porque maldito lo que entiendo á esta niña? Dile que viva mil años, le respondió el coronel. Lo dijo asi, se repitieron los abrazos, y nos marchamos para la calle.

Cerca de las oraciones de la noche llegamos á las casas curales, donde nos sirvieron el refresco, y concluido, nos despedimos del señor cura y regresamos

á esta hermosa capital adonde llegamos en media hora, acompañados de dos mozos que nos puso Pascual para que cuidasen y volviesen al rancho los caballos.

CAPITULO XVI.

En el que se refiere el principio de la triste historia de Carlota y de Welster. Este resuelve incorporarse á la Iglesia católica: hace un análisis de los fundamentos más sólidos de nuestra religión, recibe el Bautismo, y va á la Habana á negocios de comercio.

ENTRAMOS en México, paró el coche en la casa de Doña Eufrosina, y todos nos apeamos en ella, llevando los mozos los caballos á su destino.

Cuando subimos á la sala encontramos en ella á un jóven como de treinta años, muy bien presentado, que habia llegado á esta capital esa misma mañana, y habia ido á casa de Doña Eufrosina en solicitud del caballero Labin, á quien venia recomendado de la ciudad de Washington, de donde era natural, y se llamaba Jacobo Welster.

Este individuo nos captó la voluntad luego que comenzó á platicar y darnos razon de su patria y del fin de su viaje, que era sobre asuntos de comercio. Dijonos que habia estado en España largo tiempo, y lo acreditaba con la perfeccion con que poseia el castellano, y con las exactas noticias que daba de la

Península, y especialmente de Madrid. Despues de habernos dejado afeccionados á su trato fino, y satisfechos de que era un hombre instruido, se despidió con el señor Labin, con quien se retiró, y nosotros hicimos lo mismo, pues estábamos cansados y con deseo de recogerarnos temprano.

Algunos meses pasaron sin que yo advirtiese nada particular, sino la mucha familiaridad que contrajo Welster en la casa de Doña Eufrosina, la que cada dia se aumentaba con las frecuentes visitas que él hacia con objeto determinado. Este era una jóven hermosa llamada Carlota, hermana de Adelaida y amiga íntima de Eufrosina y de su hija.

Desde luego el amor enredó los corazones de ambos, y por mas que hacian uno y otro por disimular mutuamente su pasion, no podian. Cada vez que concurrían juntos, tenían sin duda un rato muy amargo. Los ojos de Jacobo se encontraban con los de Carlota y se espresaban con demasiada viveza: esta recibia las miradas con agrado; pero en el momento apartaba la vista de su amante, manifestando la mayor indiferencia. De manera que Carlota estaba asegurada de la voluntad de Jacobo; pero este no estaba cierto de la correspondencia de su amada.

Asi pasaron como seis meses, hasta que una noche, agitado fuertemente su corazon con la memoria de su adorado objeto, y no pudiendo dormir, co-

á esta hermosa capital adonde llegamos en media hora, acompañados de dos mozos que nos puso Pascual para que cuidasen y volviesen al rancho los caballos.

CAPITULO XVI.

En el que se refiere el principio de la triste historia de Carlota y de Welster. Este resuelve incorporarse á la Iglesia católica: hace un análisis de los fundamentos más sólidos de nuestra religión, recibe el Bautismo, y va á la Habana á negocios de comercio.

ESTRAMOS en México, paró el coche en la casa de Doña Eufrosina, y todos nos apeamos en ella, llevando los mozos los caballos á su destino.

Cuando subimos á la sala encontramos en ella á un jóven como de treinta años, muy bien presentado, que habia llegado á esta capital esa misma mañana, y habia ido á casa de Doña Eufrosina en solicitud del caballero Labin, á quien venia recomendado de la ciudad de Washington, de donde era natural, y se llamaba Jacobo Welster.

Este individuo nos captó la voluntad luego que comenzó á platicar y darnos razon de su patria y del fin de su viaje, que era sobre asuntos de comercio. Dijonos que habia estado en España largo tiempo, y lo acreditaba con la perfeccion con que poseia el castellano, y con las exactas noticias que daba de la

Península, y especialmente de Madrid. Despues de habernos dejado afeccionados á su trato fino, y satisfechos de que era un hombre instruido, se despidió con el señor Labin, con quien se retiró, y nosotros hicimos lo mismo, pues estábamos cansados y con deseo de recogerarnos temprano.

Algunos meses pasaron sin que yo advirtiese nada particular, sino la mucha familiaridad que contrajo Welster en la casa de Doña Eufrosina, la que cada dia se aumentaba con las frecuentes visitas que él hacia con objeto determinado. Este era una jóven hermosa llamada Carlota, hermana de Adelaida y amiga íntima de Eufrosina y de su hija.

Desde luego el amor enredó los corazones de ambos, y por mas que hacian uno y otro por disimular mutuamente su pasion, no podian. Cada vez que concurrían juntos, tenían sin duda un rato muy amargo. Los ojos de Jacobo se encontraban con los de Carlota y se espresaban con demasiada viveza: esta recibia las miradas con agrado; pero en el momento apartaba la vista de su amante, manifestando la mayor indiferencia. De manera que Carlota estaba asegurada de la voluntad de Jacobo; pero este no estaba cierto de la correspondencia de su amada.

Asi pasaron como seis meses, hasta que una noche, agitado fuertemente su corazon con la memoria de su adorado objeto, y no pudiendo dormir, co-

menzó á dar vueltas y mas vueltas en la cama, á suspirar y hablar solo con tal tono de voz, que su compañero el señor Labin, temiendo no estuviese enfermo, le preguntó desde su catre ¿qué tenia? Jacobo le respondió que nada; pero que no podia dormir. Disimuló entonces, y se sosegó por unos cuantos minutos, al cabo de los cuales volvió á su primera inquietud.

El señor Labin temió que su compañero estuviese para perder el juicio, y como lo queria mucho, trató de ver cómo lo serenaba, haciéndose primero informar de la causa de su aflicción.

Resuelto de esta manera, se levantó, se cubrió con su ropón, se puso sus chinelas, se dirigió á la cama de Jacobo, y sentándose en ella, con el mayor cariño le dijo: Welster amigo, ¿qué tienes? ¿qué te aflige? ¿por qué me disimulas tu cuidado? ¿Tienes algun motivo para desconfiar de mi amistad, ó ya me he hecho indigno de la tuya.....? Qué, ¿inclinan la cabeza sobre el pecho? ¿me miras con vergüenza? ¿enmudeces, y las lágrimas destilan de tus ojos? Vamos, Welster, háblame por tu vida: yo me intereso en tus desventuras tanto como tú mismo: declárate, ensánchate, ¿qué tienes?

Entonces Welster, desarrollando sus sentimientos de una vez, y apretando la mano del señor Labin contra su pecho, le dijo: ¿Qué he de tener, amigo,

qué he de tener? una rabia, una desesperacion, un fuego que me consume el alma. Tengo amor, sí; adoro á una jóven hermosa, cuyas recomendables circunstancias han avasallado mi corazon, en términos que no soy dueño de mí..... Este abatimiento es vergonzoso en un hombre de mi carácter, lo confieso; pero tú eres discreto, sí; tú conoces que no siempre le es muy fácil al hombre el resistir á sus pasiones: muchas veces estas nos dominan y avasallan contra los mas poderosos gritos de la razon. En este caso me hallo, compadéceme.

Desgraciado de tí, dijo el señor Labin, si has pensado alguna vez estar esento de las humanas flaquezas. Welster, todos los hombres tenemos nuestras imperfecciones: nadie vive sin delitos, dijo un antiguo, y el mejor hombre es el que tiene menos. El amor es una pasión propia de las almas generosas y sensibles como la tuya. Las virtudes por sí mismas son amables, y cuando se hallan en una muger hermosa nos parecen aun mas atractivas. ¿Qué hay, pues, que estrañar que una criatura de estas haya réndido tu corazon al imperio violento del amor? Lo que debes ahora no es avergonzarte de amar, sino ver si puedes poseer el objeto de tu amor honestamente. ¿Cuál es la señorita que te ha agradado? Carlota, dijo Jacobo, la hija del comerciante D Tadeo, que concurre á la casa de Doña Eufrosina.—¿Y

no le has declarado tu pasión?—Mis ojos le han dicho mucho, pero mi lengua nada, pues el ser extranjero me parece que es bastante para que no me corresponda. Sin embargo, ya no puedo sufrir, y pues eres mi amigo verdadero, y me has dicho que cuente contigo para todo, estoy resuelto á declararme. Mañana le he de escribir un billete, tú has de hacer que llegue á sus manos, y que no se quede sin respuesta.—

La empresa es opuesta á mi carácter; pero soy tu amigo, y te he empeñado mi palabra. Duerme ya sin cuidado, que mañana escribirás, y yo haré porque todo se allane. Con esto se sosegó un poco Welster, y se recogieron.

A la mañana siguiente, cuando el señor Labin se levantó, ya tenia Jacobo escrito el billete para su amada, el que puso en manos de su amigo, y este salió para la calle.

Llegó á casa del coronel, con quien estábamos almorzando, y allí nos contó lo que va referido. Doña Matilde no pudo reprimir su curiosidad, y así rogó al señor Labin que si no desmerecia su confianza, y si el billete estaba sin lacre, se lo leyera, porque deseaba ver cómo se explicaba Jacobo. El señor Labin condescendió con su ruego, y les leyó el papel que decia de esta manera.

*Bella Carlota: yo os amo con pureza: no puedo ya resistir al dulce imperio de vuestros ojos. Decidme si os ofendo, ó si algun día podré esperar que hagais para siempre venturoso al infeliz—*JACOBO.

¿Qué poco escribe! dijo Matilde; pero se explica bien. ¿Y usted cómo piensa salir de su cuidado? Fácilmente, respondió el señor Labin: la señora su hermana de usted tiene mucho arte para todo, y además lleva una amistad muy íntima con Carlota. De ella pienso valerme, y creo que pronto tendremos la respuesta en nuestra mano.

Así fué en efecto. A los dos días volvió el señor Labin, y nos manifestó la contestacion de Carlota concebida en estos términos.

*Caballero Welster: una de las virtudes que mas me agradan es la ingenuidad y sencillez. No hay para qué disimular los afectos cuando son inocentes. En esta inteligencia, si usted me ama, está correspondido, y se lograría sin duda nuestro amor con el honroso enlace que usted por su parte facilita; pero por la mia hay dos obstáculos insuperables que lo impiden. Las leyes civiles y eclesiásticas están en nuestra contra. Yo no puedo casarme sin licencia de mi padre, opuesto siempre, no sé por qué motivo, al matrimonio; y menos puedo unirme en este estado con quien no profesa la religion católica. Si usted me ama como dice, haga por allanar estos inconvenientes, y podrá asegurarse de que será suyo el corazon de—*CARLOTA.

La carta me parece muy bien puesta, dijo Matilde: da á entender que la muchacha no es tonta ni loca, y piensa con juicio; pero tambien es demasiado fácil para corresponder: no parece sino que estaba deseando la ocasion. Cuando así sea, contestó el coronel, yo no se lo tengo á mal, pues si ella está tan apasionada como él, desearia dar desahogo á su pasión correspondiendo á su amante. No tienen las mugeres menos derechos que los hombres para usar de la verdad licitamente, y la misma Carlota lo da á entender cuando dice que *no hay para que disimular los afectos cuando son inocentes*, en lo que explica mas de lo que parece. Finalmente, veremos en qué paran estas buenas aventuras en que se ha metido nuestro amigo Labin.

Este, concluida la conversacion, se retiró para su casa, y entregó á Jacobo el papel de su querida. Lo leyó cinco ó seis veces, y no cabia en sí de gusto al saber que contaba con el corazon de Carlota. Ahora sí, decia á Labin, ahora sí me tengo por el mas feliz de los mortales con la posesión de mi Carlota. Si México es ya mi patria. No tengo en Washington ninguna cosa que me arrastre: mis padres han fallecido, mi hermana es rica, no necesita de mis auxilios para nada: la mayor parte de mis intereses están en mi poder, y para recoger los que allá quedan, tengo buenos amigos de quienes valerme; pero aun

cuando tuviera en el Norte padres, deudos é intereses, todo lo abandonaria, porque todo se debe abandonar por Carlota.

¿Pero de qué manera piensas vencer los dos inconvenientes que ella dice? le preguntó el señor Labin; y Jacobo sin detenerse respondió: Por lo que toca á la religion, estoy resuelto á abrazar la católica. Este debe ser el primer paso; y por lo que respeta á persuadir á su padre para que le conceda su permiso, creo que no habrá mayor dificultad, pues yo no carezco de bienes suficientes para sostenerla con decencia, y tú y el amigo coronel tienen, á lo que entiendo, mucho influjo sobre el caballero Tadeo, y no dudo que ambos hareis por mí cuanto os sea dable.

Puedes estar seguro, dijo el señor Labin, de que el coronel y yo te serviremos en cuanto esté de nuestra parte; pero en confianza de la amistad, debo advertirte, que examines bien tu corazon: mira que las pasiones, aun las mas puras, cuando son vehementes, nos ofuscan, y no nos dejan ver lo mas cercano. Se necesita vocacion así para entrar en el cristianismo, como para abrazar el matrimonio. Yo te he oido hablar siempre bien de nuestra religion, pero jamas te he observado tan dispuesto como ahora para recibirla, y esto me hace pensar que Carlota ha hecho esta repentina mutacion. Si así es, entiende que no se debe seguir á Jesucristo por particulares intereses,

sino únicamente convencidos por la pureza de su ley y por la efusion de la fé. Conque si quieres ser cristiano, mira lo que haces, registra tu interior, examina el origen de tu deseo, instrúyete en nuestros principios; y si despues de bien explorada tu intencion, resultare que es recta, adopta como la mejor y la mas cierta la religion católica.

Advierte tambien, que no es lo mismo desear la posesion de una muger como muger hermosa, rica, ó prendada, que desearla para esposa, madre de familia y compañera única hasta la muerte. Para lo primero, basta ser hombre, porque todo hombre se inclina á la muger; pero para lo segundo es necesario creer y conocer la gracia y virtud del sacramento del matrimonio.

Aun quando el casamiento era solamente un contrato natural, desagradaba á Dios tanto que se hiciese únicamente por saciarse con los placeres sensuales, que en las sagradas letras se nos cuenta de aquellos siete maridos que tuvo Sara muertos por el demonio Asmodeo en las mismas noches de las bodas, y temiendo Tobías casarse con ella porque no le sucediera otro tanto, lo animó el ángel S. Rafael diciéndole: *El demonio solo tiene poder sobre aquellos que se casan sin acordarse de Dios, y únicamente para satisfacer su liviandad, como el caballo y el mulo que carecen de entendimiento.* Si esto sucedió segun te dije, cuando

el matrimonio era un mero contrato natural, ¿qué se deberá esperar hoy que se halla elevado por Jesucristo á la dignidad de sacramento?

Verdad es que no oimos referir ejemplares tan terribles como el pasado. Se casan muchos, muchísimos con el mismo fin que los maridos de Sara, y con todo eso no los mata Asmodeo; pero sobre estos casados llueven treinta mil plagas, que son á veces peores que el demonio. La pobreza, los hijos mal criados, las desconfianzas, las riñas, los zelos, el despego y el odio, son las resultas de un casamiento hecho sin vocacion.

El matrimonio, considerado como sacramento de la ley nueva, tiene tres fines, que son: *Propagar la especie humana, aplacar la concupiscencia, y causar gracia unitiva.* Del logro de estos fines resultan en el matrimonio tres bienes: *El de la prole, el de la fé, y el del Sacramento.* El primero consiste en tener sucesion; el segundo en la fidelidad y amor que deben tener los consortes, y el tercero en que esta union en paz y en amor sea hasta la muerte.

En inteligencia de esta doctrina, consulta bien tu corazon para que despues no te arrepientas cuando pruebes los sinsabores del estado, porque ya sabes que en esta vida miserable no hay uno que no los tenga, y sería un necio el que se representara el matrimonio como un jardín lleno de flores, y sin ningun

LA QUJOTITA. N. 12 TOMO I. 23

nos abrojos ni malezas. Así lo pinta el amor, visto de lejos; pero luego que entramos en él, advertimos que en el mejor, en el mas pacífico y feliz no faltan algunas espinitas, que aunque no hieren, lastiman. Conque, vuelvo á aconsejarte que antes que te resuelvas lo pienses bien, con la prudencia propia de tu carácter.

Así desempeñaba el caballero Labin el cargo de amigo verdadero de Welster, y este correspondía agradeciendo su instruccion, y observando en cuanto podía sus consejos.

No dejó de traslucirse en la tertulia de Doña Eufrosina la mutua inclinacion de los dos nuevos amantes, y tanto, que las amigas de Carlota la llamaban *la inglesa*, sobrenombre que á ella no le desagradaba.

El señor Labin, ufano con la resolucion que tenia su amigo Jacobo de hacerse católico, fué á casa del coronel y la participó muy piacentero. Doña Matilde, desconfiando de la verdad de la vocacion, le dijo: Yo me alegraré de que piense el inglés (1) en ser cristiano, pero dudo de que lo quiera ser de veras. Carlota se puede lisonjear de esta repentina conversion, aunque yo no quiero creerla todavía; an-

(1) Aunque no era inglés lo llamaba así Matilde por su idioma, pues como era anglo-americano hablaba inglés.—E.

tes juzgo que si como ella es cristiana, fuera mora ó judía, Welster se volviera judío ó moro con la misma facilidad que quiere ser cristiano. Es mucha la fuerza del amor.

Es cierto, le dijo su marido; pero aun cuando Jacobo quiera abrazar la religion católica por interés de Carlota, no es extraño. En verdad que siendo este solo el motivo, no es muy puro; pero la muger fiel santifica al marido infiel, y muchas veces Dios se ha valido de las mugeres como de medios oportunos para la conversion de los gentiles y aun de reinos enteros. Escribiendo S. Pablo á los de Corinto, é instruyendo con doctrinas sagradas á la Iglesia de Cristo que comenzaba entonces, y no estaba aun bien enseñada, entre otros preceptos que les dió fué uno este: "Si alguna muger cristiana está casada con varon infiel, no lo deje, ni se aparte de él: porque algunas veces ha sucedido que el marido infiel vino á ser santo por medio de la muger cristiana." Estas palabras trasladó S. Gerónimo á una noble señora romana llamada Leta, muger de Toxacio, hijo de Santa Paula, del cual tenia una hija del propio nombre.

¶ Pero para qué hemos de citar casos particulares en prueba de esta verdad, cuando sabemos que las mugeres cristianas colocadas en los tronos, hicieron cristiana la mayor parte de la Europa, atrayendo al

cristianismo á sus maridos? Por medio de ellas recibieron el Evangelio la Francia, la Inglaterra, parte de la Alemania, la Baviera, la Hungría, la Bohemia, la Lituania, la Polonia, etc. y tambien por su medio renunciaron el arrianismo la España y la Lombardia. Conque nada nuevo será que Carlota sea el instrumento de la conversion de Jacobo. ¡Ojala hubiera mil Carlotas que trageran al gremio de la verdadera religion otro tanto número de Welsters

Ya me convenciste, dijo Matilde; pero satisface mi curiosidad que quiere saber cómo pasó la España del arrianismo á nuestra religion por medio de una muger, y qué muger fué esa? pues hasta ahora oigo semejante cosa.

Te daré gusto, dijo el coronel, ciñéndome, á la posible brevedad. Habiéndose hecho dueño de casi toda la España Leovigildo, casó de segundas nupcias con Gosvinda, y estableció á Hermenegildo su hijo rey de Sevilla, dándole por esposa á Ingunda, hija de Sigisberto, rey de Austracia.

Ingunda era católica, y su suegra, arriana; pero tan apasionada por su secta, que no omitia diligencia para atraer á ella á cuantos podia. Ingunda debia merecer este cuidado á su buena suegra. En efecto, esta empleó las caricias, las amenazas, la autoridad, el desprecio y los ultrajes hasta llegar á arrastrarla de los cabellos: pero todo fué en vano, pues

la reina cristiana resistió con una inflexible firmeza sus malos tratamientos, y con tan heroica paciencia, que todo lo disimuló y ocultó á su marido, sin quejarse jamas, ni faltar al respeto y afabilidad á su cruel enemiga.

Sin embargo, fueron tales los escesos de Gosvinda que llegó á saberlos Hermenegildo, y admirado de la virtud de su esposa, conoció en el contraste de ambos procederes, la diferencia de las dos religiones, y juzgó que la de Ingunda no podia inspirar tanta virtud sin ser la verdadera.

Con este pensamiento se dirigió á su tío S. Leandro Obispo, quien lo instruyó en los misterios de la fé, y abjuró el arrianismo. Este fué el día de mayor gozo para su virtuosa muger, que no le duró mucho, pues habiendo sabido Leovigildo la conversion de su hijo, se irritó contra él furiosamente, y procuró reducirlo á su antigua secta á toda costa.

Prohó los medios de la dulzura; le salieron vanos, y se valió del poder. Se dirigió á Sevilla, la sitió, la tomó, y cayó Hermenegildo en sus manos.

Fué puesto en una prision, y cuando Leovigildo se cansó de mortificarlo, le envió á ofrecer su libertad, y restituirlo á su trono como se convirtiera al arrianismo. El santo preso despreció las ofertas con resolucion cristiana.

Por segunda vez le envió su padre á su hermano

Recaredo, asegurándole que lo admitiría á su gracia con la condicion sola de que recibiese la comunión de mano de un sacerdote arriano. Respondió Hermenegildo que la religión católica no permitía estos disimulos en la fé. Esto irritó á Leovigildo tanto, que inmediatamente mandó que le cortasen la cabeza en la prision. Su esposa huyó con su hijo Teodorico á la Africa, donde á poco murieron los dos.

Leovigildo despues lloró la muerte de su hijo, y su sentimiento se convirtió en un odio mortal contra los católicos. Desterró á los obispos y al mismo S. Leandro su cuñado: despojó las iglesias de sus bienes y ornamentos: quitó la vida á los mas ricos y poderosos señores, y cometió otras crueldades semejantes.

En el mismo año se enfermó de muerte, y sucedió una cosa rara estando próximo á ella, y fué que mandó llamar á S. Leandro para que instruyese á su hijo Recaredo en los dogmas de la religión católica, y deseando que su hijo fuera cristiano, él murió herege, sin querer abrazar una religión, cuya verdad conoció á las orillas del sepulcro. En una palabra, la virtud de Ingunda, convirtió á Hermenegildo, y la sangre de este mártir se logró en la conversion de su hermano Recaredo y de toda la nacion de los Godos de España.

Esta es en breve la historia. que hace ver cómo

una muger fué el medio de que Dios se valió para que en menos de dos años casi toda la nacion Goda abjurase el arrianismo! ¡Porqué no se podrá valer de Carlota para que Jacobo deteste los errores de los Anabaptistas que es la secta que profesa, segun sabemos por mi amigo Labin?

Así es, dijo este, y á mas de esa cristiana esperanza, que es la mejor, tenemos otra que se puede llamar politica, y consiste en que Welster es muy sensible, tiene talento, ha vivido mucho tiempo entre los católicos, y está mas que medianamente instruido en nuestra religion. Yo estoy acabándolo de catequizar, y creo que no me costará mucho trabajo. El muchas veces ayuda mi discurso con sus sólidas reflexiones. Si ustedes lo oyeran probar la verdad de nuestra santa religion por principios sencillos y evidentes, se complacieran demasiado.

¡Ay, como que sí! dijo Matilde. ¡Cuándo nos hace usted favor de traerlo para que tengamos ese gusto! Esta misma noche, dijo el señor Labin.— Pues quedamos en eso: no se olvide.

¿Cómo habia de quedar mal el señor Labin? A la noche fué con su camarada Welster, segun que lo ofreció, y ambos fueron recibidos de todos los de la casa con general complacencia.

Se les sirvió un refresco que se les habia prevenido, y poco despues no pudiendo Matilde resistir mas

á la curiosidad que la devoraba, dijo: Señor Welster, ya hemos sabido la resolución de usted sobre hacerse católico, y nos hemos alegrado mucho, y hemos dicho que semejante resolución prueba bien su talento.

Gracias, señora, contestó Jacobo, por el favorable concepto en que ustedes me tienen; pero mi determinación mas es obra del convencimiento de la verdad, que del escaso talento mio.—

¿Pues qué, está usted plenamente convencido de a verdad de nuestra religion?—Si no lo estuviera, desde luego no variaria de comunión: no soy tan débil.—No puedo comprender cómo haya sido tan pronto este convencimiento.—Oiga usted, señora: el largo tiempo que he vivido con los católicos, la íntima amistad que he llevado con algunos de las luces y probidad del caballero esposo de usted y del señor Labin, y la tal cual instrucción que he tenido por los libros que he leído, despertaron días hace en mi corazón unos vehementes deseos de incorporarme en vuestra religion; pero siempre resistí á ellos haciéndome violencia, porque esperaba volver á mi patria, y no me determinaba á sufrir con constancia los desprecios y aun los ultrajes que tendría que experimentar de los míos cuando supieran que habia variado de religion; pero ahora que estoy resuelto á domiciliarme para siempre en esta capital, no tengo

ya que temer, y así quiero acallar los incesantes gritos que la verdad me da en el corazón, haciéndome católico con todo gusto, y convencido de la solidez de los principios de vuestra religion.

Usted dispense mi curiosidad, dijo Matilde; pero yo quisiera saber ¿qué principios fundamentales son los que han persuadido á usted á esa verdad? Voy á darle á usted gusto, señorita, dijo Welster, y prosiguió de esta manera: Seis son para mí los principios mas fundamentales de vuestra religion, que me han atraído á su gremio, y que me parece serian bastantes para persuadir á cualquiera que los examinase sin pasión.

Primero, las revelaciones. Segundo, la pureza de la moral de Jesucristo. Tercero, sus milagros y su resurrección incontestables. Cuarto, el modo con que se estableció la religion. Quinto, la constancia y la uniformidad de la tradición. Sexto y último, la perseverancia y union de la Iglesia católica (1).

Si atendemos á las revelaciones, se ven exactamente cumplidas en la persona de Jesucristo, ha-

(1) Como los anabaptistas son cristianos, aunque no católicos, y de esta secta se supone á Welster, solamente los principios 5.º y 6.º de los que enumera, pudieron influir en hacerlo católico, porque los otros son comunes á católicos y anabaptistas.—E,

biendo sido escritas en tiempos muy anteriores á su venida, en diversos lugares, en distintas épocas y por distintos profetas. De estas revelaciones fueron algunas tan circunstanciadas y prolijas, que mas parecen historias de lo pasado, que predicciones de lo futuro. Tales son las del santo Rey David. Este profeta anunció el nacimiento, la vida, pasion y muerte de Jesucristo con tanta escrupulosidad, que no deja la menor duda en que fué el Mesias prometido por los antiguos Padres y Profetas.

Si examinamos la moral de Jesucristo, la hallamos pura, opuesta al impetu de las pasiones, y la mas propia para conseguir aun en esta vida la felicidad á que todo hombre aspira, esto es, la paz del corazon.

Es cierto que sus reglas son difíciles para el hombre natural, ó segun sus inclinaciones en el estado natural. Refrenar nuestros apetitos, dar á otro nuestros bienes, perdonar los agravios, y hacer bien á los que nos injurian, son sin duda unas leyes muy desconformes con nuestra natural inclinacion; pero por eso son tanto mas elevadas y heróicas las virtudes que deben resultar de su observancia.

Los milagros de Jesucristo y su resurreccion, fueron muy públicos. Sus mismos enemigos, los que lo aborrecian de muerte, los que lo calumniaron en los tribunales, lo malquistaron con el pueblo y lo hicieron morir en un suplicio, jamas se atrevieron á

negar que los hizo. Ellos quisieron deprimir su mérito fingiendo patrañas y atribuyendo su virtud al poder de Beelzebú ó del Demonio; pero no se atrevieron á negar los hechos. ¿Ni cómo podrian hacerlo, cuando estos fueron tan públicos y repetidos? Todos los milagros del Mesias fueron hechos delante de testigos, que á veces se contaron á millares.

Su resurreccion tuvo igual carácter de verdad. Pre dicha por él mismo, cosa que no se atrevió á hacer Mahoma ni el seductor mas famoso, se verificó. Sus enemigos la habian oido muchas veces de su boca, y la temieron: por eso tomaron todas las precauciones oportunas. Pusieron guardias que custodiaran el sepulcro y serian escogidas y bien pagadas. Este sepulcro estaba bien cerrada con una losa bien pesada; sin embargo, Jesucristo resucitó dentro del plazo que habia profijado, y sus enemigos, no pudiendo negar la sobrenatural falta del cadáver, dicen que los centinelas se durmieron, y que mientras se robaron el cuerpo los discípulos. Mas ¿es creible que todos se durmieran? ¿es creible que los amigos de Jesucristo rompieran el sepulcro, levantaran la pesada piedra y estrajeran el cuerpo con tanto silencio, que no despertó ninguno de los soldados? ¿Acaso estarian ébrios? Pero ébrios ó dormidos, ellos no vieron robar el cadáver, segun aseguraron, y sin embargo fueron creidos sobre su palabra. Tenian los

ojos cerrados, y depusieron del robo como testigos de vista. ¡Qué contradicciones tan absurdas!

Si atendemos á la moral de Jesucristo y al modo con que estableció su religion, nos hemos de confirmar en su verdad. La moral opuesta á las pasiones, es desagradable á los hombres: por lo mismo debia de haber sido poco seguida la del Mesias, y mucho menos segun el modo de su establecimiento. Este fué mas raro y mas maravilloso.

Considerémoslo comenzado por Jesucristo y perfeccionado en su virtud por los apóstoles. ¿Quién fué Jesucristo en el mundo? Un hijo de un artesano y de una costurera, (1) nobles en su origen, pero humildes, oscuros y abatidos por su mucha pobreza y ningún nombre. ¿Quiénes fueron los Apóstoles, sus principales agentes? Unos pobres idiotas, sin dinero ni representacion en la república: estos establecieron la religion católica. ¿Y cómo? No prometiendo riquezas ni delicias temporales, no ampliando el libertinage de los hombres, no auxiliados de la fuer

(1) *Por tal era tenido de los que ignoraban que Señor S. José era su padre estimativo, pues Jesucristo no tuvo padre en cuanto hombre, por haber sido su concepcion sin concurso de varon. Esto lo saben los niños de la escuela; mas no es ocioso decirlo aquí. Los libros van á manos de sabios é ignorantes.*

za de las armas, no alucinando con fábulas ni mentiras á los pueblos idólatras y necios, como lo hizo el impostor Mahoma para establecer su ridiculo y absurdo partido, sino predicando humildad, pobreza y mortificacion: chocándose contra lo opinion comun del mundo: sin mas auxilio que sus penetrantes palabras, su santo ejemplo y sus muchos milagros. De manera que, como dice un escritor francés, Jesucristo, humanamente hablando, hizo todo lo necesario para no conseguir el establecimiento de la religion. Con todo esto, los hombres lo seguian en turbas, lo confesaron hijo de Dios, y tendian sus capas en Jerusalem cuando lo recibieron con ramos cantándole: *Alegrése en las alturas: alégrate, Hijo de David.* ¿Esto no maravilla? ¿no pasma? ¿no prueba hasta la evidencia que este Jesucristo era el Mesias verdadero? ¿Cuál de los seductores que ha habido ha establecido su ley tan áspera, tan contradicha por los hombres, tan desagradable á sus pasiones, tan sin humanos auxilios, y milagrosamente acreditada?..... Señores, perdonen ustedes que me ecesalte. Yo me entusiasmo en favor de la religion cristiana cuando hablo de ella seriamente, y considero que sus principios son tan evidentes, que me parece basta el criterio humano para convencernos de su verdad.

Siga usted, señor Jacobo, dijo el coronel, pues us-

ted mismo no sabe el gusto que nos da cuando se explica en una materia que nos debe ser la mas interesante.

Yo agradezco mucho á ustedes su política condescendencia, dijo Welster, pero ciertamente me enaño cuando considero estas cosas, y ya quisiera llamarme perfectamente instruido en vuestra religion para recibir cuanto antes el bautismo, que es la puerta, según enseña la fé, para entrar al gremio de la Iglesia.

¿Pero cómo no se ha de arrebatar mi espíritu, señores, al considerar lo que me falta que decir? Mientras que Jesucristo, este sagrado Legislador vivió, pudieron haberse engañado los que lo seguían en fuerza de sus promesas: pudieron haber creído con la esperanza de mejorar de fortuna; ¿pero que debían haber hecho cuando lo vieron preso y acusado ante los jueces por hechicero, revolucionario y traidor contra el César romano? ¿Qué, cuando lo vieron morir por esta causa en un afrentoso suplicio? La razon natural nos dicta que debían haberse arrepentido de haber seguido su doctrina y detestado para siempre sus máximas y hasta su nombre. Mucho menos que esto se necesita para que los hombres se abandonen unos á otros. Solo el ser pobre es una causa muy eficaz para que se desconozcan hasta los parientes. ¿Qué se debía esperar que

hicieran los Apóstoles con Jesucristo despues de verlo muerto afrentosamente en una cruz por su doctrina? A los principios hicieron lo que se debía esperar de cualquier hombre: huyeron, lo negaron, se escondieron y lo abandonaron. refugiándose con Maria en un meson. Y despues ¿qué sucedió? Bajó sobre ellos el espíritu de Dios, vieron á Cristo y predicaron al Mesías con la mas santa intrepidez. S. Pedro, el mas cobarde de los Apóstoles, pues espantado por una mugercilla negó á su Maestro asegurando que ni lo conocia, fué el primero que predicó su doctrina en Jerasalen, pero ¿con qué viveza y con qué espíritu? Sus primeras palabras mas parecen reconvencciones de juez que persuasiones de orador; y sin embargo, se convierten millares de enemigos de Jesucristo á Jesucristo mismo en el primer sermón. Esto no es obra de los hombres.

Comenzaron á verse perseguidos los Apóstoles por su predicacion: fueron aprisionados, fueron entregados á las afrentas y á la muerte que sufrieron por sostener el crédito de su Maestro.

Pero ¿acaso los Apóstoles como amigos de Jesucristo le profesaban una muy tierna voluntad, y encaprichados se dejaron matar por su amor? Esta seria una objecion ridicula, pero fuera tal vez suficiente para alucinar á los incautos; mas ¿qué diremos de los demas discipulos, y qué de tantos mártires que

sin haber conocido á Jesucristo derramaron por él su sangre con tanta abundancia que corría por las calles, se enturbiaban con ella los rios, se cansaban los tiranos de derramarla, y enfadados de tanto confesor de Jesucristo que se ofrecía al martirio, les decían: "Si tanta gana teneis de morir, mataos por vuestra mano." ¿Qué diremos de esto, repito, sino que es verdadera la fé del Crucificado? Un autor vuestro de gran fama (1) dice que *es preciso creer unos testigos que se dejan degollar.*

Si atendemos á la tradicion, ¿qué cosa mas igual ni mas constante? Desde Jesucristo hasta nosotros todos han profesado una misma fé, han creido unas mismas cosas, y han ido fundados sobre unos mismos principios. Es increíble que si hubiera habido falsedad en este sistema, no se hubiera descubierto entre tantos hombres sabios que han predicado la pureza de la religion, como un Pablo tan inmediato á Jesucristo, y como un Agustin, un Gerónimo y otros no muy distantes de la publicacion del Evangelio; pero todos inmediatos ó distantes, han ido acordes con sus principios.

Por último, yo he leído el Tratado de las variaciones de las iglesias protestantes, sábiamente escrito por el señor Bossuet, y veo en él como cada iglesia

(1) *Pascal.*

ó comunidad ha padecido notables alteraciones en sus artículos, en sus dogmas y en sus cultos; cosa que no advierto en la verdadera religion de Jesucristo, pues esta, á pesar de sus muchas y sangrientas persecuciones, ha sido siempre una, santa, católica, apostólica, romana. *Una*, porque es uno el Dios á quien adora, una la fé que profesa, uno el bautismo, una la cabeza invisible de la Iglesia que es Jesucristo, y una su cabeza visible que es el Pontífice de Roma. *Santa* es, porque es santa su cabeza invisible, santa la fé que profesa, santa su ley, sus misterios y sacramentos, y solo en ella puede haber santos, como los ha habido, los hay y los habrá hasta el fin del mundo. *Católica* se llama, que es lo mismo que *universal*, porque en todas las naciones que le abrazan es una misma, sin variacion alguna en la fé, en los preceptos, en los sacramentos ni en cosa sustancial; y porque ninguno puede salvarse fuera de su gremio. Llámase tambien *apostólica*, porque fué fundada por Jesucristo en sus apóstoles; y por último, se dice *romana*, porque su príncipe visible, que es el Papa, reside en Roma; y por cuanto los católicos son miembros de una iglesia que tiene tan honrosos epítetos, se honran llamándose *cristianos, católicos, apostólicos, romanos.*

Estos son en breve, señorita, los motivos que yo he tenido para decidirme por la religion de vuestros

padres. Decidme si tengo razon ó si he procedido con ligereza.

Doña Matilde enternecida, no supo responder, pero el coronel la desempeñó abrazando á Jacobo y diciéndole: Usted verdaderamente pertenece á la herencia del Señor: él lo condujo, aquí lo ha hecho radicar por unos caminos imprevistos. Yo me glorío de que ha de ser usted muy buen cristiano, pues se ha esplicado mas bien como un instruido catequista, que como un neófito. Dele gracias al Padre de las luces, pues se las ha querido comunicar tan ampliamente, y apresúrese para recibir el bautismo.

Jacobo correspondió estas afectuosas espresiones manifestando sus deseos, y el señor Labin dijo que estaba muy próesimo á recibirlo, porque apenas le faltaba que saber, de manera que para el domingo inmediato tenia dispuesta la funcion que debía de ser en el *Sagrario*, por ser la parroquia á que correspondia, para lo cual habia visto ya al señor arzobispo, y tenia dispuestas todas las cosas, porque Jacobo lo habia elegido á él para padrino. Con esto, y otras conversaciones se disolvió la tertula por esta vez.

En la vispera del domingo citado, fué el señor Labin á convidar al coronel y á su familia para el bau-

tismo. Este caballero aceptó con gusto el convite, y al dia siguiente fuimos todos á la iglesia.

El adorno del templo y lo lucido de la concurrencia dieron todo el lleno á la funcion. Lo augusto de las ceremonias y la modestia del neófito enternecieron á los circunstantes, penetrándose los corazones de amor y respeto hácia nuestra sagrada religion.

Llegó por fin la hora tan deseada de Jacobo, quien despues de varias ceremonias, se acercó á la Fuente y recibió el sagrado Bautismo, que se dignó administrarle el ilustrisimo señor arzobispo de esta diócesis. ¡Feliz acto en que la Iglesia católica recibió en su seno á tan buen hijo, regocijándose con este nuevo triunfo de la fé!

Despues que recibió el sagrado baño, en el que á peticion suya le pusieron por nombre *Agustin*, se cantó un solemne *Te Deum*, y se celebró el santo sacrificio de la misa, en cuyo tiempo recibió el adorable Sacramento del altar con la mayor humildad y manifestando la mas devota compostura.

Concluida la funcion religiosa, se desnudó en la sacristia la vestidura blanca, y habiendo correspondido los abrazos y parabienes que le dieron los convidados, tomaron todos sus coches, y se dirigieron á la casa de Doña Eufrosina en donde se habia preparado el refresco.

La sala estaba llena de señoras, y va se deja én-

tender que no faltaria entre ellas Carlotita. Estaba allí en efecto, vestida muy de gala y mas hermosa que nunca. Su regocijo era inesplicable en el instante que vió á Welster: este tuvo mucho que hacer para disimular su pasion; mas ella no tenia entonces la prudencia necesaria, y mas de dos veces adverti que estaba á pique de declarar su amor á pesar de la presencia de su padre, cuyo respeto la contenia. Sin embargo, como la alegria era general y la bulla mucha, se ocultaron sus cariñosas imprudencias, á lo menos para los que ignoraban sus amores. Todo aquel dia se pasó en pláticas y diversiones agradables, y á la noche concluyeron con un lucido baile.

Después que se acabó, se retiró D. Tadeo con Carlota para su casa, Welster con Labin para la suya, y todos hicieron lo mismo.

Muy contento Welster, de verse admitido en el gremio de la Iglesia católica, trataba ya de arreglar sus intereses temporales, para lo que le fué necesario ir á la Habana; pero antes tuvo cuidado de asegurarse de la firmeza de Carlota. Hizo mil esperiencias, que todas correspondieron á sus deseos, y cuando ya no le quedó ninguna duda de que lo amaba muy de veras, le dió por escrito palabra de esposales, y un rico cintillo de brillantes en señal de que la cumpliria.

Carlota recibió ambas cosas con el gusto que se deja conocer, y las correspondió de igual manera: le dió su palabra firmada de su mano, y un relicario de oro con su retrato, que recibió Welster con la mayor satisfaccion.

Llegó por fin el dia de la partida, y como Doña Eufrosina estaba ya impuesta en los negocios de Carlota, se le facilitó á esta la ocasion de despedirse en su casa de su amante. Para esto fué á visitarla con Adelaida á la hora en que habia citado Welster; pero no bien se vieron, cuando asomó á sus ojos el sentimiento de sus corazones. Esta visita pareció de duelo. El señor Labin procuró disminuirles el martirio, acelerando la despedida. Llegó el momento critico, y no pudiendo disimular la vehemencia de su pasion, se abrazaron los dos públicamente, se juraron de nuevo su firmeza, renovando con mil tiernas espresiones las promesas que se tenian hechas por escrito, y se separaron con el dolor que es fácil conocer.

El rato fué de los mas tristes que podia experimentar la sencible Carlota. A todos interesa una muger hermosa y afligida: no fué mucho que Doña Eufrosina, Adelaida, y algunas otras visitas de confianza la acompañaran en su llanto.

Luego que se serenaron, trató Adelaida de consolar á su hermana, asegurándole que la vuelta de

Welster seria pronta, segun habia ofrecido, y que al instante se casaria, y se convertirian aquellas lágrimas en gustos. Carlota algo se consolaba con esto; pero no dejaba de temer la inflexibilidad de su padre tan tenazmente opuesto al matrimonio. Adelaida le decia: no tengas miedo, hermana, que no es tan bravo el leon como parece: nuestro papá es de capricho, pero tambien suele variar de opinion. ¿No te acuerdas cuánto trabajo costó para persuadirlo á que permitiera mi casamiento? El no queria; pero por fin se redujo y consintió, y lo mismo será contigo. A los principios se opondrá, te renirá, y aun te llenará de amenazas; pero despues poco á poco se irá amansando, hasta que consigas tu deseo. Yo misma te prometo ser tu empeño, y te juro que no me saldrán vanos mis esfuerzos.

Con estas espresiones se consoló un poco mas Carlota, y se despidió de Eufrosina. ¡Pobrecita! el éscito no correspondió á estas lisongeras esperanzas, como se verá en el capítulo que sigue.

CAPITULO XVII.

Descubre Adelaida los amores de Carlota á su padre: se indigna este, y le hace recibir por fuerza el hábito de monja: pasa el año del noviciado y llega Welster la vispera de la profesion.

QUE cierto es que el interés es la piedra de toque de la virtud y la amistad! Muchos afectan muy

bien la probidad y la amistad mas constante; pero apenas media el mas ligero choque por causa de intereses, cuando se quita el oro aparente del honor y la constancia, y se descubre el vil metal del vicio y de la falsedad. Esto mismo esperimentó Carlota con su hermana.

Un mes hacia que se habia embarcado Welster, cuando un dia de repente llegó á casa de Carlota una criada con un papelito de su hermana, por el que esta le pedia prestado el cintillo que le habia dado Jacobo.

No era mezquina Carlota: varias cosas le habia dado á su hermana en clase de prestadas, y ni habian vuelto, ni ella se las cobraba nunca; pero no fué tan generosa con el cintillo de su amante. Redondamente se lo negó, diciéndole que ya sabia que podia mandar en todo cuanto tenia, menos en cintillo de Welster, porque llegar á lo suyo era llegar á la niña de sus ojos. Adelaida, como no acostumbrada á semejantes negativas, se enfureció, y propuso vengarse de su hermana.

Dejó pasar como ocho dias, y al cabo de ellos fué á visitarla, y la halló cosiendo con Doña Ana, que era una señora viuda, ya vieja, y tia de las dos, que tenia D Tadeo en su casa para que acompañara á Carlota. Esta señora queria mucho á su sobrina y era

Welster seria pronta, segun habia ofrecido, y que al instante se casaria, y se convertirian aquellas lágrimas en gustos. Carlota algo se consolaba con esto; pero no dejaba de temer la inflexibilidad de su padre tan tenazmente opuesto al matrimonio. Adelaida le decia: no tengas miedo, hermana, que no es tan bravo el leon como parece: nuestro papá es de capricho, pero tambien suele variar de opinion. ¿No te acuerdas cuánto trabajo costó para persuadirlo á que permitiera mi casamiento? El no queria; pero por fin se redujo y consintió, y lo mismo será contigo. A los principios se opondrá, te renirá, y aun te llenará de amenazas; pero despues poco á poco se irá amansando, hasta que consigas tu deseo. Yo misma te prometo ser tu empeño, y te juro que no me saldrán vanos mis esfuerzos.

Con estas espresiones se consoló un poco mas Carlota, y se despidió de Eufrosina. ¡Pobrecita! el éxito no correspondió á estas lisongeras esperanzas, como se verá en el capítulo que sigue.

CAPITULO XVII.

Descubre Adelaida los amores de Carlota á su padre: se indigna este, y le hace recibir por fuerza el hábito de monja: pasa el año del noviciado y llega Welster la vispera de la profesion.

QUE cierto es que el interés es la piedra de toque de la virtud y la amistad! Muchos afectan muy

bien la probidad y la amistad mas constante; pero apenas media el mas ligero choque por causa de intereses, cuando se quita el oro aparente del honor y la constancia, y se descubre el vil metal del vicio y de la falsedad. Esto mismo esperimentó Carlota con su hermana.

Un mes hacia que se habia embarcado Welster, cuando un dia de repente llegó á casa de Carlota una criada con un papelito de su hermana, por el que esta le pedia prestado el cintillo que le habia dado Jacobo.

No era mezquina Carlota: varias cosas le habia dado á su hermana en clase de prestadas, y ni habian vuelto, ni ella se las cobraba nunca; pero no fué tan generosa con el cintillo de su amante. Redondamente se lo negó, diciéndole que ya sabia que podia mandar en todo cuanto tenia, menos en cintillo de Welster, porque llegar á lo suyo era llegar á la niña de sus ojos. Adelaida, como no acostumbrada á semejantes negativas, se enfureció, y propuso vengarse de su hermana.

Dejó pasar como ocho dias, y al cabo de ellos fué á visitarla, y la halló cosiendo con Doña Ana, que era una señora viuda, ya vieja, y tia de las dos, que tenia D Tadeo en su casa para que acompañara á Carlota. Esta señora queria mucho á su sobrina y era

depositaria de sus secretos, motivo porque no recibió de ella Adelaida.

Luego que entró abrazó á su hermana con mucho cariño, y comenzaron á hablar. Le preguntó ¿cómo le iba de ausencia? á lo que Carlota respondió con sencillez, que cada dia estrañaba mas á su Jacobo. Ya te considero, mi alma, cómo estarás, decía la pérdida hermana; y tienes mil razones de estar triste: no es para menos el lance, porque ciertamente que Welster tiene mil prendas; yo no he visto jóven mas fino ni mas amable: sobre que yo no tengo las relaciones que tú con él, y lo quiero tanto, que ya no veo las horas de que venga, y que se case para poder decirle *hermano!* Y no, no pienses que son pobladas mías. Mira: aquí te traigo esta purera para que cuando venga se la regales en mi nombre. Ella no tiene nada de particular sino haberla yo hecho con mis manos.

Diciendo esto, le dió una purera de chaquira muy bien hecha, con un letrero que la ceñía por en medio, y decía: *Carlota á su amado Welster.* Loca de contenta quedó la cándida Carlota con el regalo de su hermana. Le dió las gracias y unas argolias de oro, con lo que quedó la purerita bien pagada.

Preparada la intriga, la consumó Adelaida diciendo: Anda, niña, que me negaras tu cintillo el otro dia. Hermanita, respondió, Carlota, no te enojés;

pero ya ves que el cintillo.... —Si, si, tienes razon, Carlota: y si no lo hicieras así, no fueras gente; pero yo no quería el cintillo mas que para cotejarlo con uno que me venden. Aquí lo traigo; míhale, y préstame el tuyo á ver si se parecen.

Entonces sacó Carlota el cintillo de uno de los secretos de la almohadilla, donde tambien estaba la palabra de Welster y algunas cartas. Adelaida lo observó todo, vió el cintillo, y se lo volvió diciéndole: ahí puedes guardar la purerita. Carlota recibió el consejo, y platicaron de otras cosas. Le sacó á su hermana vino, queso y bizcochos, y dentro de breve rato se despidió.

¿Quién habla de esperar de una hermana tal villanía, y menos no habiendo dado motivo? Ello es que sucedió, porque es mucha la malicia de los hombres, y no se queda atrás la de las mugeres. A los cuatro ó cinco dias espíó Adelaida la hora en que su hermana salía á misa con la tia Doña Ana, y cuando la vió en la calle, se entró en su casa donde alló al viejo D. Tadeo contando dinero. Lo saludó con mucho cariño, le besó la mano, se sentó, y comenzó á hacer su negocio de este modo: Papá, ¿que está usted haciendo balance para darle su parte á Carlotita? ¿Y para qué quiere dinero Carlotita? dijo su padre. ¿Cómo para qué? ¿pues no está ya para casarse?—¿Para casarse Carlota?—Si señor: ¡ahora es-

tá usted en eso? Dias hace que está prendada y apalabrada con D. Agustín Jacobo Welster, ese inglés que se bautizó el otro día en el Sagrario y que visitaba tanto á Enfrosinita. ¡Vaya, tú has venido de gorja! decía el viejo: ¿cuándo la pobre de mi hija piensa en eso y mucho menos con estrangero á quien apenas habrá visto tres veces?

¿Tres veces? dijo Adelaida; trescientas se han visto en cuatro dias ó cuatro meses que se conocen.... ¡Vaya, no dude usted ni lo quiera alucinar mi hermana! Registre usted su almohadilla, y se convencerá de que no vine á engañarlo, sino á descubrirle la verdad; porque usted al fin es mi padre, y me duele mas que ella. ¡Ya se vé! que si usted quiere que se case, que se case en hora buena. Usted es tambien su padre, y sabe lo que hace.

¿Que se case? decía el viejo echando humbre por los ojos: primero la vea hecha pedazos. Espérame aquí, voy á sacar su almohadilla. La sacó en efecto, y la traidora hermana puso en sus manos los papeles, el cintillo y la purera. Cuando el viejo vió las cartas y la palabra de Welster, poco faltó para que no se echara por un balcon: tal estaba de ciego de la cólera.

La pérfida Adelaida lo serenó diciéndole: No es menester, señor, que usted se incomode tanto, ni que lo pague su salud: con modo se harán bien todas las

cosas. Usted es su padre, y si no quiere que se case no se casará aunque el mundo se venga abajo. El caso es que sepa usted sostenerse para que otra vez no le pierda á usted el respeto. Castiguela usted pero sin encolerizarse, y eso que sea el castigo moderado, pues, porque es mi hermana, y es fuerza que me due-la. Diciendo esto se despidió.

A poco rato volvió Carlota de misa, y la llamó su padre á una pieza retirada de la casa. Cuando entró en ella, cerró la puerta con llave, y le dijo que se sentara. La infeliz Carlota se sentó toda temblando, y él le dijo: ¿Sabes que eres mi hija? ¿sabes lo que me debes? y por último, ¿sabes la autoridad que tengo sobre tí?—Sí señor.—¿Pues cómo tan sin honor, tan sin vergüenza te has atrevido á ofrecerte por muger á un hombre vil, sin consultar conmigo? ¿No sabes que una hija de familia no debe tener mas voluntad que la de su padre, y que no es dueña ni de sus pensamientos? Pues ¿cómo te has arrojado á amar á ese hombre sin mi licencia, hasta el extremo de recibirle papeles y regalos? Ea, no te pongas descolorida, ni tiembles: yo no hablo de memoria; estoy bien informado de tu conducta, y te voy á poner testigos que no te atreverás á desmentir.... ¿Conoces esta purera, ves este cintillo, entiendes la letra de estos papeles? ¡Vamos! hija ingrata, indecente, sinvergüenza: ¿no te confundes convencida

de tus criminales procederés? Habla, responde, discúlpate si puedes.

La desdichada Carlota, no pudiendo negar lo que tantos documentos aseguraban, hecha un mar de lágrimas se arrojó á los piés de su padre y le dijo: Es verdad, señor, que he tenido la debilidad de corresponder á los afectos de Welster. Si es delito el amar, yo he amado, lo confieso; pero ahora ya no tengo más remedio que pedirle á usted perdon de mi delito. Si, amado papá: perdone usted á esta desdichada.

Está bien, contestó D. Tadeo con toda gravedad; pero me has de dar palabra de ser monja y de aborrecer para siempre á ese infame Welster. ¿Qué dices? ¡Ah señor! respondió Carlota: no merece Welster que lo aborrezcan. Cuando el rayo se desprende de la nube no hace mas estrago que el que hicieron estas espresiones en el corazon de aquel tirano padre, quien arrastrando á la infeliz Carlota y bañándola en sangre á bofetadas, le decia: hija vil, hija ingrata y atrevida, ¿asi me faltas al respeto? ¿Aun no estás contenta con proceder mal, sino que en mi propia cara haces alarde de tu inicua liviandad? Yo te pondré en las Recogidas para siempre.

Así que se cansó de golpearla, se paseaba furioso por el cuarto, mientras la triste Carlota permanecia en un rincón hincada de rodillas, lavando la san-

gre de su rostro con las lágrimas que corrian de sus ojos.

Un espectáculo semejante hubiera enternecido á un tigre; pero aquel viejo estaba empedernido. Se paseaba apresuradamente frotando una mano con otra, la barba le temblaba debajo del pañuelo que tenia flojo y descompuesto: sus ojos despedian sobre Carlota unas miradas de fuego, y con un tono de voz de condenado le decia: "Conque maldita, ¿no quieres darme gusto, no quieres aborrecer á ese vil, ni ser monja? ¿te has empeñado en llenar de amargura el corazon de tu padre? ¿Quieres abreviar mis dias y dar conmigo en el sepulcro? Pues anda, hija ingrata y desconocida: no seas monja, no; pero así el cielo derrame sobre tí sus maldiciones: confundida y arrastrada te veas en este mundo: jamas tu corazon pruebe los placeres de la paz: sea toda tu vida un circulo de afrentas, dolores y miserias, y en la hora inevitable de tu muerte, el Dios eterno que me escucha permita que no halles confesor que te absuelva, para que muriendo impenitente, recibas en los infiernos por toda la eternidad el premio de tu tenaz inobediencia."

No pudo la inocente Carlota soportar el temor que le infundieron estas impías escsecraciones (1) y así

(1) Es una vulgaridad creer que siempre se cumplen

trémula, descolorida y palpitándole fuertemente el corazón, se abalanzó á los piés de su cruel padre, se los besó mil veces los empapó con sus lágrimas, y apenas articulando las palabras le decia: "ya está, papá de mi alma, ya está: yo seré monja y cuanto usted quisiere; pero deje ya de maldecirme. . . ."

Entonces el cruel viejo, aparentando una alegre serenidad, la levantó á sus brazos, y estrechándola en ellos, le decia: ya no hay nada, Carlota, ya no hay nada. Tú eres mi hija, y estás obligada á obedecerme, así como debo amarte por ser tu padre. Con tal que me des gusto y me cumplas esa palabra, ya no te renairé en mi vida, antes te recibiré á mi gracia, y te daré gusto como siempre.

las maldiciones de los padres. Cuando son injustas no hay para que temerlas; porque Dios no estige á sus criaturas solo por complecer un mal deseo; sin embargo, el maldecir es un vicio y una costumbre reprobada, aun cuando se maldiga con razon, porque nunca hay razon para maldecir. Muchas veces Dios ha permitido que se cumplan las maldiciones de los padres por castigo de ellos mismos. Así como sus bendiciones afirman la felicidad de los hijos, sus maldiciones destruyen hasta los cimientos de las casas. Esto lo dice el mismo Dios en las divinas Escrituras. Ecll. 3, v. 11. No es mucho, pues, que haya tantas familias desgraciadas, habiendo tantos padres maldicentes.

¡Vamos! siéntate, serénate, no llores, si yo te quiero mucho, si eres mi hija, ¿no te he de dejar? Ahora, ¿qué imposibles te pido? Que seas monja: mira tú cual es el daño que te hago. ¿Acaso crees que en los conventos se pasa mala vida? No, hija, todo lo contrario: cuantas están allí, están contentas, sin echar menos la calle para nada. ¿Qué te podrá faltar en el convento? Allí tendrás tu celda muy com puesta, tus macetas, tus pajaritos y cuantas golosinas apetezcas. No te faltará un peso que gastar con libertad, ni amigas con quien amistarte. Tampoco carecerás de diversion, pues en los conventos tienen sus dias de recreo, sus rejas, sus visitas y azoteas: hacen tambien sus máscaras y mogigangas, sus comedias, sus jamaicas. . . En fin, no estrañan la calle para nada.

A mas de esto, ya sabes que mi hermana es la abadesa: con ella vivirás, y te tratará como tu tia, y como que te quiere y te ha querido tanto. Por esta misma razon, las monjas y las niñas te traerán en las palmas de las manos. Ultimamente, tú vas á asegurarte de los peligros de este mundo, vas á llenarte de la gracia de Dios, á merecer la bienaventuranza con tus virtudes, y á ser nada menos que esposa del mismo Jesucristo. ¿Quieres mas dicha? ¿quieres mas satisfaccion? ¿quieres mas gloria?

Conque, ¿qué dices? ¿te resueives á aborrecer á

Welster y á ser monja? ¡Ay papá! respondió Carlota sin poder interrumpir su llanto, ya le dije á usted que seré monja; pero aborrecer á Welster es imposible.—¡Vaya, vaya! tú estás apasionada, te disculpo: al fin eres muchacha y no sabes lo que hablas ni lo que haces. Me contento con que seas monja. En el convento, despues que no sepas de Welster, cuando pasen dos años y no tengas ni esperanza de verle, se apagará en tu pecho esa llama que ha encendido tu infame seductor, y ya no te volverás acordar de él; pero es preciso acelerar este paso antes que se enfríe esta vocacion. Mientras vuelvo, vistete y serenate. Te dejo encerrada, porque no quiero que tu tía ni las criadas te vengan á incomodar ni á informarse de lo que ha pasado. Ya vuelvo.

Diciendo esto el viejo, la encerró y se salió para la calle. Fácil es concebir que Carlota viéndose sola se desahogó á su satisfaccion, se bañó en su llanto mil veces besando el retrato de Welster, que no se le caía del pecho, le decia como si hablara con él mismo: ¡Dónde estás? ¡ay! Jacobo de mi vida, hechizo de mis ojos, bien de mi corazón.... ¡Para qué veniste á esta tierra que te había de ser tan azarosa; para qué me amaste tan de veras, y ya que me amaste, ¡para qué te ausentaste de mis ojos? ¡Ah Welster desdichado! Ven, vuela en las alas del amor á socorrer á tu infeliz Carlota; mira que te la arreba-

tan de los brazos.... Si, yo te voy á perder eternamente. Ya no volveré á ver ese semblante tan lleno de candor y de inocencia; ya no escucharé de tu boca aquellas tiernas expresiones, aquellos nobles sentimientos que me manifestaban tu amor puro; ya no tendré la gloria de volver á estrecharte entre mis brazos: ya huyó de mi corazón aquella lisonjera esperanza que [me alentaba de poder alguna vez llamarte mio. ¡Ay, desdichada Carlota! Ya se acabaron para tí los dias de la serenidad y la alegría.... sepultada en una horrible prision, vas á perder á Jacobo para siempre.... Welster.... amado Welster.... esposo mio.... ven, corre, favorece á esta mujer amante y desgraciada....

La fuerza del dolor oprimió el corazón de esta infelice, anudó su lengua, heló su sangre y la hizo sucumbir á su vehemencia. Cayó privada al pié de un conapé sin soltar el retrato de su amante.

Así estuvo algun tiempo, hasta que naturalmente volvió en sí, y advirtiendo que habia pasado largo rato y que podia ya volver su padre, escondió el retrato, se limpió los ojos y se vistió.

Apenas habia acabado, cuando entró D. Tadeo, y le mandó se pusiera el túnico negro y la mantilla. Obedeció al instante; y tomándola el padre de la mano, bajaron la escalera, y entrando los dos en un co-

che, la llevó al convento, en cuya portería la estaba esperando la abadesa.

Esta la recibió con mil cariños y la introdujo en su habitacion. Como D. Tadeo tenia dinero, facilitó todas las cosas de modo que al tercer dia tomó el hábito de religiosa.

Esto fué con tal secreto, que ni Doña Eufrosina, ni ninguna de sus amigas, ni su hermana Adelaida, ni las mismas criadas de su casa lo apercibieron, ni pudierou rastrear su paradero por mas pesquisas que hacian.

El viejo se unió con la abadesa, y entre los dos tomaron las precauciones necesarias para impedir que Carlota avisara á nadie donde estaba. Continuamente tenia sobre sí los ojos de la tia, ó de una monja de su confianza; no se le permitia jamas bajar á la puerta, subir á la azotea ni tener reja: se le prohibió absolutamente toda amistad dentro del convento; se le quitó de la celda el tintero; se le impidió bajo de graves penas que hablara sino con la abadesa ó con la monja su perpetua centinela; y para acabar de quitarle todo recurso, se le hacia dormir sola en un cuarto, bajo de llave.

La infeliz novicia cayó en la mas negra melancolia. Siempre llorando, sola, y sin hablar con nadie del convento, se entregó á rienda suelta á la tristeza. A muchas instancias y regaños comia un boca-

do: el sueño se retiró de sus ojos, y con semejante vida en cuatro dias se estragó su salud notablemente. Ella se puso flaca y descolorida, en términos que infundia compasion á cuantos la miraban. Su confesor con quien podia haber tenido algun desahogo, estaba coludido con su padre, y así en vez de consolarla, la reprendia ásperamente, tratándola de loca y de inconstante.

Tantos verdugos juntos dieron con ella en una cama, donde padeció mas de seis meses. Cuando avisó la abadesa á su padre que estaba de peligro, y que no la aseguraban los médicos, respondió: ¡Ojalá se muera! mas bien la quiero muerta que casada.

No se cumplieron sus indignos deseos, porque ya por la resistencia de su edad y su constitucion, ó por los auxilios de la medicina, se fué restableciendo poco á poco, hasta que logró ponerse en pié.

Quando se levantó de la cama se halló con otra niña que tenia la abadesa, llamada Irene, con quien le permitieron amistarase, pero sin perderla de vista como siempre. Esta jóven era muy amable y padecia la misma enfermedad que Carlota, esto es, estaba apasionada por un hombre de bien; pero era pobre, y los padres de ella, para ver si lo olvidaba, la pusieron en el convento. Así que las dos se comunicaron sus penas, estrecharon mas su amistad, y se consolaban mútuamente ó lloraban con mucho disi-

mulo, por temor de alarmar con su imprudencia la vigilancia de las monjas; pero dejemos á Carlota cumpliendo su año de noviciado, mientras nos dirigimos á la Habana para saber qué es lo que hacia Welster.

Este, luego que llegó, comenzó á realizar sus proyectos con la mayor eficacia, para regresarse pronto á esta ciudad. Ya casi los habia concluido felizmente, cuando una tarde andando de paseo, se quebró la calesa que cayó con él, y le lastimó una pierna tan malamente, que los cirujanos temian que la perdiera.

Siete meses estuvo en una cama sin poderse levantar, hasta que por fin, á costa de sufrimiento y de dinero, logró quedar enteramente bueno.

No tanto lo desesperaba su mal, cuanto no tener noticia de Carlota. Tres veces le escribió, y otras tantas se quedó esperando la respuesta; pero cómo la habia de tener si en México no sabian sus conocidos dónde estaba? El señor Labin, á quien venian las cartas de Jacobo, se volvia loco por inquirir el paradero de Carlota; pero todas sus diligencias eran vanas. Mil veces llegó á pensar que la habia matado su cruel padre. Como que era amigo verdadero de Jacobo tomaba el mayor interés en serenarlo, y así, unas veces le decia que estaba en una hacienda al tiempo que salió el correo marítimo; otras, que

estaba algo enferma, y otras, que se habia extraviado la contestacion en el camino.

Esto acongojaba demasiado al sensible Welster, porque atribuia el silencio de Carlota á alguna inconstancia mugeril; y así apenas se alivió cuando se embarcó para este reino, sin dar noticia de su viaje á su intimo Labin.

Ya se acercaba el tiempo en que estos dos amantes apuraran de una vez el amargo cáliz de su última separacion. Las horas volaban para apresurar el fatal momento. Jacobo desembarcó sin novedad en Veraacruz, y como su pasión era vehemente, no pudo sosegar; trató de acelerar su viaje á esta capital, y lo verificó á marchas dobles.

Dos dias faltaban para la profesion de Carlota, y ella no habia tenido un rató proporcionado para escribir al señor Labin como deseaba, porque su vigilante cuidadora estaba en esos dias mas alerta que nunca por especial encargo de su padre.

Pero no todas han de ser desgracias en la vida. Un accidente que pudo ser funesto, facilitó esta ocasion deseada. La ante vispera de la profesion, como á las doce de la noche, acometió á la abadesa un fuerte insulto apoplético. Se alborotó el convento llamaron al confesor y al médico, y en estas horas nadie pensaba sino en restablecer la salud de la prelada: entraban y salian en su celda atropellada-

mente, y nadie se acordaba de Carlota, ni su perpetua cuidadora. Ella aprovechó estos preciosos instantes, y cogiendo una pluma y una poca de tinta en un vasito, se entró á escribir en su recámara, quedándose Irene guardando la puerta con disimulo para que no la sorprendieran.

A las cinco de la mañana volvió en sí la abadesa, sin sentir ningunas resultas temibles del pasado ataque. Todas se retiraron, y la centinela de Carlota, no pudiendo ya resistir el sueño, se quedó dormida como una piedra, y esto sirvió para dar lugar á enviar el papel á Labin. El interés todo lo vence, y así no se dificultó encontrar una moza que desempeñara bien su encargo.

Todo salió como se había de menester. A las ocho del día ya había recibido el señor Labin el papel de Carlota, y luego que lo leyó, se penetró de compasion hácia ella, y de rabia contra su indigno padre. Despidió á la mandadera muy contenta porque le dió dos pesos, rogándole mucho que pusiera la respuesta con todo recato en mano de la misma que le había dado el papel primero.

No bien salió la mandadera de su casa, cuando el señor Labin se dirigió á la de su amigo el coronel á quien dió parte del suceso.

A todos interesó la desgracia de Carlota, y le rogamos que nos leyese la carta de esta á Welster. La-

bin condescendió, y sacando el papel leyó de esta manera.

Jacobo: la suerte está echada en nuestro daño. Mañana profesaré contra mi voluntad. Te voy á perder para siempre, siendo un cruel padre la causa de mi separacion. El sepulcro se abrirá bajo de mis piés luego que me ligue con los votos. Voy á morir, porque no he de poder vivir sin tí. Solo te ruego por aquellos momentos dichosos en que me asegurabas tu firmeza, que no me olvides; y si alguna vez hostigado de mi debilidad, te consagrases á otra hermosura mas dichosa, acuérdate á lo menos de tu infelicitísima Carlota, en cuyo corazon vivirá tu memoria eternamente. Adios, adios, Welster, amado mio.

Todos nos enternecemos con la lastimosa despedida de Carlota, y cuando estabamos compadeciéndola, entró en la sala su padre el tirano D. Tadeo. Su visita nos sorprendió, y al coronel lo llenó de tal cólera, que apenas pudo disimularla. La sangre se replegó á su corazon, segun lo dió á entender lo descolorido del semblante; pero como estaba dotado de bastante prudencia, recibió al impío viejo con su acostumbrada urbanidad. Este, á pocos momentos, aparentando que hacía un gran favor en revelar el gran secreto, refirió que su hija era monja, que iba á profesar el día siguiente, y concluyó convidándolo y á todos sus amigos para la funcion prevenida.

Entonces el coronel, no pudiendo encubrir su in-

di acion, le dijo: Temo mucho, señor D. Tadeo, que esta niña va á profesar contra su voluntad una vida, de que quisiera desprenderse en este instante. El secreto que usted ha guardado ocultándonos por un año el lugar en donde se hallaba, por mas preguntas que se le han hecho, me asegura de este temor. Si ella hubiera entrado con verdadera vocacion, con pleno conocimiento de lo que hacia, y con deliberada voluntad, no habia un justo motivo para que usted negara la verdad. Lo cierto es que mi cuñada, sus amigas, y su misma hermana Doña Adelaida no han sacado de usted sino equívocos pueriles cuando le han preguntado por ella: luego nada mas se necesita para inferir, y aun para asegurar, que su ingreso al convento fué forzado, lo mismo que será su profesion.

Si así fuere, yo me admiro, me asombro, extraño esta violencia en el juicioso talento de usted, y considerando padre de esta niña desgraciada, me espanto de que en un padre quepa semejante crueldad. Accion menos tirana fuera que usted dividiese su corazon con un puñal, que no que la obligue á condenarse por su boca á una prision eterna y sin delito.

No es usted ignorante, amigo D. Tadeo: sabe usted muy bien que la autoridad de los padres no llega hasta el extremo de violentar á los hijos á que

abracen un estado para el que no tienen vocacion, esto es, para violentarlos sin justicia.

El mismo autor de la naturaleza, aquel gran Dios que nos crió y nos conserva, y que es árbitro de la vida y de la muerte de los hombres, no quiso apropiarse su albedrío, sino que los dejó en plena y absoluta posesion de su voluntad, para que obrasen en todo segun les pareciese. Pues si el dueño de los hombres les deja esta inestimable libertad, ¿por qué los padres han de querer apropiarse unos derechos que el mismo Dios renunció en favor de los miseros mortales? Si este Supremo Monarca hubiera querido, nos habria quitado la libertad, y en este caso obedeceriamos su voluntad con el mismo mecanismo que el sol, la luna y las estrellas; pero no seriamos mercedores del premio ó del castigo. La voluntad del hombre, bien ó mal dirigida, hace que se haga digno del odio ó del amor del Ser Supremo, y por lo mismo acreedor á unas penas ó á unas felicidades eternas. Vea usted amigo, si podrán los padres forzar á sus hijos á abrazar un estado de cuya buena eleccion depende su felicidad temporal y eterna.

El santo y general Concilio de Trento, inspirado por el Espirita de Dios y en consideracion á estas cosas, fulmina una terrible escomunion contra aquellos padres temerarios que tienen la sacrilega osadia

de violentar á sus hijas para ser monjas..... Pero acaso usted no me cree. Voy á traerle el mismo testo del sagrado Concilio, para que se convenza por sus ojos..... Vamos, aquí está el libro: hagame usted favor de leer las mismas palabras que dictó aquel sagrado congreso inspirado por el espíritu de la verdad.

Tomó D. Tadeo con harta repugnancia el libro, y leyó de esta manera.—*El Santo Concilio escomulga á todas y á cada una de las personas de cualquier calidad ó condición que fueren, así clérigos como legos, seculares ó regulares, aunque gocen de cualquier dignidad, si obligan de cualquier modo á alguna doncella ó viuda, ó á cualquiera otra muger... á entrar contra su voluntad en monasterio, ó á tomar el hábito de cualquiera religion, ó á hacer la profesion; y la misma pena fulmina contra los que dieren consejo, auxilio ó favor; y contra los que sabiendo que entra en el monasterio, ó toma el hábito, ó hace la profesion contra su voluntad, concurren de algun modo á estos actos, ó con su presencia, ó con su consentimiento, ó con su autoridad...*

(Sesion 23 cap. 18).

Todo está muy bueno, dijo el obstinado viejo; pero no habla conmigo, porque Carlota va á profesar con su voluntad, y ella misma me encargó que no publicara que era monja hasta este dia, porque no queria tener visitas, y yo no he hecho mas que condescender con su gusto.

El coronel, conociendo la malicia de D. Tadeo, le dijo: Está muy bien, amigo: la niña profesará como usted quiere; pero yo sé y muy bien, que no profesará con su voluntad. En fin, usted es su padre, lo quiere así, y basta; pero acaso en los infiernos se acordará del coronel Rodrigo, cuando maldiga su avaricia, que es la causa de sacrificar al claustro la voluntad de Carlota, ofrecida por ella misma á Welster. Todo lo sabemos, y ya no puedo disimular mi justa indignacion. Es usted un hombre pérfido, un ciudadano inútil, y un padre verdugo. Por no desmembrar su capital, dándole á su hija la legitima que le corresponde, la va á entregar á la última desgracia separándola de su inocente amante, y condenándola á una eterna desesperacion. Pero vaya usted, señor D. Tadeo: haga creer á su hija que tiene sobre su voluntad un poder que Dios no le concede: compre seductores á su antojo; válgase de medios reprobados, y haga las infamias que pueda, que algun dia se ha de acordar de mi en los infiernos, cuando sorprendido por la muerte, conozca la fuerza de estas verdades, y maldiga en los abismos el poder de su maldito dinero.

No, no será usted el primer padre que gemirá en aquellos oscuros calabozos. ¡Cuántos están allá por la misma causa! Muchos, D. Tadeo, muchos han ido á los infiernos por violentar el albedrío de sus hi-

jas. Las han hecho ser monjas por reservar el dinero, el mismo dinero que no aprovecharon sus hijas, pero lo tiraron sus sobrinos en juegos, bureos y diversiones.

En fin, señor D. Tadeo; usted dispense si me he escedido en favor de la infelice Carlota, de quien presumo ó sé con evidencia que va á profesar contra su voluntad, y deme por escusado del convite.

Todos dijeron lo mismo, y D. Tadeo se salió avergonzado; pero no arrepentido de su maldito proceder. Luego que llegó á su casa se le olvidó la seria reprension del coronel, y se entretuvo en disponer las cosas para el siguiente dia. Es mucho el poder de la avaricia.

Toda aquella mañana la ocupó en sus particulares negocios, y á la tarde...pero hagamos una visita en su convento, á la desventurada Carlota. Hasta las tres no tuvo lugar Irene de darle la carta de Labin. Abrióla muy sobresaltada, y apenas vió la de su querido Welster y reconoció la letra, cuando se enterneció su corazón sensible, y las lágrimas salieron á sus ojos. Besó el papel innumerables veces, lo humedeció con su copioso llanto, lo apretó contra su pecho; y su mano trémula iba á romper la cubierta, cuando la llamó la abadesa para que leyera un libro devoto, y mandó á Irene que hiciera chocolate.

En ese mismo tiempo llegó Welster á México, y

se dirigió con su equipage al meson que llaman de la Herradura, no habiendo ido desde luego á la casa de Labin, por escusar que lo incomodaran los mozos y las caballerías.

No bien anocheció, cuando tomó la capa y se fué para la casa de Carlota, deseoso de informarse por sí mismo de su salud y de su proceder. Se paró con disimulo en la puerta del zaguan para observar lo que pudiera. Pero ¡cuál fué su asombro, cuando advirtió el alboroto que habia! Entraban y salian muy alegres los mozos de servicio metiendo cajones de dulces y bizcochos, fuentes, vasos, mesas, ramos de flores, y otras cosas. No pudo contenerse, y acercándose al portero poniéndole en la mano un peso para tabaco, le dijo: Amigo, usted dispense: dígame usted ¿quién vive en esta casa, y por qué causa hay ahora tanta bulla? ¿Estos preparativos son para alguna boda? porque á lo menos así me lo parece. Señor, dijo el portero, aquí vive mi amo el señor D. Tadeo Gonzalez de la Mora, y la bulla que usted ve es porque se está disponiendo el refresco para mañana que profesa de monja su niña la señorita Doña Carlota, en el convento de... ¿Quién, amigo, quién dice usted que profesa? preguntó Welster con mucha precipitacion; y el portero lo decia con igual dema: ¡ya no dije, señor, que la niña Carlota?—¿La hermana de Doña Adelaida?—Si señor.—¿Aquella

jóven muy hermosa que tiene un lunar debajo de la barba?—Si, señor, esa, esa mismísima es la que va á profesar.—Hombre, usted se engaña. ¡Si eso no puede ser! sobre que esa niña está para casarse! —Eso yo no sé; pero vaya usted mañana al convento, y allí saldrá de la duda, y usted perdone que no le dé mas contesta porque me está gritando el amo. Con esto se despidió el portero, y Welster se fué para el meson lleno de las ideas mas tristes, y no queriendo creer lo que pasaba.

No pudo conciliar el sueño en esa noche, y así luego que vió la luz del día, se vistió y comenzó á pasearse por su cuarto, deseando que llegara la hora de ir á la iglesia para ver por sus ojos lo que le habia dicho el portero, haciendo contra la inocente Carlota los mas injustos discursos.

Llegó por fin la hora funesta, tomó una taza de café, y entrándose en el templo vió é hizo lo que sabrá el lector, si quiere leer el capitulo que sigue.

CAPITULO XVIII.

En el que se concluye la historia de Jacobo y de Carlota.

No hay que esperar firmeza en esta vida. Todos los hombres son variables; pero mas que los hombres las mugeres. Ellas son el depósito del fingimiento y la superchería. Sus ternezas son adulaciones, y

sus mas firmes juramentos no pasan de unas mentiras estudiadas. Mal haya el que se cree de unos entes tan débiles y miserables, que abusan de los dotes de la naturaleza y de la ternura de su sexo para engañar un corazon sensible y generoso. Mas ¿quién no se creerá de una muger hermosa, cuando jura y promete ser firme hasta la muerte; y mas si llama el llanto para que sostenga su mentira? Las lágrimas y los suspiros son unos arbitrios eficaces, que tienen á mano estas viles criaturas intrigantes para alucinar á los incautos....

De esta ó de peor manera pensaba Welster dentro del templo, creyéndose agraviado de su amante Carlota; pero no pensaba con razon, porque hay mugeres fieles que conocen las leyes del honor y saben cumplir firmemente su palabra; mas Welster no entendia de eso. En aquellos instantes no pensaba sino en tomar satisfaccion de la inconstante Carlota, que tal concepto le merecia.

Se entró por fin al templo, y se acomodó cerca del coror; comenzó la misa y siguió el sermón segun se acostumbra. El orador ponderó las virtudes de la novicia con arreglo á las instrucciones de su padre, y entre otras cosas decia: ¿A quién te compararé, á quién te asemejaré, feliz Carlota, hija de Dios y destinada para la celestial Jerusalem? Tú, en la tierna

jóven muy hermosa que tiene un lunar debajo de la barba?—Si, señor, esa, esa mismísima es la que va á profesar.—Hombre, usted se engaña. ¡Si eso no puede ser! sobre que esa niña está para casarse! —Eso yo no sé; pero vaya usted mañana al convento, y allí saldrá de la duda, y usted perdone que no le dé mas contesta porque me está gritando el amo. Con esto se despidió el portero, y Welster se fué para el meson lleno de las ideas mas tristes, y no queriendo creer lo que pasaba.

No pudo conciliar el sueño en esa noche, y así luego que vió la luz del día, se vistió y comenzó á pasearse por su cuarto, deseando que llegara la hora de ir á la iglesia para ver por sus ojos lo que le habia dicho el portero, haciendo contra la inocente Carlota los mas injustos discursos.

Llegó por fin la hora funesta, tomó una taza de café, y entrándose en el templo vió é hizo lo que sabrá el lector, si quiere leer el capitulo que sigue.

CAPITULO XVIII.

En el que se concluye la historia de Jacobo y de Carlota.

No hay que esperar firmeza en esta vida. Todos los hombres son variables; pero mas que los hombres las mugeres. Ellas son el depósito del fingimiento y la superchería. Sus ternezas son adulaciones, y

sus mas firmes juramentos no pasan de unas mentiras estudiadas. Mal haya el que se cree de unos entes tan débiles y miserables, que abusan de los dotes de la naturaleza y de la ternura de su sexo para engañar un corazon sensible y generoso. Mas ¿quién no se creerá de una muger hermosa, cuando jura y promete ser firme hasta la muerte; y mas si llama el llanto para que sostenga su mentira? Las lágrimas y los suspiros son unos arbitrios eficaces, que tienen á mano estas viles criaturas intrigantes para alucinar á los incautos....

De esta ó de peor manera pensaba Welster dentro del templo, creyéndose agraviado de su amante Carlota; pero no pensaba con razon, porque hay mugeres fieles que conocen las leyes del honor y saben cumplir firmemente su palabra; mas Welster no entendia de eso. En aquellos instantes no pensaba sino en tomar satisfaccion de la inconstante Carlota, que tal concepto le merecia.

Se entró por fin al templo, y se acomodó cerca del coror; comenzó la misa y siguió el sermón segun se acostumbra. El orador ponderó las virtudes de la novicia con arreglo á las instrucciones de su padre, y entre otras cosas decia: ¿A quién te compararé, á quién te asemejaré, feliz Carlota, hija de Dios y destinada para la celestial Jerusalem? Tú, en la tierna

edad de diez y seis años (1) supiste despreciar la vanidad, y con pié firme hollaste un mundo falaz que te seducía con sus placeres y pompas lisonjeras, para seguir con tu cruz á Jesucristo tu esposo predilecto....

Jacobo oía el sermón, y cada palabra del orador hería su espíritu vivamente, renovando el mal juicio que se había formado de Carlota.

Concluida la misa, el preste y los ministros del altar se dirigieron al coro para solemnizar la profesión. Las religiosas se ordenaron en dos filas con vela en mano, la abadesa tomó el lugar que le correspondía, y entonces Welster que estaba muy inmediato á la reja pudo ver bien á su amada Carlota. Esta tenia los ojos bajos, y su macilento semblante manifestaba su estragada salud. Jacobo la veía de hito en hito, observaba las ceremonias religiosas, y escuchaba los cánticos sagrados con una atención imperturbable. Amaba tiernamente á Carlota, y su vista renovó su cariño, pero al mismo tiempo que se creía abandonado de ella sin motivo, en un instante convertía en odio mortal aquel afecto que volvía á desear para quererla. De modo que su atribulado co-

(1) Solo cumplidos los diez y seis años se debe admitir la profesión: haciéndose con menos edad es nula por disposición del citado Concilio. Ses. 25. cap. 15.

razón batallaba á un tiempo con dos pasiones opuestas entre sí, el aborrecimiento y el amor, y sintiéndose agitado de las dos, no tenia libertad para decirse por ninguna.

Entre estos amargos momentos llegó el de la profesión de Carlota. El sacerdote le hizo una exhortación breve y patética acerca de la vida religiosa, durante la cual, ella no alzaba los ojos de la tierra que estaba regando con sus lágrimas. Así que el sacerdote concluyó, pasó la novicia á hacer la profesión en sus manos. Cada movimiento, cada palabra de ella era un puñal con que atravesaba el corazón de Jacobo sin saberlo. Este la contemplaba sin moverse; pero cuando la oyó decir, aunque con débil voz. Yo, sor Carlota de Jesus, hago voto y prometo.... no pudo contenerse: perdió el juicio, se olvidó de la prudencia, y sin atender al lugar en donde estaba, con una voz fuerte é indignado, le dijo: ¿Qué prometes perjura?... ¿Me conoces?

El formidable grito de Jacobo penetró los oídos de Carlota. Levantó sus ojos abatidos, y los dirigió hácia donde oía el eco pavoroso; conoció á su amante, y con una voz desfallecida, dijo: ¡Ay Welster.... la fuerza.... No pudo articular otra palabra. Un sudor frío bañó su hermoso rostro: su vista se eclipsó: la convulsión sacudió sus miembros fuertemente, y

TOMO I. 26

hubiera caído en tierra desmayada, si no la hubieran sostenido las monjas.

Todos se sorprendieron con tan inesperada novedad. Un serdo murmullo se estendió por el templo: Labin, que habia ido con el cura D. Jaime para cerciorarse de la profesion, y estaba cerca del coro, luego que oyó á su amigo Welster, corrió adonde estaba y le dijo: Ya es menester que te sostengas. El escándalo es mucho. Hazlo tú por mí, le respondió Welster, porque yo no estoy para hacer ni decir cosa á derechas. El oficial Labin que acababa de dar el consejo, luego que se halló comisionado por su amigo, se embarazó, y no se atrevia á hablar una palabra; pero el cura lo sacó del cuidado. Se acercó á la silla del preste, y le dijo: Me consta que esta profesion, en caso de ser, será violenta: sírvase usted hacer que se suspenda, mientras vamos á dar parte del caso á su Illma. Acuérdale á la abadesa la excomunion del Concilio, por si quisiere hacer una violencia. Dicho esto, llamó á Labin y á Welster, y entrando en un coche, partieron al palacio arzobispal.

En un momento llegaron é informaron al señor arzobispo, quien mandó que fuera el secretario, que llamase á la novicia á un confesonario para que libremente le dijese si era su gusto profesar ó no, y que en caso de que no quisiera, inmediatamente notificara á la abadesa en su nombre que le diese su

ropa de secular, y se la entregara; lo cual verificado, pasara aquella señora á la casa del conde de la Roca, en la que se mantendría en clase de depositada, hasta que el señor virey determinase si podia ó no casarse.

Entre tanto que esto pasaba en palacio, volvió en sí Carlota, y creyéndose ligada con los votos, y desunida para siempre de su amante, prorrumpió en tan amargo llanto, y en tan lastimosas exclamaciones, que enterneció á todos los circunstantes. Solo su padre estaba inflexible, y como le dijeron que habian ido á consultar al arzobispo, temia se le frustraran sus intentos, y agitaba á la abadesa para que recibiera la profesion de su hija; pero el sacerdote que presidia aquel acto, lo embarazó cuanto pudo, hasta que volvieron Labin, el cura, Welster y el secretario.

Sin pérdida de tiempo practicó este último las órdenes del prelado; y habiendo Carlota protestado la fuerza con que iba á profesar, porque su intencion era ser esposa de Welster, notificó á la abadesa se la entregara, pena de excomunion mayor reservada al arzobispo. La abadesa obedeció al punto. Llevaron á Carlota para adentro, la vistieron de secular, y despues la bajaron á la porteria donde la esperaba Welster y sus amigos.

Luego que se la entregaron al secretario y se vió

libre de las monjas, corrió hacia Jacobo y lo abrazó sin hablar una palabra, porque las lágrimas se lo impedían. Ella no tuvo ni miramiento ni vergüenza en aquel acto. ¡Qué cierto es que una pasión vehemente no deja reflexionar en nada! D. Tadeo, que todos estos lances presenciaba, hubiera querido matar á su hija y á Welster, cuando los vió abrazarse; pero sus amigos le impidieron acercarse á ellos.

Sin embargo, ya que no podía usar de su mano contra ella, usaba de la lengua, llenándola de los oprobios y confundiéndola entre sus acostumbradas maldiciones, que no atendió Carlota, embriagada con el gusto de haber visto á su esposo, y de haberse escapado de ser monja: bien que el secretario y los demás señores, hicieron mucho por no dar lugar á que oyera á su padre, apresurando la despedida de las monjas; y luego que esta ceremonia se concluyó, la subieron al coche y la condujeron á la casa del conde.

Naturalmente nos interesa el bien de nuestros semejantes, y así todas las gentes que habian presenciado este raro suceso, y se habian informado de la causa y circunstancias de él, felicitaban á Carlota. ¡Pobrecita! decian: ¡gracias á Dios que ya no fué monja á fuerza! ¡Maldito sea el viejo codicioso de su padre!

Ya se sabe cuánta es la desvergüenza de un pue-

blo conmovido. Estas palabras no las decian en voz baja, sino muy recio para que las oyera D. Tadeo, que se quedó pateando y blasfemando en la portería. Sus amigos fueron desfilando uno por uno, hasta que lo dejaron todos, y él se quedó solo repitiendo: "Ya no es monja, maldito sea su padre." El cochero y el page temiendo que las gentes rabiosas no hicieran con él alguna tropelia, y conociendo al mismo tiempo que no tenia el juicio en su lugar, cargaron con él y lo metieron en el coche, acompañándolo el page para que fuera mas seguro. De esta suerte lo condujeron á su casa.

Entre tanto, el secretario y sus compañeros entregaron la noble depositada al conde y á su esposa con recomendacion del arzobispo, y estos señores la recibieron con las mas sinceras demostraciones de cariño y de ternura, luego que supieron sus desgracias, asegurando á Welster que descansara en su cuidado, pues ellos no solo se dedicarian á complacerla, sino que se valdrian de la estimacion que merecian al virey, para que informado de la ninguna justicia que tenia D. Tadeo, le dispensara la edad, y concediera su permiso para que se casasen cuanto antes.

Se despidió Welster y los demás señores de los condes, y suplicando al secretario que los acompañase, fueron á palacio en la misma hora, é informaron á S. E. de lo acaecido. El virey dijo á Welster que

pusiera su pretencion por escrito, y que resultando cierto quanto esponia, podria esperar un decreto favorable en justicia. Con esto se retiraron todos muy consolados, dejaron al señor secretario en el arzobispado, despues de haber dado las debidas gracias á su Illma. Luego el señor Labin llevó á Welster á su meson, y él con el cura fué á casa de D. Tadeo para consolarlo y persuadirlo á que desistiera de la tenaz resistencia que oponia para el casamiento de su hija.

Trabajo costó al cochero poner el coche frente á la puerta de D. Tadeo, porque la gente plebeya se habia agolpado allí, y casi no dejaba pasar á nadie por la calle. La causa era, que D. Tadeo les estaba arrojando por el balcón los dulces, bizcochos y licores prevenidos para el refresco. Subieron Labin y el cura, y lo encontraron solo en su sala y en la mas ridicula figura, porque estaba sin casaca, con el chaleco desatacado, la camisa rota hasta la cintura, con la barriga y la calva al aire, porque habia tirado la peluca, y todo él hecho un asco, lleno de dulce, empapado en vino; pero muy afanado en tirar á la calle hasta los vasos, repitiendo sin cesar: "Ya no es monja, maldito sea su padre."

El señor Labin y el cura se compadecieron del miserable viejo, procurando consolarlo y hacerlo so-

segur; pero todo era en vano. Por momentos se ponía mas furioso.

A este tiempo entró su hija Adelaida, y apenas la vió cuando creyendo quizá que era Carlota, lleno de la furia mas infernal, le dijo: no hay herencia, maldita, no la esperes. Diciendo esto le tiró con un frasco de cristal con tanta fuerza y tal tino, que se lo hizo pedazos en la cara. Cayó en tierra Adelaida bañada en sangre, y su padre sobre ella dándole furiosas puñadas, y aun la hubiera ahorcado con sus manos, si no entraran el cochero y el page, con cuyo auxilio pudieron librarla el señor Labin y el padre cura.

Lo ataron como era regular, y lo metieron en su recámara: pusieron en otra á la desventurada Adelaida: llamaron un médico, y se encargó el cura de cuidar la casa en compañía del escribiente, que por casualidad llegó á ese tiempo, y el señor Labin pasó á informar á S. E. quien, como conocia su honrada conducta, le previno por orden escrita que recogiese todos sus papeles, las llaves de las areas, y se hiciese cargo de todos los intereses, inventariándolos con noticia del cajero mayor, y reteniéndolos en custodia, cuidando al mismo tiempo de la salud de D. Tadeo.

Todo se hizo como el virey determinó. A Adelaida la pasaron á su casa en una camilla, porque podia

perjudicarla mas el movimiento del coche. Aiguna terrible puñada recibió en el pecho, porque echaba sangre por la boca. Luego que entró á su casa y la vieron en tal estado su marido y sus hijos, comenzaron á llorar amargamente; pero ya no era tiempo sino de asistirla con cuidado.

El señor Labin, de acuerdo con el coronel y el cura, procuró que se anduviera cuanto antes el negocio de Carlota y Welster, sin que ella trascendiera nada de las desgracias de los suyos. Con el favor del conde, y mucho mas sabiendo el virey que su padre estaba loco de remate, concedió su superior permiso para que se casara con Welster, lo que se hizo secretamente en la misma casa de los condes, que se ofrecieron por padrinos.

A pocos dias se agravó D. Tadeo, habiendo tenido la felicidad de que se le despejase el cerebro perfectamente dos dias antes de morir. El no era idiota, y aprovechó estos preciosos momentos: conoció sus yerros: se reconcilió con la Iglesia: se dispuso cristianamente: otorgó su testamento, mejorando en gran parte á Carlota: mandó que entrase su escribiente, y despues que le dictó una carta reservada, la cerró con su sello, se la entregó al señor Labin, suplicándole que despues de su muerte y funerales, la pusiese en manos de su hija, á la que no se atrevia á ver, confundido de su inicua conducta. Reci-

bió los santos sacramentos, y el dia siguiente murió como cristiano quien habia vivido como idólatra de su dinero.

No se pudieron ocultar estas cosas al esposo de Adelaida, porque esta lo enviaba diariamente á saber de la salud de su padre; pero tenia bastante prudencia, y así fué fácil que las hijas ignoraran la muerte de su padre, hasta que Adelaida se restableció. Ella padeció mas de un mes y quedó con la cara señalada para siempre, lo que no fué poca fortuna.

El señor Labin, el cura, el coronel y Welster mismos emplearon sus talentos para dar á las hijas la triste noticia del fallecimiento de su padre, y para inspirarles la debida conformidad con la voluntad divina, especialmente á Carlota, que como la mejor hija, lo sintió mas, pero por fin las dos se conformaron á la fuerza.

Entonces se vistieron los lutos de costumbre, y cuando al señor Labin le pareció las hizo estar juntas, y en su presencia abrió la carta de su padre, á su ruego la leyó, y oyeron que decia de esta manera.

CARTA DE D. TADEO A SU HIJA CARLOTA. [®]

Querida hija mia: á las orillas del sepulcro hiere la luz de la verdad poderosamente nuestros ojos. Apasionado por la maldita codicia del dinero, creyéndome inmortal, y te-

miendo me fallara, te iba á precipitar en un abismo de miserias, te iba á hacer infeliz eternamente, precisándote á abrazar un estado para el que no tenias vocacion, sin considerar que no era mi autoridad ilimitada, y que el Dios de bondad y de justicia no esige de nosotros sacrificios violentos, ni aprecia los que se hacen á costa de su ley sacrosanta; mas yo, ciego por el vil interés, me desentendi de estas verdades, safoqué el continuo clamor de mi conciencia, desprecié los avisos de los hombres de bien, y atropellé con las censuras de la Iglesia, haciéndome á un tiempo odioso al cielo y á la tierra.

Pero ya que el Dios de las misericordias ha querido dertamarlas sobre mí con tanta liberalidad, concediéndome el uso de la razon que habia perdido, quiero yo corresponder en algun modo á su bondad, y aprovechar estos pocos instantes que me restan.

Conozco mi error, lo confieso, lo detesto, y con lágrimas de mis ojos te pido perdon, hija mia, de los agravios que te inferí. Perdóname, Carlota, perdóname, hija de mi corazón: no te acuerdes que tuviste un padre cruel, ni ceses de rogar á Dios por él.

Pídele tambien de mi parte perdon al jóven Welster, al coronel, al señor Labín y á cuantos escandalicé con mi mala conducta para contigo.

Perdona asimismo á tu hermana, que fué causa de estas escenas desgraciadas.

Tengo otorgado mi testamento, en el que te nombro por

heredera de mis bienes. Distribuye el quinto de ellos por tu mano en beneficio de los pobres, para que Dios perdone mis pecados.

Únete en su santa gracia con Welster, pues no te desmerece, y tú lo quieres. Procura vivir en paz toda tu vida, y si tuvieres hijos, jamas abuses de tu autoridad para violentarlos á que abracen el estado que repugnen.

Dígnate, en fin, de admitir esta carta, como la única satisfaccion que puede darte un padre que te ama, y apenas puede respirar. Yo quisiera estrecharte entre mis brazos por última vez; pero conozco tu corazón sensible, y temo que facilitarte este paso, seria tal vez asesinarle con amor. Recibe desde aqui mi postrera bendicion: Dios te prospere en tu nuevo estado: Dios dilate tus años en la mas perfecta salud. Dios te llene de bienes y de gracia, y te haga feliz eternamente.

A Dios, hija querida; á Dios para siempre, hija Carlota; recibe en tu corazón el de tu arrepentido padre.—TADÉO.

Bien se deja entender la conmocion que causaria en todos la lectura de esta carta, especialmente en los interesados. Cada uno manifestaba su dolor, á proporcion de la parte que tenia en él. Carlota y Adelaida levantaban sus ayes hasta el cielo; Welster estaba sin moverse apoyando la frente en sus dos manos; Dona Matilde y las demas señoras no podian interrumpir sus sollozos cuando consolaban á Carlota; el coronel y el cura se paseaban en silencio por

la sala, limpiándose los ojos cada rato: el señor Labín le dió la carta á Welster humedecida toda con sus lágrimas, y se fué á sentar en un rincon. En una palabra, todos estaban penetrados de la ternura y el dolor.

Este se aumentó vivamente cuando Adelaida, hecha un mar de lágrimas, se arrojó á los piés de Carlota, y abrazándola por las rodillas, entre avergonzada y compungida le decia: "¡Ay hermana de mi alma! yo he sido la causa de tus desgracias y de la muerte de mi padre. Soy una vil, una indigna, que por un ratero interes tomé de tí una venganza cruel; pero el cielo me castigó por la mano de nuestro mismo padre. Yo llevaré en mi cara toda la vida las señales de mi maldito proceder; pero las llevaré con gusto si logro volver á tu amistad. Perdóname, Carlota, perdóname hermana de mi vida."

Era muy sensible Carlota para dejarla proseguir; y así levantándola á sus brazos, la estrechó en ellos, la besó mil veces en la cara, y mezclando sus lágrimas con las suyas, le decia: "Cállate por Dios, Adelaida: ya basta, ya todo se acabó: yo jamás te he tenido rencor: siempre te he amado, y desde ahora te juro que te he de amar, mas que nunca....."

Todos los concurrentes se interesaron en separarlas, y cuando á fuerza de llorar calmó un poco la congoja de las dos, dijo el coronel: Ya basta, señoras,

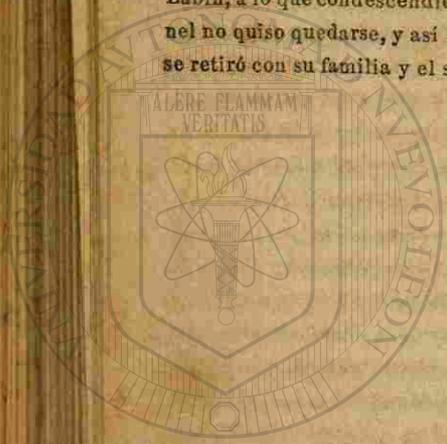
ya está bueno: seamos sensibles, pero no nos entreguemos á la pena sin prudencia y sin moderacion. No se hable ya otra palabra sobre los pasados agravios. D. Tadeo y esta señora han borrado muy bien sus flaquezas con su sincera compuncion, ni Dios nos pide mas para perdonarnos, que un arrepentimiento verdadero.

Por lo que respecta á sentir la muerte de vuestro amado padre, es muy justo; pero ya se ha dado harto desahogo al sentimiento: ahora es menester sostenerse en los motivos que teneis de consuelo. Advertid que vuestro padre descansa en paz. Esa carta manifiesta una disposicion cristiana, y esta le abrió las puertas del Paraiso.

Así lo debemos esperar de la misericordia del Señor. Si no lo hubiera querido para sí, si su condenacion hubiera estado decretada, la muerte lo hubiera sorprendido en uno de los accesos de su locura; pero pues Dios le restituyó el juicio, y él se previno con tan cristiana disposicion, señal es que fué para salvarlo, pues Dios nada hace por acaso. ¡Ojalá que cuantos padres lo imiten en la culpa, tengan el tiempo, los auxilios y la resolucion necesaria para imitarlo tambien en la penitencia!

Así consoló el coronel un poco mas á las dolientes, y Doña Enfrosina como tan obsequiosa, les sacó vino y zoletas, que les obligaron á tomar.

Los demas señores procuraron variar la conversacion con disimulo hasta que lograron serenarlas. D. Dionisio les instó para que aquel dia lo acompañaran á comer las dos hermanas, Welster, y el señor Labin, á lo que condescendieron gustosos. El coronel no quiso quedarse, y así se despidió de todos, y se retiró con su familia y el señor cura para su casa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

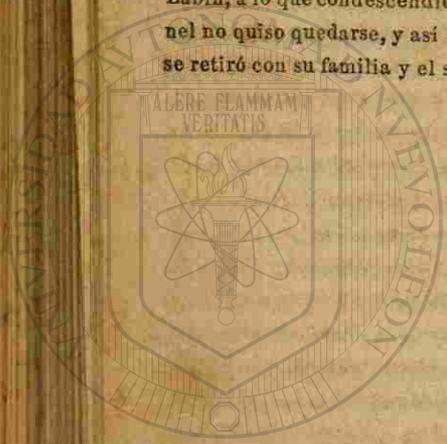
INDICE

DE

LO CONTENIDO EN ESTE PRIMER TOMO

Cap. I. En el que se da razon de quienes fueron estas dos señoras, y de la primera educacion de ambas.	1
Cap. II. En el que continúa la materia del antecedente.	19
Cap. III. En que se refieren otros pormenores de la educacion de las niñas Pomposa y Pudenciana...	45
Cap. IV. En el que se trata una materia entretenida.	79
Cap. V. En el que se trata un asunto de gravissima importancia.....	98
Cap. VI. En el que luce mucho la instruccion y edificante conducta de la madre de Pomposita.....	119
Cap. VII. En el que se refiere el modo con que el coronel enseñó á escribir y contar á su niña, y una conversacion que tuvo con su esposa.....	143
Cap. VIII. En el que se refiera la disputa que trabó el coronel con el licenciado Narices, y la defensa que hizo de las mugeres.....	157
Cap. IX. Refiere el cura los versos, y se trata sobre la profundidad de las mugeres y el modo con que puede ser licito en ellas el adorno.....	179
Cap. X. En el que se cuenta la caritativa conferencia que tuvieron estas señoras acerca de sus maridos, y la célebre aventura que por una de ellas sufrió un viejo enamorado.....	201

Los demas señores procuraron variar la conversacion con disimulo hasta que lograron serenarlas. D. Dionisio les instó para que aquel dia lo acompañaran á comer las dos hermanas, Welster, y el señor Labin, á lo que condescendieron gustosos. El coronel no quiso quedarse, y así se despidió de todos, y se retiró con su familia y el señor cura para su casa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

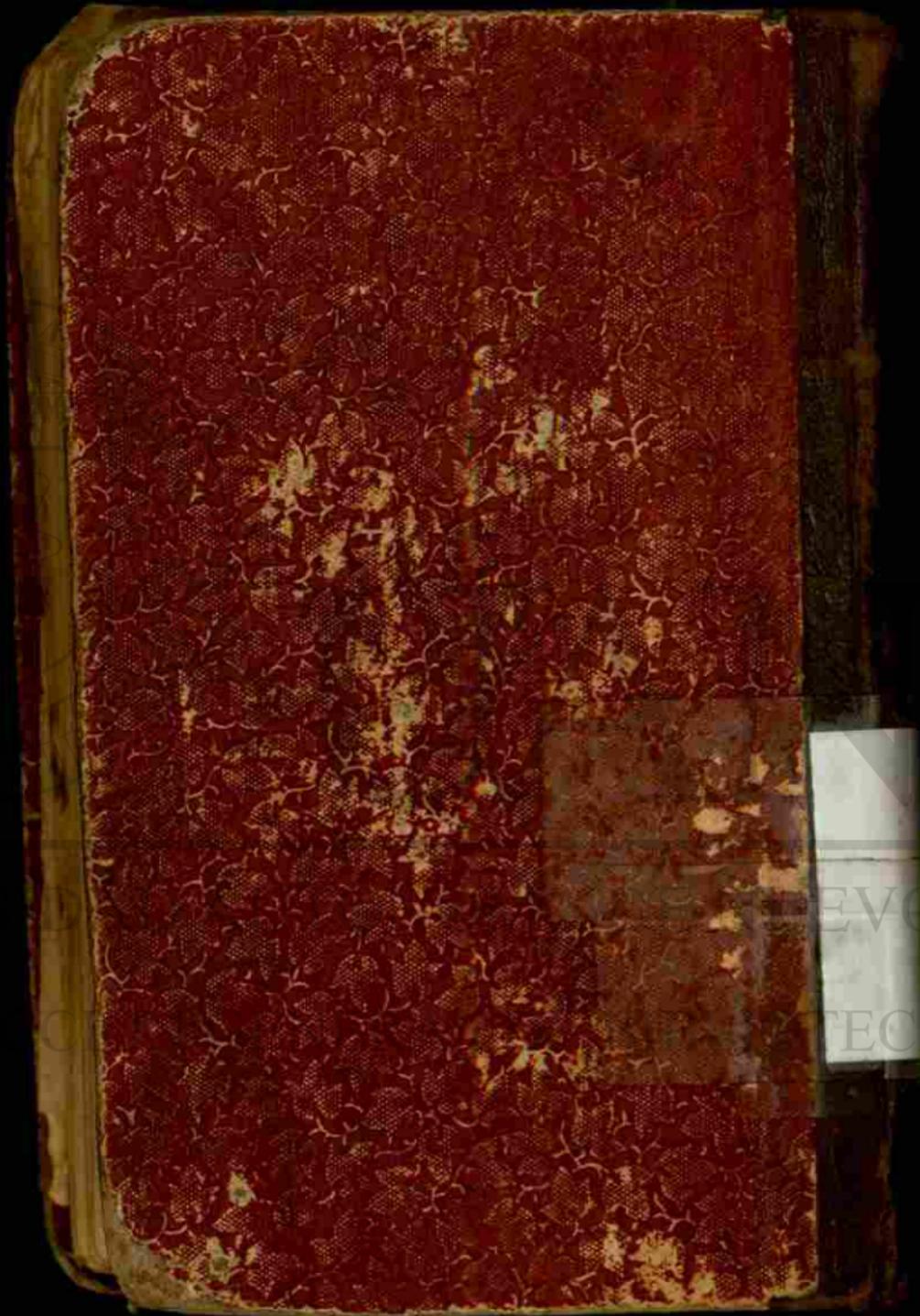
INDICE

DE

LO CONTENIDO EN ESTE PRIMER TOMO

Cap. I. En el que se da razon de quienes fueron estas dos señoras, y de la primera educacion de ambas.	1
Cap. II. En el que continúa la materia del antecedente.	19
Cap. III. En que se refieren otros pormenores de la educacion de las niñas Pomposa y Pudenciana...	45
Cap. IV. En el que se trata una materia entretenida.	79
Cap. V. En el que se trata un asunto de gravissima importancia.....	98
Cap. VI. En el que luce mucho la instruccion y edificante conducta de la madre de Pomposita.....	119
Cap. VII. En el que se refiere el modo con que el coronel enseñó á escribir y contar á su niña, y una conversacion que tuvo con su esposa.....	143
Cap. VIII. En el que se refiera la disputa que trabó el coronel con el licenciado Narices, y la defensa que hizo de las mugeres.....	157
Cap. IX. Refiere el cura los versos, y se trata sobre la profundidad de las mugeres y el modo con que puede ser licito en ellas el adorno.....	179
Cap. X. En el que se cuenta la caritativa conferencia que tuvieron estas señoras acerca de sus maridos, y la célebre aventura que por una de ellas sufrió un viejo enamorado.....	201

Cap. XI. Que trata de la primera educacion de los niños, y de otras cosas que no disgustarán al lector.	228
Cap. XII. En el que el coronel discurre sobre lo útil que sería que las mugeres aprendiesen algun arte ú oficio mecánico con que subsistiesen en caso de necesidad.....	256
Cap. XIII. En el que se da razon del motivo de la visita de Pascual: el coronel finaliza su discurso, y se refieren otras cosas.....	274
Cap. XIV. En el que se descubre la causa de la visita de Eufrosina, que fué un sentimiento que tenía de su cuñado, y la satisfaccion que este le dió.	292
Cap. XV. En el que se cuenta la desgraciada aventura de Pomposita, y el casamiento de Cuidá y Marantona.....	309
Cap. XVI. En el que se refiere el principio de la triste historia de Carlota y de Welster. Este resuelve incorporarse á la Iglesia católica: hace un análisis de los fundamentos más sólidos de nuestra religion, recibe el Bautismo, y va á la Habana á negocios de comercio.....	334
Cap. XVII. Descubre Adelaida los amores de Carlota á su padre: se indigna este, y lo hace recibir por fuerza el hábito de monja: pasa el año del noviciado y llega Welster la víspera de la profesion....	364
Cap. XVIII. En el que se concluye la hitoria de Jacobo y de Cgrlota.....	388



EVC
TEC